

PEDRO JOSÉ MARÍA CHIESA

Amor,
soberbia y
humildad

Imprimatur

Mons. José Melitón Chávez Arzobispado de Tucumán Prot.

m
morgan

Versión Electrónica formato PDF por Morgan Software © 2011

Derechos reservados para todo el mundo.

Hecho el depósito legal.

ISBN - 13 9 78 - 987 - 05 - 1103 - 8

Diseño y edición gráfica: Elba Estela Romero y Gustavo Sánchez.

Edición del autor

DEDICADO A

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ
— FUNDADOR DEL OPUS DEI —

PRESENTACIÓN

« *La religión responde a la triple pregunta del cuadro de Gauguin: ¿qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?* »¹

En el medioevo los cristianos tenían afición por *La leyenda dorada*,² libro que recopilaba vidas de santos entremezclando hechos verdaderos con otros legendarios, pero sin precisar cuáles eran verdaderos y cuáles legendarios, por lo que el discernimiento quedaba librado a la capacidad crítica del lector; y debo advertirte que algo parecido sucede con estas páginas repletas de anécdotas e ideas recogidas de homilías, conferencias, pláticas, libros y revistas... pues al igual que en *La leyenda dorada*, aquí también conviven realidad y ficción, y, como los años borraron de mi memoria la distinción entre lo real y lo ficticio, la veracidad de los episodios que se narren estará sujeta al juicio de tu sentido común.

Por otra parte, no puedo presentarte estas líneas sin referirme a los amigos de la ciudad de Mendoza, sitio donde desarrollé mi actividad sacerdotal a lo largo de diez años. Fue un 3 de marzo de 1994 cuando llegué a esas tierras próximas al cerro Aconcagua (7.021 metros), marco geográfico que dio origen a estas páginas. Aquella mañana, en el vehículo que me llevaba a destino, comencé a dialogar con el pasajero que iba a mi lado:

—¿Cómo es Mendoza? ¿Cómo son los mendocinos? ¿Cuáles son sus virtudes?

—Los mendocinos tienen dos virtudes: el trabajo y la humildad.

—¿Por qué el trabajo? —pregunté.

—Porque antes de que llegase el mendocino a este oasis, la zona era desértica; y todos los maravillosos árboles, viñas y vegetación que deleitan nuestros ojos no son fruto de la Naturaleza sino del trabajo del hombre: el mendocino fue quien plantó este jardín, y se conserva porque el mendocino lo riega cada día.

1 André Frossard.

2 *Legenda aurea*.

—¿Y por qué humildes?

—Porque viven junto a la Cordillera de los Andes, y la Cordillera los «ubica».

Con el tiempo constaté estas dos virtudes mendocinas, especialmente la segunda: la humildad. Yo había sido educado en el edificio de una ciudad de llanura (Rosario) y desde pequeño contemplé con «altanería»³ la ciudad a mis pies. Y al venir a Mendoza, ciudad enclavada en zona sísmica carente de elevados edificios, mis ojos se estremecieron ante los cerros monumentales y «altaneros» que me traían a la memoria el salmo:

*Al ver el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado, ¡qué es el hombre para que te acuerdes de él!*⁴

En Mendoza descubrí dimensiones de mi vida que detentan rasgos esenciales a toda falta de humildad: la «desubicación» sobre quién soy, mi origen y fin; y la desubicación de pretender desplazar a Jesucristo de su lugar como «centro del cosmos y de la historia».⁵

De modo que a Mendoza y a los mendocinos los tengo presentes por tantas lecciones que me brindaron a lo largo de una década, y al presentar estas páginas los saludo recordándolos con afecto.

³ Mirar desde lo «alto».

⁴ Salmo 8. Al respecto decía Juan Pablo II, con motivo de un día de descanso, caminando por los Alpes: «La grandiosidad de estas montañas, en medio de una belleza estupenda, nos lleva a pensar en Dios. En el silencio inmenso de la montaña, ante la imponente majestad de los valles que poco a poco se suceden y se alzan hasta picos aéreos y solitarios... el hombre se siente pequeño, humilde, bueno, se capacita para valorarse como realmente es, una criatura minúscula ante la Omnipotencia de Dios» (21-VIII-1994).

⁵ Expresión de Juan Pablo II que designa el lugar que corresponde a Cristo en relación a la Creación.

AUTOSUFICIENCIA y AMABILIDAD

1

— ESPÍRITU ARISCO —

« ¡Hágaselo usted mismo... no espere que alguien se lo haga! »

6

En la Última Cena, cuando Jesús intentó lavarle los pies a Pedro, el príncipe de los apóstoles reaccionó de modo arisco: *Tú jamás me lavarás a mí los pies;*⁷ y ante la respuesta del Señor: *Si no te los lavare no tendrás parte conmigo,*⁸ es decir, no entrarás al Cielo, Pedro se asustó y rectificó: *¡Señor, entonces no sólo los pies, también las manos y la cabeza!*⁹ Como verás, en la Última Cena el Señor instituyó la reprobación definitiva del espíritu arisco y autosuficiente, y Pedro acató tal precepto.

La lección del Maestro a Pedro recuerda que el hombre fue creado con una naturaleza social y que es positivo aceptar la ayuda de los demás:

*No es bueno que el hombre esté solo, hagámosle una compañía apropiada.*¹⁰

Pero las enseñanzas de Jesús deben hacer frente a una gran dificultad actual: vivimos en un mundo inmerso en una contracultura que fomenta el espíritu autosuficiente e individualista, y que, en sus versiones más extremas, identifica el desarrollo de la propia personalidad con el logro de una plena independencia.

Cfr. Urbano, P., *El hombre de Villa Tevere*, Barcelona, 1996, p. 147.

Juan 13, 8.

Ibidem.

Juan 13, 9.

Génesis 2, 18.

En esta concepción anticristiana, «persona» es sólo quien puede autoabastecerse económica, cultural, afectiva y psicológicamente... visión negativa e inhumana que hoy causa continuos genocidios, porque en el campo de la ética se ha constituido en el fundamento de las corrientes «eugenésicas» que sólo consideran seres humanos a quienes se encuentran en situación «de absoluta independencia de los demás»;¹¹ es decir, posturas en que no son personas ni los minusválidos, ni los ancianos, ni menos aún los niños por nacer... Pero dejando a un lado estos extremos, quiero señalarte algunas repercusiones más simples —de la vida doméstica— que tiene el espíritu autosuficiente, y que son las que en este libro nos interesan.

Comenzaré diciéndote que la autosuficiencia se manifiesta en el espíritu «arisco» para recibir ayuda de los demás. Por ejemplo, de pequeño yo reaccionaba «ariscamente» al afecto de mi hermana mayor (Agueda), especialmente si, delante de visitas, sorpresivamente se abalanzaba sobre mí para darme un abrazo fraternal o un beso ruidoso. Aquello me molestaba sobremanera, y a punto tal de reaccionar a los «codazos». Y la causa del rechazo tenía su raíz en mi espíritu adolescente y orgulloso, pues aceptar en público con sonrisa complaciente aquello, implicaba dar a conocer un sentimiento tan vergonzoso como verdadero: «¡Yo necesito del afecto de ella!» Efectivamente, su cariño fraternal me agradaba, pero dar testimonio público de complacencia ante el mismo, era para mí una humillación imposible de vencer.

Este espíritu arisco al que hacemos mención es el que ha desgastado muchas vidas matrimoniales, especialmente aquellas en las que se ha tomado conciencia del problema cuando éste ya hizo «metástasis»; pues un día la mujer cae en la cuenta de que su marido se ha vuelto arisco al afecto (ni lo manifiesta ni lo acepta), y viceversa. El fenómeno es indudablemente muy curioso, porque al mismo tiempo en que un marido y su mujer son capaces de donarse recíprocamente un riñón (de ser necesario), sin embargo, se han vuelto extremadamente ariscos a la hora de aceptar el afecto; y si alguno le ofrece al otro un regalo, un abrazo, un beso, una invitación a pasear... «¡Prefiero subir el Aconcagua!» (piensa el marido), «¡Y yo el Everest!» (razona su esposa); de modo que la «convivencia» se va transformando de a poco en una «coexistencia»: un estar sin compartir, un reflejo fiel del slogan contemporáneo «¡Hágaselo usted mismo!», cuyo reverso lógico nos dice «¡No espere que alguien se lo haga!».¹²

11 Encíclica *Evangelium vitae*, 20.

12 Cfr. Urbano, E, op. cit., p. 147.

Ten presente que el matrimonio arisco, los hermanos ariscos, los compañeros de trabajo ariscos, los ciudadanos ariscos, los amigos ariscos... son anti-testimonio de la amabilidad cristiana y el espíritu evangélico, de modo que si percibimos estos rasgos en nuestras vidas, debemos pedirle a Dios que nos ilumine y nos de fuerzas para sobreponernos.

Además, el espíritu arisco también genera impotencia para resolver los conflictos familiares sobre cimientos sólidos. Es el caso de la hija que discute fuertemente con su mamá por tonterías, motivo por el que ambas dejan de hablarse por semanas, y sin que ninguna «afloje» invitando a una disculpa recíproca. Pero cierta mañana, la madre (por su edad, menos arisca y más madura) por fin le dirige la palabra a su hija diciéndole: «¿Me alcanzas el café?», y cuando la otra lo hace vuelven a dialogar sin haberse solicitado perdón recíprocamente. Es decir, al pasárseles el enojo restablecieron el diálogo, pero cometiendo el habitual error de permitir que los conflictos queden resueltos por el paso del tiempo y no por la caridad explícita:

—¿Me disculpas? —dice la mamá...

—¡Por supuesto, pero si tú me perdonas a mí! —responde la hija.

2

— ESPÍRITU DE SERVICIO —

*« Hay quienes privan de la
soledad sin hacer
compañía »¹³*

Siendo estudiante viví en un Centro Universitario del Opus Dei que promovía la formación integral del comportamiento humano. Su comedor tenía una mesa con capacidad para una docena de comensales, y pese a la magnífica calidad de la comida, se sufrían pequeños contratiempos. Por ejemplo, para la sal había un sólo recipiente: no era «un» salero sino «el» salero, grande pero único, e impacientemente demandado. También era «única» la fuente de comidas: muy ambicionada y lenta en su llegar y volver desde los extremos.

En aquella mesa, los lugares más desagradables, para los egoístas, eran los sitios apostados en el centro: lugar de paso de los diversos objetos; y para los ansiosos los extremos, donde la llegada de la fuente lejana exigía una espera eterna.

13 De un pensador contemporáneo.

Un día se comenzó a filosofar sobre el modo de superar las molestias: tres fuentes más reducidas y accesibles, sugirió alguien; un salerito pequeño para cada uno, añadió otro... ¡Era la liberación! Pero hubo quien llamó la atención diciendo: «¿Y el espíritu de servicio que se promueve en esta institución educativa?». El interrogante era de interés, porque si cada uno tiene «su» salerito, o «su» pequeña fuente y jarra al alcance de las manos, ¿qué servicio podríamos prestarnos unos a otros?

Aunque no obstante la objeción se compraron fuentes pequeñas y saleritos en cantidad, aquel interrogante sigue siendo de interés, porque es un valor que padres e hijos, hermanos y hermanas, amigos... se manifiesten la necesidad de ayuda recíproca sirviéndose con detalles pequeños y cotidianos; ya que si toda la vida doméstica tiene como aspiración la comodidad, corremos el riesgo de que el «salerito individual» sea un criterio trasladable inconscientemente a todos los ámbitos de las relaciones humanas: cada uno con «su» televisor, «su» equipo de música, «su» auto... lo que nos llevaría a caer inconscientemente en el «¡Hágaselo usted mismo!», y su contrapartida doméstica «¡No espere que alguien se lo haga!»... Por eso, si en la vida cotidiana afloran diálogos de este tipo:

—¿Quieres que te ayude?

—¡No, prefiero hacerlo yo solo!, deberemos estar advertidos sobre la existencia de un peligro concreto: construir nuestras vidas con independencia de los demás, tendencia que desemboca en el egoísmo de quienes al «coexistir» con los de su casa, pero sin «convivir», se «privan de la soledad sin hacerse compañía».

Por lo dicho merecen una fuerte crítica aquellos papás que obstaculizan el espíritu participativo en el hogar generando hijos «sumisos» a fuerza de rechazar con malos modos el espíritu de servicio;¹⁴ como el caso del niño pequeño que, en su afán de atender a los invitados, les acerca en sus frágiles manos una fuente repleta de copas de coñac —aún más endebles—; y su madre, al ver aquella peligrosa escena, gesticulando horror le dice con desagrado:

—¡Ni las toques, ni las mires... éstas las llevo yo... y nunca más se te ocurra trasladar estas copas!

Si las inquietudes infantiles de servicio, aunque sean peligrosas, en vez de ser valoradas y encauzadas, son reprimidas, el hogar tendrá hijos sumisos (distinto a obedientes u ordenados) e inhibidos para el espíritu de servicio: hijos que cuando maduren y pierdan el miedo a sus padres, no deberemos extrañarnos si hacen explotar con

¹⁴ Cfr. D. Ibáñez Langlois, *Sentido común y educación en la familia*, Santiago de Chile, 1992, p. 24.

violencia todo lo que, a causa de la represión, los indigestó por años.

Pero no quisiera concluir este apartado sin advertirte sobre otro riesgo: si sentado a la mesa deseo beber agua, pero para hacerlo necesito solicitar la jarra distante, podría sobrevenirme la tentación de la autosuficiencia y aguantar la sed sin hacerlo, es decir, preferir la sed a pedir un favor, preferir morir deshidratado a manifestar la necesidad de ayuda... ¡No permitas que el paso de los años enfríe el amor! ¡Debemos ser humildes! ¡Hay que sobreponerse y saber manifestar sin miedos nuestra necesidad de ayuda!

ENVIDIA y AMOR

3

— ENVIDIA Y ESPÍRITU DE
COMPARACIÓN —

« Señal evidente de falta de humildad:
pensar que lo que haces o dices está
mejor hecho o dicho que lo de los
demás »¹⁵

El «espíritu crítico», fruto inconfundible de la envidia, nos recuerda tanto al Nibo (pájaro legendario de la India que salía a volar y cantar los días de tormenta) como a las moscas que revolotean los lugares hediondos y repugnantes.

El espíritu crítico nos empuja a festejar el que a los demás les vaya mal, o a entristecernos de que prosperen, es decir, lo contrario al espíritu de admiración paulino:

*Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran,*¹⁶

pues la envidia actúa exactamente al revés: «¡Alegraos con los que lloran y llorad con los que se alegran!».

La envidia hace que un estudiante se alegre de que un compañero de estudios fracase en un examen, o que una chica experimente una especie de «patada en el hígado» porque su amiga ¡por fin! consiguió novio, o que el primo se goce si su tío (padre de su primo — compinche de aventuras—) fracasó en los negocios, o que la hermana menor llore al ver los regalos y atenciones que le brindaron a la mayor, o que una mamá disfrute interiormente ante el fracaso académico del hijo de otra de las mamás del curso, o el párroco esté molesto por el hecho de que la parroquia vecina sea más pujante y

¹⁵ San Josemaría Escrivá (cfr. *Surco*, Madrid, 1992, n° 263); considerando que citaremos con mucha frecuencia a San Josemaría Escrivá, de ahora en adelante lo haremos sólo con el título de la obra y el número del pensamiento correspondiente; las obras son las siguientes: *Camino* (Madrid, 1986), *Surco* (Madrid, 1992), *Forja* (Madrid, 1994), *Amigos de Dios* (Madrid, 1994), *Es Cristo que pasa* (Madrid, 2002), *Vía Crucis* (Madrid, 2002), *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer* (Madrid, 1988).

¹⁶ Romanos 12, 15.

concurrida, o que la cuñada se alegre de que su concuñada no se pueda quedar embarazada...

Por ejemplo, recuerdo que en la residencia universitaria citada había dos muchachos que estudiaban arquitectura e hicieron juntos sus estudios: brillantes notas y auténtico ejemplo de responsabilidad académica. Al llegar el último examen de la carrera, Gustavo aprueba y Federico es reprobado, de manera que uno es arquitecto y el otro sigue siendo estudiante de arquitectura. Pasan los años, y cuando ya los dos son arquitectos afamados, con años de ejercicio en la profesión, nos encontramos a tomar un café para recordar viejos tiempos. De repente, el aplazado en aquel último examen, hace una confidencia amistosa que durante años llevó guardada con vergüenza:

—¿Saben lo que pensé cuando, ya aplazado, escuchaba el examen de Gustavo?

—No, ¿qué pensaste?

—¡Ojalá que lo revienten... que le vaya mal... que siga siendo, como yo, un simple estudiante de arquitectura!

He aquí el espíritu de comparación transformado en río caudaloso que desemboca en la «catarata de la envidia». Cuando se consolida y arraiga en nosotros la comparación metódica (si soy más alto o más bajo, más bello o más feo, más inteligente o más tonto, si mi casa es mejor o peor, si mis padres tienen más estudios o menos, si mi marido gana más o menos dinero que los de mis amigas, si mis hijos sobresalen en la escuela o no, si estoy de novia o no, si soy más delgado o no tanto, si mi familia es presentable —como la de fulanita— o impresentable...), te advierto que es inminente la caída por la catarata de la envidia, por lo que te sugiero utilizar con fuerza los remos de la humildad y avanzar con energía contra la corriente malsana del «espíritu de comparación».

4

— ENVIDIA Y ADMIRACIÓN —

«Teneos unos a otros por superiores»¹⁷

Para amar es necesario admirar, pero hay que distinguir la «admiración» del «asombro». «Asombro» se emparenta con «sombrio», «oscuro», «tenebroso» (el impacto emocional que sufren unos solitarios niños que atraviesan un cementerio campestre durante la noche). En cambio, «admiración» es vocablo que nos remite a lo «ma-

¹⁷ Filipenses 2, 3.

ravilloso», «luminoso», «admirable»; y mientras asombra lo negativo, lo positivo suscita admiración.

Por ejemplo, un párroco amigo que frecuentemente era invitado a los almuerzos dominicales de sus feligreses, me confiaba que cuando tenía que elogiar los manjares se enfrentaba con el dilema de qué hacer si la comida era desagradable: «Si felicito diciendo que me agradó, miento; y, si no lo hago, falto a la cortesía».

La solución la encontró en la teología angélica, que hace una distinción entre las obras de los ángeles buenos y las de los malos: los portentos angélicos buenos se denominan «milagros» y los diabólicos «prodigios», los milagros causan «admiración» y los prodigios «asombro», los milagros son «luminosos» y los prodigios «tenebrosos», los milagros son «admirables» y los prodigios «asombrosos»; y, conforme a esto, si la comida le complacía, felicitaba diciendo:

—¡Es usted una «admirable» cocinera!

Y, por el contrario, si no le agradaba:

—¡Esta comida es «asombrosa»... usted, cocinando, es un auténtico «prodigio»!

Del mismo modo, si en la escuela parroquial una madre venía a preguntarle su opinión sobre el comportamiento del hijo (aplicación, estudio, disciplina...), cuando el alumno era responsable decía:

—Su hijo es «admirable».

Pero en caso de ser indisciplinado modificaba el juicio: —Su hijo es un «prodigio», nos tiene a todos vivamente «asombrados». Del mismo modo en que se distingue la admiración y el asombro, también se distinguen la admiración de la envidia, pues la admiración es una envidia sana, y muy distinta a la envidia en su sentido propio (enfermedad del alma). Mientras la envidia encarna una actitud hipócrita en cuanto tributo que el vicio rinde a la virtud; la admiración —antítesis de la envidia— es una suerte de culto que la virtud le rinde a la misma virtud; y, por eso, cuando entre dos personas reina el espíritu de admiración recíproca, se disfruta de uno de los tesoros más agradables y evangélicos:

*Que os améis los unos a los otros.*¹⁸

La admiración recíproca (raíz que nutre toda verdadera amistad) es muralla poderosa que protege no sólo a las personas amigas, también a las familias y naciones que la practican. La admiración recíproca entre amigos (emulación) es de los mejores tesoros con los que Dios nos puede bendecir, pero necesita de la humildad. El émulo

¹⁸ Juan 13, 34: ...ut diligatis invicem.

no actúa movido por el amor a sí mismo, él se alegra de todo bien (propio o ajeno), sabe compartir; pero el envidioso, al no alegrarse del bien ajeno, con dificultad consigue que los demás se alegren del suyo.

El émulo tiene el doble de alegrías (propias y ajenas), a diferencia del envidioso que no goza apropiadamente ni siquiera las suyas, puesto que carece de alguien con quien compartirlas (algo semejante a la experiencia que tenemos cuando vamos al cine solos). Ya lo decía sabiamente San Agustín:

«Cada uno posee lo que no tiene en tanto es capaz de descubrirlo en otros y amarlo».¹⁹

Los «émulos», al admirarse de modo objetivo, sano, legítimo y recíproco, se estimulan entre sí positivamente en los diversos ámbitos: deportivos, culturales, altruistas, empresariales, municipales, provinciales, nacionales... Los émulos, en cuanto almas gemelas, son un tesoro de Dios... ¡Y qué bueno sería conseguir dar con esa alma gemela que «se dice» que todos tenemos, y que, si aún no la hemos descubierto, tal vez esté escondida en algún rincón del planeta! Aunque no te extrañes que ese rincón te sea muy próximo, ya que como decía Chesterton:

«Si me preguntas: ¿por qué será que el Evangelio nos manda que amemos al prójimo y al enemigo?; te responderé: ¡Porque tal vez se trate de la misma persona!».

5

— ENVIDIA Y TRISTEZA —

« ¡Es sábado y no te es lícito llevar la camilla! »²⁰

La envidia es un problema que alcanza ribetes personales, familiares, provinciales, nacionales e internacionales...; y no me atrevo a decirte que se trata también de un cuestión intergaláctica ya que no tengo certeza de la existencia de extraterrestres, aunque estoy convencido de que si tomásemos contacto con ellos les envidiaríamos, porque la envidia es un pecado capital y universal que hiere sin

¹⁹ San Agustín.

²⁰ Juan 5, 10.

hacer distingos.

Por ejemplo, dice Weigel que para escribir su biografía de Juan Pablo II, entrevistó a muchos eclesiásticos vaticanos de alto rango, y a todos les formuló la siguiente pregunta:

—¿Cuál es a su juicio el peor pecado del clero católico romano?

La respuesta unánime eran dos palabras:

—¡La envidia!

Y pregunto: ¿no es esto repugnante?, ¿no es clamoroso que me alegre de que al párroco vecino sus feligreses no le concurran a los oficios litúrgicos?, ¿no es esto una suerte de anti-testimonio?, ¿no es penoso sentir satisfacción de que el trabajo sacerdotal de un hermano mío en Cristo fracase... ? Pues bien, teniendo en cuenta los considerables daños que causa en las relaciones humanas la envidia, quisiera que nos abocásemos a reflexionar sobre la importancia de rechazarla, al menos si pretendemos ser personas que amamos de verdad; pero primero te pediría que prestes atención al siguiente pasaje evangélico que retrata este defecto de modo incomparable.

Había un hombre que padecía una enfermedad desde hacia treinta y ocho años; y, Jesús, al verlo tendido, sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres ser curado? El enfermo contestó: Señor, no tengo un hombre que me ayude a introducirme en la piscina cuando se mueve el agua; y, mientras voy, desciende otro antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu camilla y anda. Al instante aquel hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar; y, como aquel día era sábado, los judíos dijeron al que había sido curado: ¡Es sábado y no te es lícito

^{2 1} Juan 5, 1-10. Me permito transcribir el texto completo del pasaje, y, entre paréntesis, el versículo de la vulgata que fue excluido en la neovulgata: *Hay en Jerusalén junto a la puerta de las ovejas una piscina llamada en hebreo Betzata, que tiene cinco pórticos. En ésta yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que aguardaban el movimiento del agua (pues un Ángel del Señor descendía de vez en cuando a la piscina y movía el agua, y el primero que se metía en la piscina después del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese). Había un hombre que padecía una enfermedad desde hacia treinta y ocho años; y, Jesús, al verlo tendido, sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres ser curado? El enfermo le contestó: Señor, no tengo un hombre que me ayude a introducirme en la piscina cuando se mueve el agua; y, mientras voy, desciende otro antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu camilla y anda. Al instante aquel hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar; y como aquel día era sábado, los judíos dijeron al que había sido curado: ¡Es sábado y no te es lícito llevar la camilla!*

llevar la camilla! ²¹

Fíjate que aquel pobre paralítico llevaba enfermo treinta y ocho años. Además era muy conocido, pues siempre estaba junto a la fuente de los milagros. Y, apenas curado, aquellos judíos, en vez de mirar lo admirable del hecho, ponen su atención en lo presuntamente negativo: *¡Es sábado y no te es lícito llevar la camilla!* A pesar de que estaban contemplando con sus propios ojos un milagro médico de calibre extraordinario: la curación de un paralítico que llevaba treinta y ocho años enfermo, en vez de acercarse al sanado para congratularse con él compartiendo su alegría, le demuestran desagrado denunciando lo que consideraban la transgresión de un precepto: *¡Es sábado y no te es lícito llevar la camilla!*

Estos judíos se mueven por envidia y se limitan a observar lo malo, lo desagradable, lo negativo. En vez de mirar las piernas que caminan milagrosamente, centran su mirada en la mano que transporta aquella desvencijada camilla; y como personas aguafiestas e hígadostristes amonestan al ahora ex paralítico intentando amargarle el día más feliz de su existencia, por lo que aquel hombre que había soportado una vida desdichada ¡no podía festejar en paz su curación! Y te hago esta reflexión porque lo dicho constituye el típico ejemplo del lugar en donde desemboca la catarata de la envidia: la falta de caridad.

6

— ENVIDIA Y ESPÍRITU BURLESCO —

Una familia real europea visita América, y al concluir su gira una revista publica un número especial sobre aquellas jornadas. Todas las fotografías en las que aparecían los nobles eran imágenes donde sobresalían por sus poses y gestos ridículos. Pues bien, con la envidia sucede algo semejante, ya que como la condición humana es siempre una mezcla de «trigo y cizaña», mientras el amor y la admiración contemplan el trigo, la envidia rinde su culto de veneración a la cizaña.

La envidia nos enceguece e incapacita para captar lo bueno, positivo, verdadero... En cambio, el amor y la admiración nos guían por el camino opuesto, ayudándonos a descubrir con optimismo todo lo rescatable que hay en el mundo.

— ENVIDIA Y ODIOS —

Tras la victoria de David sobre el gigante Goliat, el ejército judío, encabezado por Saúl, aplastó a los filisteos. Posteriormente, al regresar al campamento,

*las mujeres de todas las ciudades de Israel salían alegremente, danzando delante del rey Saúl con tímpanos y triángulos, y se alternaban cantando a coro.*²²

Pero Saúl sufrió un fuerte ataque de envidia con motivo de la letra del canto: *¡Saúl mató a mil, y David a diez mil!*²³ Saúl se irritó mucho, pues pensaba: *¡Dan diez mil a David y a mítan sólo mil!*²⁴ y dice la Biblia que,

*desde entonces, Saúl miraba a David con malos ojos [...] y desvariaba en medio de la casa. Así, mientras David [...] tañía el arpa, Saúl, que tenía la lanza en su mano, blandiéndola se la arrojó al tiempo que pensaba: Voy a clavar a David en la pared. Pero David esquivó el golpe en dos oportunidades.*²⁵

Las malas reacciones de nuestro temperamento, a veces, más que ser un atentado contra la caridad, son pura envidia, o, para ser más precisos, faltas de caridad originadas por explosiones de envidia. La envidia es fruto de vivir comparándonos con nuestros prójimos, especialmente en aquellos éxitos que, por comparación, ponen en peligro el propio prestigio. Y así como David era envidiado por Saúl en virtud de que tenía que compartir «desventajosamente» el canto femenino de alabanza triunfal, en la vida corriente un ingeniero puede estar molesto por el justo premio que le dieron a un compañero de oficina... o la mamá de un niño entristecerse porque el hijo de su amiga le ganó en el colegio «la bandera»...

²² I Samuel 18, 6-7.

²³ *Ibidem.*

²⁴ I Samuel 18, 8.

²⁵ I Samuel, 18, 9-11.

— ENVIDIA Y DESOBEDIENCIA —

*« El que roba para
emborracharse no es ladrón
sino borracho »²⁶*

Entre los pares de una oficina alguien es ascendido a la condición de «jefe», lo que suscita la envidia de los colegas que comienzan a recibir órdenes e indicaciones de quien hasta la anterior jornada era uno más entre ellos.

Este tipo de envidia suele generar resistencia para obedecer: trabajar con pereza o lentitud, «olvidarse» de lo que se pide, hacerlo de mala gana, o sencillamente desobedecer... Pero en estas desobediencias hay que distinguir el humo del fuego, porque así como se afirma que «el que roba para emborracharse no es ladrón sino borracho», tales desobediencias, más que pecados de desobediencia serán simplemente frutos de la envidia: desobediencias movilizadas por el vivir comparándose con los demás. Ya San Bernardo anticipó la importancia que tiene el velar para no vivir tan atentos a quién manda y quién obedece, al tiempo en que distinguía la obediencia en tres grados:

- Obediencia suficiente: someterse al superior y no imponerse al igual.
- obediencia abundante: someterse al igual y no imponerse al inferior.
- obediencia sobreabundante: someterse al inferior.

Lo expuesto espero que te sirva para darte cuenta de la importancia que tiene el sentido sobrenatural como fuerza espiritual que nos impulsa a no establecer comparaciones envidiosas, lo que contribuirá a que la obediencia sea interiormente libre, y, por ende, ajena a toda presión externa de tipo subjetiva y fundada en un enfermizo vivir «mirando a los lados».

26 Aristóteles.

— ENVIDIA Y CIZAÑA —

« *Las comparaciones entre hijos, si son positivas unen, si son negativas desunen* »²⁷

«**H**ay grandes hombres que hacen a los demás sentirse pequeños, pero la verdadera grandeza consiste en hacer que todos se sientan grandes, porque cada uno está llamado a su propia grandeza, y ninguno llegó a ser grande imitando».²⁸

La primera parte de esta afirmación de Dickens (hay grandes hombres que hacen a los demás sentirse pequeños), nos invita a considerar la necesidad de ser delicados y modestos al festejar los propios logros; e igual si se trata de alabar éxitos de alguien a quien los presentes le puedan tener envidia por alguna de sus cualidades.

Por ejemplo, si en un partido de fútbol el equipo logra una victoria laboriosa fundada en el esfuerzo colectivo y el director técnico sólo felicita a uno de los jugadores y guarda silencio sobre los méritos de los demás, no sería de extrañar que éstos quedasen heridos. Debemos ser cuidadosos para no sembrar cizaña haciendo acepción de personas con involuntaria ingenuidad.

Ten en cuenta que el mundo está lleno de sembradores de cizaña que, cual moscas que revuelan los lugares hediondos, son especialistas en detectar las miserias de los corazones humanos, para luego golpear la tecla de aquellos temas que suscitan envidias entre los participantes de una reunión.

Si los maestros le dicen a una mamá que, al no ser equitativa en el trato con sus hijos, uno de ellos sufre fuertes celos, y ella se defiende diciendo: «Pero si a nuestros hijos los queremos y tratamos a todos por igual», esta mamá tal vez no perciba que la vida familiar está cargada de diferencias sutiles: el tono de voz cuando se habla a uno o a otro, el interés o la atención que se concede a cada hijo, las comparaciones directas o veladas, los elogios o las reprobaciones, el modo de celebrar o de reñir, las miradas, los gestos, las demostraciones externas de cariño, el intervenir o dejar pasar hechos similares, las afinidades de carácter con alguno, las preferencias secretas e inconfesables... Estas y tantas otras diferencias sutiles o no tan sutiles, los hijos las perciben y en un momento dado las manifiestan, o subterráneamente o a través de conductas con las que llaman la atención. Hay que tener presente que las comparaciones

²⁷ D. Ibáñez Langlois, op. cit., p. 32.

²⁸ Charles Dickens, citado por K. Beistro, *Antología literaria*, Rosario, 1955, p. 33.

entre hermanos, si se usan para constatar las semejanzas positivas, los hermanan, puesto que ambos resultan halagados cuando se dice que poseen una misma cualidad; pero el que sale desfavorecido en cualquier comparación, se resiente como fruto de una cizaña tal vez sembrada con ingenuidad.²⁹

Pero también existe la cizaña deliberada, la cual está retratada en la parábola del hijo pródigo, donde uno de sus protagonistas secundarios encarna a la perfección el espíritu «cizañero». Me refiero al criado que asiste al hermano mayor. San Lucas dice que al regresar del campo, este hermano escuchó los coros que festejaban y envió a su criado para informarse de lo que sucedía, y, al volver, el criado dijo: *Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar el becerro cebado;*³⁰ y en ese momento sí que explotaron en el hermano mayor el orgullo y la envidia, pues *se enojó y no quería entrar.*³¹

Entonces, el padre intentó convencerlo de que participe en los festejos, pero no se nos dice si tuvo éxito; por eso, si sus tratativas fracasaron, mucho habrá tenido que ver el criado «cizañero», quien azuzó el orgullo del hermano mayor advirtiéndole que, no solamente había vuelto el hermano y lo estaban cortejando con una fiesta, sino que —¡por si fuera poco!— la fragancia de aquella carne asada e incitante no provenía de un becerro cualquiera, sino del mismísimo becerro cebado, y, por eso, gran parte de la queja del hijo mayor se centró en el animal sacrificado, pues a su padre le protestó envidiosamente: *nunca me diste un cabrito para festejar con mis amigos.*³²

10

— ENVIDIA Y PREJUICIOS —

« Superficialidad, desmitificación,
adulación y prejuicio... son primos
hermanos »³³

La soberbia —dijimos— nos empuja a compararnos con los demás en los diversos ámbitos de la vida (profesión, estudios, familia...), espíritu de comparación que desemboca en la «catarata de la envidia». Y ahora quiero advertirte sobre algunos síntomas que te pueden servir para darte cuenta si el río de montaña por el que

²⁹ Cfr. D. Langlois Ibáñez, op. cit., p. 47.

³⁰ Lc. 15, 27.

³¹ Lc. 15, 28.

³² Lc. 15, 29.

³³ Parafraseamos una de las sentencias de D. Langlois Ibáñez, op. cit., p. 63.

navegas con la canoa de tu vida es el mismo que desemboca en dicho precipicio acuático.

El primero al que quiero referirme es la «tendencia a desmitificar los méritos del prójimo»: restarle importancia a todo logro ajeno sobre actividades o circunstancias semejantes a las que desarrollamos nosotros. Esto se puede constatar si descubrimos que estamos predispuestos a decir de una misma persona que sus logros son sucesivos frutos de circunstancias coyunturales (¡pura suerte!). Cuando se experimenta este síntoma (la predisposición a la desmitificación metódica de alguien), ten presente que más que decir ¡pura suerte! deberíamos decir ¡pura envidia!

Sería una pena que vivamos «desmitificando» éxitos legítimamente conquistados, y entristeciéndonos por comparaciones que tienen como causa la hipnosis de éxitos ajenos que tal vez sí fueron casuales e injustificados, pues no te olvides que la soberbia también nos puede «azuzar» envidiando éxitos que, analizados detenidamente, sean simple consecuencia de una de las «tantas carambolas de la vida, o sea, logros que sólo con una abierta sonrisa pueden ser valorados: la sonrisa de la relatividad».³⁴

La soberbia, hábito negativo desvinculado de la verdad, tiende a que nos contristemos de éxitos que no tienen fundamento, y, contemporáneamente, a que promovamos el desprecio envidioso de otros que sí han sido meritorios. En cambio, la humildad, por «andar en verdad»,³⁵ distingue connaturalmente qué acciones deben ser desmitificadas y cuáles alabadas.

El segundo síntoma del que te quiero advertir es la combinación entre «superficialidad» y «prejuicio», es decir, la inadecuada buena o mala predisposición a juzgar sobre personas o hechos que no conocemos en profundidad. Pero antes de exponer esta cuestión debo advertirte que bajo el concepto de «superficial» incluyo a todos los que no tienen interés en conocer la verdad ¡ni aunque se les suplique de rodillas!

Dentro de los variados motivos que nos hacen ser superficiales, resplandece el cóctel entre «pereza» e «indiscreción». La pereza porque hay personas que son vagas para «analizar», ya que les cansa tener que decomponer las múltiples partes de un problema, y, por tanto, se precipitan a emitir juicios que son superficiales por falta de estudio de la cuestión. Y las «indiscretas», porque como les gusta opinar siempre, también lo hacen en temas que desconocen parcial o completamente.

³⁴ Pbro. Martín Descalzo.

³⁵ Santa Teresa de Jesús, *Las moradas*, Madrid, 1955 (6, 10).

El superficial, especialmente si es perezoso, procura respuestas «condensadas», dado que su desinterés hace que sólo tenga fuerzas intelectuales para prestar atención a las opiniones de los demás durante veinte segundos... y ante un tema complicado es incapaz de atender a la exposición sin aburrimientos ni apatías.

El superficial no quiere que le exijan remontarse, en los análisis, ni siquiera al día de ayer, porque eso le equivale a tener que viajar por el túnel del tiempo hasta el cuaternario.

El superficial no tiene hábitos analíticos, carencia que, por otra parte, es un problema mundial especialmente presente en los medios de comunicación social que manipulan las mentes superficiales llenándolas de prejuicios: valiéndose de encuestas «sintéticas» sobre temas complejísimos que exigirían un análisis detenido, o con programas de opinión en los que sabios e ignorantes son equiparados con la metodología de concederle a todos unos pocos segundos para exponer sus ideas, o con cualquier otro método que impida llegar a toda la verdad... Y además de ser un problema mundial, es un problema grave, porque un mundo superficial es un mundo lleno de prejuicios, o sea de personas muy sensibles a las primeras impresiones y modos de decir (cómo me saludaron, cómo me miraron, cómo fue la atención inicial dispensada, etc.). La persona profunda, en cambio, es analítica y paciente; sabe esperar, y nunca pierde de vista las cuestiones de fondo.

Por ejemplo, hay quienes al conocerlos por vez primera nos dejan como inicial impresión un aire de simpatía, pero con el correr del tiempo notamos que aquello había sido sólo un «lapsus virtuoso» en la vida de un soberbio egoísta; y, contrariamente, hay otros que en el primer momento transmiten una impresión negativa, y luego se nos revelan como personas maravillosas; y si a estos últimos, ya ganada la confianza y transcurrido el tiempo, les preguntásemos:

—Aquella primera vez que te ví, ¿por qué estabas tan apático? — quizás nos respondan:

—Porque ese día me sucedieron tres cosas: me despidieron del trabajo, a mi mujer le detectaron un cáncer, y sufría un agudo dolor de muelas.

La humildad rechaza todo tipo de apariencias y visiones superficiales de los acontecimientos, y expresa la capacidad del espíritu humano para alcanzar la cruda verdad de los hechos. La humildad es condición inexorable de la grandeza de espíritu, pues permite valorar la realidad sin superficiales reduccionismos, y sin desmitificar, ni adular, ni prejuizar por omitir los análisis necesarios.

Y para no incurrir en apreciaciones superficiales o prejuiciosas, ni desmitificaciones o adulaciones al valorar el esfuerzo ajeno, te sugiero tener presente la definición de «suerte» que daba Voltaire:

«La oportunidad que se presenta a quien se ha capacitado para aprovecharla».

Aceptando esta definición, te diré que si somos humildes estaremos instalados sobre el camino que nos permitirá distinguir claramente el «éxito» del «mérito», y, también, a saber diferenciar los éxitos fundados en una capacitación profunda de aquellos que se encuentran edificados sobre el frágil cimiento de la pereza.

Y quiero concluir este apartado haciéndote una sugerencia concreta: al encarar la batalla contra el superficial y sus prejuicios, no te olvides de pedirle a Dios que te arme de una gran paciencia, pues Albert Einstein decía que

«es más fácil destruir un átomo que un prejuicio».

11

— ENVIDIA Y FORMACIÓN DEL CORAZÓN

En la envidia hay que distinguir la «tentación» y el «pecado», porque si bien puedo «sentir» envidia eso no equivale a «consentir» en ella. El pecado está en el consentimiento, no en el sentimiento.

De todos modos, si bien las tentaciones de envidia no son equivalentes al pecado de envidia, dichas tentaciones, de ser frecuentes, serán síntoma de que tenemos un corazón envidioso. Por tanto, pidámosle a la Santísima virgen que nos ayude a formar nuestros corazones en orden a que sus hábitos nos impulsen hacia una vida recta propensa a la admiración, a la conmiseración del dolor ajeno y al amor.

12

— ENVIDIA: LAS CRISIS DE LOS «TREINTA» Y DE LOS «CUARENTA»

«La crisis de los cuarenta nos hace mirar hacia atrás, y la de los treinta a los lados»

Jesús dijo que quien *pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el Reino de Dios;*³⁶ y aunque yo ahora no quiera introducirte en el análisis de la célebre cuestión sobre si «no ser apto» equivale a ser un «inepto», sí quiero decirte que cuando la

envidia nos hace ineptos para la alegría, no es tanto porque nos esclavice de modo enfermizo con la tentación de mirar «hacia atrás», sino en cuanto nos empuja desmedidamente a vivir mirando a «los lados».

El siglo veinte hizo famosa la «crisis de los cuarenta», la que muchos vinculan a ese mirar «hacia atrás»; aunque hay quienes dicen que dicha crisis no se manifiesta en el mirar hacia atrás, sino en el hacerlo a los lados: el espíritu de comparación. Pero te propongo que consideres una tercera teoría espiritual: la crisis de los cuarenta es, ciertamente, un mirar hacia atrás, pero su origen es consecuencia de no haber sabido superar a los treinta la tentación frecuente de mirar a los lados. Más concretamente, la crisis de los cuarenta se originaría en un mirar hacia atrás comparativamente: un mirar hacia atrás que por un lado nos hace regodear en los éxitos alcanzados, y, por otro, sufrir cada vez que constatamos que nos es aplicable la frase de San Agustín:

«Hacía siempre lo que quería y siempre llegaba adonde no quería».

Pidámosle a Dios mirar siempre para adelante en el camino que Él nos ha trazado, y hacerlo como esos atletas internacionales que pugnan por ganar la carrera de los cien metros llanos en las olimpiadas (jamás miran a los lados, porque hacerlo distrae y lleva a la derrota).

En la vida espiritual, la carrera hacia el Cielo exige de nuestra parte la misma actitud; no por nada Santa Teresa de Jesús les advertía enérgicamente a sus hermanas del convento:

«En las tentaciones de pensamiento hemos de tener cuidado de aquellas comparaciones sobre quién es mayor. Hermanas, Dios nos libre por su Pasión de decir o pensar que "soy la más antigua dentro del convento", "que tengo más años", "que he trabajado más", o que "a otras que llevan menos tiempo las tratan mejor". A tales tentaciones hemos de rechazar con presteza».³⁷

³⁷ Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, Madrid, 1955 (12, 4).

SOBERBIA
y
FORMACIÓN DEL TEMPERAMENTO

13

— TEMPERAMENTO Y CARÁCTER —

« No digas: "Es mi genio así... son cosas de mi carácter". Son cosas de tu falta de carácter... »

38

«**T**emperamento» y «carácter» se distinguen: el temperamento es congénito (viene de nacimiento y con carga hereditaria), mientras que el carácter es el esfuerzo que el hombre hace para forjar su temperamento. Por tanto, el temperamento es el caballo y el carácter las riendas, y así como el agua que llega de las montañas a los valles, en su recorrido subterráneo va recogiendo propiedades dominantes (hay aguas que son ferruginosas, alcalinas, sulfurosas...), lo mismo sucede con el temperamento, pues al nacer recibimos una herencia dominante con propiedades diversas: coléricas, sanguíneas, flemáticas... ; y forjar el carácter consiste en saber encauzar esas propiedades temperamentales, potenciando las ventajas y aminorando las desventajas. De aquí que más que distinguir entre el buen carácter y el mal carácter, la distinción debería ser entre el carácter y la falta de carácter, entre el dominio del temperamento y la falta de dominio.

Por ejemplo, San Josemaría Escrivá, de pequeño, tenía un temperamento fuerte; y cuando en el colegio sintió en una ocasión que «el profesor había sido injusto con él, en su rabieta de niño arrojó el borrador de tiza contra la pizarra; pero luego fue capaz de agradecer a este buen religioso escolapio, su maestro, el silencio que guardó sobre lo sucedido cuando se encontró por las calles con el niño y su padre, que daban un paseo».³⁹

³⁸ Camino, 4.

³⁹ A. Sastre, *Tiempo de Caminar*, Madrid, 1989, p. 36.

Este era el Josemaría temperamental; en cambio, el San Josemaría canonizado por la Iglesia sería aquel que lucharía durante años contra lo que él denominaba «caratteraccio», para conseguir despojar de su conducta los exabruptos y las brutalidades.

También se cuenta de San Josemaría que de pequeño le dieron para comer algo que no le gustaba (preparado con salsa de tomate), y entonces, tomando el plato lo arrojó contra la pared dejando una gran mancha. ¿Y qué hicieron sus padres? Ni le pegaron ni le regañaron, pero dejaron la pared sin arreglar durante varios meses antes de empapelarla o pintarla nuevamente. Y cada vez que alguna visita iba a su casa y contemplaba aquella mancha infantil de «arte surrealista», basada en la falta de dominio, el futuro santo pasaba mucha vergüenza. Pero para los que conocemos la vida de San Josemaría, y su gran espíritu de mortificación, austeridad y sobriedad en las comidas, sabemos que a lo largo del tiempo se produjo en su vida un cambio, pues entre el niño rabioso que estampa en la pared un plato con salsa de tomate y el adulto elevado a los altares por la Iglesia Católica, hay una diferencia: la lucha cotidiana, de toda su vida, intentando forjar el temperamento para tener un buen carácter.

Hay una lección que es imprescindible dejar indeleblemente grabada en nuestras almas: la lucha por la santidad exige una mejora continua de nuestro temperamento. Porque sin reforma del temperamento, es decir, sin forjar un carácter verdadero, la vida espiritual es artificial. La santidad exige lucha... se puede «coexistir» con los defectos (es parte de la condición humana), pero esto no implica «convivir» con ellos. Y si no podemos expulsar los defectos de nuestra alma, deberemos procurar que no se sientan cómodos dentro de ella: ¡No podemos permitir que nuestras almas se transformen para los defectos morales en una especie de hotel internacional de cinco estrellas! Y en esta lucha, la paciente «aceptación de uno mismo» hará que ante los vicios que se nos presentan como inmodificables, aceptemos coexistir con ellos luchando constantemente por atenuarlos, suprimirlos, expulsarlos... Algo semejante a lo que hizo San Josemaría, cuyas «líneas imprecisas del temperamento de niño se fueron transformando con los años, no por cambios biológicos sino por el empeño que puso en someter sus pasiones y corregir los defectos».⁴⁰

⁴⁰ A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, Buenos Aires, 2003, tomo III, p. 412.

— TEMPERAMENTO Y TERRORISMO
DOMÉSTICO —

« Señal evidente de falta de
humildad: Buscar o desear
singularizarte »⁴¹

Un grupo armenio protesta contra el genocidio que cometieron hace setenta años los turcos contra ellos, y coloca una bomba en Madrid. La explosión se lleva la vida de decenas de personas que ni siquiera saben dónde queda Armenia; y entre las consecuencias del atentado le tienen que amputar las dos piernas a un periodista. Este hombre pierde las piernas pero no su alma de periodista, por lo que sale del hospital y viaja para entrevistar al responsable de la matanza con una sola pregunta: «¿Por qué?». Y todas las respuestas, ilógicas, tienen un absurdo denominador común: llamar la atención.⁴²

Otro episodio. Un hombre ingresa en Roma a la Basílica de San Pedro y la emprende a martillazos contra *La Piedad*, de Miguel Ángel. El servicio de seguridad lo detiene antes de que los destrozos sean mayores. La policía luego comunicaría que se trataba de un loco que procuraba llamar la atención del mundo sobre alguna obsesión que, fruto de sus desequilibrios psíquicos, lo movió a intentar reivindicar algo intrascendente que nadie recuerda.

Ahora, si tales acciones nos sorprenden, también deberíamos asombrarnos cuando, ingresando nosotros a casa, la emprendemos con modos y arranques temperamentales que destrozan el rostro alegre y pacífico con que Cristo quiso configurararnos en el Bautismo. Piensa, por ejemplo, en ese hijo encolerizado que simula una especie de ataque de epilepsia para que el hogar detenga ya mismo su marcha y lo escuche, o en las huelgas de hambre de una hija que a los treinta años todavía continúa encerrándose en la habitación sin comer, o la madre que ante la desobediencia reiterada de sus hijos simula un soponcio desplomándose sobre el duro suelo (pero acompasadamente, para no golpearse), o el automovilista que pretende resolver el bloqueo del tránsito produciendo con el claxon constantes bocinazos...

En realidad, estas conductas no son otra cosa que modos destemplados del egocentrismo, de llamar la atención, de buscar singularizarnos... ; y estas reacciones «egocéntricas» (opuestas al «cristocentrismo» al que nos ordena el Bautismo), además de ser un modo negativo de «llamar la atención», presentan otra dificultad: dejan el

⁴¹ *Surco*, 263.

⁴² Pbro. Martín Descalzo.

consabido tendal de víctimas inocentes que, como en el atentado armenio, ni siquiera saben ubicar al país víctima del genocidio.

— VANIDAD Y VESTIMENTA —

El temperamento vanidoso procura llamar la atención de diversos modos, uno de ellos es la violencia, pero también hay otras variantes que progresivamente se van imponiendo en el mundo, entre ellas el «terrorismo de la indumentaria», el cual también constituye un atentado contra la humildad.

La humildad en el vestir se denomina «modestia», virtud que, en cuanto hija de la humildad, nos compele a no llamar la atención con la vestimenta y el ornato, aunque al escribir estas líneas me asaltan dudas sobre el término más adecuado para la cuestión a que deseo referirme: ¿vestimenta o desvestimenta?

Dando por descontado que vestir con modestia no significa hacerlo de modo desaliñado, mugriento, o con mal gusto... porque modestia y sano atractivo no se oponen, te diré que la falta de modestia se refiere al hecho de que sin un motivo justo se busca llamar la atención.

Hay personas que por su condición deben vestir revelando públicamente las tareas asignadas: policía, bombero... pero distinto es el caso de quien habitualmente busca singularizarse irrazonablemente en medio de la multitud; y debemos reconocer que ¡cuán difícil es, en este mundo signado por la trascendencia que se le concede a la apariencia corporal, ser humildes en la vestimenta y el arreglo personal! Porque no podemos olvidar que vivimos en una sociedad traumatizada por la estética corporal, y en la que se gastan ingentes fortunas para disminuir las arrugas del rostro, someterse a cruentas lipoaspiraciones y/o estiramientos de piel (con los torniquetes y las riesgosas anestias que los acompañan), procurar la incorporación artificial al propio cuerpo de materiales cancerígenos que simulen perfecciones no poseídas naturalmente, apoyar los pasos sobre elevadas y pesadas plataformas que obligan a caminar con gran concentración para no perder el equilibrio... Es decir, vivimos en una sociedad donde es casi imposible que unos kilos de más, una calva incipiente, o el riesgo de no llegar a cierta estatura... se constituyan en traumáticas amenazas para la propia felicidad. Y si a esto se suma el conjunto de carreras universitarias consagradas al estudio de la apariencia (postgrados en «asesoramiento de imagen», consultorías sobre el «perfil» más adecuado de una persona o producto...), surge

con fuerza el dramático dilema: ¿cómo sobreponernos para que estos embates socioestructurales no dañen nuestras almas? Respuesta: siendo humildes, modestos.

La falta de modestia en el vestir puede manifestarse de diversos modos, y uno de ellos, el más grave y dañoso para la propia dignidad, es hacerlo «impudorosamente», tema ante el que la juventud (especialmente la femenina) debe estar prevenida para no dejarse arrastrar ante las modas diseñadas por gente inmoral que pretende engañarnos haciéndonos creer que detentamos una naturaleza asexual.

Tal vez una muchacha jovencita pueda pensar que vestir pudorosamente sea algo metafísicamente imposible a su edad, pero eso no es cierto, ya que pese a que ésta no sea la conducta predominante, hay testimonios de muchas adolescentes que viven la modestia y el pudor.

Y si en este apartado hago mención al «pudor» es porque ya dijimos que un modo concreto de llamar la atención es vestir impudorosamente, pues la proclividad del ser humano a invadir por pura curiosidad la intimidad de los demás hace que la vestimenta impudorosa se constituya en anzuelo infalible para «intentar ser centro»; y utilizo el verbo «intentar» porque, según Juan Pablo II, la falta de pudor es un camino equivocado que genera más bien la actitud opuesta, pues el pudor es un movimiento de defensa de la persona que, buscando salvaguardar su intimidad, «tapa al cuerpo antes de que sea el cuerpo quien tape a la persona».⁴³

Y como la «desvestimenta» dificulta mirar a las personas en sus ojos (ventanas del alma), y nos fuerza a dirigir nuestra visión hacia aspectos corporales que exhiben la femineidad o virilidad de modo degradado y desnaturalizado, tal «desvestimenta» es tan sólo un vano intento de ser el centro, puesto que la mirada ya no se dirige a la persona sino al cuerpo, a ese cuerpo que «tapa» a la persona.⁴⁴

⁴³ Esta idea, típica de la teología del cuerpo propuesta por Juan Pablo II, ya afloraba en su pensamiento pre-pontifical (vid. K. Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, Madrid, 1982. Capítulo referido al «pudor»).

⁴⁴ La cuestión no reside tanto en el tipo de vestimenta, sino en lo que configura una provocación a centrar las miradas en los cuerpos y no en las personas. Hay vestimentas que, aunque «abundantes», tienen un diseño tal vez más provocativo que una «desvestimenta». Por tanto, no se trata tanto de determinar el largo de las faldas, o la cantidad de piezas que componen un traje de baño (una, dos...), o hasta dónde se exhibe el cuerpo *in directo*... puesto que las posibles variantes que la moda está en condiciones de ofrecer para estimular indebidamente la sensualidad son infinitas. Para determinar la moralidad o inmoralidad de una vestimenta, considero que hoy día no es

De todos modos, no sólo la «desvestimenta» puede constituir un atentando contra la modestia, también la «vestimenta»; y aquí me refiero a esa señora o señorita que a sus ochenta y cinco años viste pudorosamente pero se singulariza porque lo hace como una niña adolescente, o la indumentaria excesivamente «sport» que deliberadamente llevamos al sitio donde todos visten de modo formal (o viceversa), o la exhibición intencional de sellos y marcas de prestigio, o las cabelleras exóticas, o los pendientes que cuelgan en lugares insólitos del cuerpo, o los clamorosos tatuajes, o las innumerables actitudes que en el fondo revelan un no querer resignarse a ser ciudadanos comunes de nuestro planeta...

Hoy día es necesario más que nunca hacer un esfuerzo especial para no pretender «llamar la atención» por medio de la estética corporal, sobre todo si se tiene en cuenta que dicha falta de humildad está en la raíz de múltiples enfermedades psicofísicas en expansión (especialmente las vinculadas a los desórdenes alimenticios y la disconformidad con el propio cuerpo), enfermedades potenciadas por intereses económicos e ideológicos que generan modas negativas promotoras de la masificación, y que, retroalimentándose en ésta, constituyen un síntoma social que refleja falta de carácter y personalidad por parte de los integrantes de una familia, ciudad, país...

16

— TEMPERAMENTO Y COHERENCIA —

El Padre Martín Descalzo hace una interesante descripción de su amigo Jorge Cólera,

«un antimilitarista furibundo que vive obsesionado por la guerra nuclear y que sabe de memoria muchos datos: número de cabezas atómicas de cada posible contendiente, instalación de misiles, capacidad de portaviones y bombarderos, cifra de posibles megatonnes que podrían estallar en el mundo... Pero Jorge Cólera no sólo sabe, también actúa, pues está presente en toda manifestación antibelicista o ecologista. Es experto en pancartas, slogans y canciones pacifistas. No fue objetor de conciencia del servicio militar porque en su época de estudiante no le interesaban estas ideas, pero hoy día se lamenta de no haber pasado un par de años en la cárcel para actualmente gloriarse de su condición

conveniente partir en el análisis desde cuestiones fácticas (faldas largas o cortas), sino desde criterios antropológicos: ¿Estimula la sexualidad indebidamente... sí o no?, ¿llama la atención... sí o no?; y recién luego descender a los juicios concretos.

de prisionero con motivo de su resistencia a ser reclutado. Cuatro veces se encadenó a la puerta de cuarteles y en más de una ocasión participó de marchas contra centrales nucleares. Estuvo en la primera fila de cuarenta y dos manifestaciones contra la OTAN. Muestra con orgullo una cicatriz de un bastonazo de goma que en una refriega callejera le propinó la policía antimotines de París, y que para él constituye una suerte de condecoración. Pero lo que siempre me sorprendió de Jorge es su olvido por ejercitar el pacifismo en la vida cotidiana, porque su apellido es el mejor retrato de su comportamiento doméstico (¡Cólera!): discutidor y cizañero en la oficina, intolerante con su mujer, duro con sus hijos, despectivo con el suegro y temido por el portero del edificio y los vecinos: un hombre que nunca pasa desapercibido en la vida cotidiana, pues su temida presencia suscita la atención de todos».⁴⁵

Dios espera de nosotros coherencia no sólo entre los grandes valores por los que nos gusta dar testimonio; sino también por los más cotidianos y sencillos que al encerrar (contener) un significado profundo y trascendente... sería un error no tenerlos en cuenta.

17

— TEMPERAMENTO E INDIFERENCIA —

Conocí un matrimonio exitoso que, pese a todo, en cierta ocasión tuvo una célebre batalla (ya resuelta). La misma tuvo lugar al principio de la vida matrimonial. La esposa, a última hora, ya en la cama, le pidió a su marido, que estaba en la sala de estar, alguna cosa (no digo qué le pidió porque ellos a las dos semanas, cuando me lo contaron, no recordaban qué había sido —típico de estas peleas—); y como no consiguió que su esposo obedeciera, hizo sonar la alarma de la casa generando el malestar de los vecinos, ¡pero también del marido! (principal objetivo del acto terrorista). Lo cierto es que consiguió el efecto buscado, pero junto a otros no pretendidos, pues estuvo peleada con su esposo un par de semanas y con sus vecinos definitivamente.

Yo los consolé a los dos diciéndoles que estas dificultades iniciales estaban descritas en los manuales de psicología matrimonial más básicos, de modo que no debían preocuparse, y añadí que ya le había sucedido algo semejante, hace dos mil trescientos años, a

⁴⁵ Pbro. Martín Descalzo.

Sócrates, pues cuando le dijo con mansedumbre a su esposa la famosa frase: «¡Es lógico, a los truenos sigue la lluvia!», fue porque ella, enojada ante la indiferencia con que el marido desatendía sus gritos y reproches, le acababa de arrojar un balde con agua. La mujer de Sócrates esperaba como respuesta, al menos, un alarido de su marido («¡Basta!»); pero, como ni siquiera conseguía eso, atrajo su atención con un baldazo.

Este tipo de sucesos nos enseñan que una falta de humildad ante la que debemos estar prevenidos, es la baja tolerancia ante la indiferencia. Porque si bien ésta constituye un acto de soberbia, también lo son esos baldazos y gritos de impaciencia que revelan la desesperación por ser «centro de atención».

Y ten en cuenta que, en este sentido, el campo de lucha es muy amplio, pues debemos dominar nuestras reacciones temperamentales no sólo en el hogar, también en el deporte, en la oficina, en el trato con los amigos, etc., ya que nuestros exabruptos muchas veces son intentos violentos de llamar la atención, de ser centro, de decirle al mundo que me rodea que en ese momento lo más importante es lo mío (no lo de ellos), y que todos deben dejar de hacer lo que están haciendo para prestarme atención.

La soberbia, a diferencia de la humildad, no puede resistir la indiferencia de que no se nos preste atención, y entonces, el amor propio reacciona lleno de enfurecimiento cuando nota que los demás ignoran lo nuestro: se olvidan de felicitarnos en nuestro cumpleaños, no nos agradecen un regalo que hicimos, no nos mencionan en un sencillo discurso de aniversario como cofundadores de la iniciativa:

—¡No dijo nada sobre la comida! —exclama la dueña de casa al retirarse el invitado...

18

— TEMPERAMENTO Y RIGIDEZ —

*« En lo necesario unidad, en lo opinable
libertad, y en todo caridad »⁴⁶*

El vigía llama desde la torre por teléfono al comandante de la nave:

—¡Comandante, emergencia, a 1.500 metros hay una luz en la oscuridad sobre la proa, vamos directo hacia una colisión!

⁴⁶ *«In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas»* (San Agustín).

—¡Comuníquese urgentemente con esa nave —responde el comandante— y ordénele de mi parte una modificación en su rumbo!

—¡Comandante, respondieron diciendo que el rumbo lo modifiquemos nosotros!

—¡Dígale —exclama enfurecido— que quien le habla es uno de los comandantes de más alto rango de su majestad: el mismísimo almirante Sir Percy Williams!

—¡Comandante, nos han respondido diciendo que no les importa, y que quien habla es el marinero de segunda Tom Smith, y además nos ordena que modifiquemos urgentemente el rumbo!... ¡y sólo faltan 500 metros para el impacto!

—¿¡Quién será ese tonto!? ¡Déle una última advertencia diciéndole que yo soy el comandante de una embarcación de acero de 45.000 toneladas, y que se aparten ya mismo!

—¡Comandante, el marinero de segunda Tom Smith nos intima por última vez a que desviemos el curso, y también nos ha dicho que él es el comandante de un faro de muchísimas toneladas de hormigón armado!

—¡Rectifiquemos el rumbo! —dice el Almirante.

He aquí un comandante humilde, puesto que sabe rectificar sin rigideces y adecuarse humildemente a las circunstancias; porque ¡cuántas veces la soberbia nos lleva al choque con la tristeza y la amargura de rebelarnos ante lo que no se puede cambiar! He aquí un comandante humilde que nos recuerda la oración que nuestros admirables y queridos amigos, los alcohólicos anónimos, han difundido por el mundo:

«Señor, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar; fortaleza para cambiar las que sí puedo; y sabiduría para distinguir unas de otras».

Esta humilde oración, como verás, goza de aquel hilo que unifica tres virtudes de máxima trascendencia para la paz doméstica, nacional y mundial: sabiduría, fortaleza y serenidad; virtudes que son imprescindibles para rechazar de nuestras almas el drama de la rigidez, defecto que revela nuestra poca capacidad de comunicación, haciéndonos, pese a que las apariencias den a entender otra cosa, débiles en el trato con los demás.

— RIGIDEZ Y AJEDREZ —

La debilidad comunicacional del rígido, y su antisociabilidad, quedan bien retratadas sobre un tablero de ajedrez, al menos para quienes conocen las reglas de este ancestral juego y saben que el poder de las piezas depende de la flexibilidad y capacidad de adaptación al terreno.

En el ajedrez, la pieza más débil es el Peón, pues su rigidez limita sus avances haciendo que se mueva por los casilleros de uno en uno, y sin posibilidad de rectificar el recorrido. Luego viene la eterna discusión sobre si es más poderoso el Alfil o el Caballo, pues mientras el Alfil aventaja al Caballo por su capacidad para desplazarse de una punta a otra del tablero con un solo movimiento, y también por sus vertiginosos, diagonales e imprevistos ataques amenazantes y mortales, su rigidez le impide cambiar de color, ya que el Alfil del cuadro blanco sólo se mueve sobre los casilleros blancos y el del cuadro negro sobre los negros, ergo: el Alfil solamente puede jugar exclusivamente sobre la mitad de los casilleros del tablero. En cambio, el Caballo detenta mayor plasticidad, ya que al poder saltar sobre las piezas tiene acceso a todos los casilleros; aunque su salto quebrado también es rígido, pues le obliga a cambiar siempre de color, y, además, su rigidez lo hace avanzar con una lentitud tal, que muchas veces le impide llegar a tiempo cuando se lo necesita urgentemente en el otro extremo del campo de combate, donde no son pocas las oportunidades en que al llegar descubre que sus compañeros ya fueron pasados a cuchillo. Y en cuanto a la Torre, diremos que es más poderosa por ser menos rígida, y si bien sus ataques frontales y preanunciados no son tan amenazantes e inesperados como los del Alfil, se caracterizan por ser absolutamente demolidores; y la raíz de su poderío destructor se fundamenta en que los movimientos rectos (a diferencia del Alfil) le permiten circular indistintamente por todos los casilleros (negros o blancos); además debe añadirse que la Torre también supera holgadamente al Caballo en la longitud de sus desplazamientos. Y la Dama, ¿quién es ella? Es una gran bailarina que se mueve a grandes velocidades por el tablero, sea frontalmente como las Torres o en diagonal como los Alfines, y por su potencial de elasticidad y flexibilidad no existen casilleros en los que no pueda reinar; y aunque es archisabido, te recordaré que quien tras una torpe jugada tuvo que sacrificarla, no tiene posibilidad alguna de victoria. Finalmente nos queda el pobre Rey, quien intentando agrandar a su esposa, se comporta como un torpe aprendiz de bailarín, pues mientras ella es capaz de moverse con presteza por todos los sectores del tablero, él lo hace con pasos lentos, ya que aunque puede avanzar por los casilleros en todas las direcciones, debe hacerlo, al igual que el Peón, de uno en uno.

Con lo expuesto ya te habrás percatado de que al igual que con las piezas de ajedrez, en la vida hay que tener cuidado con la soberbia, vicio que nos hace rígidos, inflexibles... es decir, débiles. Pero quiero proporcionarte un ejemplo del típico diálogo que nos recuerda las actitudes rígidas que generan violencia doméstica:

—¿Quieres venir a cenar con tu madre y conmigo a un restaurant?
—pregunta el padre a su hija.

—Sí, con mucho gusto, pero si esperas que le avise a Claudia que no venga, pues esta noche quedamos en estudiar juntas.

—¡No, o me contestas ahora o te quedas!

—¡Pero querido —interviene la esposa—, llamar por teléfono es sólo un instante!

—¡Perfecto, entonces nos quedamos en casa y comemos aquí! La hija, al ver que le está arruinando a su madre el paseo, dice súbitamente:

—¡Voy papá, voy, no la llamo; ya lo arreglaré después! —¡No —espeta el padre—, ya dije que no vamos, comeremos aquí!

La rigidez en el hogar genera violencia, y constituye una suerte de «fundamentalismo» contra el cual es importante luchar, ya que los hijos educados con rigidez, y absurdamente humillados por quienes deberían amarlos, acaban temiéndoles a sus padres como si fuesen demonios.

Un padre deberá darse cuenta de que si hay invitados es necesario flexibilizar un poco las correcciones que se hacen en público para no herir innecesariamente los sentimientos de sus hijos, ya que si bien es bueno que éstos tengan experiencia de lo que significa ser humillados, es trágico que sean los mismos padres (aquellos que deben enseñar a sus hijos a enfrentar con dignidad las humillaciones) quienes les agredan infiriéndoselas. Que los hijos reciban humillaciones de la vida, sí; pero que sean los padres quienes las promuevan, ¡no! Los padres deben enseñar a sus hijos a valorar y enfrentar las humillaciones, pero sin ser nunca sus causantes.

Además, cuando los hijos son educados en un clima de rigor inflexible y humillante, luego no solamente son ineptos para enfrentar los golpes que propina la vida, sino que tienen temperamentos «sumisos» (distinto a obedientes o disciplinados, como ya señalamos), inertes, inseguros, carentes de iniciativa y tendientes a la soledad y el individualismo; y, luego, cuando llegan a ser adultos y pierden el miedo a sus padres, dicho temperamento les explota cada dos por tres, dado que todo orden fundado sobre las amenazas y el terror solamente puede durar mientras éstos se mantengan.⁴⁷

⁴⁷ Cfr. D. Ibáñez Langlois, op. cit., p. 80.

SOBERBIA y TIMIDEZ

20

— TIMIDEZ Y PECADO —

« ¡Señor, cuántas veces me has llamado, y cuántas con vergüenza he respondido, desnudo como Adán, aunque vestido de las hojas del árbol del pecado! »⁴⁸

Hay que distinguir dos tipos de timidez: temperamental y moral. La temperamental es aquella con que nacemos, y es causa de que, o nos sonrojemos con facilidad, o intervengamos temerosamente en ciertos ámbitos sociales, o expresemos y recibamos afecto de modo poco natural, etc. En cambio, la timidez moral es defecto enraizado en el orgullo, y nos impulsa a no ejercitar los propios derechos (o dejar de cumplir nuestros deberes) por temor «al que dirán», al «qué me dirán», al «qué pensarán», al «qué me harán», al «qué me pasará»... lo que refleja la existencia previa de una preocupación desmedida que tiene como centro al propio yo.

Tímido es el timorato (de *timor*, temor); y el temor es fruto del pecado, pues fue después del pecado original cuando aparecieron en el mundo el miedo y la vergüenza: basta recordar que según el Génesis, Adán y Eva, tras comer del árbol, tomaron unas hojas de higuera para cubrirse, y al escuchar los pasos de Dios que se paseaba por el jardín del Edén, experimentaron por primera vez el miedo, y se escondieron:

*Oí tus pasos en el jardín, y tuve miedo... y me escondí.*⁴⁹

Y es una pena que en ciertas ocasiones nos excusemos alegando nuestra timidez como si se tratase de una excusa legítima: «¡A mí no me lo pidas porque soy tímido!». Es decir, sea moral o temperamental, adquirida o genética, comprensible o no... debemos luchar

⁴⁸ Himno cuaresmal de Laudes (días lunes).

⁴⁹ Génesis 3, 10.

contra toda forma de timidez, y con la plena seguridad de que estamos luchando contra el amor propio.

Al respecto, ten presente la historia de Gedeón, quien debía enfrentarse con un ejército de sesenta mil madianitas, y, siguiendo órdenes de Yavé, previamente excluyó de sus tropas a los tímidos:

*Quien tenga miedo que se retire (Qui timidus est revertatur).*⁵⁰

Dice la Sagrada Escritura que de los treinta y dos mil que se alistaban a su servicio, tuvieron miedo veintidos mil, por lo que sólo quedaron diez mil (y los madianitas seguían siendo sesenta mil). La historia concluye con la victoria israelita... pero lo que me interesa destacar es que cuando Dios le dice a Gedeón *Qui timidus est revertatur*, lo hace porque no quiere gente que no esté dispuesta a luchar contra la timidez.

21

— TIMIDEZ Y SUMISIÓN —

« Las virtudes temerosas son virtudes falsas »⁵¹

Anteriormente dijimos que el orden basado sobre las amenazas y el temor sólo se mantiene en pie mientras siga reinando el miedo, pues al desaparecer éste desaparece el orden; por eso me permito reiterarte que las «virtudes» fundadas sobre el miedo son virtudes aparentes: caricaturas de virtud, no sirven, y en cuanto nos hacen vivir sobre una irrealidad, son contraproducentes.

Por ejemplo, los niños a los que se les inculcó el orden y la disciplina con la metodología de las amenazas, suelen ser niños sumisos (distinto a obedientes) que, con el pasar de los años, al perder el miedo, se rebelan con violencia inusitada.

Las virtudes que no tienen su fundamento sobre el amor, no son virtudes. Las virtudes temerosas son virtudes falsas; virtudes que se asemejan a la casa que según los Evangelios fue *construida sobre arena*,⁵² ya que no gozan de base sólida: son sólo marionetas que actúan sujetas por los hilos del miedo y el temor, y que se desploman apenas estos hilos se cortan (normalmente cuando el niño es adulto).

⁵⁰ Jueces 7, 3.

⁵¹ Cfr. D. Ibáñez Langlois, op. cit., p. 64.

⁵² Mateo 7, 26.

— TIMIDEZ Y COBARDÍA —

« Los errores de la cocina se tapan con salsa, los de los arquitectos con floreros, y los de los médicos con tierra »

La timidez confunde la inacción con la prudencia, pues te advierto que hay omisiones que, pese a su apariencia de virtud, no son otra cosa que una notable irresponsabilidad.

Por ejemplo, hay una novela sobre médicos —*Cuerpos y almas*—⁵³ en la que se retrata todo un mundo de virtudes y defectos aparentes que nos pueden ofrecer estos profesionales del arte de curar. En dicha novela, al mismo tiempo en que se analizan las virtudes «aparentes» de algunos cirujanos «prestigiosos» que triunfan en todas sus intervenciones quirúrgicas (¡jamás un fracaso!), se describen los defectos, también «aparentes», de otros que como auténticos «carniceros» causan la muerte de muchos.

Pero, en realidad, los cirujanos «prestigiosos» sólo operan cuando el éxito está absolutamente asegurado, ya que si hay peligro de muerte, es decir, de que se manche la inmaculada estadística de éxitos en sus operaciones, se niegan metódicamente a intervenir, y al paciente le dicen que para su mal no hay solución. De modo que pese a que alguna esperanza de éxito hubiese, son enfermos condenados a morir, porque el dictamen emitido, al ocultar ilícitamente las reales posibilidades, se transforma en una condena a muerte.

En cambio, los «carniceros», despreciando su reputación, siempre que intuyen alguna posibilidad de salvar al enfermo, incluso mínima, se arriesgan con la pasión de todo buen cirujano (sacerdote de la vida); y pese a que frecuentemente manchan su legajo con la muerte de quienes igualmente hubiesen muerto (no se pierde lo que estaba perdido), también rescatan milagrosamente a otros que estaban falsamente desahuciados por los primeros.

Lo dicho sirve para que tomemos conciencia de que una parte importante de la lucha espiritual consiste en reformar el propio carácter (mejorarlo) detectando las cobardías temperamentales que nos hacen arrastrar por el miedo al «qué dirán...», y eliminarlas de nuestra personalidad. La vida cristiana exige luchar contra la timidez temperamental (genética) que tiene sus raíces en el pecado original; y, como fruto de esta batalla, tendremos una libertad interior que hará soberbia, el amor propio, la vanidad... harán que el culto al propio «yo» no vacile en dañar al prójimo si le resulta cómodo o conveniente.

⁵³ De la novela *Cuerpos y almas*, del célebre Maxence Van der Meersch, Buenos Aires, 1978, pp. 322-324. La novela fue publicada por vez primera en 1943, y describe la lucha entre la moral cristiana y el materialismo amoral del superhombre de Nietzsche, con el triunfo final de la visión cristiana.

— TIMIDEZ E IRRESPONSABILIDAD —

« ¡Si en el Calvario hubiesen estado Clodoveo y sus
hombres, Cristo no habría muerto! »

Hace unos mil quinientos años el fraile Remigio catequizó al rey de los francos, Clodoveo, preparándolo para el Bautismo. La historia dice que Remigio era un hombre de poca estatura, pacífico y asustadizo; mientras que Clodoveo era robusto y de temperamento iracundo (las malas noticias lo encolerizaban tornándolo extremadamente violento, y a punto tal de emprenderla a golpes incluso con sus seres queridos). Pues bien, una de las lecciones de Remigio a Clodoveo estuvo destinada a explicarle la Pasión de Jesucristo; y a medida que avanzaba la narración: traición de Judas, bofetada ante el sumo sacerdote, condena injusta de Poncio Pilato... Remigio comenzó a sentir miedo al notar que el rostro del monarca franco se comenzaba a descomponer de furor al escuchar la injusticia de los hechos. Y cuando su lección llegó al momento en que, ya muerto Jesús, un soldado le traspasó el costado con la lanza, Clodoveo no pudo refrenar más su cólera, por lo que se abalanzó sobre Remigio, lo sujetó por su hábito religioso, lo alzó por los aires, lo amenazó poniéndole a centímetros de los ojos su gigantesco puño, y le dijo con firmeza: « ¡Si en el Calvario hubiesen estado Clodoveo y sus hombres, Cristo no habría muerto! » Tras lo cual devolvió al pobre y aterrorizado frailecillo a su asiento para continuar con la lección.

Narro esta historia porque la timidez es un defecto que nos empuja a evadirnos de nuestras responsabilidades y deberes impulsándonos al camino cómodo del no intervenir cuando las cosas se pueden complicar, a ser soldados sin heridas por no haber combatido, es decir, soldados que no merecen condecoración alguna. De aquí que la timidez fundada en el orgullo de la excesiva preocupación por el propio yo, se pueda transformar en una variante de lo que es la vida cómoda que huye de todo lo que sea dificultad. Y ten presente que con un ejército de tímidos volverían a crucificar a Jesucristo.

De hecho muchas veces permitimos que esto suceda en nuestras vidas, como es el caso de la sonrisa tímida ante un chiste jocoso absolutamente contrario y desagradable a nuestras convicciones más profundas; o nuestra presencia que avala por timidez un espectáculo que de modo sorpresivo e inesperado se ha transformado en algo

manifiestamente indigno, pero del que no me quiero marchar para que no hablen de mí como de una persona anticuada, mojigata, rígida o autorreprimida; o el político que a nivel internacional, nacional, municipal, etc., para no ser perjudicado en su carrera, presta su voto, o su abstencionismo, para que se promulguen leyes inmorales...

24

— TIMIDEZ Y JUICIOS CRÍTICOS —

La timidez es propensa a los juicios críticos y negativos sobre el prójimo; y aunque al tímido le cueste expresarse y corregir frateralmente a quien le parece que es pesado y molesto con sus actitudes, eso no significa que en su interior no lo critique.

El tímido muestra apatía e indiferencia, pero en realidad se trata de rasgos ficticios, pues por dentro sufre al juzgar negativamente sin atreverse a expresar lo que siente que debe dar a conocer. Y, si a veces lo hace, no es extraño que lo haga a base de explosiones temperamentales fundadas en el hecho de ya no poder contener el veneno que lleva dentro.

25

— TIMIDEZ Y ACEPCIÓN DE PERSONAS —

« Nada perfecciona tanto la personalidad como la correspondencia a la gracia »⁵⁴

La acepción de personas nos hace ser autoritarios y dictatoriales ante los más débiles, y cobardes ante quienes, por diversos motivos, los juzgamos más fuertes: el jefe de la oficina, el dueño de la empresa...

Por ejemplo, se cuenta que cuando la prensa de París narraba día a día el regreso de Napoleón Bonaparte desde su destierro en la Isla de Elba, a medida que éste se acercaba con sus ejércitos a la capital, cambiaban cobardemente el tono de los titulares:

- «El monstruo de Córcega desembarcó en el Golfo de Juan».
- «El antropófago va hacia Grasse».
- «El usurpador entró en Grenoble».
- «Bonaparte llegó a Lyon».
- «Napoleón marcha hacia Fontanebleu».

⁵⁴ *Surco*, 443.

- «Su majestad imperial llega mañana a París».

El temperamento tímido nos impulsa a ser como esos malos militares que, por ser sumisos y reprimidos ante el superior en la escala de mandos, luego descargan sus rencores contenidos con los subordinados e inferiores; y lo mismo sucede con el marido que humillado por el jefe vuelve a casa para tomarse revancha con la esposa; o la hija que despreciada por el novio descarga el furor con sus hermanitos... ; es decir, el tímido se contiene con aquellos a quienes teme, y se descarga con quienes más confianza y menos temor le inspiran (los suyos). Por tanto, conforme a todo lo dicho sobre la timidez, es lógico que la Sagrada Escritura sea constante en vincular el miedo con el pecado y la imperfección espiritual:

- *Oí tus pasos en el jardín, y tuve miedo...*,⁵⁵ dice Adán tras comer el fruto prohibido.
- *Tuve miedo y escondí el talento... aquí tienes lo que es tuyo*,⁵⁶ dice aquel que en la «Parábola de los talentos» se excusó vanamente.
- *¿Por qué soís tímidos?*,⁵⁷ es el reclamo que Jesús les hace a sus discípulos en medio de la tempestad marítima.
- *Quien teme no es perfecto en el amor*,⁵⁸ advierte el apóstol San Juan en sus epístolas.

Pidámosle a la Virgen ser humildes, así seremos más responsables, equilibrados, justos, equitativos, serenos... y aumentará en nuestras almas la «certeza de que nada perfecciona tanto la personalidad como la correspondencia a la gracia».

⁵⁵ Génesis 3, 10.

⁵⁶ Mateo 25, 25.

⁵⁷ Marcos 4, 40: *Quid timidi estis?*

⁵⁸ I Juan 4, 18: *Qui timet non est perfectus in caritate.*

SOBERBIA y TRISTEZA

26

— TRISTEZA Y ACEPTACIÓN DE LA
REALIDAD —

*« Esas depresiones, porque ves o porque descubren tus defectos, no tienen fundamento... Pide la verdadera humildad »*⁵⁹

Durante mis estudios sacerdotales tuve un compañero, Alfonso Cañabate, que destacaba por su alegría y laboriosidad. un día, 26 de febrero de 1986, le diagnosticaron sorpresivamente una leucemia terminal; pocos días después (el 2 de marzo) murió. Al escribir estas líneas pienso que desde el Cielo Alfonso nos podrá testimoniar que su veloz fallecimiento fue inesperado tanto para él y los médicos que lo atendieron, como para nosotros —sus compañeros—; y sigue siendo un misterio entender cómo pudo llevar una vida tan normal sin sospechar, prácticamente hasta último momento, la existencia en el interior de su cuerpo de un mal tan grave y profundo. Pero me consta que en esos pocos días pudo preparar muy bien su alma para el asalto final al Cielo.

Al recordarlo, con frecuencia me pregunto: ¿Y si su latente enfermedad se hubiese descubierto dos años antes... podría, en ese caso, habersele aplicado un tratamiento que le salvase la vida? Sí, podría habersele intentado, pero el problema fue que la enfermedad permaneció oculta hasta último momento.

A la luz de este episodio te diré que, si bien la soberbia nos hace caer en la tristeza cada vez que constatamos un defecto en nuestro temperamento, lo sensato sería que nos alegremos (al menos relativamente) de tomar conocimiento de ellos, pues descubrirlos constituye el punto de partida para poder eliminarlos.

⁵⁹ Surco, 262.

Así como reconforta diagnosticar a tiempo una enfermedad, porque permite determinar la terapia adecuada e impedir que el avance del mal se torne irreversible, en la vida espiritual lo lógico es agradecer todas las correcciones u observaciones que nos hacen sobre aspectos a modificar en nuestra conducta. Y es importante estar prevenidos, porque si de hecho cuesta reconocer un error descubierto por nosotros mismos en nuestros exámenes de conciencia, más difícil se hace cuando son otros quienes nos lo advierten; y cuando te digo «reconocerlos», me refiero al hecho de aceptarlos sin entristecernos ni abatirnos, y siempre dispuestos a presentarles batalla.

Por ejemplo, un hombre comienza a sospechar que su «modo de ser» es molesto para los demás, y a lo largo de la jornada distintas personas que no se conocen entre sí se lo van confirmando. Primero cuando sale de su casa rumbo al trabajo, momento en que escucha en el auto a la esposa que le dice:

—¡Qué molesto eres!

Semejante afirmación le hacen pocos minutos después, al llegar a la oficina, sus compañeros de trabajo: —¡Ya nos tienes cansado! Y lo mismo el empleado de un negocio: —¡Es usted insoportable!

Por si fuera poco, a última hora, el encargado del garage protesta:

—¡Estoy harto de su modo de ser!

Llegado a este punto, si aquel hombre es humilde percibirá dichas «coincidencias» como una luz que se proyecta sobre su alma advirtiéndole que el «consenso universal de pueblos y naciones» está conforme en adherir a la idea de que es un individuo molesto, cargante e inoportuno; y, ante tal descubrimiento, así como la soberbia lo abatirá llenándolo de la tristeza que acompaña a la conciencia de los propios defectos, la humildad le invitará a que acepte dichos juicios con la paz interior y el agradecimiento propios de quien ha descubierto un nuevo aspecto a mejorar por medio de su lucha espiritual: los demás le han ofrecido la posibilidad de evitar llegar a la vejez con el pésimo temperamento propio de las personas que viven toda su vida sin procurar forjar un carácter firme y sano.

— TRISTEZA Y SUSCEPTIBILIDAD —

« Si quieres ser santo, sé humilde; si
quieres ser más santo, sé más humilde; si
quieres ser muy santo, sé muy humilde »

60

La susceptibilidad tiene que ver con la epidermis delicadísima para los asuntos que nos afectan, y la piel de paquidermo para los problemas ajenos. También guarda relación con las antenas y radares poderosísimos para detectar la mínima sospecha o comentario peyorativo sobre uno, y la ceguera absoluta (caída del sistema de radares) para ver las actitudes nuestras que lastiman a los demás. Y no hace falta que te diga que en Jesucristo todas estas actitudes negativas brillan por su ausencia.⁶¹

La susceptibilidad es un vicio que nos transforma en personas semejantes a los cavernícolas, para quienes los relámpagos y truenos eran el anuncio de celestiales castigos que se avecinaban ante su mala conducta. Pero aunque los truenos poco tuviesen que ver con los pecados cometidos por ellos, y sí mucho con las condiciones meteorológicas, como en el cuaternario también existían la susceptibilidad y el orgullo, el hombre también caía en la tentación de arrebatarle a Jesucristo su inalienable condición de «centro del cosmos y de la historia». Con otras palabras, la obsesión que nos impulsa a pensar que todo lo que los demás hacen o dejan de hacer, dicen o dejan de decir... tiene un vínculo directo con nuestra conducta, es actitud que refleja la «desubicación» propia del susceptible.⁶²

Decíamos que la susceptibilidad también se caracteriza por recurrir a la persona con una «epidermis delicadísima» que le lleva a angustiarse ante males insignificantes, lo que resulta semejante a lo que me contaba un amigo sobre un pájaro pequeño de corazón sumamente sensible (el colibrí), al que sí uno sorprende con un ruido estruendoso y próximo, lo mata de un infarto. Pues bien, el susceptible se queda herido profundamente ante las injusticias domésticas más sencillas, y su paz es tan vulnerable y endeble como el sistema cardiológico de un colibrí.

Por eso se dice que para relacionarse con un hipersensible (léase susceptible) es necesario estudiar trigonometría, ya que al no poder abordárselo nunca de modo simple y directo, hay que hacer uso de

60 San José de Calasanz.

61Cfr. R. Llano, *Amor y egoísmo*, Río de Janeiro, 1991, p. 19. 63 62*Ibidem*, p. 20.

líneas quebradas y cálculos constantes sobre todo lo que en relación a él se dice.⁶³

Es necesario que tengamos piel de paquidermo, pero no en relación al prójimo, sino en lo referente al propio yo. No debemos tomarnos tan a pecho todo lo que suene a una afrenta o humillación. Y un buen ejemplo nos lo ofrece monseñor Ignacio Orbegozo, célebre obispo de Yauyos (Perú) cuando salió de cacería con su secretario; dice éste que, al disparar hacia un animal que se escondía detrás de unos matorrales, no percibió la presencia del obispo, quien recibió el impacto de una docena de perdigones de escopeta en su mano derecha. El sacerdote quedó helado cuando escuchó la voz del obispo que, tapado por la vegetación, decía:

—¡A ver si miras adónde disparas!

Rápidamente marcharon hacia un hospital. Pero en el camino, como el obispo había notado que su novel secretario estaba pálido y aterrorizado por el suceso, se vió en la obligación de animarlo haciéndole chistes que apaciguasen su trauma:

—Imagínate cuando mañana en los titulares de la prensa peruana leamos esta noticia: «Secretario de curia intenta frustradamente asesinar a obispo con escopeta».⁶⁴

Como verás, he aquí un espíritu no susceptible, una piel de paquidermo colocada sobre el propio yo y dispuesta *honrosamente a disimular las ofensas*,⁶⁵ un testimonio de humildad que se encuentra realmente en las antípodas de la soberbia y el amor propio, porque no se toma tan en serio al propio yo.

Y para concluir este apartado, quiero mencionarte la historia que refería San Josemaría sobre su paisano y lejano pariente San José de Calasanz, quien vivió muchos años en Roma, lugar donde le hicieron sufrir horrendamente. La historia de la Iglesia nos refiere que murió muy viejo, con más de noventa años, sirviendo a los pobres de los barrios extremos y habiendo padecido toda clase de calumnias e injurias. Sus adversarios lo llevaron para que sea juzgado por la Inquisición sobre acusaciones calumniosas; y lo hicieron con toda solemnidad, para que fuera escándalo ante la gente de la calle. La injusticia se clarificaría *post mortem*, y luego lo llegarían a canonizar. San Josemaría Escrivá decía que «llegados al Santo Tribunal, mientras lo estaban juzgando a San José de Calasanz, éste se durmió. Tenía paz en su conciencia. No en vano él solía decir: si quieres ser santo, sé humilde; si quiere

ser más santo, sé más humilde; si quieres ser muy santo, sé muy humilde. Porque llega un momento en que a quien busca la santidad no le importan nada las apariencias e injusticias, pero para esto hay que estar desprendidos y no ser susceptibles».⁶⁶

Para sobrellevar con dignidad (sin susceptibilidades) las humillaciones e injusticias que suframos por parte de quienes deberían querernos, hay que rechazar la soberbia; pues de este modo, si nos preguntaran: *¿Qué heridas son esas que llevas en tus manos?*,⁶⁷ podremos responder con mansedumbre, sin ánimo de venganza, las célebres palabras bíblicas: *Son las que recibí en la casa de los que me aman*».⁶⁸

28

— TRISTEZA Y RENCOR —

«*Que el sol no caiga sobre vuestra iracundia*»⁶⁹

La expedición de Carter en el año 1926 descubrió semillas de trigo en las pirámides egipcias, y al regresar sembraron algunas de ellas en los laboratorios de la universidad. El resultado fueron nuevas espigas, porque ¡seis mil años después! todavía conservaban su potencial reproductivo.

Pues bien, cuando nuestros corazones están envenenados por el rencor, no debemos extrañarnos si tras haberle dicho a nuestros hermanos que les hemos perdonado sus ofensas, explotemos sorpresivamente volviéndoles a echar en cara afrentas que, pese a que nos las infligieron hace «seis mil años», en nuestro subconsciente se conservaron intactas a causa del rencor. Y traigo a colación esto porque para lograr la reconciliación del espíritu después de los momentos en que nos ofuscamos o disgustamos con el prójimo, es necesario tener un corazón presto no sólo para pedir perdón, sino también para perdonar excluyendo todo tipo de rencor.

La susceptibilidad está directamente emparentada con el rencor: la «capacidad de conservar odio», y hace que los enojos se mantengan vivos en el alma como si nuestro espíritu fuese un «termo» (esos recipientes que mantienen el agua caliente durante horas), o como las semillas de trigo egipcias. Y, al respecto, es bueno el consejo

⁶⁶ A. Sastre, op. cit., p. 276.

⁶³⁷ Zacarías 13, 6.

⁶⁸ *Ibidem*.

⁶⁹ Efesios 4, 26: *Sol non occidat super iracundiam vestram*.

proporcionado por San Pablo:

*Que el sol no caiga sobre vuestra iracundia,*⁷⁰

palabras de un antiguo adagio semita cuyo significado es más o menos el siguiente: «Nunca te vayas a dormir enojado, porque psicofísicamente es poco saludable».

A la luz del mandato paulino te sugiero que, si te has enojado con alguien, procures reconciliarte antes de irte a dormir, porque así como el amor tiene la capacidad de mantener y restablecer el equilibrio psicológico, el rencor es el camino de los desequilibrios emocionales, y si nos demoramos en perdonar las faltas con que nos lastiman, o tardamos en disculparnos de las propias, viviremos con la conciencia ofuscada, turbia, y propensa a los juicios y dictámenes equivocados; pero si ejercitamos el don divino de perdonar sin demoras, y de ser veloces en descubrir y rectificar los errores, sembraremos en las almas la paz y todos los frutos que a ella acompañan.

29

— TRISTEZA Y MEDIOCRIDAD —

« Jesús se volvió y les preguntó: ¿qué buscáis? »⁷¹

El Evangelio de San Marcos dice que el Señor notó que dos discípulos de Juan Bautista lo seguían, y volviéndose les preguntó: ¿Qué buscáis?⁷² Ellos respondieron: ¡Maestro, queremos saber dónde vives!;⁷³ y te hago referencia a este episodio porque quiero sugerirte que cuando estemos tristes, vayamos al Sagrario y nos demos cuenta de que Dios, golpeando nuestras conciencias, nos pregunta:

—¿Qué estás buscando? ¿Acaso no son mediocres tus proyectos y aspiraciones? ¿Cómo pretendes estar alegre con esas tibias metas que te has propuesto?

Y al experimentar dichos reclamos, supliquemos:

—¡Señor, ayúdame a tener, como aquellos dos apóstoles que te seguían, la meta noble de querer *saber dónde vives!*⁷⁴

⁷⁰ *Ibidem.*

⁷¹ Juan 1, 38.

⁷² *Ibidem.*

⁷³ *Ibidem.*

⁷⁴ *Ibidem.*

La tristeza muchas veces tiene una causa simple: aspirar a metas mediocres o tristes, pues es lógico que quien en su vida se ha fijado objetivos tristes esté triste, es más, preocupante sería que no sea así, porque en ese caso habría una indudable deformación en su conciencia.

30

— TRISTEZA Y APATÍA —

« Si no puedes evitar que el pájaro de la tristeza vuele sobre tu cabeza, al menos impide que haga un nido en tus cabellos »

Llegaba San Josemaría a uno de los edificios de la universidad de Navarra (Pamplona) para tener un encuentro con profesores y estudiantes, y en medio de la multitud, reconociendo a uno de los presentes, le dijo:

—¡Esa cara no!

El interesado, al verse aludido y mirado por todos, se sonrojó, pero pronto comprendió que aquel día espléndido, ante tanta gente alegre, no había motivo alguno para estar con el rostro apático e inexpresivo («cara de vaca», decía él al narrar el episodio que lo tuvo como protagonista); y, según cuenta el interesado, esas palabras le ayudaron a reaccionar contra la apatía no sólo en aquel instante, también en muchas otras circunstancias de la vida.⁷⁵

La lucha contra la tristeza incluye combatir la apatía, pues ésta también causa daño: no tenemos derecho a escuchar, saludar, trabajar, felicitar o rezar... con apatía. Nuestra conducta nunca es neutra o indiferente, y nuestra vocación tiene como misión inyectarle al mundo la gracia y simpatía de quien busca convertir todo lo visto y oído en una sonrisa. Además, la apatía se contagia, porque la vocación cristiana que es *fermento... en la masa*,⁷⁶ siempre influye en el mundo que nos rodea (para bien o para mal), pues los cristianos «siempre» somos fermento de algo: alegría, tristeza o apatía. La apatía, al igual que la alegría, es indisimulable: se pueden falsificar billetes, pinturas, esculturas, cheques y otros documentos... pero no sonrisas. Si «forzamos» una sonrisa se percibe, y lo mismo ocurre con la apatía. De hecho notarás que cuando alguien cuenta un chiste malo (o sin gracia), los presentes, tal vez por respeto o vergüenza ajena, intentan congraciarse al narrador con una sonrisa ficticia; pero quienes sonrían se dan cuenta de que el destinatario es conciente del

⁷⁵ Testimonio escuchado personalmente al Dr. Ismael Sánchez Bella (ex rector de la universidad de Navarra).

⁷⁶ Lucas 13, 22.

carácter simulado de la sonrisa, y él se da cuenta de que ellos se dan cuenta... ; y de la apatía podemos decir lo mismo, pues siendo un indisimulable estado del alma, si no prestamos atención, o demoramos en hacer caso, o nos tienen que reiterar los pedidos... entonces, la negligencia, el desamor, el desinterés... se transforman en realidades no sólo dolorosas para las víctimas, también inocultables.

31

— TRISTEZA Y CONVERSIÓN —

Al afamado director cinematográfico Franco zeffirelli, un periodista lo entrevista con motivo de la película *Jesús de Nazaret*:

—zeffirelli, después de haber hecho esta película... ¿quién es Jesús para usted?

Y Franco Zeffirelli, tras meditar un instante, dice:

—Mire, para mí Jesús de Nazaret es alguien que vive golpeando a la puerta de mi alma... ¡y alguna vez tendré que abrirle!

Inspirado en esta respuesta te diré que la tristeza no es necesariamente mala, especialmente después de que hemos pecado, pues dicho golpe emotivo que recibe nuestra conciencia, nos compele a la conversión. Así como un dolor agudo en el abdomen puede ser positivo, no por el dolor en sí sino en cuanto advertencia de posible apendicitis, ya que sin dicho dolor no nos enteraríamos y podríamos morirnos, algo semejante sucede con la tristeza enraizada en la tibieza y el pecado, que no son otra cosa que síntomas de nuestra alma reclamando una nueva conversión.

Pero cuando nos referimos a la tristeza, aludimos a la tristeza espiritual, la cual es distinta de la psicósomática, que tiene su origen en los inexorables golpes de la vida (fallecimiento de un ser querido, depresiones congénitas, etc.). Y es importante que sepamos distinguir la tristeza «espiritual» de la «psicósomática», porque lo importante no es sentirnos bien o mal, sino tener conciencia de haber actuado bien (independientemente de cómo lo experimentemos sentimentalmente). Y parte de la formación espiritual consistirá en madurar lo suficiente como para saber sobreponernos y encauzar las distorsiones que pueda haber entre la razón y los sentimientos.⁷⁷

⁷⁷ En el pecado original el hombre perdió el don de «integridad» por el que todas sus potencias espirituales, sensitivas y vegetativas, tendían a un mismo objeto: el bien. Tras esta «desintegración», con Cristo se inaugura la restauración o «reintegración» de la criatura.

HUMILDAD y PACIENCIA

32

— PACIENCIA Y EJEMPLARIDAD —

« En la paciencia dominaréis vuestras almas »⁷⁸

Comenzaré señalándote algunas características de toda persona amable:

- Tolerante en sumo grado con la ignorancia y los defectos ajenos.
- Conciente de las propias limitaciones.
- Firme en los principios.
- Veloz en reconocer las culpas.
- Dispuesta a perdonar los agravios, y aunque no le soliciten perdón.
- No se enfurece si le pisan.
- No se irrita ante los errores ajenos.
- Se muestra invariablemente jovial.
- No hace partícipes a los demás de los propios dolores de cabeza y/o trastornos digestivos causados por los excesos en la comida y en la bebida.
- Respeta las confidencias.
- Guarda rigurosamente los secretos.
- No murmura jamás.
- *Tiene una gran paciencia.* Y te destaco aquello de que «tiene una gran paciencia», porque

la impaciencia manifiesta falta de humildad; y no me refiero sólo a la paciencia que debemos vivir en el mismo momento en que se nos hostiga, también a la que Dios espera de nosotros *a posteriori* de los acontecimientos, porque el hombre que llegando a su casa la convierte (aparentemente sin motivos) en un infierno para su familia, puede ser que esté enojado con su «jefe» y ahora descargue contra aquellos inocentes a los que ama su malhumor acumulado.

⁷⁸ Lucas 21, 19: *Et in patientia vestra possidebitis animas vestras.*

En síntesis, la impaciencia es fruto de la soberbia, y refleja que en nuestro interior estamos convencidos de que los sufrimientos ya son demasiados... de que nos merecemos otro tipo de trato... de que Dios debería tener para con nosotros más delicadeza... y de que Él, siendo Omnipotente, no debería permitir que las situaciones que hacen agobiantes nuestras vidas continúen persistiendo. En cambio, la paciencia es hija de la humildad, y razona al revés: «¡Menos mal que Dios es misericordioso... y *no nos retribuye conforme a nuestros pecados!*». ⁷⁹

33

— PACIENCIA Y OLVIDO DE SÍ —

La paciencia como autodomínio humilde en las contrariedades está magníficamente ejemplificada por aquel suceso de la vida de Disraeli narrado por Maurois. Dice este biógrafo que cuando Disraeli se dirigía en su carruaje a pronunciar el primer discurso en el Parlamento, su mujer, ayuda insustituible por el ánimo que le brindó para que se encumbrase en las lides de la política británica, lo acompañó. Al llegar, Disraeli se bajó del vehículo despidiéndose afectuosamente de su mujer a través de la ventanilla, y mientras se alejaba el carruaje, ella le sonreía, le sonreía y le sonreía... Conmovid por el ánimo inquebrantable de aquella sonrisa, el estadista británico pronunció un discurso con tono triunfal y optimista que fue decisivo para su carrera política. Pero lo que nunca hubiese imaginado Disraeli es que, tras despedirse de su mujer, cuando el carruaje ya estaba fuera de su vista, la esposa caería desmayada. La razón fue que, al descender, él había cerrado accidentalmente la puerta con gran energía sobre su femenina y delicada mano, por lo que ésta comenzó a sangrar de modo repugnante; y ante aquel dolor agudo e inesperado, su mujer, que conocía muy bien al hombre con quien se había casado, y sabía que, así como cualquier palabra halagüeña que le dirigiese lo animaría, un episodio como aquel lo hubiesen dejado mudo en el momento más importante de su carrera política, se sobrepuso como pudo... y para disimular comenzó a sonreírle. Por eso, aquella fue una sonrisa particular, sangrienta, alimentada por el amor y el dolor, y hasta el desmayo: una sonrisa heroica y humilde en la que la esposa de Disraeli dejó pacientemente su «yo» a un lado.

⁷⁹ Salmo 102.

— PACIENCIA Y DEFECTOS PERPETUOS —

« Cuando el prójimo comienza a hastiarnos,
no llegó la hora de "patearlo", sino de
amarlo de un modo más sincero y
reflexivo »

¿Recuerdas el conocido caso del tubo de pasta dentífrica: aquel hecho que pudiendo haber sido un acto enternecedor de unión se tornaría en un dramático evento de la vida matrimonial? La falta de paciencia recíproca por parte de aquellos recién casados que no descubrieron la felicidad que existe en apretar el mismo tubo cada uno a su estilo (prolija o desprolijamente), y de respetar ese pequeño ámbito de individualidad sin pretensión de imponerse mutuamente, desembocaría en la tragedia de la separación. Porque el amor humano, sin paciencia, es un amor frágil, y puede estropearse por minúsculas estupideces, malentendidos intrascendentes... o perezas microscópicas.⁸⁰

Por ejemplo, imaginemos una familia que por dificultades horarias sólo puede juntarse para cenar a horas muy avanzadas. Puede suceder que mientras uno está cansado, con dolor de cabeza o de hígado, y sin ganas de hablar... haya otro con ganas de hablar y contar chistes. Nadie quiere molestar, pero si no se vive humildemente la paciencia, y como gustoso sacrificio de amor, podrían molestarse recíprocamente sin darse cuenta. Y para evitar estas molestias, uno de ellos deberá sobreponerse siendo solidario con el dolor de cabeza del otro, y éste habrá de ser paciente con las ganas de quien tiene deseos de hablar y contar chistes. Pero para esto es necesario el olvido de sí, el pensar en los demás, en definitiva, la paciencia, y cuando haga falta simular los propios sentimientos con una sonrisa heroica (al igual que la mujer de Disraeli), deberemos recordar que así como *es honroso esquivar las contiendas*⁸¹ y *honorable disimular las ofensas*,⁸² también es actitud digna el sobreponernos a los malos estados anímicos.

Si en nuestra vida llega un momento en que los demás nos comienzan a cansar y damos inicio a pensamientos que nos incitan a tirar todo por la borda, deberemos detener con firmeza tales desvaríos, pues ese no es el momento de abandonar la lucha, al contrario, es el principio de una etapa que consiste en empezar a querer y amar con más rectitud y sinceridad, de ser más fieles, de tenerles más

80 Cfr. J. Eugui, *Anécdotas y virtudes*, Madrid, 1986, p. 101.

81 Proverbios 4, 15.

82 Proverbios 19, 11.

paciencia a los nuestros, es la hora del amor verdadero y reflexivo. Y este principio también debemos hacerlo extensivo a aquellas tareas o sitios en los que cotidianamente nos desenvolvemos, a las relaciones sociales estancadas, a las ciudades y naciones en las que vivimos hartos de los defectos colectivos, y a una innumerable casuística de situaciones que por diversos motivos también pueden comenzar a hastiarnos. Porque si bien es un tópico decir que debemos querer a los demás con sus defectos, así como se afirma que no puede amarse lo que no se conoce, no podemos amar a los demás con sus defectos mientras no se los conocemos, y te invito a que consideres que conocer un defecto ajeno es algo que sólo se logra cuando los experimentamos y sufrimos en carne propia durante tiempos prolongados, y en toda su profundidad.

La sabiduría popular dice que «los cónyuges son como los automóviles: sus defectos se descubren a partir de los 25.000 km», y, conforme a esta máxima, en la vida doméstica el amor puro y reflexivo no tendrá su oportunidad de desarrollo en el «kilómetro cero» de la vida matrimonial (la desprolijidad del tubo de pasta dentífrica empleado en aquel hotel donde tuvo lugar la luna de miel), sino en el tubo número 25.000 que el marido arruinó «nuevamente» sin que haya esperanza alguna de reforma en su conducta.

En síntesis, cuando comienza a presentarse la tentación del hastío ante el defecto irreversible, allí llegó la gran ocasión de amar humildemente con paciencia y bondad. Si estamos cansados de los que viven o trabajan con nosotros, eso no significa que haya llegado la hora de abandonar la lucha, es sólo el comienzo de una etapa en la que se espera de nosotros un amor más fiel y responsable.

Decir que debemos amar a los demás con sus defectos es fácil, especialmente cuando no se los ha sufrido todavía en plenitud: la cuestión reside en proclamarlo cuando éstos tienen un significado histórico en la vida doméstica, es decir, cuando para la mujer los defectos del marido no sólo forman parte de una historia antigua, sino también medieval, moderna y contemporánea... y con un futuro dramáticamente profetizable. Recién aquí, al tomar conciencia plena de los defectos del otro, la esposa amará verdaderamente al propio marido con sus limitaciones temperamentales.

— PACIENCIA Y FIDELIDAD
MATRIMONIAL —

*« En el corazón te
llevo, y aunque lejos
de mí estés,
de otra fuente no
bebo, aunque me
muera de sed »*

Sin fidelidad a las opciones definitivas que uno ha hecho, la vida se vacía de sentido. Por tanto, si el amor entra en crisis, será importante no impacientarse y poner todos los remedios y terapias posibles.

También habrá que estar prevenidos contra la baja tolerancia a las dificultades (indiferencia, violencia, groserías, malos tratos...) que reina en el mundo actual, de lo que un buen ejemplo es lo que me dijo en cierta oportunidad una mujer:

—Padre, no puedo más, esto me supera, ya no lo aguanto, llevo toda la vida soportándolo... ¡me quiero suicidar!

Para entender esta frase me falta aportarte un dato esencial: esa mujer me hablaba de un hermano de diez años, y ella tenía tan sólo ocho («¡toda la vida soportándolo!»).

En fin, a veces tenemos una muy llamativa incapacidad para tolerar lo que nos molesta, semejante a la de los discípulos de Emaús que protestaban porque el Señor no había resucitado: *¡Ya van tres días!*,⁸³ tono quejoso que da a entender que ya hace «siglos» que están esperando la resurrección de nuestro Redentor.

La pérdida de los sentimientos de afecto no significa necesariamente la extinción definitiva del amor, pues aunque el sentimental piense que el amor no es auténtico si tiene que ser de algún modo «forzado» por la voluntad,⁸⁴ la Gracia de Dios recibida al momento de la celebración del matrimonio es capaz de milagros extraordinarios, ya que ella actúa como los materiales radioactivos que, aunque estén bajo tierra, a muchos metros, y cubiertos por innumerables planchas de plomo, siempre siguen activos intentando volver a la superficie, y constituyendo un problema ecológico mundial.

Y te recomendaría que cuando te parezca que ya no se puede tolerar más la situación, en vez de rendirte fácilmente le des una oportunidad a Dios: hacer un buen retiro espiritual, conversar con un sacerdote en profundidad, etc. Y también te sugiero la lectura de una

³ Lucas 24, 21.

⁴ M. Esparza, *Pro manuscrito inédito sobre el amor*, Lovaina, 1994, p. 46.

obra de teatro escrita por Karol Wojtyla (luego Juan Pablo II): *El taller del Orfebre*.⁸⁵

En esta composición teatral, el Orfebre (con mayúscula) es Dios, quien está simbolizado por un anciano artesano que, al mismo tiempo en que con gran dulzura hace las alianzas de los novios que acuden a su taller, los instruye con sabios consejos en pro de la fidelidad conyugal y la indisolubilidad del vínculo matrimonial.

Esta obra de teatro fue escrita por Karol Wojtyla cuando siendo cardenal de Cracovia animaba a los jóvenes polacos a casarse y ser fieles en plenitud a las enseñanzas de la Iglesia Católica... y a pesar de las tremendas dificultades socioeconómicas de aquella Polonia víctima del comunismo (había edificios en los que en cada departamento tenían que vivir varias familias, y, por tanto, la casa era sólo una habitación, lo cual atentaba contra la intimidad y el diálogo matrimonial, se generaban roces y tensiones, etc.)

En esa obra hay una mujer, Ana, que sufre una fuerte crisis matrimonial, y cada vez que decide dejar a su marido adopta la determinación justo en el momento en que pasa por la puerta del taller del orfebre, y a través del vidrio observa que Éste le está tomando las medidas de las alianzas a una joven pareja... lo que hace que le vuelvan a la memoria todos los sabios y afectuosos consejos escuchados otrora, por lo que se siente interiormente removida y decide cambiar su decisión y volver a entablar batalla en pos de la fidelidad.

Pero hay una escena en la que Ana ¡ya no puede más!, y cansada de los conflictos conyugales decide abandonar el hogar; y al acudir al orfebre para vender su anillo con el objeto de conseguir algún dinero y ejecutar su propósito, el orfebre, para calcular el precio de la alianza, la coloca en su balanza de «valores eternos», y al ver que la aguja no se mueve, exclama:

«¡Este anillo no pesa nada! La aguja clavada en cero no señala ni un miligramo. ¿Su marido está vivo? Porque si lo está, los anillos de ambos, tomados por separado, no tendrán peso alguno. Para registrar algún peso es necesario que estén juntos, pues mi balanza de joyero tiene la peculiaridad de pesar no solamente el metal, sino todo el ser del hombre y su destino».

85 K. Wojtyla, *El taller del Orfebre*, Buenos Aires, 1998.

— PACIENCIA Y RESULTADOS —

« ¡Aunque a la dignidad de nuestro ejército no le sea imprescindible vencer al adversario ni llegar a la victoria, sí le es necesario partir a la batalla! »⁸⁶

Para sobrellevar con paz las diferencias temperamentales mal avenidas, primero hace falta conocer y aceptar en plenitud las limitaciones del prójimo. Y ahora quisiera que interpretaras el término «limitaciones» en el sentido más propiamente metafísico y antropológico: somos criaturas, es decir, no somos el Creador; y tanto a los que contigo viven como a ti, hay defectos que les superan hoy y les superarán siempre; defectos que nunca podrán ser vencidos, y ante los que Dios sólo pretende que haya una lucha al estilo de la orden que dirigió Pompeyo a su ejército ante un adversario abrumadoramente superior:

«Aunque a la dignidad de nuestro ejército no le sea imprescindible vencer al adversario ni llegar a la victoria, sí le es necesario partir a la batalla».

Hay defectos que nos hacen sentir impotentes, y ante los que sólo podemos aspirar a mostrar un gesto de lucha o disconformidad, una especie de «¡Perdóname, pero ya no sé qué hacer con mi modo de ser!»; pero esa lucha en la que se aceptan las propias limitaciones (o las ajenas) es una elocuente manifestación de amor paciente y humilde; y es una batalla que deberemos emprender aunque no tengamos fuerzas ni siquiera para decir ¡socorro!

Lo dicho pretende reforzar la idea de que sin paciencia es imposible sobrellevar las dificultades de la vida; y tal vez sea ésta una de las razones esenciales de la fuerte crisis de violencia doméstica que agrede inusitadamente a la familia en todo el mundo: violencia en los gestos, en la mímica, en las palabras, en los silencios, en el alzar la mano inadecuadamente, en los reproches que recaen sobre las respectivas familias políticas, en el vengar la infidelidad con otra infidelidad, etc.

Dios espera de nosotros lucha, porque la santidad en la Tierra no la miden los resultados sino la lucha moral. Ten en cuenta que hay personas que temperamentalmente nacieron con una inclinación brutal a la vehemencia, y tras años de lucha, pese a seguir siendo

86 Pompeyo.

brutales, mitigaron ostensiblemente dicha actitud; en cambio, hay otros que parecieran haber nacido sin pecado original, y que apenas han avanzado, pues su lucha ha sido nula, y por agradables que sean en el trato, tal bondad es temperamental pero no moral, y, por ende, no meritoria.

37

— P A C I E N C I A Y D I F E R E N C I A S
T E M P E R A M E N T A L E S —

« La ensalada, además de aceite, necesita vinagre »⁸⁷

La paciencia exige reconocer humildemente nuestra naturaleza de criaturas, y percibir de una vez por todas que cada persona tiene un concreto y limitado ritmo biológico y psicológico, porque así como hay personas que a partir de las diez de la noche están deshechas y a las seis de la mañana se levantan rápido como las liebres, hay otras que recuerdan a las aves nocturnas: su vitalidad parece que se despierta con la oscuridad, pero a la mañana parecen auténticas tortugas, pues sólo se recuperan con un buen desayuno después de las nueve. Existen cabezas lentas y profundas que conviven con otras rápidas y superficiales; metabolismos apagados, junto a otros impetuosos e inquietos. Hay temperamentos deductivos que contrastan con otros intuitivos; y temperamentos románticos y soñadores que chocan con otros realistas y concretos. Pero aquí no están enumerados todos los rasgos de diversidad posibles, pues aún debemos añadir otros más importantes, como la diferencia de sexo, edad, educación, bagaje cultural, escala de valores... diferencias con las que apenas podríamos alcanzar una pálida idea del abismo que puede separar a dos seres humanos. Y ante lo dicho te sugiero un experimento: juntemos a dos personas de «signo contrario» y que no vivan la virtud de la «paciencia», es decir, dos sujetos impacientes que tengan todas las características opuestas al mismo tiempo: la liebre matutina con el ave nocturna, el metabolismo lento con el impetuoso, el deductivo con el intuitivo, el profundo con el superficial, el romántico con el realista, el soñador con el concreto, el hombre con la mujer, el joven con el anciano, el culto con el ignorante... ¿Qué obtendremos como resultado? ¡Un conflicto permanente! Y si éstos fueran marido y mujer, superior y subordinado, padre e hijo, profesor y alumno, ama de casa y empleada doméstica... ¿qué obtendremos?: un conflicto institucionalizado, una batalla continua, una auténtica guerra...⁸⁸

⁷ Santa Teresita de Lisieux (en alusión a las diferencias temperamentales).

En cambio, si hay paciencia, las diferencias y limitaciones de carácter transforman la vida doméstica en un canto de «contrapunto»: aquella «armonía entre opuestos» de la que se valen los coros para embellecer sus actuaciones: la combinación armónica entre bajos y altos, agudos y graves, voces femeninas y masculinas, canto de niños y de adultos...

Un buen ejemplo de matrimonio que brilló en el contrapunto temperamental, fue el del famoso jurista Francesco Carnelutti; y dicen que interrogado sobre la razón principal de su éxito académico, no vaciló en responder:

«¡Mi mujer!, pues ella no estudió leyes, y no se metía en mi trabajo ni me daba consejos; llenaba mi vida con su sola presencia; se anticipaba a mis deseos; intuía mi humor; escuchaba mis desahogos; encontraba siempre la palabra justa con que alentarme; por la noche, cuando yo estudiaba o escribía, ella se sentaba a mi lado pacientemente en silencio haciendo sus propios trabajos; y, de ese modo, con su presencia se serenaban mis fatigas y esfuerzos. Ella era el contrapunto ideal para mi temperamento vehemente e impetuoso».

38

— PACIENCIA Y COSMOLOGÍA —

En los párrafos precedentes nos explayábamos sobre aspectos de la paciencia en la vida doméstica, y lo hacíamos para evitar que se pensase que la paciencia es virtud que sólo deben practicarla los enfermos y los presos... ¡no!, hay que ejercitarla todos los días, y en innumerables oportunidades de la vida cotidiana (doméstica y ciudadana).

Pero, además del hospital, la prisión y las diferencias temperamentales con nuestro prójimo, existe otro ámbito concreto en el cual vivir la paciencia: el de nuestra condición de criaturas limitadas ante los seres inanimados. Esto ya lo decía monseñor Fulton Sheen cuando nos invitaba a recordar que además de la paciencia en medio de las provocaciones, la indiferencia ajena, la incivilización y rudeza de aquellos que están en la propia casa, en la oficina y en la calle, también hay que vivir esta virtud ante las decepciones o desilusiones causadas por la naturaleza: la inesperada lluvia que cae sobre el

Cfr. R. Llano, op. cit., pp. 71-72.

jardín en que se festeja un casamiento, la inundación que al desbordar un río impide llegar a la cabaña de descanso el fin de semana, el auto roto, la llave que no encaja en la cerradura, el tor-

nillo gastado, la electricidad y el teléfono que interrumpen su servicio, el agua que no llega al tanque, la tuerca rebelde, el horno que no conseguimos encender, el abrelatas que no corta, etc.

«Es necesario no caer en el error de quienes se excusan diciendo que en distintas circunstancias serían más pacientes, error que deja entrever que las virtudes son cuestión externa (geográfica, climatológica, socioeconómica, etc.), cuando en realidad su fundamento es interno (el esfuerzo moral)».⁸⁹

En definitiva, la paciencia es la ciencia o arte que aporta serenidad para lograr la «aceptación de sí mismo»,⁹⁰ y tiene como frutos la paz y la serenidad para afrontar con fe las circunstancias más adversas y críticas de la vida. La paciencia es un arte que nos ayuda a sobrellevar con dignidad los percances que se generan a raíz de nuestras propias limitaciones.

39

— P A C I E N C I A Y
A U T O C O N O C I M I E N T O —

«*Soportaos recíprocamente*»⁹¹

Y a se ha dejado claro que muchas impaciencias son un simple indicio de que no terminamos de aceptar nuestra condición de criaturas, o la de aquellos con quienes convivimos; pero, para concluir con este aspecto de la humildad, quiero referirte la historia de dos hermanos italianos a los que tuve el honor de conocer. Solían jugar al básquet los fines de semana en partidos amistosos, y siempre exigían hacerlo en el mismo equipo.

Durante un tiempo pensé: «¡Qué buen ejemplo de fraternidad!», hasta que un día me enteré de que lo hacían desde la adolescencia para evitar entre ellos violentas discusiones sobre cuestiones reglamentarias. Resultado: al jugar en el mismo equipo, se acabaron las discusiones; y yo, al enterarme del motivo verdadero que los llevó

a jugar juntos, me vi obligado a modificar mi opinión haciéndole un añadido: «¡Qué buen ejemplo de fraternidad... y de recíproca aceptación de la condición de criaturas limitadas que saben tomar los recaudos oportunos!».

Ya lo dice la Escritura: *Soportaos recíprocamente*; y a la palabra *soportaos* sugiero asignarle su sentido etimológico más positivo: ser «soporte», punto de apoyo, cimiento, estructura sobre la que se edifica. Recuerda la casa construida sobre roca, aquella sobre la que *cayeron las lluvias, se abatieron los vientos, se desbordó el río, pero no se derrumbó porque estaba edificada sobre roca*:⁹² la roca de la humildad propia de quien sabe llevar con dignidad las molestias cotidianas que nos incitan a exasperarnos.

Pidámosle al Señor que nos ayude a ser pacientes como los dromedarios que atraviesan un desierto; y que dicha paciencia reine en nosotros y en nuestros hogares, para que cada familia incorpore la sabiduría del dicho popular según el cual «dos naipes se sostienen»;⁹³ y, para lograrlo, ejercitémonos en el examen de conciencia diario, el cual no sólo nos ayudará a detectar nuestras impaciencias, sino que también será un buen instrumento para concretar positivamente el proyecto cristiano de «conocerse y vencerse»,⁹⁴ tarea santificadora en la que intervienen las dos potencias específicamente humanas, inteligencia y voluntad.

⁹² Mateo 7, 25.

⁹³ K. Beistro, *Breve refranero español*, Rosario, 1953, p. 89. ⁹⁴ Fray Luis De Granada (citado por V. García Hoz, *Pedagogía de la lucha ascética*, Madrid, 1958, p. 163).

HUMILDAD y ALEGRÍA

40

— ALEGRÍA Y ORACIÓN —

« La alegría, aquella pequeña publicidad de los paganos, es el gigantesco secreto del cristiano »⁹⁵

El Señor llevó a tres discípulos al Monte Tabor, y *mientras hacía oración, su rostro se transfiguró y sus vestiduras se volvieron resplandecientes*; tras lo cual *se aparecieron Moisés y Elías*, y entonces los apóstoles exclamaron: *¡Qué bien se está aquí!, hagamos tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.*

Es lógico pensar que un rostro transfigurado es un rostro sonriente, atractivo... por lo que es legítimo suponer que la transfiguración fue una experiencia positiva: *¡Qué bien se está aquí!*, exclamación espontánea que da a entender que el Señor en el Tabor no transmitía ni nerviosismos ni violencia, porque de haberlo hecho, el Evangelio en vez de decir que *su rostro se transfiguró*, diría que se «desfiguró».

Al igual que el Señor en el Monte Tabor, nosotros debemos vivir en medio del mundo como *sembradores de paz y de alegría*,⁹⁶ de manera que antes de querer hacer santos a todos aquellos a quienes amamos, los hagamos felices y alegres, dado que nada prepara mejor el alma para la gracia como la alegría. De no ser así, nuestra semilla no caerá en tierra fértil, sino al *margen del camino (iuxta viam)* de la indiferencia o de la falta de confianza; o *sobre la piedra (super*

⁹⁵ G. K. Chesterton, *Ortodoxia*, Buenos Aires, 1973. Al final del libro, Chesterton emplea esta frase para hacer referencia a las carcajadas grotescas que eran propias de los banquetes paganos cargados de hedonismo. Así diferenciaba ese tipo de alegría, de la que el Señor transmitía sin mayores manifestaciones efusivas: alegría que por ser tan serena y discreta es —según él— uno de los principales misterios de la vida de Cristo.

⁹⁶ Cfr. S. Bernal, *Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, 1980, p. 53.

petram) de un ánimo mal dispuesto; o *entre las espinas* (*inter spinas*) de un corazón herido, resentido, lleno de rencor.⁹⁷ No perdamos de vista que el Señor ha prometido su eficacia a los rostros amables, a los modales cordiales, y a la palabra clara y persuasiva que forma sin herir:

Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra.

La alegría es el «sacramento de la sonrisa», porque si lo propio de los sacramentos es ser signos visibles y eficaces de la gracia instituidos por Jesucristo para nuestra salvación, no cabe duda que la sonrisa cumple analógicamente con esta misión, pues nada prepara mejor el terreno apostólico que la alegría: quienes mejor dispuestos están a escucharnos hablar de Dios, son aquellos amigos con los que nuestra amistad fue permanentemente cultivada. Pero, si no hay amistad, aparecen todos los problemas y dificultades: *Iuxta viam, super petram, inter spinas...*

Finalmente te invito a considerar la existencia de una relación causa-efecto entre las palabras *mientras hacía oración* y el rostro que *se transfiguró*, pues la «causa eficiente» de la transfiguración era precisamente la oración. Por tanto, en este apartado también quisiera que meditásemos sobre el nexa que existe entre oración y alegría.

41

— ALEGRÍA Y CONCIENCIA DE LA GRACIA —

« La alegría es una virtud no distinta de la caridad, sino un acto y efecto de ella »⁹⁸

En sus raíces etimológicas griegas, alegría y gracia son sinónimos; y también en nuestra lengua española. Por ejemplo, en nuestro idioma las siguientes expresiones gozan de equivalencia: persona alegre y persona graciosa, chiste alegre y chiste gracioso, esta persona me causa alegría y esta persona me causa gracia, mujer llena de alegría y mujer llena de gracia, etc. De todos modos, aunque alegría y gracia son sinónimos, no se identifican de modo absoluto, pues hay una diferencia esencial: mientras la alegría es «efecto» la gracia es «causa», y, más concretamente, la alegría es causada por la

⁹⁷ Cfr. S. Canals, *Ascética meditada*, Madrid, 1978, pp. 74 y ss. Para la parábola del sembrador vid. Mateo 13, 1-23.

⁹⁸ *Suma teológica* I-II, 23, 4.

«conciencia de la gracia». De modo que no se puede estar alegre sin conciencia de la gracia; y uno de los objetivos de la oración es, precisamente, progresar en la conciencia de las gracias con que Dios interviene a lo largo del curso de nuestras vidas.

Pero te ofrezco un ejemplo para ilustrar lo dicho: una mujer juega el viernes unas pocas e insignificantes monedas en la lotería que se habrá de sortear el sábado; y, ese día, en el sorteo sale su número y gana el primer premio (cien millones); si aquella mujer, recién al escuchar la radio el lunes, se entera que ha ganado, ni el sábado ni el domingo podrá explotar de alegría, pues no tendrá conciencia de su condición de mujer millonaria.

otro ejemplo —bíblico— que me ha servido para comprender esta idea, es el diálogo entre María y su anciana prima Isabel. Cuando se encuentran en casa de esta última, Isabel exclama: *¿De dónde a mí que venga la Madre de mi Señor a visitarme?*,⁹⁹ exclamación que refleja la sorpresa propia de quien tiene conciencia de estar ante algo inmerecido y gratuito (porque «gracia» tiene que ver con «gratis», «gratuito», «don», «regalo», «desproporción ventajosa en retribución por lo que uno hizo», etc.).

Además, si recordamos que en la ciencia teológica el contrapunto de la gracia es el mérito —pues las cosas o son gratuitas o se merecen— Santa Isabel expresa la sorpresa propia de quien entiende que no ha hecho nada que merezca el regalo de ser visitada por la Madre del Redentor del mundo (y con Éste en su seno); y la conciencia de esta realidad es la que le hace reaccionar con sinceridad y alegría de corazón: *¿De dónde a mí que venga la Madre de mi Señor a visitarme?*

— ALEGRÍA FISIOLÓGICA Y ALEGRÍA
CRISTIANA —

Hay que distinguir entre «alegría fisiológica» y «alegría cristiana».¹⁰⁰ La primera tiene motivaciones extrínsecas: es el hombre en cuanto animal sano, es decir, que está bien comido, bien bebido, bien dormido, con dinero en sus bolsillos, y sin problemas personales, familiares, sociales, nacionales, internacionales...; y la segunda es intrínseca, pues por brotar del amor «tiene sus raíces en forma de

⁹⁹ Lucas 1, 43.

¹⁰⁰ *Camino*, 659: «La alegría que debes tener no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios».

Cruz». ¹⁰¹

En el Monte Tabor no reina la alegría fisiológica sino la verdadera. Allí hay espíritu de servicio y olvido de sí:

¡Hagamos tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías! ¹⁰²

El Tabor es el monte de la generosidad, pues los apóstoles quieren hacer tres tiendas para provecho de Jesús, Elías y Moisés, pero no para sí... pues ellos no le tienen miedo a la cruz de la incomodidad; ¿o acaso no necesitaban también ellos una tienda para instalarse? Ciertamente que les haría falta, pero la algarabía interior que aquella mirada del Señor les produciría al contagiarles el divino don del «olvido de sí», quitaría de sus mentes dichas preocupaciones.

43

— ALEGRÍA Y EXULTACIÓN —

San Juan Bautista da comienzo a su misión de anunciar al Mesías desde el mismo vientre materno. Cuando la Virgen, ya encinta, visita a la madre del Precursor (Santa Isabel), el Evangelio dice que el Bautista comenzó a dar saltos de alegría en el seno materno (*exultó*), ¹⁰³ y cuando Santo Tomás de Aquino comenta, en la *Suma Teológica*, este episodio bíblico, lo hace distinguiendo los diversos tipos de alegría: ¹⁰⁴

- «Leticia» (*Laetitia*): alegría interior sin manifestación externa; alegría que, incluso en los momentos dolorosos, se fundamenta en la paz del espíritu y el orden de la propia existencia; alegría que sólo se expresa bajo la forma propia del espíritu que, sin apatías ni aburrimientos, refleja serenidad.

- «Hilaridad» (*Hilaritas*): alegría que tiene su desborde psicossomático en la sonrisa; como la hija que llega a casa con el rostro eufórico... y antes que pueda comenzar a contar lo sucedido es atosigada a preguntas por su madre: «¿Qué pasó... por qué se te ve tan contenta?... ¡ven aquí ya mismo y cuéntame que me muero de curiosidad!». Efectivamente, la Biblia dice que *hilarem datorem, diligit Deus*, ¹⁰⁵ palabras que te animo a no traducirlas como popular-

¹⁰¹ Forja, 28.

¹⁰² Mateo 17, 4.

¹⁰³ Lucas 1, 44: *Exultavit infans gaudio in utero meo.*

¹⁰⁴ *Suma teológica* I-II, q. 31.

mente se hace: *Dios ama al que da con alegría*, sino de modo más específico: *Dios ama al que da con una sonrisa*. De modo que a todo lo que hagamos para alcanzar la santidad cristiana por medio de nuestro trabajo y servicio al prójimo, bien le vendrá una sonrisa como aditamento final a modo de firma.

- «Júbilo» (*Iubilatio*): alegría que se expresa no sólo con el rostro, sino también, y especialmente, por medio de voces inarticuladas e interjecciones, como en los partidos de fútbol en los que se producen explosiones de júbilo ante el gol esperado.

- «Jocundidad» (*Iucunditas*): alegría que baja del rostro y de las cuerdas vocales como por una catarata, llegando a estremecer los brazos para que estos se agiten con entusiasmo, lo que sucede en las victorias deportivas en las que no sólo hay hilaridad y júbilo, también agitación de brazos expresando algarabía «jocunda».

- «Exultación» (*Exultatio*): alegría del exaltado (*ex saltare*) que se manifiesta con las piernas, especialmente saltando y danzando; y esto fue lo que haría San Juan Bautista en el seno materno: manifestar al máximo la alegría para que su madre se diera cuenta de que estaba ante el Mesías; lo que presuponía, también, el máximo grado de humildad, virtud que, por otra parte, formaba parte del programa vital del Bautista:

Conviene que Él crezca y que yo mengüe,¹⁰⁶ [...] detrás de mí viene Aquél a quien no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias.¹⁰⁷

Pero no te olvides que el grado de alegría depende del grado de humildad, es decir, de la mayor o menor conciencia de la gracia, pues quien tiene mayor conciencia de lo inmerecido de sus dones, «exulta»; pero quien no tiene tanta sólo manifiesta júbilo u otro grado menor de alegría. Lo dicho nos permite establecer un vínculo inexorable entre alegría y humildad, pues quien tiene conciencia de las gracias que recibe es humilde, lo que conviene recordar al leer vidas de santos, ya que en ellas se diferencian tres aspectos:

- Lo que el santo hizo por Dios: su correspondencia a la gracia.
- Lo que Dios hizo por él: las gracias recibidas.
- Lo que el santo permitió que Dios hiciera en él (y a través de él): *Porque hizo en mí cosas grandes Aquel que es Todopoderoso.¹⁰⁸*

¹⁰⁵ II Corintios 9, 7. ¹⁰⁶ Juan 3, 30. ¹⁰⁷ Mateo 3, 11.

¹⁰⁸ Lucas 1, 49: *Quia fecit mihi magna qui Potens est.*

De estos tres aspectos, la humildad nos invita a valorar especialmente el tercero, aquel que muestra la docilidad de los santos dejando a Dios actuar en las almas. Al respecto, un buen ejemplo nos lo ofrece el leproso del Evangelio que se dirigió a Jesucristo suplicante:

—¡Señor, si quieres puedes curarme!¹⁰⁹

—Lo quiero... ¡cúrate!¹¹⁰

Todo lo que hizo aquel hombre fue abrirse con humildad a la acción de la gracia —sin oponer resistencias— y dejar a la omnipotencia Divina obrar en su cuerpo. Y, dicho esto, te propongo para tus ratos de oración un ejercicio consistente en distinguir:

- Los servicios prestados a Dios con nuestra «intermitente» correspondencia a la gracia; y digo intermitente porque, a veces, nuestra fidelidad a Dios es como esos arbolitos de Navidad, adornados con luces que se encienden y apagan.
- Las extraordinarias hazañas que Dios hizo por nosotros.
- Lo que Dios podría hacer en (y a través de) nosotros si nos convirtiésemos.

— ALEGRÍA Y ESPÍRITU QUEJUMBROSO —

« Una de las diferencias más notorias entre nosotros y los santos es que éstos no se quejaban »¹¹¹

Mientras el humilde está conforme y gratamente sorprendido de todos los bienes que la vida le ha concedido, el soberbio se rebela y protesta. Ante un día primaveral el humilde exclama:

—¡Señor, gracias, porque para lo que es mi vida merecería una tormenta de granizo!

Mientras que el soberbio dice:

—¡Ya era hora de que hubiese una jornada soleada!

Si sentados a la mesa le pedimos a nuestra hermana un vaso de agua (la misma hermana con la que tantas veces discutimos tirándole de sus cabellos), y ella responde amablemente sirviéndonos con una sonrisa, la humildad hará que interiormente exclamemos: «¡Hermana mía, gracias por tu admirable capacidad de olvido y perdón!». El humilde tiene viva conciencia de las gracias que se encierran en los detalles de la convivencia doméstica, de modo que tanto una rica

¹⁰⁹ Mateo 8, 3: *Domine, si vis potes me mundare!*

¹¹⁰ *Ibidem*, Mateo 8, 3: *Volo, mundare!*

¹¹¹ Padre Llorens (célebre misionero en Alaska).

comida, como una buena noticia en los periódicos, o el éxito profesional de un hijo, o el trabajo mejor remunerado del marido, o la victoria del propio equipo en el campeonato... se transforman en ocasión de alegría y agradecimiento.

El alegre es humilde, y con frecuencia exclama sinceramente: ¡Gracias! En cambio, la soberbia nos hace vivir sistemáticamente sin conciencia de la acción de Dios sobre nuestras vidas, y nos transforma en personas quejumbrosas a las que nada satisface, por lo que viven en perpetua disconformidad.

45

— ALEGRÍA Y PATRIOTISMO —

*« A ninguna otra nación la trató así el
Señor, ni le dio a conocer sus
mandamientos »¹¹²*

Todo patriota sincero es humilde, y con ánimo agradecido recuerda los aniversarios que celebran las gestas de quienes dieron su vida por la nación, ya que él es conciente de que gran parte de los bienes materiales, culturales y espirituales de los que goza, no se fundan en méritos propios sino en lo heredado.

Al mismo tiempo, el buen patriota tiene especial afecto por todo lo que hizo Dios en beneficio del país. Y al respecto te contaré que estando en Roma con motivo de mis estudios sacerdotales, conocí accidentalmente a un catequista que estudiaba en una de las Universidades Pontificias. Venía de Mongolia, país que sufrió, por parte del marxismo, una fuerte persecución religiosa hasta 1989. La brutalidad de la persecución fue tan grande que, cuando cayó la «cortina de hierro», no había cristianos que hubiesen subsistido, o, si los había, la Santa Sede no tenía conocimiento de ellos. Más concretamente, aquel joven estudiante era (en 1998) el bautizado número cincuenta y siete de la misión evangelizadora que, tras la libertad religiosa, llevó adelante el equipo misionero pontificio enviado por la Santa Sede a Mongolia.

Pues bien, uno de los días navideños aquel muchacho pudo conocer los famosos pesebres que exhiben para esas fechas las basílicas y parroquias romanas, y exclamó:

—¡Cuando vuelva a Mongolia me preocuparé de difundir la fe por medio de los pesebres!

¹¹² Salmo 147.

Y al escucharlo hablar con tanta ilusión apostólica sobre su futuro trabajo en aquel país pagano, yo pensaba en mi propia nación, Argentina, y en las palabras del salmo:

*A ninguna otra nación la trató así el Señor, ni le dio a conocer sus mandamientos,*¹¹³

porque si sólo el dieciséis por ciento de los habitantes del planeta somos cristianos, y si en el reciente año 2000 los católicos eran mil millones (sobre una población mundial de seis mil millones), ¡qué bien haríamos, los que vivimos en la cristiandad, si protestásemos menos por las dificultades de la vida yuviésemos conciencia de todo lo que Dios nos ha concedido sin mérito de nuestra parte! ¡Y cuántas naciones como Argentina —Polonia, Estados Unidos, México, Francia, España, Italia, etc.— deberían proclamar también con el corazón... y sin cesar!: *A ninguna otra nación la trató así el Señor, ni le dió a conocer sus mandamientos.*¹¹⁴

46

— ALEGRÍA Y NACIONALISMO —

« ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! »¹¹⁵

S an Josemaría hablaba con frecuencia de la importancia de la «humildad colectiva»,¹¹⁶ concepto que se puede hacer extensivo a múltiples ámbitos de la convivencia humana, entre otras, a las relaciones entre países, corporaciones, ciudades, familias, clubes, etc. Más concretamente, decía el santo:

«Ser "católico" es amar a la patria, sin ceder a nadie mejora en el amor. Y, a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses... de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo. ¡Católico!: corazón grande, espíritu abierto».¹¹⁷

¹¹³ *Ibidem.*

¹¹⁴ *Ibidem.*

¹¹⁵ *Camino*, 525.

¹¹⁶ *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, nro. 40.

¹¹⁷ *Camino*, 525.

Efectivamente, cuando pienso en el insigne profesor de la Sorbona, Jerome Lejeune (descubridor de la trisomía 21 y valiente defensor del embrión humano), no tengo más remedio que decirle a los franceses que, para mí, argentino, Jerome Lejeune también es gloria mía. Cada vez que releo la epopeya antártica del explorador anglo-irlandés Ernest Shackleton y la extraordinaria hazaña para salvar a sus veintisiete hombres atrapados en los hielos, no resisto la tentación de decirle a los británicos que Shackleton es gloria mía. Y lo mismo le diría a los ingleses respecto de Sir Alexander Fleming por su descubrimiento de la penicilina; y a los estadounidenses por Thomas Edison y sus múltiples inventos; y a los polacos por el espíritu «duro de cansar» de Juan Pablo II; y a los albaneses por la caridad heroica de la Madre Teresa de Calcuta...

El verdadero patriota no es nacionalista. El humilde sabe diferenciar al «patriotismo» del «nacionalismo» (nacionalismo en su acepción peyorativa, puesto que si es sinónimo de patriotismo, constituye una actitud legítima).

El humilde ama ¡en primer lugar! las glorias del propio país, conociéndolas e investigándolas con todo lujo de detalle, velando por ellas para que nadie las tergiverse históricamente, celebrándolas con afecto y dándolas a conocer al resto del mundo por medio de narraciones que brotan del corazón propio de una persona enamorada... Pero su amor a la patria no se basa en un espíritu cerrado a las glorias de otros pueblos extranjeros.

Ciertamente un patriota debe tener predilección por la propia nación, y estar dispuesto a dar la vida por ella, además de alegrarse, agradecer y festejar todos los aniversarios. Pero también debe ensanchar su alma y hacerle lugar a las glorias del espíritu humano que tuvieron su origen en otros sitios del planeta, y muy especialmente si reportaron un bien para su propio lugar de origen.

¡Cómo no honrar a Italia por Marconi, quien nos proporcionó la radio a todos los argentinos!, y honrarla diciéndole que Marconi también es gloria nuestra. ¡Cómo no festejar el aniversario de la heroica muerte de Sir Tomás Moro, mártir de la fidelidad a la verdadera política!, y diciéndole a los ingleses que Santo Tomás Moro también es gloria para nosotros... Y lo mismo respecto a los españoles por tantos santos que, a lo largo de los siglos, sirvieron al mundo de modo incomparable. ¡Bastaría con pensar en el incalculable aporte cultural de las universidades jesuitas repartidas por toda América (diecisiete de ellas, gigantescas, tan sólo en los Estados Unidos)!

En cambio, la actitud propia del nacionalismo cerrado y antisociable colectivamente es causa de envidias, rencores, tristezas, decepciones, revanchas, injusticias... por tanto, pidámosle a Dios tener la «humildad colectiva» de modo que ni dentro de la Iglesia, ni en el

deporte, ciudad, municipio, provincia o país... caigamos en el error de aborrecer los aportes legítimos de otras colectividades, pequeñas o grandes.

47

— ALEGRÍA Y CRUCES —

« *Toda cultura será juzgada en relación a la dignidad del trato dispensado a los débiles: ancianos, niños y enfermos* »

Un periodista entrevista al entonces cardenal Ratzinger:

—¿Qué le diría usted a un filósofo que se declara partidario de aplicarle la eutanasia a personas sufrientes y deshauciadas?

—Le diría que una visión del mundo que no pueda dar un sentido del dolor y transformarlo en algo valioso, no sirve para nada, pues estaría fracasando precisamente en una cuestión decisiva de la existencia; porque aquellos que sobre el dolor el único consejo que tienen para dar es que hay que combatirlo, paliarlo, aliviarlo, suprimirlo... nos engañan. Sin duda hay que hacer todo lo que sea posible para aliviar el dolor de tantos inocentes y limitar sus sufrimientos, pero una vida humana sin dolor no existe, y el que no es capaz de aceptar el dolor, elude esas purificaciones que son las únicas que nos hacen madurar.¹¹⁸

De lo dicho por el cardenal Ratzinger surge que, si un pensador lo único que tiene para decir sobre el dolor es que hay que evitarlo, ese pensador tiene muy poca imaginación para dar consejos, pues el dolor forma parte de la misma condición humana, es inevitable, y la filosofía debe ayudar a profundizar en su significado.

Ya dijimos que San Josemaría nos prevenía de la «alegría fisiológica» del animal sano, en cuanto caricatura de la alegría cristiana, la cual es propia del hombre animal que se mantiene alegre en la medida en que está bien comido, bebido, dormido, y sin ningún problema económico, familiar, nacional, de salud... Pero ¡cuidado si una noche no ha podido dormir bien!

La «alegría fisiológica» no es auténtica, ya que no tiene «sus raíces en forma de cruz»,¹¹⁹ ni se fundamenta en la «ciencia de la cruz»,¹²⁰ ni tiene respuestas para la cruz (que forma parte inexorable de la realidad humana). La alegría verdadera, en cambio, es manifestación del espíritu virtuoso, y *se consolida en las exigencias*

¹¹⁸ *Revista Esquiú*, Buenos Aires, IX/1990.

¹¹⁹ *Forja*, 28.

¹²⁰ Título de una obra de Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein).

(*virtus in infirmitate perficitur*),¹²¹ por eso, cuando ante la Cruz nos entristecemos, nuestra alegría no es verdadera, porque nuestra vocación cristiana no consiste en ser santos «a pesar» de las dificultades, sino «por medio» de ellas, ya que tenemos fe plena en que nada de lo que pasa en nuestras vidas carece de sentido ante Dios. De aquí que te sugiera que, en aquellos momentos difíciles en donde no le encuentres el significado a las cruces de tu vida, digas con San Josemaría:

«Señor, Dios mío: en tus manos abandono lo pasado, lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno».¹²²

Porque no estamos llamados a ser santos «a pesar» del trabajo, los problemas de la casa, los hijos...; al contrario, la invitación que Dios nos hace es que nos inclinemos a la santidad utilizando dichas vicisitudes, aparentemente negativas, como sucesivos peldaños en nuestro camino al Cielo. Y esta es la diferencia sustancial entre la alegría cristiana y la pagana: la alegría cristiana es intrínseca y la pagana extrínseca, la alegría cristiana no le tiene miedo al dolor y la pagana huye de todo sufrimiento... Y, al mismo tiempo en que la alegría cristiana proviene de una vida ordenada y recta que aporta serenidad y paz (incluso en un campo de exterminio), la pagana es fisiológica (propia del hombre animal que está bien comido, bebido, dormido...).

48

— ALEGRÍA Y VISIÓN OPTIMISTA —

« *La alegría no es consecuencia de hacer lo que a uno le gusta, sino de descubrir el gusto a todo lo que uno hace* »

El Papa Juan Pablo II mostró interés por ver el film *La vida es bella*, de Roberto Benigni, cuya trama acontece en un campo de exterminio de los nazis en el que inhumanamente son encerrados un padre judío con su pequeño hijo. Durante el encierro el padre intenta mantener alta la moral de su criatura, y a lo largo de toda la película se ve el esfuerzo por centrar la atención del hijo en todos los

121 II Corintios 12, 9.

122 *Vía Crucis* (séptima estación).

aspectos positivos de aquel lugar macabro en que se encuentran.

Tras haber visto el film, un periodista lo entrevista: —Santo Padre, ¿por qué le interesa esta película? —Me habían comentado que el film reflejaba la superioridad del espíritu humano en cuanto capaz de descubrir valores positivos incluso en las circunstancias más catastróficas de la vida de los hombres: puesto que no todo es miseria moral en un campo de exterminio, también hay gestos de lealtad, de nobleza, e incluso de quienes no vacilan, como San Maximiliano Kolbe, en dar la vida por sus amigos.

La alegría en toda circunstancia presupone humildad y capacidad de admiración. El humilde sabe percibir lo positivo y digno de ser admirado; porque para amar hay que admirar y ser humildes, de modo que en todas las instancias de nuestra historia personal sepamos captar aquellos bienes inmerecidos que se hacen presentes incluso en las circunstancias aparentemente más deplorables. Los cristianos debemos estar alegres no sólo «a pesar de las dificultades», también «por medio de ellas».

Concluyendo, así como los Evangelios no finalizan la narración de la vida de Jesucristo diciendo que *con una gran piedra sellaron su sepulcro*,¹²³ ni afirmando que *fue apostada una guardia de soldados para que lo custodiasen*,¹²⁴ sino que nos dan aviso de que Jesús resucita y asciende al Cielo, lo mismo debemos hacer nosotros: nunca debemos detenernos definitivamente ante lo malo, lo amargo, lo negro, lo poco, lo temporal... Por el contrario, debemos buscar sin claudicaciones, también en las circunstancias dolorosas, las constantes intervenciones con que la gracia promueve la paz a nuestras vidas.

49

— ALEGRÍA Y

SONRISAS — « ¡Sonreíd!

»¹²⁵

En una reunión entre la Madre Teresa de Calcuta y un grupo de distinguidos profesores universitarios de los Estados Unidos, éstos le pidieron que les diese un consejo para toda la vida, y la monja se

¹²³ Mateo 27, 66. ¹²⁴ *Ibidem*.

¹²⁵ Madre Teresa de Calcuta

limitó a responder: — ¡Sonreíd!

Aquellos profesores, al escuchar una respuesta tan simple, hicieron los ademanes propios de quienes por dentro piensan «Sí, pero... ¿qué más?». Y entonces ella insistió:

—Creo que no me habéis entendido, lo digo completamente en serio: ¡Sonreíd!

50

— SEMBRADORES DE PAZ Y DE
ALEGRÍA —

« Caras largas..., modales bruscos..., facha ridícula..., aire antipático... ¿Así esperas animar a los demás a seguir a Cristo? »¹²⁷

Transcribo el siguiente testimonio:

«El 31 de diciembre de 1965 llegué a Roma desde Asunción del Paraguay, y tuve la fortuna de estar con San Josemaría Escrivá; al encontrarme me preguntó si mi padre —que vivía en España— sabía que iría a visitarlo antes de volver a Paraguay (mi padre había quedado viudo el año anterior, cuando yo ya vivía en Asunción). Le respondí que no, pues quería llegar a casa repentinamente para darle una sorpresa. Entonces me dijo que no le diera una sorpresa, sino que le escribiera ya mismo comunicándole mi visita, pues de ese modo recibiría dos alegrías en vez de una: la primera al recibir mi carta con la noticia, y la segunda al verme llegar: dos alegrías en vez de una, magnífica propuesta que nos invita a ser verdaderos sembradores de paz y de alegría».¹²⁸

Porque el camino del humilde es aquel en el que, superando el egoísmo, siempre se piensa en el prójimo, y, más concretamente, en cómo hacerle crecer el número de sus alegrías.

¹²⁶ Cfr. S. Bernal, op. cit., p. 53.

¹²⁷ *Camino*, 661.

¹²⁸ Testimonio del Pbro. Dr. Ramón Taboada (Diario *ABC* de Asunción del Paraguay, 27 de abril de 1992).

— ALEGRÍA Y BUEN HUMOR —

« Bienaventurado el que sabe reírse de sí mismo, porque siempre tendrá de qué divertirse »¹²⁹

Prisionero en la torre, Santo Tomás Moro fue torturado de hambre. La intención era forzarlo a que abjure de su fidelidad al Papa y prestar juramento de fidelidad a Enrique VIII como cabeza suprema de la Iglesia Católica en Inglaterra. Y fue en esas circunstancias extremas cuando exhausto escribió su conocida «oración del buen humor»:

«Concédeme, Señor, una buena digestión,
pero primero algo para digerir.
Dame la salud del cuerpo
y el buen humor necesario para mantenerla.
Haz que mi alma sea santa
y que aproveche todas las cosas puras y buenas.
Señor, que no me asuste de mis pecados
y que encuentre el modo de poner mi alma en orden.
Dame un alma que no conozca el aburrimiento,
las murmuraciones, suspiros y lamentos.
No permitas que mi "yo" me haga sufrir.
Dame la gracia de comprender las bromas
con sentido del humor; y concédeme siempre tu alegría,
junto con el don de saber transmitirla.
Amén».

De su oración se deduce que Santo Tomás Moro se identifica plenamente con aquellas personas a las que hacía mención Juan Pablo II: las que han asimilado esa superioridad categórica del espíritu humano, y que son capaces de mantenerse alegres aún en las circunstancias más dramáticas y exigentes.

¹²⁹ Una de las célebres bienaventuranzas que escribió Santo Tomás Moro encerrado en la Torre, esperando su martirio.

— LA ALEGRÍA DE SABER REÍRSE DE UNO MISMO —

« Debemos trabajar toda la vida en pos de la felicidad, sin permitir que nada ni nadie, ni siquiera nosotros mismos, nos interpongamos en el camino hacia ella »

Decía San Josemaría:

«Por una fuerte contrariedad, me enfadé... y después me enfadé por haberme enfadado. En esa situación, yendo por las calles de Madrid, pasé por delante de una de aquellas máquinas que hacían seis fotografías rápidas por muy poco precio, y el Señor me dio a entender que era una magnífica oportunidad para humillarme como lección ascética de buen humor. Entré a la cabina y me hice las fotos. ¡Estaba divertidísimo con la cara de enfado! Y rompí cinco fotos guardando la sexta en la cartera durante una temporada. De vez en cuando me miraba para ver la cara de enfado, humillarme ante el señor, y reírme de mí mismo: ¡por tonto!, me decía».¹³⁰

— ALEGRÍA CLIMATOLÓGICA —

« Hay días lluviosos en los que mientras algunos se deprimen otros los aprovechan para salvar un alma »¹³¹

Un día de verano me encontré con un venerable dominico en una ciudad especialmente calurosa y húmeda. Al verlo le dije jocosamente:

—¿Vino usted a vivir a esta ciudad por su gran amor al frío? Y él, con su rostro de sesenta y tantos años transpirado por el calor húmedo, me respondió sonriente con palabras bíblicas: —¡Frío y calor, bendecid al Señor!¹³²

Al escucharlo me conmoví. El motivo del pequeño «shock» sufrido era porque se trataba de un texto que muchos sacerdotes acostumbramos repetir privadamente, desde hace siglos, en la acción de

¹³⁰ J. L. Soria, *Maestro de buen humor*, Madrid, 1994, pp. 115-116.¹³¹

Mons. Fulton Sheen.

¹³² Daniel 3, 66. (El texto en realidad dice: *Fuego y calor, bendecid al Señor, fríos y heladas, bendecid al Señor.*)

gracias posterior a la celebración de la Santa Misa; y en aquel momento no sólo adquirieron para mí un sentido nuevo, sino que comprendí que durante años las había repetido como un loro.

En ese momento capté el verdadero y concreto significado que en ese sitio tenían, para mi vida concreta, aquellas palabras: *¡Frío y calor, bendecid al Señor!* Eran una invitación a transformar lo que para muchos es motivo de queja colectiva (el calor), en una oportunidad de alabar a Dios.

Aquel dominico me había dado una gran lección, pues testimoniaba la capacidad espiritual de poder gozar serenamente de todas las exigencias de la condición humana: las simples y las extraordinarias, las cotidianas y las esporádicas, las exigentes y las placenteras... el calor seco de aquel horno en que el rey Nabucodonosor arrojó para vanamente intentar martirizar a los tres jóvenes de la Biblia (que en medio de las llamas seguían alabando al Señor) y el calor húmedo (cotidiano y menos bíblico) con el que me correspondía lidiar en aquella ciudad en la que conocí a un fiel hijo de Santo Domingo.

HUMILDAD y RECTITUD DE
INTENCIÓN

54

— RECTITUD DE INTENCIÓN Y
SENCILLEZ —

« *Dios es simple, todo lo demás es complicado* »¹³³

Einstein decía que las cosas son simples o compuestas,¹³⁴ y mientras Dios es infinitamente simple, las criaturas —en cuanto tenemos partes— somos complicadas. Y lo mismo cabe decir del comportamiento humano, pues cuando actuamos a conciencia, despreocupándonos del qué dirán, qué pensarán, qué me dirán... no hay dificultades, y si las hay se las sobrelleva con serenidad interior y paciencia; pero si queremos congraciarnos con el bien y el mal al mismo tiempo, o quedar bien con todos, o cuando transgredimos los mandatos de nuestra conciencia... allí sí que surgen las complicaciones y la serenidad comienza a estremecerse, pues

*No se puede servir a Dios y a las riquezas.*¹³⁵

La falta de rectitud de intención conduce al descuartizamiento del espíritu, y creo que no hará falta que te explique en qué consiste un descuartizamiento, ya que basta con que te imagines las extremidades de un condenado a muerte sujetadas a cuatro caballos azuzados al mismo tiempo en las diversas direcciones de la rosa de los vientos.

¹³³ Albert Einstein.

¹³⁴ Los filósofos dirían que los entes son «acto puro» o «mezcla de acto y potencia».

¹³⁵ Mateo 6, 24.

La historia mundial nos dice que Chamberlain (premier británico en 1938), intentó evitar la guerra con Alemania firmando con Hitler un tratado de paz en el que se estipulaban condiciones indignas para su nación. El resultado, infructuoso, constituyó un calco perfecto de la profecía que le haría Winston Churchill:

«Perdimos el honor para evitar la guerra, y, ahora, ¡nos quedaremos sin el honor y con la guerra!».

Por tanto, si en la vida queremos evitarnos muchos tragos amargos y negativos, será necesario actuar a conciencia, procurando cumplir con nuestro deber, y manteniendo a rajatabla la pureza de intención; porque si nuestras conciencias actúan sin sencillez, queriendo *servir a Dios y a las riquezas* (riquezas de distinto tipo: poderes, honores y aplausos, lujuria y dinero, etc.), estaremos dando inicio al cruel proceso que concluye con el descuartizamiento de la personalidad.

En el plano moral el cristiano debe sobresalir por estar pendiente exclusivamente de Dios en todas sus acciones, y despreocupado por las criaturas que se han rebelado contra su divino Autor. Algo así como el cuento de Tolstoi sobre aquellos perros que vivían en el patio de un restaurante cuyo cocinero los alimentaba cada día con los restos de la comida. Dice Tolstoi que un día los perros vieron que, por la ventana, el cocinero les echaba las tripas de un animal recién despanzurrado; luego los perros, al hacer la sobremesa, comentaron:

—¡Cuánto nos quiere nuestro amo... qué bien que nos alimenta... qué bien nos trata!

Al día siguiente, el plato a preparar era de papas, y aquel hombre, después de pelarlas durante toda la mañana, recogió las cáscaras mugrientas y las arrojó al patio; y al ver el menú del día, los perros dijeron con enfado:

—¡El amo ya no nos quiere, pues no nos alimenta bien!

La moraleja que se desprende del cuento (aunque más que moraleja es moral pura), es que al cocinero no le importaba en lo más mínimo lo que opinasen los perros, sino sus comensales; y nosotros, luchando por tener un corazón sencillo, habremos de esforzarnos por trabajar bien con el fin de agradar a Dios, y despreocupándonos del «¡qué dirán... qué me harán... qué pensarán... qué se imaginarán...!».¹³⁶

¹³⁶ La moraleja del cuento es de J. Eugui, op. cit., p. 127.

— RECTITUD DE INTENCIÓN Y
VANAGLORIA —

La humildad es virtud que debe vivirse «antes», «durante» y «después» de cada acción que realizamos; pero, para lograrlo, es necesario rechazar la vanagloria, defecto que nos ataca «después» de haber actuado distrayéndonos con regocijos desproporcionados.

En la vida todos tenemos momentos de acierto en los que somos felicitados, aplaudidos o elogiados... y no es malo que nos alegremos de ello, ni que lo tengamos en cuenta a la hora de saber qué agradó a los demás, porque si una mamá, por ejemplo, presta atención al efecto que sus platos de comida producen en los hijos, el marido y los invitados... sabrá qué les agrada (y qué no), lo que en el futuro le permitirá servirlos mejor y alegrar sus vidas. Pero otra cosa es vivir expectante del efecto producido, o preocupados no del servicio efectivo a prestar a los demás, sino de la propia imagen.

El ama de casa que con sus platos de comida se llena de vanagloria, es aquella que deteniéndose pausadamente a pensar en todas las alabanzas recibidas (o que podría recibir), en su imaginación vanidosa concluye que debería dar clases de cocina por televisión.

No debemos vivir grabando en nuestra imaginación cada uno de los aplausos y elogios que nos hacen. A veces pareciera que estuviésemos utilizando «discos compactos imaginarios» en los que coleccionamos alabanzas clasificadas ordenadamente: en uno de estos «discos imaginarios» conservamos los «grandes éxitos» del 2002, y en otros los del 2003, 2004... ; y cuando aburridos estamos perdiendo el tiempo, queda suelta la «loca de la casa»,¹³⁷ o sea la imaginación, y damos comienzo al proceso negativo de vanagloria que consiste en revivir interiormente una vez y otra los momentos estelares de nuestras vidas.

Así no será extraño que una mujer aburrida tome un «disco compacto» (tal vez el de sus «grandes éxitos» del 2002) y colocándolo en su imaginación, oprima el botón que dice «play», y escuche una y otra vez (apretando muchas veces el botón de «reversa») durante una tarde de ensueños, los elogios tributados: ¡Qué extraordinaria que fue tu tarta de limón... qué bien que cantas... qué bien que bailas... qué cabello... qué hijos... qué casa... qué familia... ! Sueños de vanagloria dañosos, porque además de hacer que perdamos el tiempo, nos privan de méritos espirituales.

En cuanto a la pérdida de méritos espirituales por causa de la vanagloria, recuerdo que en mi infancia recibí una inolvidable lec-

¹³⁷ Expresión muy conocida de Santa Teresa de Jesús.

ción de catecismo en la que nos hablaron de la existencia de un «ángel del borrador»:

«Queridos niños, todas nuestras acciones virtuosas se registran con tiza en una pizarra que hace las veces de *Libro de la vida*. Pero si, tras los éxitos, interiormente perdemos el tiempo jactándonos o vanagloriándonos... viene el ángel del borrador y las elimina de la pizarra».

Aquel catequista no hacía más que transmitir un concepto presente en el Evangelio:

*Estad atentos para no hacer vuestra justicia delante de los hombres de modo que os vean, pues no tendréis recompensa ante vuestro Padre que está en los Cielos.*¹³⁸

La falta de rectitud de intención es una especie de «topadora» que arrasa y aplasta, reduciendo a nada, todos nuestros méritos espirituales; y puede decirse que ningún enemigo actúa con tanta sutileza y eficacia como ella. Y es necesario estar prevenidos para no vivir años enteros inmersos en la inconciencia de perder sistemáticamente nuestra recompensa celestial.

56

— RECTITUD DE INTENCIÓN Y
«EGOLATRÍA» —

« ¡Cuidado con los aplausos! »

La humildad es una virtud tan importante que su ausencia impide que nuestro comportamiento pueda ser meritorio, pues una acción, en apariencia virtuosa, si tiene su raíz en la vanagloria, sólo tendrá apariencias de virtud.

Pero esto no quita que los cristianos debamos brillar en todo lo que hacemos: trabajo, familia, política, deportes... ya que no debemos incurrir en el infantil error de pensar que las pretensiones de conquista de los primeros puestos de la sociedad son falta de humildad. Dichas pretensiones sólo estarán emparentadas con la soberbia si en ellas buscamos nuestra afirmación personal, los aplausos, el éxito... De todos modos, hay que estar vigilantes, porque en esta cuestión los límites entre la humildad y la soberbia pueden ser

138 Mateo 6, 11.

difíciles de distinguir, y nuestras almas en vez de ser almas santas podrían convertirse en almas ególatras.

El alma ególatra es la de un personaje negativo que no se identifica totalmente con el egoísta, pues mientras este último pretende ser por cualquier medio centro de atención (el terrorismo, por ejemplo), el ególatra busca algo muy definido: aplausos, elogios, alabanzas...

El cristiano maduro sabe que la Sagrada Escritura lo amonesta para que al morir no se presente *al Señor con las manos vacías*,¹³⁹ lo que constituye un motivo más para cumplir con el mandato de trabajar en servicio de los demás, presentando su trabajo ante el altar del Señor como digna ofrenda. Pero lo que no haría nunca un cristiano humilde, sería comportarse «ególatramente», es decir, llevando sus ofrendas al «altar del propio yo», lo que sucede cuando somos «fans» del éxito y los aplausos. Por tanto, es necesario estar prevenidos contra esta tentación, de modo que no sea el móvil esencial de nuestro obrar.

Ante el éxito debemos tener la misma precaución recomendada en el conocido e inocente chiste popular: un mosquito le pide permiso a su mamá para ir al teatro con su pandilla de mosquitos amigos, y la mamá lo autoriza diciéndole:

—¡Puedes ir, pero cuidado con los aplausos!

La mamá-mosquito, como ves, es una madre llena de sabiduría, y con su consejo no sólo invita a su hijo, sino también a todos nosotros, a que estemos vigilantes y no desaprovechemos la oportunidad de ofrendar al Señor las alabanzas y aplausos que nos hacen: que son de las mejores ofrendas que podemos presentarle a Dios al ejercitar el sacerdocio de nuestra propia existencia.

Juan Pablo I (Albino Luciani), durante su breve pontificado nos decía:

«Cuando me felicitan por algo que hice, tengo necesidad de compararme con el burrito que llevaba a Jesucristo el Domingo de Ramos, y me digo: ¡Cómo se habría reído del burro la multitud, si al escuchar los aplausos se hubiese ensoberbecido comenzando, asno como era, a dar gracias a diestra y siniestra con reverencias de *prima donna*!». ¹⁴⁰

¹³⁹ Éxodo 23, 15.

¹⁴⁰ A. Luciani, *Ilustrísimos Señores*, Madrid, 1979, p. 59.

Y nosotros, al vanagloriamos en el éxito hacemos realidad la imagen absurda a que alude Juan Pablo I: un burrito que, convencido de ser el destinatario de la ovación, levanta sus patas delanteras alternativamente a un lado y otro para saludar a la multitud, y sin darse cuenta de que ésta, al agitar los ramos de olivos a los flancos del camino, no lo saluda a él sino al Maestro. Por tanto, es necesario estar prevenidos para no hacer un ridículo semejante robándole a Dios su gloria.

57

— RECTITUD DE INTENCIÓN
PARCIAL —

« ... por cada faisán un caballo »

«Un día —decía José Ramón Madurga— un amigo me prestó un libro llamado *Camino*. Era la primera vez que caía en mis manos. La primera ojeada me reveló un contenido muy interesante, y tras volver a casa cené rápidamente y me encerré dentro de la habitación para leerlo de un tirón. Esta lectura rápida fue acompañada, según recuerdo, del propósito de volver a leerlo más despacio; y de un entusiasmo indescriptible por el camino que allí se esbozaba.

Pues bien, en mayo de 1940, el amigo que me prestó *Camino* me invitó a la casa de la calle General Mola 20 (Zaragoza), lugar en el que cuando entramos había una tertulia con el autor del libro (San Josemaría Escrivá), quien narraba la historietta de un vendedor ambulante que ofrecía la mercadería por la calle gritando: "¡Vendo pastel de faisán... pastel de faisán barato!". Ante aquella admirable oferta, las amas de casa bajaban y compraban el pastel. Pero cuando al día siguiente volvió a pasar el mismo vendedor, las mujeres salieron para protestar indignadas al unísono por el horrible pastel que se les había vendido la anterior jornada, pues les extrañaba que estuviese hecho con carne de faisán. El hombre, entonces, les explicó que, por ese precio, no podían esperar que tuviese sólo carne de faisán, y que para hacerlo tan barato debió mezclarlo con otra carne; y acosado a preguntas confesó que había utilizado dos carnes: carne de faisán y carne de caballo. Aunque añadió:

—¡Pero lo hice a partes iguales: un caballo por cada faisán!

Y San Josemaría comentó:

—Así nos pasa a nosotros: cuando nos proponemos hacer algo exclusivamente por amor a Dios (pura carne de faisán), lo mezclamos con el orgullo y la vanidad, que son peores que la carne de

caballo; y, por si fuera poco, pensamos que lo hacemos a partes iguales: por cada caballo un faisán».¹⁴¹

En la condición humana no es posible tener una rectitud de intención absolutamente pura: siempre se nos cuela algo de vanagloria, por lo que no te extrañes si al hacer un favor a tus amigos experimentas que en alguna medida has buscado quedar bien ante ellos, o que tus sonrisas con el jefe sean en parte por cortesía pero también como adulación para posicionarte mejor en la empresa, o que tus saludos tan puntuales a un amigo estén motivados porque en breve le tendrás que pedir un gran favor... Por tanto, es necesario luchar para que cada vez sean más rectos los fines que perseguimos, y eliminar toda pretensión egoísta de vanagloria que deteriore nuestra rectitud de intención privándola de esplendor.

Finalmente te sugiero que a la hora del examen seamos diligentes para determinar con precisión las verdaderas proporciones de lo que hemos puesto sobre la balanza, pues si un platillo está cargado de «amor propio» y el otro de «amor a Dios y al prójimo», habrá que velar para que no suceda lo de la historieta narrada por San Josemaría: que estemos convencidos de que están los dos amores en la balanza (cada uno en su platillo), y en proporciones iguales: «por cada caballo un faisán».

58

— RECTITUD DE INTENCIÓN Y
APOSTOLADO —

« *Cazador que hace ruido mata pocos pájaros* »

La falta de rectitud de intención, en cuanto topadora de méritos, también produce efectos devastadores en el apostolado. Uno de ellos es privarnos de la recompensa ante nuestro Padre que está en los Cielos (el ya mencionado «ángel del borrador»), lo que sería una pena. Pero no sólo esto, también puede ocurrir que nuestro apostolado, sin que nos demos cuenta, sea pura «hojarasca»¹⁴² (en alusión a la higuera del Evangelio, que fue maldecida por tener «hojas» pero no frutos).

¹⁴¹ Testimonio de monseñor José Ramón Madurga (para la fuente citada, vid. P Urbano, op. cit., p. 511).

¹⁴² Camino, 354: «Aprovéchame el tiempo. —No te olvides de la higuera maldecida. Ya hacía algo: echar hojas. Como tú... —No me digas que tienes excusas. —No le valió a la higuera —narra el evangelista— no ser tiempo de higos, cuando el Señor los fue a buscar en ella. Y estéril quedó para siempre».

Y dentro del concepto de «hojarasca» habría que incluir los frutos apostólicos pasajeros. Ten en cuenta que si al hacer apostolado no somos verdaderamente Cristo (*Ipse Christus*),¹⁴³ tras un comienzo exitoso, pasado un año, dos, diez, veinte, cuarenta... no queda en pie nada de lo que habíamos hecho. En cambio, la rectitud de intención es un camino de humildad en el que los «higos» (el fruto duradero)¹⁴⁴ tal vez demoren en llegar, e incluso sean *post mortem*, pero ese apostolado nunca será inútil:

*Mis elegidos no trabajarán en vano.*¹⁴⁵

También hay que estar prevenidos de otro posible efecto negativo: la ausencia de fruto no sólo eterno, también pasajero. Es el caso que se le puede presentar a quien «técnicamente» hizo todo lo que se debía hacer, pero espiritualmente fue víctima del ruido de vanagloria que lo llevó a experimentar en carne propia el dicho citado: «Cazador que hace ruido mata pocos pájaros».

59

— RECTITUD DE INTENCIÓN Y
NOVIAZGO —

No es raro encontrar mujeres y varones que han debido enfrentarse con una vida matrimonial desgraciada en la que el otro cónyuge fue la «media naranja» que se transformó en un «medio limón». Las causas de ese pasar de la media naranja al medio limón son innumerables, y varían según la edad, el sexo, la cultura, la salud, el temperamento... cuando no el «cóctel» de todos ellos.

Aunque nunca debe olvidarse que si no luchamos por limar las cotidianas asperezas de la vida, también el mero transcurso del tiempo produce dicho efecto de modo inexorable, porque los cónyuges son como los automóviles, y si no se hace una buena tarea de mantenimiento, los defectos aparecen forzosamente después de los 25.000 kilómetros. De todos modos, no es ésta la problemática a la que me quiero referir, sino a otro tipo de actitudes que, previas a la alianza nupcial, se constituyen en caldo de cultivo de los matrimonios fallidos, y que tienen su raíz en la falta de rectitud de intención con que se establecen los noviazgos.

¹⁴³ Expresión cristocéntrica utilizada por San Josemaría Escrivá; para un análisis de la misma vid. A. Aranda, *El bullir de la Sangre de Cristo*, Madrid, 2000.

¹⁴⁴ Juan 15, 16: ... *que vuestro fruto permanezca* (... *et fructus vester maneat*).

¹⁴⁵ Isaías 65, 23: *Electi mei non laborabunt frustra*.

Por ejemplo, un diario de provincias de España anunciaba:

«Joven agricultor busca novia que tenga tractor. Enviar los datos a la casilla de correos n° 24, adjuntando una foto. PD: La foto ha de ser del tractor».

Considero que darás por hecho que si este aviso jocoso hubiese sido publicado con intenciones reales, dudosamente llevaría a un matrimonio fructífero. Pero también debo aclararte que en más de una ocasión supe de muchachos que «exigían» de sus novias conductas sexuales anticipadas como condición *sine qua non* para proseguir el compromiso; y mi sorpresa fue constatar que, ante tales amenazas, que contrariaban cuestiones de conciencia, había novias que accedían. Por eso puede afirmarse que, en el caso de marras, así como un novio que hace su propuesta deshonesto tiene puesto su interés fundamental en el «tractor de la sexualidad», como contrapartida la novia demostraría tenerlo en el «tractor del noviazgo»:

*Donde está tu tesoro allí está tu corazón.*¹⁴⁶

Si un chico abandona a su chica porque ésta no accede a mantener «relaciones», es porque le interesan más las «relaciones» que la chica; y cuando una chica, para mantener el noviazgo, hace cosas que en conciencia considera que son un daño moral tanto para ella como para su novio, da a entender que no quiere tanto al novio como al noviazgo.

En más de una oportunidad, teniendo en cuenta lo dicho, me vi en la obligación de invitar a diversas parejas de novios a que hagan examen de conciencia sobre sus intenciones más profundas: ¿Quieres a tu novia incondicionalmente... o quieres las relaciones?, ¿quieres a tu novio incondicionalmente... o quieres el «tractor» del noviazgo?

Pero además de esta falta de rectitud de intención que constituye una auténtica «arena movediza» de la futura estabilidad matrimonial, consideración aparte merecen las mismas relaciones prematrimoniales (y los adulterios), que evidencian la soberbia de sus protagonistas, especialmente del varón.

Una propuesta de sexo extramatrimonial formulada por el varón y aceptada por la mujer, da origen a una relación sexual asimétrica: un acto sexual donde no es equitativa la contrapartida entre derechos y deberes que asumen las partes implicadas. Pero me permitirá

¹⁴⁶ Mateo 6, 21: *Ubi thesaurus ibi cor.*

explicarlo con mayor detalle.

En cierta ocasión, en un colegio de mujeres adolescentes, fui invitado a impartir a los padres de las niñas una lección sobre el significado moral de la sexualidad; y, al finalizar, se me preguntó:

—¿Por qué motivo los chicos varones son más débiles que las mujeres en el dominio de la sexualidad? ¿Por qué caen más velozmente en los desórdenes sexuales? ¿Por qué tienen la iniciativa, «acosan», son antropológicamente más «flojos»... más «instintivos» y «animales»?

Como se ve, la pregunta era sin pelos en la lengua.

Al responder este interrogante, puntualicé que, según mi opinión, pese a que los hechos sociológicos parecieran irrefutablemente estar a favor de lo dicho en la pregunta, los varones no son más débiles que las mujeres a la hora del dominio del instinto sexual, sino que el acto sexual (psicofísicamente) para ellos tiene menos consecuencias, y, por ende, no hay tantos «frenos y dificultades psicológicas» para concretar dichas uniones anticipadamente.¹⁴⁷

El acto sexual precoz es una realidad asimétrica ante la cual la mujer ofrece instintivamente más resistencia, pues (a diferencia del varón) ella analiza subconcientemente una gran cantidad de responsabilidades con las que inexorablemente se deberá enfrentar, y sin posibilidad de evasión:

- El embarazo y su manifestación pública ante la sociedad.
- Las náuseas y vómitos que lo acompañan.
- La posible necesidad de guardar reposo prolongado.
- Las limitaciones académicas, laborales, deportivas, sociales... que todo embarazo impone.
- Amamantar a la criatura varias veces al día durante un año.
- Los dolores y dificultades del parto.
- La posibilidad del abandono por parte del varón.
- Etc.

Y esta asimetría no desaparece ni siquiera cuando se opta por el gravísimo crimen del aborto, ya que no se puede comparar el sufrimiento psicológico masculino de saber que se está asesinando al propio hijo (por succión, descuartizamiento, envenenamiento...), a la experiencia femenina que tiene su sede en el propio vientre; sin contar los riesgos que la salud de la madre corre en todo aborto (con diferencias muy relativas y dudosas, si quien lo hace es un médico diplomado... o un «abortero de barrio» con experiencia abundante). Es decir, no es lo mismo vivenciar un aborto desde el pasillo de un

¹⁴⁷ Es decir, si las mujeres no tuviesen que enfrentar una serie de dificultades «extras» a las que haremos mención en el texto, no sería de extrañar que cayesen en tales desórdenes con la misma facilidad que los varones.

«pseudohospital», que sentir en un quirófano las tenazas triturando la criatura dentro de la propia matriz.

Toda relación extramatrimonial es por naturaleza asimétrica, y no detenta ni la proporción justa de responsabilidades que se asumen, ni el marco de solidaridad incondicional que garantiza el matrimonio indisoluble; y esto último es fácil de constatar, pues basta con prestar atención a la muchedumbre de mujeres que debieron soportar, tras la noticia de un embarazo extramatrimonial, la amarga experiencia del abandono.

El acto sexual pre o extramatrimonial (física, moral y psicológicamente) no significa lo mismo en una mujer que en un varón, y cuando tal relación viene exigida por éste, nos encontramos ante una pretensión asimétrica, inequitativa, injusta, desmedida, desubicada, soberbia... ; petición que demuestra la actitud adolescente propia de quien pretende disfrutar del atractivo de la sexualidad sin asumir obligaciones, y con el agravante que implica la desubicación ante el desinterés sobre la situación desventajosa que se le propone a la mujer.

60

— RECTITUD DE INTENCIÓN Y
AUTOENGAÑOS —

« La capacidad que tenemos de autoengañarnos es muy superior a la que poseemos para engañar a los demás »¹⁴⁸

— ¡V en pronto, estoy gravísimo! —le dice Isaac Albeniz a su esposa en un telegrama enviado desde Francia. Ésta acude precipitadamente, y apenas baja al andén de la estación de trenes donde su marido la espera, le pregunta:

—¿Qué sucede?

Isaac responde:

—¡Estaba comenzando a enamorarme!

La falta de humildad puede enceguernos e impedir captar a tiempo los autoengaños; y si nos preguntásemos qué diferencia habría para Isaac Albeniz entre aquel desesperado «estaba comenzando a enamorarme» y un tozudo «comenzar a autoengañarse», la respuesta se sintetiza en dos virtudes: humildad (para pedir ayuda) y sinceridad (para manifestar con prontitud las debilidades).

¹⁴⁸ Mahatma Ghandi.

El autoengaño que atenta contra el amor y la fidelidad hace que cuando nuestra conciencia comienza a ofuscarse, razone equivocadamente sin ser capaz de reconocer lo más simple y evidente. Y si tu corazón tiene «dolor de muelas» te sugiero urgentemente ir al confesionario para que te hagan «unas buenas extracciones».¹⁴⁹

61

— RECTITUD DE INTENCIÓN Y EXAMEN DE
CONCIENCIA —

El Pastor anglicano Douglas Walstall visitó al Beato Papa Juan XXIII. Era una entrevista ecuménica. Tras hablar de «bueyes perdidos», Juan XXIII le confesó su profundo aburrimiento por los trabajos de oficina:

—Cuando estoy muy cansado, tomo estos prismáticos y desde mi ventana miro una por una las cúpulas de las iglesias de Roma; y entonces pienso en los que viven alrededor de ellas: gente desconocida que es feliz o que sufre, ancianos solos y familias alegres... y le pido a Dios que los bendiga.

Según Walstall, aquel testimonio fue «una lección más brillante y contundente que centenares de entrevistas ecuménicas».

Hace años, durante una magnífica mañana primaveral de domingo, viví algo semejante a lo que le decía Juan XXIII a Walstall. Un muchacho de unos treinta años pasó a buscarme en automóvil; y en el camino pude ver jóvenes retornando alegres a sus hogares tras las diversiones nocturnas; familias que cargaban sus autos con bicicletas, reposeras, mesas plegables, canastas... para el magnífico picnic; y grupos de veteranos ciclistas que con sus coloridos y deportivos atuendos pedaleaban saludablemente. Pero nosotros no íbamos a un picnic sino a un velorio, pues había muerto el padre del muchacho.

Al notar el contraste descubrí que ¡así es la vida!: llanto y dolor, nacimientos y muertes, éxitos y fracasos académicos, contratos laborales y despidos, ceremonias de casamientos y juicios de separación, vidas rescatadas por los bomberos y niños asesinados por el aborto... y todo bajo un mismo techo, ciudad o país.

Y en nuestro espíritu también se repite ese suceder de las contradicciones: alegría y dolor, virtudes y pecados, intenciones rectas y torcidas... mezclas que conviven no sólo en nuestra persona, también

¹⁴⁹ *Camino*, 166: «Me escribes: "Padre, tengo... dolor de muelas en el corazón". No lo tomo a chacota, porque entiendo que te hace falta un buen dentista que te haga unas extracciones. ¡Si te dejaras!».

en una misma acción, porque no sólo nos encontramos con una vida enmarañada en la que se enredan momentos de malhumor con otros de alegría, sino que en un mismo acto mezclamos el bien con el mal: la limosna que hacemos vanidosamente, el chiste gracioso que hicimos buscando sobresalir a toda costa, etc.

Y una importante misión del examen de conciencia es rectificar la intención (purificarla). A tal efecto nos ayudará decirle a Jesucristo, antes de irnos a dormir: «Señor, sé que hoy fui nuevamente un miserable que en muchas oportunidades me he vanagloriado, y también sé que en mi persona conviven acciones buenas con intenciones torcidas: ¡Te pido perdón... y también te pido que me concedas un corazón puro y recto!».

La tarea de rectificación de nuestra intención ha de ser continua como lo es la rectificación del volante de un automóvil durante un viaje de larga distancia. ¿Acaso has pensado alguna vez cuántas veces debes realizar pequeñas rectificaciones en el volante de tu automóvil al viajar tan sólo unos centenares de kilómetros? ¡Miles! Pues así ha de ser nuestra vida: rectificar humilde y constantemente ante todo lo que nos aparte del camino haciéndonos marchar peligrosamente hacia el carril contrario, la banquina, el precipicio...

62

— RECTITUD DE
INTENCIÓN — Y
APROVECHAMIENTO DEL
TIEMPO

« ¡Vivir hoy como si fuese el último día! »

Hace más de veinticinco años falleció mi madre. Pocos días antes había hecho un retiro espiritual en el Opus Dei. Entre sus recuerdos personales había una anotación escrita que sintetizaba el propósito de aquellos días de oración: «¡Vivir hoy como si fuese el último día!», frase con un contenido diametralmente distinto al *Carpe diem!* («¡Aprovecha el día!»), puesto que éste no es otra cosa que una expresión pagana semejante a la que condenó San Pablo al exhortarnos a no ser como aquellos que dicen *comamos y bebamos que mañana moriremos*.¹⁵⁰

La vida cristiana no es sólo un *Carpe diem!* consistente en disfrutar del sol que hoy brilla en el cielo. El cristianismo nos invita a vivir hoy como si fuese el último día; y es obvio que de saber que

150 I Corintios 15, 32: *Manducemus et bibamus cras enim moriemur.*

estamos viviendo el último día muy probablemente no nos dedicaríamos a tomar sol.

Vivir hoy como si fuese el último día es una invitación a que aprovechemos el tiempo con la misma responsabilidad que un estudiante se esfuerza por asimilar los libros en los días previos a un importante examen (la intensidad en el estudio difiere notablemente si para el examen sólo restan pocos días o faltan varios meses). Por tanto, a esta frase la podríamos concretar de los siguientes modos:

- Tratar a los familiares como si fuese el último día.
- Saludar a la gente como si fuese la última vez.
- Servir a los demás como lo haríamos en la última oportunidad que tuviésemos.
- Etc.

obviamente, no se trata de «vivir el último día», sino de hacerlo «como si lo fuese». Por ejemplo, recuerdo una mañana de domingo en la que me encontraba en el velorio de una mujer que había fallecido a las 6 de la madrugada en un accidente de tránsito al regresar de los festejos de un casamiento. En torno al féretro estábamos varias personas. Entre ellas había una amiga con quien la difunta estuvo compartiendo la mesa de aquella fiesta, y nos decía:

—¡Pensar que estuvimos toda la noche conversando! ¡Pensar que le estuve hablando todo el tiempo! ¿Y saben de qué le estuve hablando toda la noche?... de «pavadas», tonterías, superficialidades...

Aquella mujer se lamentaba de haber estado distraído con modas y nimiedades toda la fiesta a quien pocos momentos después estaría llamada a comparecer ante Jesús. El motivo de su tristeza era haber compartido toda la noche con la amiga sin conversar con ella «como si fuese el último día».

Yo no te diré que siempre que hablemos con alguien lo hagamos «escatológicamente» como quien conversa con un moribundo, pero sí que no nos vendría nada mal procurar que nuestras conversaciones dejen más frecuentemente algo en el corazón del prójimo. Pues sería una pena convivir con los nuestros durante años, y que al llegar el día en que Dios los llame a su presencia lo hagan sin haber escuchado nunca, de nuestros labios, la palabra «Jesús».

El humilde aprovecha el tiempo y agradece a Dios cada nueva jornada, ya que la considera una gracia tan inmerecida como el don del comienzo de la existencia humana. El humilde agradece las nuevas oportunidades de estar con sus amigos, y aprovecha el tiempo profundizando espiritualmente en el trato con ellos. El humilde sabe que no merecemos nuevos encuentros con nuestros seres queridos, y que si se vuelven a presentar han de ser causa de nuestra reiterada acción de gracias a la Providencia. En cambio, el soberbio se acuesta

cada noche sin rezar, pues no concibe la posibilidad de que Dios de por terminado el número de sus días precisamente en esa jornada; y aunque nada haya hecho para mover a sus amigos hacia Dios, está convencido de que merece volver a verlos.

HUMILDAD y TRABAJO

63

— TRABAJO Y ACTIVISMO —

« He sabido que no eres ni frío ni caliente; ojalá fueras frío o caliente, mas porque eres tibio te vomitaré de mi boca »¹⁵¹

Descansando en un caserón de montaña leía *La Ciudadela*, apasionante novela de Cronin. De repente sopló un fuerte viento que se abatió sobre la casa produciendo estruendosos portazos y ventanazos... y la necesidad de cerrar las innumerables aberturas de aquel sitio interrumpió mi lectura en el momento más atrapante.

Años después, recordando el episodio, me vino el pensamiento de que Dios con nosotros hace cosas semejantes: cuando nos ve excesivamente enfrascados en lo nuestro, empiezan sus «portazos» y «ventanazos» para que reaccionemos dándonos cuenta de que en el mundo también hay otros problemas que nos esperan.

¿Y a qué ventanazos me refiero? Al velorio de aquella madre de un íntimo amigo, y del que siendo imposible ausentarnos, nos vemos obligados a renunciar a nuestro atractivo plan previsto; o al inesperado dolor de cabeza que bloquea el trabajo intelectual en el que tan compenetrados estábamos; o al «pinchazo» de una rueda que arruina, con su demora en repararla, el horario de llegada previsto; o al corte de luz en el momento en que por televisión hay un programa de máximo interés; o a la petición inoportuna de un favor que se nos solicita; o la huelga de transporte que nos obliga a suspender un viaje con el cual estábamos muy ilusionados...

En esos momentos de ensimismamiento ten presente que la virtud más importante no es el orden sino la caridad, porque si para mantener el orden de mi trabajo y de mis intereses tengo que olvidarme de los demás, caeré inexorablemente en las redes del ego-centrismo que ponen al propio yo en el centro del cosmos y de la

151 Apocalipsis 3, 16.

historia.

El enfrascamiento aplicado al trabajo desemboca en el activismo, actitud retratada por el Evangelio cuando narra el momento en que *requisaron a Simón de Cirene para que ayude a llevar la Cruz de Jesús*.¹⁵² Al respecto, recuerdo un óleo que mostraba la procesión al Calvario presidida por un Jesucristo caído que, acosado por los soldados romanos, intentaba alzarse sin conseguirlo. Detrás de los soldados la multitud daba la impresión de gritar: *¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*¹⁵³ Y en sentido contrario aparecía, con pala y rastrillo al hombro, *Simón de Cirene que venía de una granja*.¹⁵⁴

En dicha escena pictórica, Simón de Cirene muestra una actitud indiferente: ni a favor ni en contra, en lo suyo (la granja). Y fue en ese momento cuando lo *requisaron* para que ayudase a cargar con la Cruz, lo que me imagino perfectamente, puesto que en mi adolescencia pude presenciar una «requisa».

Era una refriega inesperada y callejera, con una veintena de inadaptados que enfrentando a la policía regresaban de un partido de fútbol. Todos fueron detenidos por los agentes del orden, quienes en aquellas circunstancias tensas detuvieron un camión y lo «requisaron» para llevarse a una multitud de hombres detenidos. Es de suponer que luego restituirían el camión a su dueño, pero en ese momento se lo quitaron a la fuerza, pues conforme a la ley vigente debían emplearlo para una emergencia pública exigida por la seguridad ciudadana.

Y a Simón de Cirene también lo *requisaron* (*forzaron*, según otras traducciones), lo que deja entrever que inicialmente no cargaría con la Cruz a gusto, sino que empezaría llevándola quejumbroso para luego convertirse y llegar a ser santo.

Pero, ¿por qué forzar al único que no le interesa el tema y va en dirección contraria? ¿Por qué no obligar a uno de aquellos de la multitud que seguían con interés la procesión hacia el Calvario? Porque los soldados no pudieron soportar la «mediocridad» de quien, siendo víctima del activismo, se aísla de los demás y vive metido en lo suyo: indiferente a toda inquietud colectiva. De modo que ni siquiera los soldados paganos fueron insensibles al hecho de que un hombre estuviese metido en lo suyo en el momento más trascendente de la historia humana.

152 Lucas 23, 26.

153 Lucas 23, 21.

154 Marcos 15, 21.

Y si bien hoy la Iglesia no honra a Simón de Cirene, sino a «San Simón de Cirene»,¹⁵⁵ lo que deja en claro que la Cruz lo convirtió, no obstante, la lección es clara: no podemos caer en el activismo que nos lleva a ser indiferentes y tibios ante nuestras obligaciones con Dios, y pasibles de lo dicho por el Apocalipsis:

*He sabido que no eres ni frío ni caliente; ojalá fueras frío o caliente, mas porque eres tibio te vomitaré de mi boca.*¹⁵⁶

64

— TRABAJO: ÉXITOS Y MÉRITOS —

*« He aprendido a vivir tanto con el éxito como con el fracaso, y sé que viviendo con ellos convivo con dos impostores »*¹⁵⁷

Jesucristo volvió a Nazaret y realizó unos pocos milagros. Al verlo, los habitantes exclamaron:

*Pero, ¿no es éste el trabajador [faber]... no es el Hijo de María?*¹⁵⁸ *¿Éste no es el Hijo del trabajador [fabri filius]?*¹⁵⁹

La sorpresa de las preguntas da a entender que en Nazaret existía la convicción de que Jesús, al igual que María y José, era una persona normal; pero si bien no era ni un joven exitoso, ni un profesional con prestigio, o un empresario distinguido... tenía su fama concreta: *faber* (el que trabaja), elogio que sería bueno que se pudiera hacer de todos los cristianos.

Hace unos años llegó a mis manos un libro con el cual disiento desde el principio, o sea, desde el mismo título: *La Universidad del Éxito*. La idea de este grueso volumen de setecientas páginas era proponerle al lector hacer una imaginaria carrera universitaria ejercitándose en distintos consejos para lograr el «título» de persona exitosa.

¹⁵⁵ Simón de Cirene fue padre de Alejandro y de Rufo, dos eximios primeros cristianos (cfr. *Ibidem* y Romanos 16, 13).

¹⁵⁶ Apocalipsis 3, 16.

¹⁵⁷ Rudyard Kipling.

¹⁵⁸ Marcos 6, 3.

¹⁵⁹ Mateo 13, 55.

Pues bien, cumpro con hacerte saber que los cristianos no tenemos interés en hacer esta carrera universitaria, pues lo que nos interesa no es el éxito sino el mérito; y la «Universidad del Mérito» tiene condiciones de ingreso muy exigentes: humildad, caridad, laboriosidad, y trabajar sin tener como ambición la fama sino el servicio.

Y para que sepas distinguir el éxito del mérito, me permito enumerarte una lista de personas con las que te encontrarás a lo largo de la vida:

- Personas exitosas y no meritorias.
- Personas meritorias pero no exitosas.
- Personas exitosas y meritorias.
- Personas que no son ni exitosas ni meritorias.

En la presente clasificación ya comenzarás a intuir que el «éxito» es algo secundario y accidental, pues lo importante es el mérito; de modo que el éxito sólo tendrá trascendencia como meta humana en la medida que tenga su raíz en el mérito.

Ahora, si me preguntas qué es un éxito meritorio, te responderé con la definición de «suerte» dada por Voltaire: «La oportunidad que se le presenta a quien se ha capacitado para aprovecharla».

Si un joven hispanohablante estudia alemán, a la hora de obtener un puesto laboral que exija conocer esta lengua, tendrá mayores posibilidades de éxito en relación a quienes no se prepararon; y aunque la posibilidad del éxito pueda no presentarse nunca, siempre estará el mérito de haber estudiado la lengua alemana.

Hay que tener presente que dentro de las distintas pruebas que Dios puede poner en la vida de una persona, una de ellas es la de los «aparentes» fracasos laborales, es decir, cuando pese a los esfuerzos en el estudio y la conducta honesta, se es víctima de la desocupación absoluta, o la desocupación relativa (cuando se trabaja en tareas muy lejanas a los méritos adquiridos a lo largo de la vida). En estos casos recuerda especialmente las palabras de Rudyard Kipling:

«He aprendido a vivir tanto con el éxito como con el fracaso,
y sé que viviendo con ellos convivo con dos impostores».

En las humillaciones sufridas (fracasos), la humildad nos permite visualizar no tanto a un impostor sino a un hermano: hay que saber santificar las humillaciones laborales. Pero como también debemos saber insertar en los planes de Dios nuestros éxitos meritorios y legítimos, a continuación abordaremos esta cuestión.

— TRABAJO Y GLORIA DE DIOS —

«Tuyo es el Reino, tuyo el Poder y la Gloria por siempre Señor»¹⁶⁰

Tras una corrida de toros en la que Antonio Bienvenida (uno de los tres toreros más grandes del siglo XX) tuvo una destacada actuación, la multitud descendió a la arena para alzarlo en andas haciéndolo pasar por la «puerta grande» del estadio y festejar en las calles de la ciudad.

Al día siguiente, el titular de un periódico decía: «Por la puerta grande»; y mostraba en una fotografía al torero que, llevado en andas por la puerta grande, aparecía con los brazos alzados al cielo mientras el gentío lo vitoreaba antes de comenzar su recorrido triunfal por la avenida principal de la ciudad.

Con los años murió Bienvenida, y el velorio tuvo su momento principal en la plaza de toros, escenario de las gestas habidas otrora. Luego el féretro fue llevado por la multitud, también en andas, haciéndolo pasar por la «puerta grande» rumbo al cementerio; y con el avanzar del ataúd las gentes le tributaban al torero el último adiós.

A la posterior jornada, aquel periódico empleaba nuevamente el titular mencionado: «Por la puerta grande»; y presentaba dos fotografías: una con el torero victorioso alzando sus brazos al cielo mientras era llevado en andas por la multitud, y, en la otra, el torero que también era llevado en andas, pero dentro del féretro rumbo al cementerio. En aquel artículo el cronista narraba un antiguo diálogo habido con el torero tras una de sus triunfales corridas:

—Antonio, cuando veías que la multitud te alzaba y vitoreaba, tú ¿qué sentías?

—Sentía la necesidad de alzar los brazos al cielo y repetir las palabras que decimos en Misa: *¡Tuyo es el Reino, tuyo el Poder y la Gloria por siempre Señor!*¹⁶¹

Estas palabras del torero, indudable acto de humildad, bastaban para convertir todos sus éxitos en ocasión de amor a Dios. Porque si la humildad implica el amor ordenado a la propia excelencia, nada puede superar en nobleza, cuando de éxitos se trata, a la actitud del corazón que «reenvía» los aplausos a Dios.

De modo que un buen universitario, si es humilde, procurará ser «medalla de oro» de la universidad, de modo que al recibir tal dis-

¹⁶⁰ Texto del *Ordinario de la Misa*.

¹⁶¹ Cfr. R. Salomón, «El verdadero espíritu taurino», *Rev. Gladius* (nº 1), Granada, 1985, p. 77.

tinción, y mientras el claustro académico puesto de pie lo ovaciona, él pueda alzar su pensamiento al cielo y decirle a Dios: *Tuyo es el Reino, tuyo el Poder y la Gloria por siempre Señor*; y lo mismo hará una buena ama de casa al cocinar, pues al destacarse en el arte culinario, sus platos arrancarán aplausos entre familiares e invitados, y aquella será una magnífica ocasión para silenciosamente elevar su corazón al cielo y decirle a Dios: *Tuyo es el Reino, tuyo el Poder y la Gloria por siempre Señor*; y semejantes exclamaciones podrán proferir los corazones ante toda otra alabanza que se reciba:

- ¡Qué bien que juegas al fútbol!
- ¡Qué bien que cantas!
- ¡Qué bien que bailas!
- ¡Qué bien arreglada está tu casa!
- ¡Qué hijos!
- ¡Qué familia!
- ¡Qué lindos ojos... cabello... sonrisa... !
- ¡Qué buen examen!
- Etc.

Todas estas alabanzas constituirán una magnífica ocasión de vivir la humildad diciéndole al Señor: *¡Tuyo es el Reino, tuyo el Poder y la Gloria por siempre Señor!*

Por otra parte, esto que decimos nos lo ordena la misma Palabra de Dios:

Que vean vuestras buenas obras y que alaben a vuestro Padre que está en el Cielo.¹⁶² Sea que comáis, sea que bebáis, sea que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la Gloria de Dios.¹⁶³

Y también esta otra expresión litúrgica:

Por Cristo, con Él y en Él, a Ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amén.¹⁶⁴

Porque, ¿quién se atrevería a negar que «el poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»,¹⁶⁵ o el brillar en la propia profesión o trabajo, o la compostura y elegancia decente de una mujer que es mirada con pureza y agrado por los demás ciudadanos, o la limpieza, o el buen gusto, o la óptima presentación de nuestras

¹⁶² Mateo 5, 16.

¹⁶³ I Corintios 10, 31.

¹⁶⁴ Texto del *Ordinario de la Misa*.

¹⁶⁵ *Es Cristo que pasa*, 156.

tareas, o el ser el mejor alumno en la universidad, o el arrancar aplausos por nuestra destreza deportiva... constituyan actos de humildad en la medida en que los reconduzcamos hacia Dios?

La sensatez nos impide negar que los éxitos de nuestra vida cotidiana puedan constituir magníficas ofrendas a los ojos de Dios; por tanto, también los aplausos del éxito hay que reenviarlos a Dios, lo que es importante especialmente en el caso de aquellos que desarrollan una vida ordinaria que gira en torno al trabajo y la familia, y en el que cotidianamente se ejercita el «sacerdocio de la propia existencia».¹⁶⁶

66

— TRABAJO BIEN HECHO —

«*Todas las cosas que hizo, las hizo bien*»¹⁶⁷

El Día del Trabajo tiene como patrono a San José, y entre las diversas denominaciones litúrgicas de dicha fiesta de la Iglesia Católica («San José trabajador», «San José obrero», «San José artesano»...) siempre me complació como más apropiada la última: «San José artesano». Porque se denomina «artesano» al obrero que pone esfuerzo para lograr habilidades que exigen pericia. El artesano es un obrero cualificado, alguien que en lo suyo trabaja destacadamente, con arte y buen gusto. Por eso se dice que los italianos son por naturaleza verdaderos artistas, ya que todo lo hacen con belleza estética: sean zapatos, corbatas... Y Jesucristo heredó humanamente estas cualidades características de San José.

Si bien el Maestro no fue conocido como «el exitoso», «el triunfador», «el modelo de excelencia», tenía una fama muy concreta y meritoria, ya que para los de su pueblo era *faber* (el que trabaja).¹⁶⁸

Y esta palabra, *faber*, atribuida a Jesucristo, nos confiere la garantía evangélica de que no era un vago comodón; y tampoco lo era San José, pues el Señor también fue conocido como *fabri filius* (el hijo del que trabaja),¹⁶⁹ por lo que «de tal palo tal astilla».

¹⁶⁶ Expresión de San Josemaría Escrivá; para un análisis teológico cfr. J. A. Aranda, op. cit., p. 252.

¹⁶⁷ Marcos 7, 37.

¹⁶⁸ Marcos 6, 3. En el lunfardo rioplatense, a *faber* habría que traducirlo con un significado que designa con mayor intensidad lo que el Evangelio quiere decir: «el que *labura*» (el que trabaja con la resistencia de un burro).

¹⁶⁹ Mateo 13, 55.

Además, en cuanto al trabajo bien hecho, San Josemaría decía que había dos expresiones evangélicas que permitían resumir la biografía de Jesús, y que ambas tenían su fundamento en la vida de trabajo humilde de nuestro Redentor. La primera (en latín) tiene tres palabras: *Bene omnia fecit* (todas las cosas que hizo, las hizo bien);¹⁷⁰ y la segunda, tan sólo dos: *Pertransiit benefaciendo* (pasó haciendo el bien).¹⁷¹

— TRABAJO Y AMOR —

Llevé una Biblia a un encuadernador de libros, para que la reparase. Este hombre conocía el pensamiento de San Josemaría Escrivá sobre el valor santificador del trabajo, y era conciente de que todo trabajo honrado nos capacita para ser santos. Pero santos no «a pesar» del trabajo sino «por medio» del mismo.¹⁷²

Pues bien, conversando con él cuando fui a retirar mi Biblia, me dijo:

—Padre, cuando usted celebra Misa lo hace sobre un altar, y al alzar el pan y el vino lo ofrece a Dios, ese es su trabajo de cada jornada. Pues bien, yo también tengo mi altar (decía señalándome su mostrador de atención al público), y sobre este altar cada día le hago mi ofrenda a Dios: libros bien encuadernados. Porque cuando termino un libro, si el trabajo está bien hecho, lo coloco sobre este altar, como hace usted con el pan y el vino de la Misa, y lo ofrezco

¹⁷⁰ Marcos 7, 37.

¹⁷¹ *Es Cristo que pasa*, 16: «Pasó por la tierra haciendo el bien ¿Veis qué necesario es conocer a Jesús, observar amorosamente su vida? Muchas veces he ido a buscar la definición, la biografía de Jesús, en la Escritura. La encontré leyendo que, con dos palabras, la hace el Espíritu Santo: *Pertransiit benefaciendo* (Hechos de los apóstoles 10, 38). Todos los días de Jesucristo en la tierra, desde su nacimiento hasta su muerte, fueron así: *pertransiit benefaciendo*, los llenó haciendo el bien. Y en otro lugar recoge la Escritura: *bene omnia fecit* (Marcos 7, 37): todo lo acabó bien, terminó todas las cosas bien, no hizo más que el bien». Estas síntesis biográficas de Cristo inicialmente fueron divulgadas por el célebre escritor argentino Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast).

¹⁷² San Josemaría Escrivá pregonó la gran trascendencia que tiene para la propia santidad el hecho de trabajar, y también puso de relieve la importancia que tiene el capacitarnos para trabajar profesionalmente como un buen modo de identificarnos con Jesús. En su visión del trabajo, éste es «medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora» (*Es Cristo que pasa*, 47); y también es una actividad que detenta la dignidad propia de toda acción fundada en el Amor, ya que «el trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor» (*Es Cristo que pasa*, 48).

al Señor antes de entregárselo al cliente que me lo ha encargado. Además, aunque mi mostrador es un altar que no tiene candeleros con velas y crucifijo... como el suyo, no se extraña que alguna vez se me de por colocarlos. Y conste que cuando llego a mi taller, hago lo mismo que usted al empezar la Misa: usted besa su altar y yo mi mostrador.

Estas palabras, no textuales, recogen sustancialmente la idea de fondo transmitida por aquel hombre, y gran alegría tuve de poder conversar con alguien que:

- Tiene afecto por su trabajo y sabe que no se puede santificar lo que no se ama.
- No envidia otros oficios, pues es conciente de que sólo nos puede santificar el presente, no el futuro.
- Hace su labor con pericia cualificada.
- Procura conocer nuevas técnicas que lo perfeccionen.
- No lo experimenta como poca cosa.
- Es conciente de que la jerarquía de un trabajo no reside tanto en aquello que se hace, sino en la dignidad de quien lo hace, la cual se estructura sobre los pilares del para qué y el cómo se lo hace.

68

— ¿ES TRABAJO EL TRABAJO DEL
HOGAR? —

« Con la Revolución Industrial el varón dejó su hogar, y hoy, doscientos años después, comienza a reflexionar sobre la conveniencia de volver al mismo; pero la mujer contemporánea acaba de salir de casa, y no está para nada claro el momento de su regreso »

Asistimos a un escapar del hogar por parte de la mujer. Si bien son cada vez más los motivos positivos —su capacitación para tareas de relevancia pública (académicas, políticas, sociales, educativas...), satisfacer necesidades psicológicas puntuales (dejar el hogar unas horas para despejar la cabeza), colaborar ante los apremios económicos de la casa, etc.—, en otros las causas son negativas, y fundamentalmente consisten en considerar el trabajo del hogar como algo sin valor.

Porque si una mujer sale del hogar para trabajar en un laboratorio, un hospital, el parlamento, la empresa... y lo hace movida porque considera que tiene aportes importantes para hacer en estos ámbitos, nos encontramos ante una actitud digna y constructiva, ya

que la idea generosa y humilde que subyace es la de ser conciente de que el mundo no se agota en «mi» familia, sino que también hay otras personas con quienes debo vivir la solidaridad.

Pero quien al dejar el hogar piensa: «Yo merezco trabajar en otro sitio que no sea mi casa», «Mi casa es poca cosa», «Educar a mis hijos no es digno de mí»... estaría demostrando tener una concepción soberbia, negativa, e injuriosa para muchas mujeres que se autorrealizan por medio de los trabajos domésticos.

Para una mujer no es lo mismo servir a la sociedad (fuera del hogar) movida por inquietudes positivas, que hacerlo abandonando responsabilidades matrimoniales y familiares por causa de complejos colectivos que tienen su origen en la presión de «machismos ancestrales» (machismo-machista) que promueven el desprecio de la mujer y sus tareas hogareñas, como también en los «feminismos ideológicos» (machismo-feminista) que trata de forzar a que la mujer trabaje en las mismas tareas del varón.

Hay que señalar que ambas vertientes del «machismo» obstaculizan considerar el trabajo doméstico como auténtico trabajo profesional en sus diversas perspectivas: psicológica, sociológica, jurídica, teológica, filosófica...

En el Magisterio de la Iglesia, y ya de modo definitivo después de la encíclica *Laborem exercens*, el trabajo del hogar es considerado como realidad llamada a ser vocación profesional, es decir, tarea que exige una capacitación específica ante la que no cualquiera es apto; y dicho reconocimiento social debe ser tributado no sólo por el marido y los hijos, también por parlamentarios, gobernantes, opinión pública, sacerdotes, humanistas... ya que produce pena ver que una mujer abandona su casa para ganar cien pesos limpiando un hospital, al tiempo que destina ese escaso dinero al pago de una empleada que se haga cargo del hogar en su ausencia.

Y, reitero, lo dicho no excluye la realidad de aquellas mujeres que desearían estar en su casa con los hijos, pero no pueden porque el pan no alcanza; ni de las que experimentan un llamado a contribuir con el mundo no sólo desde su casa, también desde la vida pública, la universidad, el mundo de la empresa, el de la salud; ni la de otras que se valen del trabajo como un necesario esparcimiento psicológico (el caso de una madre con temperamento frágil ante un hijo hiperactivo, sólo por dar un ejemplo).

A lo que nos referimos es a la soberbia de no estimar el trabajo doméstico como algo digno; al no amar lo que uno hace porque considera que merece desempeñarse en otras actividades más destacadas y mejor remuneradas; al injusto y sociológico desprecio de considerar que una mujer en su hogar hace cosas de importancia secundaria.

Por eso es que la humildad tiene que llevar a vivir con alegría a las mujeres que tienen como «trabajo profesional» el hogar; y a recordarles que en su hogar hay varios altares semejantes a los de aquel encuadernador: el planchero, el lavarropas, la mesada de la cocina, la decoración, la formación de los hijos en los hábitos de estudio y de limpieza... ; altares desde los que se puede contribuir poderosamente a la paz de las personas, las familias y el mundo.

Y para ser más claro me tomo el atrevimiento de hacerte la siguiente confesión: cuando estoy agobiado por algún drama de mi trabajo sacerdotal —el trato diario con personas difíciles, problemas pastorales, incomprendiones—, no te diré que la oración, los sacramentos, los retiros espirituales, o el conversar con mi director espiritual dejen de ser una magnífica ayuda para recuperarme; pero sí debo comunicarte que lo que más instantáneamente me recupera es llegar al almuerzo y ver que sobre la mesa han puesto una buena fuente de milanesas napolitanas con papas fritas (plato preferido de mi infancia); porque si están bien presentadas, es decir, si son fruto de un trabajo santificado, todo mi ser (y no sólo el estómago), comienza a palpar emocionado, y a un lado quedan el malhumor y el ensimismamiento egoísta con los que llegaba mal predispuesto a compartir la comida; y, no pocas veces, aquellas «napolitanas» han hecho que la alegría de aquel día se transforme en gozo irreversible.

Por tanto, urge revertir las consecuencias sociológicas negativas que tienen las tendencias ideológicas «machistas» y «feministas», cuyo denominador común es promover la masiva fuga de madres y esposas de sus casas respectivas, y, también, la presión social de hacerles sentir injustamente que son un peso inútil para la sociedad. Y esto sin entrar a considerar las dañosas consecuencias de dicho desorden sociológico, el cual, además de golpear la vida doméstica, aumenta innecesariamente la competencia ante los puestos de trabajo, lo que agrava una crisis mundial muy preocupante. Porque no hay que olvidar que si millones de mujeres que abandonaron innecesariamente sus hogares, contribuyendo a una fuerte crisis mundial de los valores familiares, volviesen a los mismos, además de reforzarse la familia se reduciría la competencia laboral a números más sensatos.

Hacen falta madres de familia que sepan desempeñarse en el hogar como trabajo profesional, ya que dicha tarea exige una «alta capacitación», pues cocinar bien, formar ciudadanos ejemplares, encarar psicológicamente las dificultades de cada hijo en su proceso formativo, administrar el presupuesto adecuadamente, estar de guardia (pero no en un consultorio sino en casa) a la espera de alguna necesidad afectiva o material, en síntesis, ser una buena madre o esposa, no es algo que se improvise con facilidad ni que «se le de a todos» por naturaleza.

Por tanto, el día en que los trabajos del hogar sean reconocidos profesionalmente y en todas sus perspectivas —psicológica, sociológica, jurídica, teológica, filosófica, económica—, habrá menos desocupación y, también, menos corazones perturbados, pues cuando los habitantes de un hogar vuelvan a sus casas hambrientos, podrán disfrutar de una mesa resplandeciente de «napolitanas con papas fritas», lo que suscitará en las familias, células básicas de la sociedad, una paz cuyo ADN se hará extensivo al tejido social de todas las naciones.

69

— TRABAJO E IMPROVISACIÓN —

Mo dos de trabajar que por falta de humildad se constituyen en agotadores son los siguientes: con improvisación, individualismo, sin amor, sin interés, con desorden... Y sabido es que por no trabajar un poco «como se debe», se termina trabajando mucho «como no se debe».

Pero antes de comenzar a tratar sobre el primero de estos enemigos (la improvisación), y de su conexión con la falta de humildad, quiero explicarte en qué consiste el «amor a la improvisación», y para hacerlo te transcribiré la siguiente narración, hecha por un argentino sobre la improvisación laboral de los argentinos, aunque si eres de otra nacionalidad te sugeriría que no seas tan ingenuo o inmaduro como para no darte cuenta que lo que se expondrá goza de aquella universalidad propia de las realidades que no hacen distinciones en materia de geografía, nacionalidad, raza, sexo, religión o clima.

Dice así:

«El argentino medio no le teme a lo precario y provisorio, e incluso se podría decir que le gusta un poco. Ya se acostumbró a vivir con ese lavarropas que camina cuando está en marcha, o con el cable pelado de aquel electrodoméstico, o con el reactor nuclear averiado que puede estallar en cualquier momento. Pero llega un día en la vida del argentino en que quizá por presión de la familia... o de los organismos internacionales, se decide a encarar el problema para resolverlo; y entonces veremos que ese argentino (llamémoslo "Cacho"), puesto a encarar la dificultad, pasará por la ferretería y comprará uno o dos metros de alambre, y con ese material en mano y vestido con ropa gruesa de invierno para atenuar las consecuencias de un posible escape radioactivo, entrará en el reactor nuclear y saldrá triunfante a los pocos

minutos diciendo: ¡Era una pavadita! Esto mismo sucedería en muchos países, mientras que en otros (menos improvisados en materia de seguridad) se desplegaría un enorme operativo con reputado personal militar, científico y técnico, y centenares de observadores internacionales... y sólo para acabar con el paso ruidoso de un lavarropas; despliegue que podría evitarse si contaran con ese gran ingenio del improvisador típico. Por eso, ¿una plataforma petrolera se ha incendiado?, ¿un misil ha equivocado su destino y va hacia un enorme shopping?... prueben con la conjunción Cacho y alambre, y verán».¹⁷³

Ahora, si dejando a un lado la consabida historieta de «Cacho y el alambre» analizáramos por qué motivo el amor a la improvisación en el propio trabajo constituye una falta de humildad, la conclusión sería la siguiente: cuando uno improvisa es porque le resta importancia a lo que hace; y cuando a lo que hacemos no le damos relevancia, cabe la posibilidad de que conciente o inconcientemente lo estemos subestimando por ser algo indigno de nosotros, puesto que pensamos que «yo merezco otro trabajo, no éste», o que «este trabajo no es digno de mis méritos y mi condición», o que «no está a la altura de la nobleza de mi familia o de mi curriculum de estudios y antecedentes», o que «no es un trabajo que merezca que yo le dedique esfuerzo y amor», o que «no es acorde a mi raza, árbol genealógico, religión, sexo...», etc.

Por eso, la vestimenta desaliñada de los empleados, la falta de aseo de los estudiantes, los pupitres y escritorios deteriorados por los alumnos, las paredes pintarrajeadas de la propia universidad, el desorden material en una oficina del erario público, las calles y plazas llenas de residuos, la casa o la propia habitación desordenada, los instrumentos de trabajo tirados por el suelo... son una inconfundible señal de falta de autoestima en lo que se refiere al trabajo que uno realiza, o los propios estudios, familia, ciudad, nación... falta de autoestima mezclada con la soberbia de pensar que esas cosas yo no las debo cuidar, porque su importancia no están a la altura de quien soy; y lo mismo sucede con la improvisación, pues mientras premeditadamente sólo improviso en aquellas tareas que estimo sin importancia, en las que sí me interesan cuido los detalles esmeradamente.

¹⁷³ Revista del diario *La Nación* (Buenos Aires), 29-VII-97.

En definitiva, a diferencia del orgullo que nos hace ver nuestras actividades como algo «liliputiense» y despreciable, el amor tiene la capacidad de dar sentido trascendente a las cosas más pequeñas y cotidianas de nuestras vidas, lo que con acierto afirma la liturgia de la iglesia, cuando al acabar la jornada reza el siguiente «Himno»:

«Si poco fue el amor en nuestro empeño
de darle vida al día que fenece, convierta
en realidad lo que fue un sueño tu gran
amor que todo lo engrandece».

70

— TRABAJO Y DILIGENCIA —

« ¡Haz lo que debes y está en lo que haces! »¹⁷⁴

La humildad nos incita a ser eficientes y no perder el tiempo; porque la eficiencia es manifestación de amor al trabajo: compenetración, seriedad en el modo de realizarlo, hábitos incorporados, diligencia (de *diligere*: amor de predilección); mientras que la pereza, la lentitud, la excesiva parsimonia, la negligencia (*negligentia* como opuesto a *diligentia*), el aburrimiento, el dejar las cosas a medias... pueden dar a entender que consideramos que el tipo de trabajo que hacemos es indigno del esfuerzo que nos demanda, y por eso trabajamos sin intensidad.

Es necesario convencerse de que no se puede santificar lo que no se ama, y que para amar todo trabajo es imprescindible ser humildes, pues éste es el único modo de vivir el «¡Haz lo que debes y está en lo que haces!».¹⁷⁵ Por tanto, la humildad nos llevará a valorar el trabajo como modo de servir a los demás brindándoles nuestro amor; y dejando a un lado los ataques de vanidad y egoísmo que con frecuencia nos pueden enredar.

¹⁷⁴ *Camino*, 815: «¿Quieres de verdad ser santo? Cumple el pequeño deber de cada instante: haz lo que debes y está en lo que haces».

¹⁷⁵ *Ibidem*. También vid. el interesante comentario de J. Peña Vial, *Un mensaje siempre actual. Actas del Congreso Universitario del Cono Sur: Hacia el Centenario del Nacimiento del Beato Josemaría Escrivá*, Buenos Aires, 2002, p. 427.

— EL «RING» DEL AMOR —

En la citada residencia de estudiantes universitarios en la que viví durante mi juventud, recuerdo que la mayoría de sus habitantes estudiábamos de día, aunque no faltaban las aves nocturnas cuya vitalidad intelectual se despertaba con la oscuridad. De todos modos, en torno a las diez y media de la noche, casi todos soñábamos ya con los angelitos.

Un día comenzó un fenómeno tan extraño como misterioso y sistemático: muy puntualmente, a las once de la noche, sonaba el timbre del teléfono, pero sólo una vez, y se acallaba antes de que alguien alcanzase a atenderlo. En ese momento, la mayoría llevábamos ya media hora intentando conciliar nuestras mentes con la almohada, y, cuando muchos lo habíamos logrado, nos despertábamos sobresaltados.

El fenómeno primero se extendió por semanas, después a lo largo de meses, y finalmente llegó a ser una realidad tolerada de modo inconciente y somnoliento.

Pero llegó el momento en que alguien ya no lo pudo soportar y decidió iniciar una investigación para llegar a las fuentes de aquel «ring misterioso». Las conclusiones a que arribó el departamento de investigaciones policiales de aquella casa fue que Martín, cursante de la carrera de medicina, estudiaba al caer la oscuridad, y a las once de la noche su lejana novia (vivía a más de mil kilómetros) lo llamaba por teléfono.

El llamado consistía en hacer sonar el timbre sólo una vez, para inmediatamente cortar (antes de que alguien atendiese), evitando, de ese modo, abonar el llamado a la compañía telefónica, pues a ella sólo le interesaba, por ese nocturno y sonoro sistema, decirle a su amado Martín: «¡En este momento estoy pensando en ti!». Y al escuchar el timbre, Martín le respondía presuroso llamándola, para lo que hacía sonar también el teléfono en la lejana casa de su novia, pero sólo una vez, para inmediatamente cortar por las motivaciones económicas a que hice mención. A él le interesaba exclusivamente cumplir con el afectuoso deber acordado entre ellos: «¡Recibí tu mensaje... y yo también estoy pensando en ti!».

Así transcurrió la historia hasta que se descubrió; y si bien no hace falta que te diga (ya te lo imaginarás) que Romeo y Julieta fueron forzados a modificar sus amorosos y telefónicos hábitos horarios, sí te diré que cuando hubo que bautizar aquel episodio, se optó por denominarlo el «ring del amor».

Pues bien, este «ring del amor» nos recuerda que la humildad nos lleva a no despreciar nunca lo pequeño, pues todo lo pequeño puede

ostentar la magnanimidad del «amor que todo lo engrandece»; ya que así como entre dos novios un «ring» hecho con amor se puede constituir en un detalle demoledoramente conmovedor, lo mismo sucede con el trabajo nuestro si nos esforzamos por acabarlo con perfección y cuidando los detalles.

Para un cristiano humilde no hay trabajos de poca importancia, lo que hay son trabajos hechos con mucho o con poco amor, es decir, trabajos donde se nos invita a optar entre dos posibilidades: hacer que nuestro ingenio humano haga vibrar muchos «ring de amor» en el Cielo, o que sólo resuenen muchos «ring» en el propio corazón individualista e indiferente.

Por ejemplo, una costurera me decía que por cada botón que cocía rezaba un avemaría pidiendo la liberación de un alma del purgatorio, por tanto, cada botón era un «ring de amor». Un encuadernador al terminar su tarea eleva el libro reparado ofreciéndolo al cielo: cada libro es un «ring de amor». Un estudiante tras cada página de estudio mira con afecto un crucifijo que ha puesto sobre su mesa de estudio, y exclama:

*Señor, Tú sabes que te amo,*¹⁷⁶

por lo que cada página es un «ring de amor». Una madre de familia hace milanesas napolitanas con papas fritas, y las hace pidiéndole a Dios que con ellas les devuelva la sonrisa al marido y a los hijos, que vuelven cansados del trabajo y la escuela... por tanto, cada milanesa exitosa es un «ring de amor». Y así.

De todo lo dicho surge que hacer el trabajo con amor exige esmero, pues «no se puede santificar lo que no se ama»; y la santificación por medio del propio trabajo exige quererlo, amarlo, apasionarse, y esmerarse en los detalles.

¹⁷⁶ Juan, 21, 15. Este concepto está inspirado en el pensamiento de San Josemaría: «Me preguntas: ¿por qué esa Cruz de palo? Y copio de una carta: "Al levantar la vista del microscopio la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin Crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando: porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella"» (*Camino*, 277).

— LA ILUSIÓN PROFESIONAL —

El ingeniero argentino Isidoro Zorzano, que la Providencia quiso que fuese el primer fiel del Opus Dei en el mundo, y que actualmente se encuentra en proceso de beatificación, fue un especialista en trenes, y por medio de su trabajo llevó adelante una vida de fidelidad a Dios que concluyó con una muerte edificante tras una prolongada enfermedad llevada con santa dignidad.

Pues bien, este hombre destacó por su ilusión profesional y amor al trabajo, y también por el esmero con que cumplía todas sus obligaciones. Así, en lo referente al amor a su profesión, se dice que estando ya desahuciado por los médicos, estudiaba con interés un libro llamado *Frenos de locomotoras*; y en cuanto al esmero en sus tareas profesionales, menciono la escueta y expresiva narración que hace el «diario» donde se dejaban por escrito los acontecimientos habidos en una residencia estudiantil que administraba al momento de ser desahuciado:

«Muere Isidoro:
Pasó inadvertido,
cumplió con su deber,
amó mucho,
estuvo en los detalles,
y se sacrificó siempre».¹⁷⁷

Quien es humilde ama su trabajo y cuida los detalles, es decir, lo respeta. Quien es soberbio desprecia el esfuerzo por acabar bien las cosas, y tal desprecio tiene por destinatario ya sea al mismo trabajo, o a las personas en servicio de quien se lo hace, o bien a ambos.

Cuidar los detalles en el trabajo implica vivir el «olvido de sí» pensando seriamente en los demás. Quien es humilde mira su trabajo con ilusión (amor), y es capaz tanto de seguir estudiando como de perfeccionarse, incluso desahuciado. Y esta senda de la ilusión es la que hace que prestemos nuestros servicios con alegría y caridad.

¹⁷⁷ Anotación que se hizo el día de su entierro en el diario de la residencia universitaria de la que fue administrador hasta su muerte (cfr. José Miguel Pero-Sanz, *Isidoro Zorzano*, Madrid, 1996, p. 368).

— TRABAJO Y... ¡NO TENGO TIEMPO!
—

La humildad en el trabajo nos impulsa a rechazar el individualismo soberbio que nos mueve a tener pensamientos de este tipo:

- «Mis cosas son más importantes que las de los demás».
- «No tengo tiempo, ¡que lo hagan los demás, porque a ellos sí que les sobra!»
- «Yo estoy muy cansado, que lo hagan otros».

Lo dicho nos recuerda la historia de aquellos famosos cuatro hermanos. Dice así:

Eran cuatro hermanos: «Todo el mundo», «Alguien», «Cualquiera» y «Nadie». Los conocí accidentalmente. Fue en cierta ocasión en que había una importante tarea para hacer y se le pidió a «Todo el mundo» que la hiciera. Como «Todo el mundo» estaba seguro de que «Alguien» la haría, ya que «Cualquiera» podía hacerlo, «Nadie» se hizo cargo. Fue entonces cuando «Alguien» explotó de bronca porque a pesar de ser una tarea de «Cualquiera» «Todo el mundo» se quedó de brazos cruzados. En realidad el problema tuvo su raíz en que «Todo el mundo» no se percató de que «Nadie» optaría por intervenir. La trágica historia, como es sabido, terminó con «Alguien» echándole la culpa a «Todo el mundo» porque «Nadie» gestionó lo que podría haber sido hecho por «Cualquiera».

A la luz de esta risueña historia quiero proponerte que algunas frases nunca las pronuncies en tu hogar u oficina, o que si lo haces no lo hagas destempladamente, puesto que podrían manifestar un espíritu soberbio que menosprecia el trabajo de los otros y sobrevalora el propio:

- ¡No tengo tiempo!
- ¡Tengo muchas cosas para hacer!
- ¡Más tarde lo hago!
- ¡Ahora es imposible!
- ¡Estoy muy ocupado!
- ¡Sólo tengo dos manos!
- ¡Busca a otro que esté sin hacer nada!

— TRABAJO Y PUNTUALIDAD —

« ¡Vayan, vayan... yo los alcanzo con la eficiencia! »

El padre de San Josemaría, don José Escrivá, amaba profundamente su trabajo, lo que sería una de las principales herencias que en el terreno humano le dejaría a su hijo, gran promotor entre los cristianos de toda condición social del valor del trabajo profesional como camino de santidad. Y una de las manifestaciones más divulgadas de dicho amor era su responsabilidad por la puntualidad en dar comienzo a sus tareas.

El día 27 de noviembre de 1924, en «La Gran Ciudad de Londres» (comercio de Logroño en el que don José Escrivá trabajaba como dependiente) los demás empleados estaban perplejos, pues habían pasado veinte minutos desde la hora de apertura del local y don José aún no había aparecido.

En los años que llevaba trabajando en el negocio era la primera vez que sucedía; y la circunstancia resultaba tan anormal que todos coincidían en que algo importante había debido suceder, por lo que enviaron a preguntar. En efecto, al rato se enteraron de la infausta noticia: don José Escrivá había muerto.¹⁷⁸

Trátase de un testimonio elocuente de amor al trabajo manifestado en el firme propósito de servir a los demás con todos los beneficios que brinda la puntualidad: certeza, tranquilidad, confianza... pues el esfuerzo de don José Escrivá por ser puntual no tenía su fundamento en la obsesión por una disciplina vacía de amor, sino en el servicio al prójimo.

También recuerdo que en la residencia estudiantil a la que ya hice mención, se cuenta que hubo en tiempos pasados un estudiante que, mientras todos desayunaban de modo breve y frugal para poder marchar rápidamente a la universidad, él lo hacía con pausa mientras leía el periódico. Los últimos en marcharse, al contemplar su conducta excesivamente parsimoniosa, le decían:

—¡No seas perezoso y vete a tu trabajo pronto!

Pero él respondía:

—¡Vayan, vayan... yo los alcanzo con la eficiencia!

Y te diré que esta respuesta, aunque sea un comentario jocoso, puesto que era una persona muy responsable y puntual, tiene que ver con el hecho de que la humildad nos invita a rechazar la impuntualidad, pues ésta es una dama siniestra que ha destruído

⁷⁸ A. Sastre, op. cit., p. 63.

muchas relaciones humanas, ya que es lógico que los demás se enfaden cuando no cumplimos los horarios previstos, pues las impuntualidades no justificadas dan a entender que se sobrevalora la propia tarea y se desprecia la de los demás. Por lo que te invito a que nos examinemos: ¿De cuántos disgustos, molestias, altercados... fui responsable por mi impuntualidad?

Además, quien ama su trabajo es puntual, mientras que el impuntual lo subestima, pues considera que su trabajo es una tarea que no merece esfuerzo y esmero, ya que no es acorde a su categoría: ¡Él está «para más»!

75

— TRABAJO Y APROVECHAMIENTO DEL
TIEMPO —

« *Política sin principios. Riqueza sin trabajo. Placer sin responsabilidad.
Conocimiento sin carácter. Comercio sin moralidad. Ciencia sin
humanidad. Religión sin sacrificio* »¹⁷⁹

En la guerra civil española, para los soldados que debían combatir en los frentes, existían dos graves peligros: perder la vida y perder el tiempo. Este segundo peligro, perder el tiempo, fue un peligro más real y cercano, pues en algunos frentes de combate podían pasar semanas o meses sin que se disparase un sólo tiro, y sin otra preocupación que las interminables partidas de dados y naipes.¹⁸⁰

Pues bien, del mismo peligro debemos estar prevenidos cuando no somos humildes, ya que al tiempo en que la humildad nos impulsa a trabajar y ganarnos el pan con el sudor de nuestras frentes, la soberbia empuja a que los individuos, familias y naciones vivan de prestado.

La humildad nos lleva a aprovechar cada instante, pues el humilde valora el panorama de amor a Dios existente en la vida ordinaria de cada día. El humilde ve tantas cosas buenas y nobles que Dios le ha brindado la posibilidad de hacer, que no sabe de dónde extraer el tiempo para llevarlas a cabo; la soberbia, en cambio, menosprecia lo ordinario y se consagra aburridamente a «matar el tiempo», aunque normalmente cuando se dice «matar el tiempo» la experiencia psicológica que se padece es la inversa: el tiempo nos

¹⁷⁹ Lista de los siete pecados sociales reprobados por Mahatma Ghandi. Cuando Juan Pablo II visitó la India en 1986 rezó ante la tumba de este célebre prócer hindú, y acarició con afecto la lápida en la cual se los enumera.

¹⁸⁰ Cfr. J. Orlandis, *Años de juventud en el Opus Dei*, Madrid, 2000, p. 47.

mata de aburrimiento.

Al soberbio el tiempo le sobra, pues su trabajo no merece que una persona de su valía se esmere en realizarlo; de aquí que, en el trabajo, uno de los riesgos típicos que lleva consigo la soberbia sea precisamente éste: trabajar poco o sin intensidad. Por tanto, pidámosle a Dios ser humildes y trabajar procurando servir a los demás e intentando pensar en el prójimo.

76

— TRABAJO Y GENERACIONES FUTURAS —

*« ¡Qué bonito es plantar árboles de
cuya sombra jamás váis a disfrutar...
! »*

Estaba San Josemaría en el jardín de un centro del opus Dei en Roma, viendo cómo se plantaban árboles. Quienes hacían el trabajo eran estudiantes de diversas naciones que, al acabar sus estudios, regresarían a los respectivos países de origen. Y viéndolos trabajar comentó: ¡Qué bonito es plantar árboles de cuya sombra jamás váis a disfrutar, la gozarán otros que vendrán después!¹⁸¹

Efectivamente, qué bonito es vivir en el apostolado plantando semillas que tras nuestra muerte continuarán fructificando en constante crecimiento hasta el día del Juicio Final. Si tienes en cuenta que la humildad nos lleva a emprender trabajos pensando en las generaciones futuras, te sugiero que estimes especialmente los aportes culturales que puedas realizar en pro de los que vengan con los años a continuar nuestros pasos por esta tierra, porque si somos una generación humilde, rechazaremos la tentación de poner el propio yo como centro del mundo, y tendremos presente a los que vendrán después.

Trabajar de modo oculto, y sin esperanza alguna de ser felicitado en vida por quienes se beneficien de nuestro esfuerzo, es indudablemente un acto de humildad, de modo que acudamos al Señor suplicándole que la nuestra sea, en su contribución a la humanidad, una generación humilde, desinteresada, y alejada de todo lo que sea la búsqueda emotiva de aplausos.

¹⁸¹ Cfr. J. Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, 2000, p. 163: «Da mucha alegría plantar árboles a cuya sombra se cobijarán los que vengan detrás».

— TRABAJO Y ECOLOGÍA —

Dios dijo a nuestros primeros padres: *Dominad la tierra...*¹⁸² lo que no equivale a «devastad», «arrasad», «destruid», «contaminad». Esta orden, *Dominad...* determina la potestad o señorío pleno del hombre sobre la Naturaleza, pero respetando la finalidad intrínseca y constitutiva inserta por el Creador en ella: servir a toda la humanidad. A lo que se debe añadir que la Naturaleza no está sólo al servicio del hombre actual, sino de «todos» los hombres de las diversas épocas, pueblos y naciones (tanto las generaciones pasadas, como las actuales y las futuras).

Por tanto, la ecología rectamente entendida es un amor humilde por la Naturaleza, acompañado de un rechazo contundente a toda actitud egoísta: aniquilar especies, contaminar ríos o degradar paisajes (quemándolos, arrojando basuras y desperdicios...) sin criterio racional alguno, ni consideración hacia los hombres y mujeres que todavía no nacieron, y que en algún momento futuro habitarán nuestro planeta.

¡No puede ser que hagamos una caminata por bellos paisajes comportándonos como si nadie más haya de pretender transitarlos a lo largo de la historia humana!, porque quienes así piensan son los que desparraman desperdicios y basura por todas partes.

La humildad nos invita a ser buenos ciudadanos que velan por el erario público, y turistas ejemplares que disfrutan de los bellos paisajes respetándolos a ellos y a las generaciones venideras. En cambio, la soberbia que nos impulsa a despreciar a los demás, es un caldo de cultivo perfecto para arrasar o devastar sin preocupación alguna la Naturaleza.

Pero pese a lo dicho, te advierto que yo soy de los que rechazan las visiones ecologistas que equiparan al hombre con las demás criaturas. Por ejemplo, recuerdo que a los niños de un colegio se les decía que debían respetar la vida de los animales como si fuese la de la propia abuelita. El consejo parecía muy simpático, pero dejaba una pregunta latente y preocupante: ¿la vida de mi abuelita merece el mismo respeto que la de un animal? ¡No!

Por tanto, ten cuidado con las visiones ecologistas que no distinguen la diferencia esencial entre el hombre y los animales. El hombre no debe ser empleado como «medio» para alcanzar algún fin mundano, pues esto le degrada; no ocurre así con el animal, aunque el hombre debe tratarlo siempre con un respeto racional.

Recordemos que el Génesis nos dice que Dios tuvo que crear a la
182 Génesis 9, 7.

mujer porque no era bueno que el hombre estuviese solo. Y el motivo fue que tras hacer desfilar a toda la creación delante de Adán, no se encontró ninguna criatura que estuviese a la altura de la dignidad humana.¹⁸³

— TRABAJO Y LONGANIMIDAD —

Un amigo me decía que siendo estudiante tuvo que trabajar como administrativo de una empresa repleta de oficinas. El primer día, el jefe le solicitó que busque a uno de sus compañeros, y como no conocía el lugar, y el edificio era grande, inició la búsqueda con el desánimo propio de quien no sabe a qué sitio dirigirse: los recorría uno a uno, pero infructuosamente. Además era la hora del almuerzo, por lo que tampoco encontraba a nadie a quien poder preguntar. De repente, ya cansado de la estéril búsqueda, entreabriendo la puerta de un gran despacho vacío, exclamó: —¿Dónde diablos se habrá metido fulanito?

En realidad, «fulanito» tenía su escritorio detrás de la puerta de aquella oficina, por lo que al abrirla, mi amigo no lo vió, y como respuesta a sus palabras escuchó una voz quejumbrosa que le decía:

—¡Mi querido amigo, aquí estoy, y desde hace treinta y cuatro años!

La longanimidad, virtud emparentada con la humildad y la paciencia, es aquel hábito que nos lleva a emprender proyectos que, además de esfuerzo, exigen un prolongado transcurso de tiempo; porque como la condición humana es corporal e histórica, el tiempo se constituye para ella en un límite operativo. Si bien destruir una casa se puede hacer rápidamente (por ejemplo dinamitándola), construirla es distinto: hay que cavar los cimientos, y luego ir levantando ladrillo por ladrillo... De aquí que algunas tareas, como las intelectuales, forzosamente exijan de la longanimidad, pues las

¹⁸³ Génesis 2, 18-23: *Dijo luego Yavé Dios: No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada. Y Yavé Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada. Entonces Yavé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yavé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: ¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!*

ideas necesitan del transcurso del tiempo para su sedimentación.

La longanimidad es virtud que nos inclina a que aceptemos nuestra condición de criaturas sujetas al tiempo, y, como tal, es una virtud adversa tanto al espíritu ansioso que no sabe esperar, como al espíritu frívolo que no soporta desarrollar prolongadamente un mismo tipo de actividad. Por eso, mientras el frívolo aborrece la monotonía cual mariposa incapaz de permanecer tiempos prolongados en un mismo sitio, el longánimo persevera constante en la tarea cual castor construyendo un dique, u hormiga elaborando su morada, u hornero construyendo su nido de barro...

Los grandes descubrimientos científicos muchas veces tuvieron su raíz en los espíritus longánimos que trabajaron sin impaciencia alguna y con humildad perseverante. Por ejemplo, Koch no hubiese descubierto su trascendental vacuna contra el cólera si no fuese por su espíritu metódico, que le llevó a no inmutarse en lo más mínimo ante la circunstancia de verse obligado a repetir sus experimentos decenas de veces; ni tampoco Fleming hubiese dado con la penicilina, ya que tal hallazgo no fue por casualidad (como habitualmente se dice), sino fruto de estar horas y horas ante el microscopio, pues de no haber sido perseverante y longánimo, se hubiese dejado arrastrar por el desaliento... y al abandonar la tarea sus ojos no hubiesen visualizado jamás en el microscopio al decisivo *penicilinum notatum*.

— TRABAJO Y DESCUBRIMIENTOS
CIENTÍFICOS —

Decía la Madre Teresa de Calcuta:

«El fruto de la oración es el silencio, el fruto del silencio es la fe, el fruto de la fe es el amor, el fruto del amor es el servicio, y el fruto del servicio es la paz... y el que no sirve para servir no sirve para nada».

A la luz de este sabio consejo, te diré que en la historia de los progresos científicos hubo investigadores que, habiendo logrado avances que podrían haber salvado muchísimas vidas humanas (vacunas, medicamentos, tratamientos, terapias), postergaron el anuncio a la comunidad científica internacional a la espera de una coyuntura

que los beneficiase personalmente (en lo científico, académico, económico). Pero te sugiero que nos empeñemos en no formar parte de estos grandes y malos maestros de la ciencia, y que nos apresuremos a contribuir con nuestro aporte, cuanto antes, al bien de toda la humanidad.

Por otra parte, también nos encontramos con otra frecuente tentación: colocar nuestra firma a todo, incluso a trabajos que no son nuestros. Por ejemplo, hay placas de mármol que presiden obras públicas (escuelas, colegios, hospitales, caminos...) y en las que figuran nombres de funcionarios públicos que no tuvieron absolutamente ninguna influencia en las mismas; es más, obras que si se han consumado no extrañaría que hubiese sido a pesar de ellos.

HUMILDAD INTELECTUAL

80

— HUMILDAD DE APRENDER —

El Evangelio afirma con naturalidad que Jesús

*llegó a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró en la sinagoga el sábado, y se levantó para leer.*¹⁸⁴

Es decir, Jesús sabía leer y escribir, era estudioso, instruido. Pero, para valorar lo dicho, debemos tener presente que no podemos juzgar con criterios del tercer milenio el grado de instrucción de una época donde Nazaret estaría repleta de analfabetos, especialmente tratándose de personas que, como Jesús, socioeconómicamente eran pobres. Por lo que, en lo referente a su naturaleza humana, la conquista intelectual de Jesús es relevante.

El progresar en conocimientos constituye un factor de poder en el desarrollo de la personalidad, y Jesús, pese a su condición modesta y pobre, procuró humanamente la instrucción necesaria para leer y escribir.

De modo que, al estudiar, Jesús también le dio valor a esta tarea en los planes de la redención, lo que resulta de suma trascendencia si se tiene en cuenta que son las ideas las que mueven al mundo. Ahora, teniendo en cuenta esto, es de máxima importancia recordar la necesidad de la humildad intelectual, porque en su defecto no será ella quien mueva los hilos de la historia humana, sino la soberbia, cuya podredumbre suele ir acompañada de los más variados signos de violencia (discutir, no escuchar, descalificar sin fundamentos, no dar el brazo a torcer). En virtud de lo dicho, expondré a continuación algunos aspectos de la humildad intelectual que me parecen de especial interés para el cultivo de la propia sabiduría.

184 Lucas 4, 17.

— APRENDER A ESCUCHAR —

« Señal evidente de falta de humildad es disputar sin razón o —cuando la tienes— insistir con tozudez y de mala manera »¹⁸⁵

Para ser humildes es necesario saber escuchar, dejar hablar, permitir que los demás concluyan sus argumentos sin interrumpirlos, pues no dejar acabar la exposición de una idea o argumento significa desprecio, algo así como decir: «Te interrumpo porque ya está claro que lo que digas no merece que se le preste atención»; y lo mismo sucede cuando pese a que dejamos exponer, replicamos instantáneamente, lo que también constituye un menosprecio al otro: «Te escuché hasta el final, y para responderte no pensaré ni un segundo en lo que has dicho, puesto que para refutar tus afirmaciones no es necesario meditar nada».

No pocas veces nuestros conflictos surgen del oír sin escuchar, o del herir a los demás haciéndoles experimentar que no les prestamos atención, o del discutir de modo acalorado e inconducente en conversaciones cargadas de prejuicios y sin reglas de respeto recíproco en su desarrollo.

Pieper, al respecto, dice que Pedro Abelardo fue un filósofo del siglo XI muy famoso porque donde él se encontraba eran inevitables las discusiones, y que, siendo todavía discípulo, todos sus maestros tenían enemistad con él. Es más, afirma que con sus discusiones llegó a sacar de las casillas al mismísimo San Bernardo, enfureciéndolo a punto tal que este santo —el amante de la paz más grande que tuvo el siglo Xi— llegaría a decir:

«La pasión con que discute Pedro Abelardo es un fuego que no alumbra la casa ni da calor, simplemente la llena de humo».

Por tanto, para no incurrir en el error de no saber dialogar, pidámosle luces al Espíritu Santo, y digámosle:

*¡Pon custodia a mis labios, Señor!*¹⁸⁶

Y también pidámosle paciencia para no desanimarnos, ya que las virtudes necesarias para mantener diálogos amigables sobre temas controvertidos, exigen mucho esfuerzo y humildad para levantarnos

¹⁸⁵ Surco, 263.

¹⁸⁶ Salmo 141, 3.

cada vez que caemos. Es una tarea que lleva años.

Y en esta tarea de aprender a debatir, te sugiero desarrollar la capacidad de conversar cristianamente al estilo de las *Quaestiones disputatae*, costumbre académica medieval consistente en confrontaciones públicas sobre temas humanísticos, en especial filosofía y teología. Las *Quaestiones disputatae* eran variadas en su reglamentación y solemnidad, y en el «área eslava» normalmente se desenvolvían del siguiente modo: mientras los doctores de dos universidades debatían públicamente sobre un tema fijado de antemano, los de una tercera universidad hacían de árbitros; y los alumnados animaban a los suyos con vivas y aplausos. Primero exponía un bando y luego replicaba el adversario; pero antes de responder había que reproducir lo dicho por el contrincante de memoria (pero no servilmente), pues el objetivo era demostrar que uno estaba en condiciones de refutar lo dicho porque lo había entendido. Y quienes no eran capaces de reproducir lo expuesto con palabras y ejemplos distintos, perdían el turno para exponer, y seguía haciendo uso de la palabra el adversario. Por tanto, la *disputatio* era el arte de saber escuchar; arte en el que sobresalían aquellos que, al exponer la opinión adversaria (para despedazarla), lo hacían incluso con más brillantez que su defensor.¹⁸⁷

Finalmente, invoquemos al Señor para que nuestros debates siempre sean una fuente que llene de luz, claridad, enriquecimiento de matices y perspectivas, todas nuestras conversaciones... y no de esa violencia que genera distancias. Es decir, que nuestras disputas apunten en primer lugar a golpear las inteligencias, y no la voluntad o los afectos.

¹⁸⁷ Una *quaestio disputata* célebre fue la que tuvo lugar en Colonia (cuya Universidad hacía de arbitro), y donde los contendientes eran Martín Lutero (Universidad de Wittenberg) y Juan Eck (Lovaina). El debate fue ganado por Juan Eck, quien defendiendo la doctrina católica puso de relieve la heterodoxia de Lutero. De este debate los historiadores dicen que Martín Lutero salió muy disgustado, y que Juan Eck, antes de exponer sus argumentos, tomó un crucifijo con humildad y lo besó pidiendo ayuda: *In nomine tuo dulcis Iesu!* (su defensa sería de gran importancia para la doctrina católica, y constituiría lo que se consideró la reprobación académico-doctrinal de Lutero).

— ESTIMAR LAS OPINIONES DEL PRÓJIMO —

« Señal evidente de falta de humildad:
despreziar el punto de vista de los demás »

188

El turco Solimán incendió la Biblioteca de Alejandría alegando un argumento que dudosamente aceptaría un buen musulmán:

«Si lo que dicen estos libros está en el Corán, ¡qué sentido tiene conservarlos!; y si no está en el Corán, deben ser cosas malas o erradas».

La historia nos dice que con este sencillo y «lúcido» argumento el piromaníaco Solimán le prendió fuego a unos doscientos mil volúmenes manuscritos (aún no existía la imprenta); es decir, procedió a incinerar toda la sabiduría de la antigüedad: manuscritos autógrafos del Nuevo Testamento, originales actualmente inexistentes de Aristóteles, etc.

Lo mismo hacemos nosotros al incurrir en la falta de humildad consistente en despreziar lo dicho por el prójimo: oír sin escuchar, o ni siquiera oír, o escuchar con espíritu crítico, o interrumpir antes de que el otro concluya su exposición, o replicar inmediatamente (sin meditar siquiera) lo que se nos acaba de decir, o descalificar «sintéticamente» un argumento complejo que exige una actitud «analítica». Ya San Josemaría expone esta cuestión en *Surco* con incisivas palabras, pues nos dice que una señal evidente de falta de humildad es «despreziar el punto de vista de los demás»,¹⁸⁹ no considerar lo que se nos dice, no darle ni siquiera una oportunidad de reflexión, incinerarlo...

La soberbia es un obstáculo que nos impide hacerle un lugar a otras opiniones, pues en el propio yo ya no hay sitio. Así como cuando al emprender un viaje se llenan las valijas casi hasta reventar (ya nada entra, ni siquiera a presión), la soberbia comprime la capacidad de nuestra inteligencia y dificulta el ingreso de nuevas informaciones.

¹⁸⁸ *Surco*, 263.

¹⁸⁹ *Ibidem*.

— AFÁN DESMEDIDO DE AUTORIDAD
INTELLECTUAL —

« *Del deseo de ser consultado: ¡Líbrame Señor!* »¹⁹⁰

Existe una moderna biblioteca en el mundo que, en la distribución de los libros, ha tenido en cuenta los siguientes datos estadísticos: un libro publicado es solicitado frecuentemente sólo durante los primeros cuatro años; los diez años siguientes se lo requerirá apenas cuatro o cinco veces; y en los posteriores cien años no más de una vez. Teniendo en cuenta estos números te aconsejaría (y me aconsejaría), que con la misma mansedumbre y humildad con que aquellos libros centenarios reposan a la espera de que algún curioso los consulte antes del día del Juicio Universal, nosotros no nos exacerbemos especulando que se olvidaron de nuestra existencia sólo porque pasó un buen tiempo sin que nadie nos pida consejo u opinión.

— IMPONER LAS PROPIAS
OPINIONES —

« *Definición de inteligente: Cualquier tonto que espontáneamente está de acuerdo con mis opiniones* »¹⁹¹

La hija lleva oficialmente a casa a su novio por primera vez; y al irse el «príncipe azul», el padre emite su veredicto conforme a dos posibles sentencias:

— ¡Un chico inteligente!

O bien:

— ¡Un pobre tonto!

¿De qué depende la calificación? De las opiniones que el «príncipe azul» haya vertido. Si en política, fútbol, cine, economía, religión, etc., comparte espontáneamente los ideales del futuro suegro, es un chico inteligente; de lo contrario es un pobre tonto.

No pocas veces, entre profesores universitarios, catedráticos, investigadores científicos, etc., los colegas sólo gozan de seriedad, renombre, prestigio, grandes aptitudes y méritos... cuando las opiniones que vierten son consonantes con las de ellos (o con su propia

¹⁹⁰ Recogido de las *Letanías de la humildad*.

¹⁹¹ Sabiduría popular.

metodología o itinerario de investigación, etc.); mientras que quienes les contradicen son ineptos desdichados a quienes no vale la pena tener en cuenta.

Por tanto, si te desempeñas en estos ámbitos intelectuales (especialmente en los humanísticos) tendrás que ser paciente cuando escuches hablar sobre los pares, porque si las opiniones de estos últimos —o sus metodologías de trabajo— coinciden con las de quienes hacen uso de la palabra, serán calificados como intelectuales serios, pero si contrastan o utilizan caminos de investigación diversos, dirán que son seres que viven en las nubes, y a los que se les aplica la peyorativa definición de filósofo: «Aquel hombre que tras alcanzar la cima de una montaña tapada de nubes, al bajar le cuenta a sus amigos, exhaustivamente, los maravillosos paisajes que ha visto».

85

— OPINAR SIN QUE NOS LO PIDAN —

«Pronunciarse sobre todos los temas, sin excepción alguna, es signo de estupidez (stultitia)»¹⁹²

La sabiduría popular nos refiere que en cierta ocasión Apeles, pintor griego, al hacer un cuadro le pidió opinión a un zapatero, y éste criticó los zapatos de uno de los personajes que aparecían en el mismo. Apeles aceptó la crítica e inmediatamente hizo la corrección con el pincel (aquel crítico era un zapatero, sabía de zapatos). Pero cuando el mismo zapatero intentó hacer otras observaciones, Apeles lo cortó en seco con la frase famosa:

«Zapatero a tus zapatos».

otra anécdota griega que ilustra la misma idea es la siguiente. En cierta ocasión, uno de sus alumnos preguntó a isócrates: —¿Por qué debo pagar el doble por tus clases de oratoria?

Y el maestro respondió:

—¡Porque me das el doble de trabajo, ya que eres un charlatán a quien, además de enseñarle a hablar, debo enseñarle a callar! 1

Y con estas dos historias que refiero deseo simplemente advertir que un indicio claro de humildad se manifiesta en el reconocer pronto nuestras limitaciones culturales, y no emplear nuestra fama,

¹⁹² *Suma teológica* I-II, q. 40, a. 5.

aunque sea en reducidos ámbitos domésticos, para difuminar el error, la ignorancia y las opiniones improvisadas. ¡Hay que aprender a callar!, y sabido es que a veces cuesta, puesto que sufrimos la tentación de pensar que si no emitimos nuestra opinión sobre un tema, ¿qué será del patrimonio cultural de la humanidad?

Pues bien, no nos preocupemos y confiemos en la Providencia divina, que sabrá velar adecuadamente por la cultura mundial; y recordemos que no en vano la sabiduría popular se burla de las personas famosas diciendo que son «aquellas a quienes los periodistas suelen entrevistar sobre temas que desconocen por completo»; situación en la que incurren quienes no siguen el consejo de Apeles. Y también presta atención a las palabras de San Josemaría, quien nos advertía sobre la existencia de una señal evidente de falta de humildad:

«Dar tu parecer sin que te lo pidan, ni lo exija la caridad». ¹⁹³

86

— EXÁMENES Y SOBREIMPLICACIÓN
FAMILIAR —

U no de los riesgos del estudio es el deseo de autoafirmación, actitud que conlleva un gusto especial ante el éxito, placer que como contrapartida va acompañado del dramático pánico ante el fracaso. De hecho, no es raro ver estudiantes (o su entera familia) cuya felicidad es sumamente vulnerable: depende simplemente del resultado de un examen; y tampoco son extraños los casos de alumnos que mantienen engañados a sus familiares y compañeros sobre su situación académica, y todo por orgullo: incapacidad de aceptar las humillaciones de un fracaso estudiantil, o quizás de varios, lo que se recrudece cuando los padres se sobreimplican en los esfuerzos del hijo.

Y por sobreimplicación quiero que se entienda esa situación psicológica del alumno que, debiendo afrontar un examen, carga con el gravoso peso de experimentar que no está examinándose sólo él, sino toda su familia; así, si obtiene malos resultados siente que arrastra a todos los suyos a la decepción. En esta experiencia negativa, la falta de humildad se manifiesta ya sea en el hecho de que muchas veces hay una traumática intromisión paterna en los estudios del hijo, o un exceso de orgullo en el hijo, o un cóctel formado por ambas cosas.

¹⁹³ *Surco*, 263.

Y para resolver este problema me remito a dos consejos oídos en cierta oportunidad:

1) Que los padres no se entrometan tanto en los estudios universitarios de los hijos (distinto es el caso de la enseñanza elemental y media).

2) Si el hijo lleva una doble vida en la que mantiene engañado a los padres, que le pida a Dios que le ayude a ser humilde y valiente para sincerarse de una vez por todas.

— ESTUDIO Y LONGANIMIDAD —

Un sacerdote amigo, quien tenía por costumbre reunirse con un grupo de colegas para conversar sobre temas teológicos, me comentó que en una de esas ocasiones, antes de comenzar la reunión, alguien de edad venerable dijo: «Hoy terminé de leer todas las obras de Santo Tomás de Aquino». Para quienes hemos ojeado los cuatro o cinco gruesos volúmenes de la *Suma teológica*, «pequeño resumen» de todos los escritos del Aquinate, no queda más remedio que alabar el esfuerzo longánimo de aquel sacerdote que durante tres o cuatro décadas había leído con paciencia los treinta o cuarenta gruesos tomos (la mayoría en latín) del gran doctor me-dieval.¹⁹⁴

Y digo que el esfuerzo fue longánimo, porque la longanimidad es la virtud que tiende hacia aquellos bienes que además de esfuerzo exigen, también, transcurso de tiempo. La longanimidad en los estudios participa de la humildad en cuanto acepta los límites de la condición humana sin rebelarse con impacencias, porque en la actividad intelectual es necesario que los conocimientos se vayan sedimentando de a poco, de modo que no se precipiten los artículos que se publican, los libros, etc.

La búsqueda del éxito inmediato es propia de la soberbia ambiciosa; y lo mismo el afán de fama y prestigio súbito. Y es conveniente estar prevenido contra estos impulsos, que a veces son tan fuertes que pueden engañar al interesado con famas superficiales y momentáneas.

¹⁹⁴ Chesterton dice que Lutero ordenó quemar todas las obras de Santo Tomás de Aquino, «y si se tiene en cuenta que no es nada fácil quemar un libro, muchísimo más difícil habrá sido incinerar la enorme montaña de libros que representa, la contribución de nuestro glorioso dominico a las controversias de la cristiandad» (G., K. Chesterton, *Santo Tomás de Aquino*, Buenos Aires, 1985, p. 217.)

— APRENDIZAJE Y ALEGRÍA —

Quienes procuran defender una tesis doctoral, deben reunir cinco requisitos.¹⁹⁵

- 1) Pericia al enseñar (*peritia docendi*).
- 2) Sutileza para interpretar (*subtilitas interpretandi*).
- 3) Conducta moral honrada (*morum excellentia*).
- 4) Fortaleza para perseverar (*virtus fortitudinis*).
- 5) Alegría de aprender (*facundia discendi*).

Y debo subrayar la «alegría de aprender» porque la «facundia» es la alegría de taberna, aquella que tienen todos los que han estado bebiendo alcohol y a quienes las carcajadas y las sonrisas les brotan por los motivos más insignificantes. Aplicada a los conocimientos intelectuales, la *facundia discendi* sería aquella actitud del espíritu pronta para alegrarnos y expresar nuestro más sincero y efusivo agradecimiento hacia todo aquel que fue nuestro maestro en algo.

La *facundia discendi* se opone a la autosuficiencia, vicio que nos irrita y hace protestar cuando intentan enseñarnos algo («¡Ya lo sé, no hace falta que me lo expliques!»); y también a la orgullosa impaciencia que manifestamos cuando nos dan explicaciones extensas (clases magistrales que se remontan a los orígenes de la humanidad) en vez de respuestas escuetas y concretas; impaciencias propias de quien considera ya saberlo todo.

Y cuando nos asalten estas tentaciones, será bueno recordar lo que decía San Josemaría:

«Si eres sensato, humilde, habrás observado que nunca se acaba de aprender... Sucede lo mismo en la vida; aun los más doctos tienen algo que aprender, hasta el fin de sus vidas; si no, dejan de ser doctos».¹⁹⁶

¡Ah!... y tampoco te olvides de ser comprensivo con los demás cuando les toque el turno de soportar que seas tú quien se remonte hasta los orígenes de la Tierra, con aire de sabio, para explicar cómo se ajusta la tuerca de un lavarropas o cualquier otra minucia semejante.

Finalmente quiero advertirte que es necesario que estemos prevenidos contra la tristeza o el malhumor que brota al descubrir que alguien nos enseñó algo (reflejo de nuestro desconocimiento previo), o cuando percibimos que los demás piensan (o pueden llegar a

¹⁹⁵ Según la tradición universitaria medieval.

¹⁹⁶ *Surco*, 272.

pensar) que no lo sabíamos, pero no sólo en el campo de lo académico, también en el doméstico. Como el caso de la dueña del hogar que, en su intento de hacer una tortilla, lleva malgastadas dos horas de inútiles esfuerzos, y cuando su empleada intenta darle algún consejo le responde con enfado:

—¿Tú quién te crees que eres... piensas darme lecciones de cocina a mí?

EL TESORO DE LAS
HUMILLACIONES

89

— EL VALOR DE LAS HUMILLACIONES —

« No eres humilde cuando te humillas, sino cuando te humillan y lo llevas por Cristo »¹⁹⁷

La precedente frase de San Josemaría expresa una de las verdades evangélicas más fuertes, y la explicaré narrando tres experiencias que conformaron el proceso intelectual por el que hube de transitar para captar toda la profundidad de su significado.

Primera experiencia. Un día reparé en la diferencia que existe entre «humillarse» y «ser humillados»: lo activo (humillarse) y lo pasivo (ser humillados). Se humilla un penitente que le dice a su confesor:

—Padre, soy perezoso, vago, embustero, mentiroso, desleal, impuro, injusto; en síntesis, si tuviese que decirlo con pocas palabras: soy la basura de la humanidad.

Nadie vacilaría en reconocer que si tales palabras gozan de un mínimo de sinceridad de corazón, constituirían una auténtica humillación.

Pero «ser humillados» es distinto. Ser humillados es el caso del penitente que con las mismas palabras que el anterior, dice a su confesor:

—Padre, soy perezoso, vago, embustero, mentiroso, desleal, impuro, injusto; en síntesis, si tuviese que decirlo con pocas palabras: soy la basura de la humanidad.

La diferencia no reside en los dichos del penitente sino en la respuesta del confesor, quien al escucharlo lo mira y le responde:

—¡Por fin te has dado cuenta! Hace mucho tiempo que pensaba decírtelo, porque yo tengo la misma opinión, y me alegro que te hayas percatado. Yo lo pensaba pero no me atrevía a decírtelo por

¹⁹⁷ Camino, 594.

miedo a tu reacción. Pero ahora que eres tú mismo quien ha llegado a esta conclusión, adhiero a ella plenamente. Y me alegro porque ahora sí que podemos dar comienzo a una auténtica dirección espiritual, ya que los dos estamos de acuerdo en afirmar que eres la basura de la humanidad y en que urgentemente debes dejar de serlo.

Indudablemente, si este penitente humillado por su confesor vuelve a casa eufórico y con sinceridad de corazón le dice a su esposa:

—¡Querida, por fin encontré un confesor que me comprende! — demostraría poseer sólidamente la virtud de la humildad.

Ya lo decía San Francisco de Sales:

«Si bien existe una falsa humildad que nos mueve a decir que no somos nada, que somos la miseria misma y la basura del mundo, en verdad lo sentiríamos mucho si nos tomasen la palabra y la divulgasen».

Segunda experiencia. Según la leyenda, Aquiles tenía un sólo punto vulnerable (su talón), pues, al nacer, su madre lo llevó a las heladas y misteriosas aguas de la Laguna Estigia, aquella en la que los recién nacidos, al ser sumergidos, volvíanse físicamente indestructibles. Su madre, entonces, tomó al pequeñín por el talón para sumergirlo cabeza abajo por completo, para que fuese absolutamente invulnerable, pero como no quiso entumecer sus dedos en aquellas aguas heladas, las mismas no alcanzaron a bañar el talón, por lo que éste sería el único sitio endeble en su cuerpo; y hacia el talón se dirigió la envenenada y mortal flecha lanzada por Paris, durante la guerra de Troya, y con ese certero dardo segó la vida de Aquiles. Pues bien, si te cuento lo del «talón de Aquiles» es porque en la vida espiritual, para poder tener una alegría invulnerable, hay que saber sobrellevar las humillaciones con dignidad, captando el profundo valor moral que detentan.

Tercera experiencia. Tenía yo veintisiete años, cuando una mañana, afeitándome ante el espejo, reparé en algo que jamás hubiese imaginado. Se trataba de algo psicológicamente dramático. El espejo me daba a entender inconfundiblemente que mi cabellera era cada vez menor en cantidad y espesura, o sea que me estaba quedando calvo. Ese inolvidable 21 de septiembre de 1987 fue una de las jornadas más dramáticas de mi juventud. La cuestión era qué hacer ante lo inexorable: ¿terapia psicológica... tratamiento capilar... ponerme a llorar... maldecir al abuelo materno de quien presuntamente heredé el drama genético de la calvicie...? En síntesis: ¿cómo hacer para sobrellevar la «calva de Aquiles» a lo largo de toda mi existencia?

La respuesta la descubrí pocos días después, abriendo *Camino* en aquel punto que dice:

«No eres humilde cuando te humillas, sino cuando te humillan y lo llevas por Cristo».

Pues bien, debo confesar que obnubilado por este problema juvenil, me pareció leer una frase dirigida especialmente a mí: «No eres humilde cuando te humillas, sino cuando tu *calvicie* te humilla y la llevas por Cristo».

Como verás, era una auténtica moción en la que Dios me invitaba a recordar que la verdadera vida cristiana está signada por la alegría propia del saber llevar como Cristo las humillaciones. Porque no te olvides que cada uno tiene las suyas, y para ayudarte a detectarlas, haré una pequeña lista de las más frecuentes en la vida de los seres humanos, es decir, una lista de las humillaciones «de manual»:

- La calva de Aquiles.
- La nariz de Aquiles.
- La barriga de Aquiles.
- La estatura de Aquiles.
- Las arrugas de Aquiles.
- La balanza de Aquiles (esa balanza que señala tu peso, y cuya aguja avanza, avanza, y avanza... sin detenerse).
- La familia de Aquiles (padres violentos, hijos groseros, familia deshecha y agresiva...).
- La casa de Aquiles («¡Mamá, a este lugar miserable no me atrevo a invitar a ninguna de mis amigas, pues mira lo impresentables que son estas paredes despintadas!», exclama la hija sollozando).
- La ropa de Aquiles.
- La soltería de Aquiles.
- La desocupación laboral de Aquiles.
- Las calificaciones estudiantiles de Aquiles.
- El marido de Aquiles (gordo, pelado, envejecido, gruñón...).
- La esposa de Aquiles (arrugada, desaliñada, descuidada...).
- El sobrenombre de Aquiles (esos crueles sobrenombres que humillan a su portador, típicos de la infancia y la adolescencia).
- El indomitable mal hábito de Aquiles.¹⁹⁸
- El hijo y/o la hija de Aquiles (drogadicto, homosexual, madre soltera...).
- La esterilidad conyugal de Aquiles.
- La impotencia de Aquiles (menopausias y andropausias precoces).

¹⁹⁸ Hay personas —y me incluyo— que cuando deben confesarse a veces encuentran como obstáculo interior el tener que volver a decir lo mismo: la sensación de re-

- Las enfermedades repugnantes de Aquiles (lepra, malformaciones en el cuerpo, deformaciones del rostro que impresionan, sida... u otras más domésticas), que pueden distanciar por la impresión que causan involuntariamente en el prójimo que desearía amarnos.
- Los compatriotas de Aquiles (cuántas veces, en este mundo globalizado, las miserias morales, sociales, políticas y económicas de un país humillan ante los televidentes extranjeros).
- Etc.

Y ten en cuenta que si el tema de nuestra oración ha de ser el tema de nuestra vida,¹⁹⁹ es importante que tengamos bien claras las humillaciones que Dios ha preparado a lo largo de nuestra existencia, para que sepamos afrontarlas con dignidad cristiana. Porque nuestra meta no es solamente tolerarlas, también valorarlas, estimarlas, amarlas...

Fijémonos en que Jesús murió en la Cruz, y ésta era la gran humillación de la época, *escándalo para los judíos y locura para los gentiles*.²⁰⁰ Escándalo y locura porque era la muerte de los delincuentes: la «silla eléctrica» de aquellos tiempos. Y lo interesante es que Jesús, siendo Dios y *porque quiso*,²⁰¹ aceptó aquella muerte humillante y cruenta, puesto que aunque como hombre no podía impedirlo, sí podía evitarla con la omnipotencia de su naturaleza divina. Sin embargo, lejos de huir de la Cruz, se abrazó a ella para glorificarla, y, por eso, dos mil años después de su muerte en el Calvario no hablamos de la Cruz sino de la Santa Cruz, aquella que refleja el dolor vencido y la humillación llevada con dignidad. De aquí que todos los años con la liturgia proclamemos:

«Nosotros nos gloriamos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, en ella está nuestra esperanza».²⁰²

flejar la definición según la cual el ser humano es el único animal capaz de tropezar dos veces con la misma piedra; el sentimiento de que cuando le vuelva a decir mis pecados al confesor, éste me mirará a los ojos sorprendido para preguntarme: «¿Tú eres o te haces?» (en expresión ibérica); o «¿Vos sos o te hacés?» (en expresión rioplatense). Algo así como lo que dice Marcos (14, 40) al referirse al Señor que, cuando nuevamente se encuentra con sus discípulos dormidos —en vez de estar rezando—, dice que éstos *ya no sabían qué decirle (et ignorabant quid responderent ei)*, es decir, ya no tenían más explicaciones que justificasen la reiteración de la misma falta.

¹⁹⁹ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 174.

²⁰⁰ I Corintios 1, 23. ²⁰¹

²⁰¹ Isaías 53, 7.

²⁰² introito de la Misa de la Cena del Señor (Jueves Santo).

— LAS HUMILLACIONES Y JESUCRISTO —

« *El Pesebre y la Cruz constituyen el paréntesis que encierra la humillación del Dios hecho hombre* »²⁰³

Intentaré mejorar todo lo dicho en este apartado con un ejemplo tal vez chocante. Imagínate que Jesucristo hubiese optado por encarnarse en los comienzos de este tercer milenio, y que en vez de morir ejecutado en el año 33, hubiese sido asesinado en el 2033. La cuestión sería la siguiente: en el 2033, ¿lo hubieran crucificado? Pienso que no, pues hoy no es el método vigente para aplicar una pena de muerte humillante. Lo más probable sería que se lo ejecutase, por ejemplo, en la «silla eléctrica», y, si así fuese, dentro de dos mil años (en torno al 4033), no llevaríamos con orgullo sobre nuestros pechos una pequeña Cruz con un Cristo crucificado, sino que portaríamos unas pequeñas sillas eléctricas con un Cristo electrocutado. ¿Y no te parece que un Cristo electrocutado es escándalo y locura?

Ahora, ¿por qué nuestros sentimientos se escandalizan ante un Cristo electrocutado y no ante uno crucificado? Porque Cristo redimió y glorificó la Cruz (no la silla eléctrica), y por ende, históricamente, es la Cruz la que fue vencida y redimida (no la silla eléctrica).

Pero en la época de Cristo, gloriarse de un crucificado era tan absurdo como hacerlo hoy de un electrocutado. Es decir, si hoy nos gloriamos en la Santa Cruz es porque nuestro Redentor nos brindó una magnífica lección sobre cómo llevar con dignidad la humillación concreta del madero. Y te añadiría que no tengo la más mínima duda de que, ante la hipótesis de un Jesús contemporáneamente electrocutado, dentro de dos mil años deberíamos ir preparándonos para gloriarnos, y con sinceridad de corazón, de llevar sobre nuestros pechos una pequeña silla eléctrica ensangrentada.

Jesucristo abrazado a la Cruz nos muestra que en el camino de la vida cristiana hay una realidad que debemos aprovechar como ocasión de amar y madurar: las humillaciones; y cuando recorre este camino, lo hace con la dignidad propia de quien las redime y glorifica:

El Hijo del hombre será traicionado... y le condenarán a muerte, y será entregado a los gentiles, y se burlarán de Él, y le escupirán,

²⁰³ A. Fernández, *El mensaje moral de Jesús de Nazareth*, Madrid, 2000 (vid. el apartado sobre la humildad).

*y le flagelarán, y lo matarán; pero al tercer día habrá de resucitar.*²⁰⁴

Por eso siempre me gustó pensar que mientras los misterios «gozosos» del Santo Rosario manifiestan alegría (en especial el Nacimiento de Jesús), y los «dolorosos» el impacto de las humillaciones sufridas, los «gloriosos» aluden a la alegría que brota del dolor vencido por haber superado las humillaciones recibidas dignificándolas. Y para gloriarnos necesitamos una alegría tan enérgica que no pueda ser vencida por ninguna aflicción, lo que exige una fortaleza que debemos buscar en Jesús, a quien *escupirán, y le flagelarán, y lo matarán; pero al tercer día habrá de resucitar.*²⁰⁵

En la medida en que sepamos llevar con dignidad las humillaciones, nuestra fe y nuestra alegría se tornarán invulnerables, inexpugnables... ; y, por el contrario, si reaccionamos mal (enfadándonos o huyendo con pavor), nuestra alegría se mostrará frágil: claro indicio de un posible «talón de Aquiles».

91

— LAS HUMILLACIONES
OPTATIVAS — Y LAS
INEXORABLES

Es necesario educar a los hijos para que sepan afrontar con dignidad las humillaciones de la vida. A tal efecto es conveniente no ser como aquellos padres que buscan evitarles por todos los medios las humillaciones a sus críos.

Por ejemplo, algunos papás dicen: «Quiero que mi hijo tenga todo lo que yo no pude tener, para que no sufra», frase que compendia un pésimo camino educativo, primero porque hoy los hijos suelen poseer muchísimas cosas que nosotros de pequeños no tuvimos (ni soñamos); y, en segundo lugar, porque si les ahorramos todas las humillaciones no estarán preparados para enfrentarlas cuando vengan de modo inexorable. No olvidemos esta gran verdad:

«Si bien hay humillaciones evitables, otras son inexorables».

Pero para ilustrar mejor la distinción entre las humillaciones evitables y las inexorables, te daré un par de ejemplos. un muchacho que no estudia y académicamente se retrasa tiene un modo de evitar

²⁰⁴ Marcos 10, 33.

²⁰⁵ *Ibidem.*

dicha humillación: estudiar más; por tanto, puede decirse que ésta es una humillación optativa. En cambio, las arrugas en la vejez, la demencia senil, el mal de Alzheimer, la calvicie, la corta estatura... no admiten contrincante que se les resista, y son tan inexorables como la muerte, lo que gráficamente quedó expresado en el curioso epitafio escrito sobre la lápida de la tumba de un cementerio brasileño:

«Aquí yacen los restos mortales de Pedro Da Silva. Murió el 1 de noviembre de 1934, contra su voluntad».

Es decir, a Pedro Da Silva la muerte no se le presentó como realidad optativa; y con nosotros sucederá lo mismo: el cuerpo poco a poco nos irá humillando, hasta abandonarnos a la espera de la resurrección futura.

Hay humillaciones que son inexorables, y es imprescindible formar a los hijos, a los deportistas que no saben perder, a los ciudadanos de un país derrotado o en crisis, etc., para que sepan sobre llevarlas dignamente. Porque en el camino único e irrepetible que Dios nos ha preparado a cada uno de nosotros, está prevista una lista de humillaciones; y muchas ni siquiera tienen que ver con responsabilidades nuestras: ¿o acaso un niño pequeño puede ser culpable de la humillación social que implica un padre violento y borracho que le impide invitar a casa a sus compañeritos para que jueguen con él, o retribuir las invitaciones que le hacen?

En síntesis, sugiero que en el examen de conciencia nos preguntemos:

- ¿Cómo reacciono ante las humillaciones?
- ¿Descubro en ellas las huellas de Cristo?
- ¿Me doy cuenta de que María (ausente en los milagros triunfales) destaca con su presencia *estando de pie junto a la Cruz?*²⁰⁶
- ¿Descubro en la cruz de las humillaciones un oculto valor que los cristianos debemos develar al mundo?²⁰⁷
- ¿No será que huímos de las humillaciones porque somos infinitamente tontos, a diferencia de María que es «Trono de sabiduría»?

²⁰⁶ Juan 19, 26.

²⁰⁷ *Vía Crucis* (Decimoprimer Estación): «Ya han cosido a Jesús al madero. Los verdugos han ejecutado despiadadamente la sentencia. El Señor ha dejado hacer, con mansedumbre infinita. No era necesario tanto tormento. El pudo haber evitado aquellas amarguras, aquellas humillaciones, aquellos malos tratos, aquel juicio inicuo y la vergüenza del patíbulo, y los clavos, y la lanzada... Pero quiso sufrir todo esto por ti y por mí. Y nosotros, ¿no vamos a saber corresponder? Es muy posible que en alguna ocasión, a solas con un crucifijo, se te vengan las lágrimas a los ojos. No te domines... Pero procura que ese llanto acabe en un propósito».

Finalmente, no quiero terminar este apartado sobre el alto valor moral que encierran las humillaciones como camino de santidad por el que todos habremos de pasar, sin hacer una modesta observación a la ya citada frase de Kipling: «He aprendido a vivir tanto con el éxito como con el fracaso, y sé que viviendo con ellos convivo con dos impostores». La observación consiste en afirmar que, para un cristiano humilde, tal vez no sea el fracaso un impostor sino su mejor hermano. Por tanto, si eres padre o madre de familia (o educador en cualquier ámbito), te sugiero enseñarle a tus hijos (o educandos) a valorar el significado que tienen las humillaciones, y a emplearlas como camino de amor a Dios y maduración de la propia personalidad; es decir, en vez de enseñarle a los hijos a huir de las humillaciones, habrá que instruirlos sobre cómo enfrentarlas, lo que les ayudará a no ser víctimas desprevenidas cuando la Providencia inexorablemente las ponga en el camino de sus vidas.

Hay que enseñarle a los hijos a solicitar perdón, aunque se lo experimente como una humillación. Hay que capacitarlos para que puedan decir «¡Me equivoqué!». Hay que prepararlos para que sepan perder en el deporte con dignidad (también cuando la injusticia del árbitro es manifiesta). Y hay que pedirle a Dios que les ayude a saber convertir todos los momentos y circunstancias humillantes de sus vidas en ocasión de amar y de servir.²⁰⁸

92

— LAS HUMILLACIONES «DE SIEMPRE» —

« Cuando experimentamos en toda su intensidad el peso de los defectos del prójimo, no llegó la hora de distanciarnos, sino de comenzar a quererlo »

En las famosas *Cartas del diablo a su sobrino*, el viejo tío «Escrúpulo» le da consejos al joven sobrino «orugario» sobre cómo tentar a los hombres con eficacia, y uno de ellos es hacerlos caer en la tentación denominada «¡Lo mismo de siempre!». Efectivamente, si en el hogar hubiere alguien que «siempre» hiciese ruido al tomar la sopa, o «siempre» dejase las llaves fuera de lugar, o «siempre» se olvidase de apagar la luz al retirarse de una habitación, o «siempre» utilizase con desprolijidad el tubo de pasta dentífrica...

²⁰⁸ Parfraseo la oración de la devoción a San Josemaría Escrivá: «Haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amar y de servir...».

aunque no se tratase de faltas mayores acreedoras de la pena de muerte o de un divorcio, Escrútopo recomendaba a Orugario aproximarse al oído de la «víctima» y susurrarle con tono desesperanzador e impaciente: «¡Lo mismo de siempre!», tentación que, según Escrútopo y los demonios veteranos, es de eficacia garantizada para desencadenar en una casa la tercera guerra mundial.²⁰⁹

Las «humillaciones de siempre» constituyen un ámbito concreto de nuestra existencia en el que debemos aprender a ser humildes, porque no pocas veces los defectos temperamentales ajenos (exabruptos, desaires, indiferencia) no constituyen un problema si se trata de la primera humillación, pero distinto es cuando es la número veinte mil... y sin esperanza alguna de reforma. Lo que es válido no sólo con el prójimo inmediato (esposa, hijos, marido, hermanos, compañeros de oficina), también respecto al barrio repleto de gente «siempre» incivilizada, o a la ciudad en la que los ciudadanos «siempre» rinden culto a la mugre, o al propio país en el que «siempre» brilla la corrupción y reina la falta de seriedad...

Si bien es un tópico decir que se debe querer a los demás con sus defectos, a dicho tópico le tenemos que hacer una aclaración: amar los defectos del otro implica conocerlos profundamente, es decir, experimentarlos en carne propia sufriendo durante años, en plenitud, el hastío de sentirlos como una gotera molesta, o un teléfono al que llaman y nadie atiende, o un vecindario que mientras duerme una alarma se activa sin que nadie la apague...

Y cuando los defectos de los demás te comiencen a generar hartazgo, te sugiero que en vez de gritar «¡Basta, me voy de casa, ya no puedo soportar más...!», vivas la paciencia con amor y fidelidad. Porque si estamos cansados de las humillaciones que nos inflige nuestro prójimo, no llegó la hora de abandonar la lucha sino de ser fieles con un amor más paciente y reflexivo.

— LAS HUMILLACIONES COLECTIVAS —

Estando en Roma con motivo de mis estudios sacerdotales, veía los informativos de la televisión junto con estudiantes de diversas nacionalidades. En algunas ocasiones aparecían noticias buenas y agradables de mi país, pero en otras, los episodios de la pantalla me humillaban; y aquellas palabras «No eres humilde cuando te humillas, sino cuando te humillan (en este caso las circunstancias

²⁰⁹ Cfr. el capítulo correspondiente en el famoso libro de C. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino*, Madrid, 1994.

sociales y políticas de mi patria) y lo llevas por Cristo», me llevaron a querer aún más a mi propia nación, porque al propio terruño hay que amarlo pese a las situaciones humillantes, e independientemente de que pongamos de nuestra parte lo necesario para modificarlas.

Y este tipo de humillaciones colectivas no sólo abarcan a las cuestiones del propio país ante la comunidad internacional, también hay que hacerlas extensivas a las humillaciones de la propia región, provincia, municipio, clan familiar, equipo de fútbol con el que simpatizas, etc.

94

— GLORIARNOS EN LAS HUMILLACIONES —

*« La Cruz santifica o
destruye: ¡no dejes que te
destruya! »²¹⁰*

Los protomártires de la Iglesia romana estaban encabezados por los santos e insignes apóstoles Pedro y Pablo, quienes antes de ser ejecutados fueron alojados en una espantosa cárcel —hoy día visitada por peregrinos de todo el orbe que acuden a Roma (la Cárcel Mamertina)—. Era la prisión de los famosos del momento, fueran cristianos o paganos.

La historia de la iglesia enseña que desde allí fueron llevados al martirio, con motivo de las diversas persecuciones imperiales, San Pedro y San Pablo, sus carceleros conversos, y muchos otros cristianos; pero de aquel sitio también partieron al cadalso paganos de renombre condenados a muerte por cuestiones de índole diversa a la religiosa; y, por eso, al entrar a esa prisión se pueden leer dos lápidas de mármol tallado con inscripciones en latín. La primera, la de la izquierda, es la de los paganos famosos:

«Aquí estuvieron encarcelados, esperando el momento de ser aplastados por el poderío del Imperio Romano, los siguientes ciudadanos... [y se hace una enumeración de senadores, generales, políticos...]».

Y la segunda, a la derecha, sintetiza las matanzas de los cristianos con estas palabras:

²¹⁰ Concepto inspirado en el libro *El valor divino de lo humano*, de Jesús Urteaga, Rialp, Madrid, 1954, pp. 161-163.

«Aquí, durante la persecución ordenada por el Emperador Nerón en el año 64 de nuestra Redención, estuvieron encarcelados, esperando alegres el momento de salir cantando triunfantes al encuentro con Cristo, los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, sus carceleros conversos, y los siguientes insignes protomártires de la Iglesia romana [y sigue una larga lista de protomártires]».

Fíjate cuánta diferencia hay entre aquella espera para «ser aplastados por el poderío del Imperio romano» y la expectativa alegre de «salir cantando triunfantes al encuentro con Cristo»; los primeros humillados por no saber descubrir el valor santificador del sufrimiento, y los segundos humillados pero alegres. Y en cuanto a la dignidad con que los primeros cristianos afrontaban la humillación del martirio, recuerda que éstos entraban al circo romano para ser devorados por las fieras cantando con alegría y fortaleza *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!*, y lo hacían vestidos con sus mejores atuendos.

Por otra parte, la humillación del martirio es una realidad que para nada está pasada de moda, pues en el último siglo transcurrido (siglo XX), la Iglesia Católica tuvo una extraordinaria cantidad de mártires. Por ejemplo, el Papa Juan Pablo II llevó a los altares a un reciente y gran número de hombres y mujeres asesinados en odio a la fe durante el conflicto interno que padeció España entre 1936 y 1939; y el estudio taxativo de los datos históricos nos refiere una extensa documentación, de veracidad incuestionable para los más exigentes, sobre algunas muertes llamativas y heroicas, entre ellas la de Pascual Fortuño. Sus verdugos, testigos en las actas del proceso de beatificación, declararon:

«Como disparábamos las balas y rebotaban sobre su pecho; nos dijo:

—Si queréis matarme es inútil que disparéis, tendréis que hacerlo con arma blanca.

Y le hundimos en el pecho un machete hasta que murió».²¹¹

Y si hago referencia al martirio (un tanto singular, pero absolutamente documentado) de Pascual Fortuño, es porque algo semejante sucede con la alegría cristiana fundada sobre un carácter que sabe sobrellevar con dignidad las humillaciones y complejos, los traumas y vergüenzas ocultas, y todo aquello que uno desearía «que no se supiera».²¹² Porque cuando con las personas de criterio a quienes les

211 Actas del proceso de beatificación.

212 *Surco*, 327.

tenemos confianza les hablamos sobre estos temas, y sin miedos, dicha sinceridad fortifica nuestras almas, y la gracia hace que nuestra alegría y optimismo se tornen invulnerables, es decir, «a prueba de balas y de machetes».

— HUMILLACIONES Y VENGANZA —

« *Dicebamus haesterna die...* »²¹³

Fray Luis de León, catedrático de teología en Salamanca, debió sufrir un injusto proceso por presuntas herejías ante el Tribunal de la inquisición. El problema tenía su raíz en envidias y rencillas sobre cuestiones teológicas de menor importancia que, avivadas por el fuego de la soberbia de sus contrincantes, desembocó en su expulsión de la universidad.

Pasados cinco años, en diciembre de 1576, el Tribunal se retractó absolviéndolo. La noticia de su restitución al status docente generó júbilo y algarabía en el alumnado que lo añoraba; y al retomar las lecciones el aula se llenó de curiosos expectantes por ver cómo se vengaría de sus detractores.

Pero la curiosidad fue defraudada, pues la expulsión lo había sorprendido cuando terminaba de comentar metódicamente la cuestión cincuenta y siete del tratado moral de la *Suma teológica*, y al volver al aula, cinco años después, comenzó diciendo: *Dicebamus haesterna die...* («Como decíamos ayer...»), palabras con las que daría inicio al análisis de la cuestión cincuenta y ocho. Trátase de un claro ejemplo de persona que por no ser vengativa sabe perdonar y olvidar sin aspavientos las injusticias sufridas.²¹⁴

Humillar a los demás es indigno, pero tolerar que lo hagan por preservar algún bien noble es meritorio. Esto no significa que no sea digno defenderse de una afrenta, especialmente si en vez de dirigirse hacia nosotros agravia a nuestros seres queridos o a nuestra patria o algún otro valor destacado, pero defenderse es distinto a vengarse, y el mundo de hoy necesita más que nunca testimonios de personas, familias y naciones que no reaccionen con vehemencia y venganza ante los ultrajes, sino que lo hagan con justicia y serenidad, de modo que los conflictos y ofensas tolerables sean pasados por alto.

Ahora, para lograr esto te sugiero difundir aquel consejo que

²¹³ Fray Luis de León: «Como decíamos ayer...».

²¹⁴ Cfr. J. Eugui, op. cit., p. 86.

cristalizaría con sus palabras Lope de Vega:

«Ante una ofensa, la única actitud digna es pasarla por alto; si no podemos pasarla por alto, entonces hay que afrontarla y vencerla; si no podemos vencerla, debemos reírnos de ella; y si no podemos reírnos... entonces, lo más probable es que la hayamos merecido».

En síntesis, no hay que tomarse «tan en serio» todo lo vinculado al propio yo, o la propia dignidad y honor. Porque así como Jesucristo supo transformar el dolor en gozo, la Cruz en la Santa Cruz, y la señal de los delincuentes en el signo cristiano, lo mismo debemos hacer nosotros con las humillaciones. Y a las *Letanías de la humildad*, donde dicen «Del temor de ser humillado... ¡Líbrame Señor!», te sugiero hacerle un añadido: «¡Concédeme, Señor, saber valorar y amar las humillaciones!».

La vida interior auténtica se funda sobre la humildad, y cuando hay humildad todo puede ser visto como un llamado que Dios nos hace, tanto al agradecimiento (si se trata de éxitos), como a incrementar nuestra confianza en Aquél que nunca decepciona si hubo fracasos.

— LA HUMILLACIÓN DE LA «SOLTERÍA» —

La experiencia de la «soltería» como humillación, tiene fuertes connotaciones subjetivas, no pocas veces fundadas en presiones sociales. Nadie debería sentirse humillado de una soltería involuntaria, especialmente en un mundo repleto de ámbitos distintos al matrimonio donde volcar el propio amor en orden a procurar la autorrealización ética.

Una de las raíces del problema tiene su asiento en los dictados de la ética social que postuló la «revolución sexual de 1968», haciendo creer falsamente al mundo que es inviable una vida feliz sin sexo copulativo. Esta revolución traumatizó las mentes de muchas personas que perfectamente podrían vivir con serenidad en el estado civil de «solteros» (distinto a «solterón», como veremos), y abocados a otras causas de máxima importancia (cuidado y compañía de otros familiares, docencia e investigación científica, tareas sociales con gente necesitada...); y, además, dicha concepción «pansexualista» empujó a que muchos hombres y mujeres (especialmente estas últimas), con tal de ejercitar el sexo de modo efectivo, hayan

acudido a uniones pseudomaritales de las cuales se arrepienten con el pasar de los años: concubinatos, adulterios con gente divorciada, convivencia con personas que no se aman entre sí...

Pero corresponde formular una pregunta clave: ¿Qué es un «solterón»? El Padre Martín Descalzo, con aguda percepción, responde:

«Solterón es un soltero "sin causa", un soltero que no ama nada. Pero hay que distinguir entre dos tipos de solterones: los "solterones casados" y los "solterones solteros", distinción en la que estadísticamente predominan los primeros: aquella multitud de matrimonios donde por falta de afecto los esposos coexisten como solterones. Por ejemplo, cuando mi Tía Clotilde estaba de novia y próxima a concluir sus estudios de medicina, había un matrimonio joven con seis hijos pequeñitos que vivían junto a su casa. El matrimonio falleció en un accidente automovilístico dejando a la sociedad seis huérfanos; y como ella quería adoptarlos, pero su novio no estaba de acuerdo, mi Tía Clotilde procedió con orden y determinación: rompió su noviazgo, adoptó los niños, concluyó sus estudios de medicina (trabajo al que se abocó para lograr sustento) y nunca se casó. Y ella jamás fue una solterona, pues tenía seis amores que le impedían serlo. En conclusión, mi Tía Clotilde era una "soltera con causa", o, para ser más precisos, con "seis causas". Por tanto, el pánico de no casarse es un síndrome que solamente pueden sufrirlo aquellas (o aquellos) que no saben descubrir la gigantesca cantidad de ámbitos que debemos estimar como sitios donde volcar nuestro amor y servicio».²¹⁵

— LA HUMILLACIÓN DE LA DESOCUPACIÓN
LABORAL —

Fui capellán de un colegio en el que cada año se editaba una revista de noticias vinculadas a la vida de la comunidad educativa. Sus páginas tradicionalmente incluían una entrevista que anualmente se le hacía a los niños del primer curso de la escuela elemental, y que se publicaba en una sección denominada «Primer grado habla».

Un año se preguntó: «¿Qué trabajo tiene tu padre?». Las respuestas eran variadas: para el hijo de un policía su papá «perseguía ladrones»; para el de un médico «repartía medicamentos», y para el

215 Pbro. Martín Descalzo.

de un odontólogo «arrancaba dientes»...

Pero especialmente simpático fue uno que dijo: «Mi papá lleva un maletín». Este niño, desde su infancia más tierna, había visto que su padre salía rumbo al trabajo con un maletín en la mano al tiempo que decía «¡Me voy a trabajar!»; y cuando muchas horas después regresaba agotado arrastrando a cuestas el maletín, lo hacía refunfuñando: «¡He vuelto de trabajar!». Por ende, en la imaginación de aquella criatura, el agobiante trabajo de su padre consistía en estar horas y horas deambulando por las calles con un maletín a cuestas.

Al contar este suceso soy consciente de la gran falta de trabajo que hay actualmente en el mundo, y de que el trabajo es una de las claves de la cuestión social.²¹⁶ También sé de muchos hombres desocupados que deambulan tristemente con un maletín en la mano buscando para su familia el pan cotidiano, y que «llevar un maletín» sin rumbo definido es un gran sufrimiento; porque cada vez se hace más clara la idea de que la autorrealización de la persona va unida a la posibilidad de trabajar, y no en cualquier tipo de trabajo, sino en un «trabajo profesional».

Este concepto (trabajo profesional), goza de dos notas distintivas, ya que por un lado alude al hecho de ser una actividad cualificada para la cual nos hemos capacitado, y, por otro, a que socialmente se nos identifique por el tipo de servicio que brindamos al prójimo (pintor, médico, ingeniero...). Por tanto, profesionalmente trabajan aquellos cuya capacitación es reconocida por quienes lo rodean, que advierten y valoran los servicios prestados a la comunidad por el profesional; mientras que no trabajan profesionalmente tanto los que no se han capacitado para tareas específicas, como aquellos cuya actividad no es precisa ni tiene claridad el tipo de contribución que hacen al bien común.²¹⁷

El trabajo profesional es aquel que se profesa: el *munus publicum*; y muchos dramas humillantes, con repercusión espiritual, psicológica, matrimonial, familiar, social, internacional... tienen su raíz en sistemas macroeconómicos que dañan a los individuos al imposibilitarles trabajar, o al obligarles a que lo hagan en ámbitos distintos a los que se fueron capacitando a lo largo de su existencia.

²¹⁶ Para las reflexiones antropológicas a las que aludo en este capítulo me he inspirado en la Encíclica *Laborem exercens* (1981).

²¹⁷ En esta perspectiva, el índice de desocupación de una nación no debería tener en cuenta solamente a quienes no trabajan en nada, sino también a los que se ven forzados a trabajar en cuestiones completamente distintas a aquellas para las que se han capacitado.

Conforme a lo dicho, si tienes un buen trabajo profesional dale gracias a Dios, y pídele que te lo conserve, pues así tendrás la alegría de servir de modo concreto a tus hermanos los hombres; y si no lo tienes, pídele a Dios uno, o al menos pídele la gracia para poner empeño en buscarlo llevando con humildad tu involuntaria condición de persona desocupada... y que a los ojos de los demás no hace nada, pues como ya dijimos: «No eres humilde cuando te humillas, sino cuando *el estado de desocupado* te humilla y lo llevas por Cristo». ²¹⁸

98

— LAS HUMILLACIONES INTELECTUALES —

Fenelón fue un obispo francés a quien se le condenó un libro. La historia de la Iglesia nos refiere que él mismo ordenó que se leyese desde el púlpito, en su presencia, el «auto de condena»; y además ordenó construir en desagravio una custodia eucarística en la que había dos ángeles pisando varios libros heréticos de renombre, entre ellos el suyo. ²¹⁹

99

— LA HUMILLACIÓN DE TENER QUE DISCULPARNOS —

Cuando Pizarro acudió a la entrevista con el gran jefe de los incas, éste lo recibió sentado en un trono donde a sus pies tenía un montón de cabezas humanas reducidas: las de sus enemigos vencidos.

Y al escribir estas líneas te sugiero que, cuando tengas que pedir perdón a tus familiares, le pidas a Dios que te ayude a que no pienses que ellos necesariamente habrán de reducir tu cabeza y ponerla a sus pies como lo hacía aquel inca con sus enemigos derrotados; y a que si lo hacen, no por eso dejes de pedir perdón si lo consideras oportuno.

¡Ah!, y no te olvides de que tú tampoco debes humillar a los que a ti acuden para disculparse, haciéndoles pesar desmedidamente la responsabilidad de sus malas acciones.

²¹⁸ Camino, 594.

²¹⁹ Cfr. J. Eugui, op. cit., p. 76.

— EL ITINERARIO DE LAS
HUMILLACIONES —

Estos son, según San Anselmo, los pasos a recorrer para santificar las humillaciones:

- Reconocerte despreciable.
- Tener dolor de serlo.
- Confesarlo sin justificaciones.
- Persuadir a los demás de ello.
- Tolerar sin tristezas ni abatimientos que te lo digan.
- Aceptar pacientemente que te lo recuerden.
- Alegrarte de que lo hagan.²²⁰

Para ejemplificarlos podríamos decir que si nuestro defecto principal fuese el ser mentirosos, los pasos serían los siguientes:

- Reconocer que soy mentiroso.
- Dolerme de ser un mentiroso.
- Confesar que soy un mentiroso.
- Demostrarle a los demás que soy un mentiroso.
- Si me están diciendo que soy un mentiroso, no permitir que la tristeza me abata.
- Soportar pacientemente que me recuerden que soy un mentiroso.
- Alegrarme de que me recuerden una y otra vez que soy un mentiroso.

— CONCLUSIÓN: EL TESORO DE LAS
HUMILLACIONES —

« Yo te voy a decir cuáles son los tesoros del hombre en la tierra para que no los desperdices: hambre, sed, calor, frío, dolor, deshonra, pobreza, soledad, traición, calumnia, cárcel »²²¹

Inspirado en estas palabras de San Josemaría, quisiera concluir el análisis del significado de las humillaciones, poniendo de relieve que para aprender a redimirlas, glorificarlas y amarlas, es necesario tener un temperamento bien forjado.

Además, también puede contribuir vivir el «abandono en las manos de Dios», pues Él es quien más nos ama, y busca continuamente lo mejor para nuestras almas (incluso al permitir humillacio-

²²⁰ San Anselmo, *De similitudinibus*, c. 101 y ss.

²²¹ *Camino*, 194.

nes inexplicables). A este santo abandono, Santa Teresita de Li-sieux lo sugería diciendo:

«Desde hacia tiempo me había ofrecido al Niño Jesús para ser su juguetito. Le había dicho que no se sirviese de mí como de un juguete caro que los niños se contentan con mirar sin atreverse a tocarlo, sino como una pelotita sin ningún valor a la cual pudiese arrojar, pisar, romper, dejar abandonada en un rincón, o bien estrechar en su Corazón. Quisiera servir de diversión al Niño Jesús y entregarme a sus caprichos infantiles».²²²

222 Cfr. *Historia de un alma*, Madrid, 1960, p. 47.

AMOR y CARIDAD

102

— EL AMOR Y SUS GRADOS —

« PERIODISTA: *Si me pagasen mil dólares diarios por hacer el trabajo que usted hace, ¡yo no lo haría!* MADRE TERESA DE CALCUTA: *¡Y yo tampoco!* »

El amor tiene como objeto propio al «bien», y los bienes son de dos tipos: espirituales o materiales. El hambriento que le pide a un amigo su manzana sabe que tal pretensión implica una privación por parte de su dueño. En cambio, cuando el alumno pretende la sabiduría del maestro, la misma no se perderá por el hecho de comunicarla. Por ejemplo, si tengo en mi bolsillo cien y quiero entregar veinte, me quedaré con ochenta; pero, si soy sabio, puedo comunicar la sabiduría a mis alumnos conservándola intacta en mi propia mente; y lo mismo podría decirse de todos los valores morales (prudencia, generosidad, pureza, amabilidad).

De lo dicho surge la necesidad de hacer una inicial distinción entre el denominado amor de «concupiscencia sensible» y el amor de «concupiscencia racional». Por el primero amamos cosas materiales que se pueden repartir pero no compartir. En cambio, los bienes morales o espirituales se pueden compartir sin obstáculo alguno.

No obstante, estas dos manifestaciones del amor detentan la imperfección de centrarse en el propio yo, porque cuando quiero las cosas con amor de concupiscencia, las quiero «para mí»... aunque esto no es necesariamente malo, pues existe un precepto que nos ordena «amar al prójimo como a uno mismo», y para amar al otro es necesario que, previamente, yo sea bueno.

La cuestión se aclara más aún con otra distinción: amar algo «para sí» es propio del ambicioso, quien pretende lo que no le corresponde; y amar el «propio bien» consiste en buscar aquello a lo que tengo derecho.

Siguiendo un orden ascendente, también hay que diferenciar el amor de «benevolencia» y el amor de «amistad». El de benevolencia pretende bienes que no son para uno... sino para otros: familiares, amigos; y el de amistad, además de pretender con benevolencia bienes para otro, procura ser causa de los mismos (ante un amigo que tiene una deuda agobiante, no es lo mismo reconfortarlo con palmatitas amistosas que hacerlo con dinero «contante y sonante»).

Pero la escalera que lleva al amor supremo no acaba aquí, falta un escalón: la caridad. Para comprender la esencia de esta virtud sobrenatural, comenzaré recordándote la célebre anécdota de la Madre Teresa de Calcuta, tal como la inmortalizaría Ioseph Pieper:

«Se dice que un periodista visitó en la India a la monja esclava, y al concluir su recorrida por uno de aquellos sitios repugnantes de asistencia a los moribundos, le confesó:

—¡Madre, si a mi me diesen mil dólares diarios por hacer el trabajo que usted hace, yo no lo haría!

Y la monja replicó:

—¡Y yo tampoco!». ²²³

Efectivamente, una persona que busca dinero o un beneficio personal no se dedica a cuidar gratuitamente a los moribundos, sino que está en pos de otros bienes superiores; y en vez de utilizar sus dotes conductivas para formar una gigantesca, mundial y exitosa orden religiosa (las Hermanas de la Caridad), diseñaría una multinacional que le reporte muchos millones.

Además, la Madre Teresa quiere ser ella la causa del bien del prójimo, pero no sólo en el orden natural (amistad), sino también en el sobrenatural (caridad). Y para explicarte esto te diré que en las diversas ocasiones en que pregunté a jóvenes y adultos cuál era el mandato que sintetizaba la esencia del cristianismo, casi siempre recibí esta incompleta respuesta: «Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo».

Lo de «amar a Dios sobre todas las cosas» es aceptable, no así el «amar al prójimo como a uno mismo». La razón es simple: este mandamiento era la síntesis del Antiguo Testamento (la ley de Moisés y los Profetas), pero Jesús, en la Última Cena, instituyó un «mandamiento nuevo», pues

tomó una toalla, se la ciñó, y comenzó con un recipiente lleno de

223 Pieper, I., *El amor*, Madrid, 1971, p. 114.

224 Juan 13, 4-5.

*agua a lavarles los pies a sus discípulos.*²²⁴

Y al terminar dijo:

*Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy. Y si Yo, que soy Maestro y Señor os he lavado los pies, vosotros también debéis hacer lo mismo unos a otros...*²²⁵

Por si fuera poco, a quienes lo cumplan les hace una interesante promesa:

*Bienaventurados seréis si comprendéis esto y lo practicáis.*²²⁶

Tengamos presente que la «bienaventuranza» es un tipo muy concreto de felicidad: la que se tiene en el Cielo, pero viviéndola ya en la Tierra.

De modo que el mandamiento supremo no es:

*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; este es el mayor y el primer mandamiento; y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*²²⁷

Pues hay otro precepto supremo dictado por Jesús:

*Un mandamiento nuevo os doy: amaos los unos a los otros como Yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros.*²²⁸

Jesús modificó el parámetro del amor, puesto que su propuesta ya no consiste en amar como se ama al propio «yo», sino como Cristo ama a los demás, y, por tanto, no podemos amar en sentido pleno si no conocemos la vida de Cristo: Jesús que le lava los pies a todos los apóstoles (incluido Judas Iscariote); Jesús que en el Calvario perdona a quienes le están matando (*Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*);²²⁹ Jesús que quiere descansar en el desierto, pero al ver una multitud que lo sigue hambrienta *como ovejas sin pastor*,²³⁰ deja a un lado su descanso y comienza no sólo a alimentarlos milagrosamente, sino también a *enseñarles larga y*

225 Juan 13, 13-14.

226 Juan 13, 17.

227 Mateo 22, 37-39.

228 Juan 13, 34-35.

229 Lucas 23, 34.

230 Mateo 9, 36.

*generosamente.*²³¹

Por eso, mejorando aquello de «amar al prójimo como a uno mismo», pidámosle a Jesús que nos enseñe a amar conforme a su nuevo mandato, de modo que podamos ser reconocidos en el mundo como discípulos suyos que viven «bienaventuradamente».

103

— CUATRO HISTORIAS DE AMOR —

*«Dios ha querido que ningún bien se le haga a los
hombres si no es amándolos»*²³²

Muchos sabios a lo largo de los siglos han adherido a la idea de que «el grado de cultura alcanzado por todas las civilizaciones ha sido determinado esencialmente por el amor que sus integrantes le dispensaron a los ancianos, a los niños, a los débiles y a los enfermos»;²³³ y a la luz de este concepto te introduciré en cuatro historias que Dios ha puesto en el camino de mi vida.

Primera historia. un sacerdote amigo, como consecuencia de un grave accidente, quedó cuadripléjico: sólo puede mover la cabeza y respirar con cierta dificultad. Asumida, no obstante, esta trágica situación, hace lo que está a su alcance: confiesa, concelebra la Misa con otro sacerdote que lo ayuda, da clases... Su vida en estos últimos quince años (se accidentó cuando su edad rondaba los treinta), ha transcurrido sobre una silla de ruedas. Entrevistado por estudiantes de una facultad de periodismo, se le preguntó:

—¿Qué le recomendaría usted a quienes se encuentran en su situación?

Respuesta:

—¡Nada! A los que están en mi situación no les diría nada. Pero sí les diría algo a quienes tienen que asistir a personas en circunstancias semejantes a las mías (que hay que higienizarlas, darles de

²³¹ Marcos 6, 34.

²³² Célebre frase de Lacordaire. Téngase presente que hay una falsa caridad altruista, muy particular, de las empresas comerciales internacionales, y que lleva a hacer «propaganda» de la beneficencia que las mismas realizan en diversos lugares del mundo. Pero el cristianismo dice *que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha* (Mateo 6, 3), por lo que tal actitud comercial, propia de un «mal samaritano», se opone a lo dicho por Lacordaire, ya que la beneficencia no se centra tanto en el bien del necesitado sino en el propio beneficio e imagen comercial.

²³³ Sabiduría popular.

comer en la boca, trasladarlas, acostarlas y levantarlas): que se acuerden de que los enfermos, para ellos, somos un tesoro, porque somos la oportunidad que tienen de vivir el amor de caridad (dar sin esperar nada a cambio). Es decir, yo para mí no valgo nada, pero sí para los demás, ya que soy el tesoro de quienes desean amar a quien no tiene con qué retribuirles; y un día moriré, y quienes me cuidan tendrán que retomar la búsqueda de un nuevo tesoro para que sus vidas sean una historia de amor.

Segunda historia. Recuerdo a una tía mía especialmente querida, Amalia. Era mentalmente discapacitada, y, ya mayor, al morir sus padres, fue cuidada con gran afecto por una de sus primas. Un día, tía Amalia murió, y a su prima se le fue aquel tesoro con el que vivió durante años una «historia de amor» repleta de fidelidad por los cuidados que le prodigó hasta el final. Y pienso que cuando a su prima le toque el turno de comparecer ante el Señor, escuchará la voz del Maestro quien, dejando a un lado los pecados de su vida, recordará la promesa evangélica:

Venid benditos, y tomad posesión del Reino... porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber.

Tercera historia. Una niña nació con «síndrome de Down» y otras dificultades (y me permito señalar que «down» tiene su raíz etimológica latina en la palabra «donum», es decir, «don», «regalo»). Su nombre era María Paz, y sus padres un matrimonio con la firme convicción de que en este mundo no hay «vidas sin valor». La niña murió a poco de nacer, pero no sin que sus padres diligentemente cumplieran el deber fundamental de bautizarla y confirmarla. (Y aprovecho para aconsejarte que le reces, ya que desde el Cielo intercede eficazmente, pues me consta de personas que han recibido, al igual que yo, favores significativos). Pues bien, con una visión humana de la vida, podríamos decir que en este mundo María Paz no hizo nada (y por sus limitaciones físicas, de haber sobrevivido, poco podría haber hecho), pero ella, como decía el sacerdote cua-dripléjico, es de esos tesoros que pueden hacer de nuestras vidas una historia de amor, y de hecho su breve presencia en la Tierra removió los corazones de sus padres y amigos animándolos a luchar contra los egoísmos, activismos, ensimismamientos.... Ella no podía dar clases, ni participar de la Misa, ni agradecer con palabras el amor ejemplar de sus padres; pero, diminuta y enferma como era, elevó los corazones de quienes de algún modo la conocimos, pues nos recordó de modo incomparable que «amar es dar sin esperar recibir nada a cambio».

Por último agregaré otra historia de amor. ocurrió que, fallecida mi madre, mi padre viudo volvió a casarse. Aquella nueva, magnífica y legítima esposa —Marvik— vivió sin dificultades su matrimonio sólo durante un par de años, porque tras un infarto cerebral mi padre quedó discapacitado de por vida. Ella lo asistió con profundo amor hasta el día de su fallecimiento (dieciocho años después del infarto)... y con especial esmero en los últimos tiempos en que mi padre ya ni siquiera podía hablar. Además, como al infarto se le añadían otras complicaciones (un ano contra natura, escaras profundas, fuerte diabetes), y los padecimientos económicos crecían, Marvik testimonió especialmente que para los cristianos no existen vidas sin valor, y, por tanto, veló por su esposo incesantemente con cuidados que implicaron durante meses dormir sólo tres o cuatro horas por día.

Y si te narré estas historias, es por un simple motivo: las cuatro dejaron huella en mi existencia, incitándome a luchar por ser fiel a los compromisos de amor que libremente asumí a lo largo de la vida, y también me han movido a la reflexión de algunas ideas trascendentes que expondré en los siguientes apartados.

104

— AMOR Y CORDIALIDAD —

« Es necesario rescatar de los demás
aquellos valores que morirían sin nosotros
»²³⁴

De las dos primeras historias referidas (el sacerdote cuadrupléjico y mi tía Amalia), aprendí definitivamente lo siguiente: «Amar es exclusivamente dar, y nunca recibir». Ciertamente puede ser que alguna vez el «dar» se disfrace de «recibir», pero tal «recibir», si es amor, será un «modo de dar»; y en la lengua castellana se denomina «amabilidad» o «cordialidad».

Por ejemplo: un niño de cuatro o cinco años quiere mostrar su cuaderno de tareas del jardín de infantes al papá, que en ese momento sigue con pasión las alternativas finales de un dramático partido de fútbol en la televisión. El hijo quiere compartir con él lo que ha hecho, quiere mostrarle, «darle» sus trabajos; y, para ese papá

²³⁴ «Uno de los mayores logros es "ver" los valores que otros no ven y "afirmarlos"; y un logro mayor es "extraer" de la gente aquellos valores que perecerían sin nosotros» (de una carta de Karol Wojtyla a un matrimonio en dificultades, cfr. G. Wei-gel, *Testigo de esperanza. Biografía de Juan Pablo II*, Barcelona, 1999, p. 150).

concreto, «recibir» el amor (dejar a un lado el televisor) será un modo de dar.

Weigel, en su extensa biografía del Papa Juan Pablo II, cuenta que, en cierta oportunidad, el entonces cardenal Wojtyla escribió a un matrimonio amigo en dificultades una extensa carta en la que daba consejos alternativamente a los dos cónyuges, y uno de ellos dice así: «Teresa, es necesario rescatar de los demás aquellos valores que morirían sin nosotros». Esta escueta frase resume magistralmente el concepto de «cordialidad». Efectivamente, para un niño nadie puede valorar mejor que su propio padre el cuaderno del jardín de infantes. Porque si lo hace un tío o un amigo de la familia... ¡no será lo mismo!

Hay niños que en un desfile colegial, o en la entrega de un premio escolar, están todo el tiempo mirando si vino «su» papá, es decir, aquel sin el cual los valores se mueren porque no son apreciados en todo su esplendor. En síntesis, debe ser el propio padre quien mire con afecto el cuaderno del niño que asiste al jardín de infantes, porque sólo él puede rescatar todo el amor que aquel niño tiene por su abuelito... al que ha retratado en una de las páginas utilizando arroz untado, cola de pegar y papeles de colores (retrato en el que, añadimos, difícilmente se podría reconocer a un ser humano).

Pero te daré otro ejemplo sobre la amabilidad (receptividad para el amor). Más de una vez, cuando alguna familia amiga nos invita a cenar o almorzar, la dueña de casa (experta en la cocina) pregunta por nuestros platos preferidos. Nuestra costumbre suele ser responder que nos conformará y agradará cualquier plato que ella cocine, pero pienso que tal vez haya que objetar a este gesto de urbanidad convencional el hecho de que probablemente la estemos privando de la posibilidad de amarnos en plenitud con sus grandes talentos culinarios.

Si a una mujer le gusta cocinar, pero nunca le dan los suyos la oportunidad de lucirse, se la estará privando de la posibilidad de expresar el afecto como ella quisiera; y si un señor sabe contar chistes, pero cuando un invitado se lo pide, todos los suyos muestran enfado o aburrimiento, no podrá expresar su amor haciendo sonreír a los demás; o si alguien es especialista en trucos de magia, pero nunca le dicen «¡Por favor, te lo suplicamos, haznos un truco!», ese talento morirá por la falta de afecto, ya que nadie lo habrá sabido rescatar...

Las personas que cuando «reciben» se «dan», son «amables» (dignas del afecto), acogedoras y cordiales. Son personas que en una conferencia escuchan con atención y preguntan poniendo interés (aunque muchos deseos de hacerlo no tengan), y si se las invita a una cena aceptarán todos los platos con una sonrisa (aunque se trate de

algún manjar que les repugne desde la infancia). También son solidarias para aceptar una invitación a un programa que les aburre, pero al que van por el simple hecho de valorar el amor que acompaña a toda invitación sincera.

Las personas amables nunca rechazan el amor ni son ariscas... porque la amabilidad, en cuanto «recibir dando», se opone al espíritu arisco y autosuficiente que no se deja servir ni querer, y que rechaza con desagrado o apatía las demostraciones de afecto. Este espíritu arisco, como ya hemos visto, desemboca en el individualismo antisociable que expresan los rótulos comerciales que anuncian el conocido «Hágaselo usted mismo», cuya contrapartida lógica es «No espere que nadie se lo haga» (al menos en medio de los egoísmos mundanos con los que en cada jornada debemos lidiar).²³⁵

— AMAR INCONDICIONALMENTE —

De la tercera historia (María Paz, la niña con síndrome de Down), aprendí para siempre que «amar a una persona es quererla principalmente por lo que es, y secundariamente por lo que hace», es decir, amarla incondicionalmente.

Pero, ¿qué es amar sin condiciones? Para responder a esta pregunta, te diré que la persona de quien más incondicional y desinteresadamente experimenté el amor fue mi madre, y si bien nunca estuve preso, ni le ocasioné gravísimos disgustos, estoy seguro que si estuviera entre las rejas de una cárcel por diversos delitos, no sólo hubiese sido capaz de visitarme, también me hubiese donado un riñón, de haberlo necesitado. El motivo es simple: ella, como las buenas madres, me quería fundamentalmente por lo que yo «era», y secundariamente por lo que «hacía»; y, en ocasiones, «a pesar» de las cosas que hacía.

Lo dicho viene a cuento porque se suelen escuchar frases del siguiente tenor: «¡Al marido hay que quererlo con los defectos!», o, incluso «¡Hay que querer los defectos del marido!». Pues bien, debo decirte que no se puede estar de acuerdo con estas expresiones, al menos en su sentido literal, porque si bien se puede querer a los demás «a pesar» de los defectos, y con la misma fuerza con que lo haría la madre de un delincuente (lo que es extensivo a hermanos, amigos, conciudadanos, compatriotas), no podemos amar el adulterio del cónyuge, ni la violencia física de los progenitores, ni las palabrotas desagradables de los hijos; y tampoco podemos querer a los demás con tales defectos, al menos si esta expresión es interpretada como «pasividad» en el ayudarlos a cambiar su temperamento,

235 Para lo dicho me he inspirado en P.urbano, op. cit., p. 147.

porque la responsabilidad hacia el prójimo incluye el esfuerzo de contribuir para que éste mejore en la doble dimensión del amor, la esencial (lo que la persona es) y la secundaria (lo que hace).

«El amor más puro, según algunos filósofos, es aquel que experimentan las madres en los estadios iniciales de la vida en el seno materno, momentos en los que aman a sus hijos por el simple hecho de ser personas, pues al comienzo de la gestación ni siquiera saben si se trata de un varón o una mujer. Es decir, cuando las madres aún no conocen si el hijo será varón o mujer, sano o enfermo, de ojos azules o verdes, alto o bajo, inteligente o tonto, narcotraficante o Premio Nobel de la Paz... ellas ya lo aman de modo incondicional; y sobre ese amor invulnerable el día de mañana el hijo podrá edificar adecuadamente su propia autoestima».²³⁶

Según esta idea, amar de verdad exige aprender a querer a la gente principalmente por lo que es y secundariamente por lo que hace.

¡Gracias María Paz!

106

— AMOR Y RESPONSABILIDAD —

« Al atardecer te examinarán en el amor »²³⁷

La cuarta historia (Marvik) deja otra lección fundamental: «Amar es experimentar la propia responsabilidad por el bien del otro».²³⁸

Para Marvik, el «otro» es su esposo, y aunque éste no hable, o la incapacidad llene su cuerpo impidiéndole expresar el agradecimiento, el amor fiel de ella se concreta en quererlo no por lo que hace, sino por lo que es (su marido). Y en este mundo donde frecuentemente se desprecia la vida sin valor de los anencefálicos; de los niños con síndrome de Down; de los ancianos con mal de Alzheimer; o la vida matrimonial con un marido infértil, desocupado o envejecido... debemos dar a conocer los testimonios de personas que

²³⁶Prof. Paola del Bosco.

²³⁷San Juan de la Cruz.

²³⁸Para este tema sugiero K. Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, Madrid, 1982.

han tenido la bienaventuranza de haber sido capaces de haber hecho de sus vidas una «historia de amor».

La primera responsable de velar por un hijo enfermo es su madre, y el primero en experimentar la necesidad de donarle un riñón es su padre... y en socorrerlo cuando ya mayor ha caído en desgracia, «sus» hermanos. Pero esta «responsabilidad por el bien del otro» también es un misterio humano, porque la experiencia del amor abarca tanto la razón como los afectos, ya que el amor no consiste sólo en una deducción racional, pues «amar» es en parte «acción» y en parte «pasión», es decir, de una parte implica algo que se hace y de otra algo inexplicable a lo que los cristianos no denominamos «proceso químico» sino «don de Dios» (el don de experimentar la responsabilidad por el bien de otro).

La experiencia de «mi» responsabilidad, es decir, la experiencia de que soy «yo» quien debe hacerlo, es la experiencia constitutiva del amor. Si se entiende esto se comprenderá por qué a Marvik no había quién la convenciera para que descansase en el incesante darle de comer en la boca pacientemente a su esposo (a veces desde las 22.00 a las 4.00 de la madrugada), o en ese bregar para ayudar a que su marido enfermo pudiese llevar la enfermedad con dignidad, o los sacrificios que implicaba dormir tan sólo tres o cuatro horas por jornada, o el esforzarse para calmar sus dolores... Tal tenacidad sólo podía ser comprendida por quienes habían vivido alguna vez la experiencia de la responsabilidad intransferible por el bien de alguien.

Es más, en ciertas oportunidades, cuando hablaba por teléfono con ella (vivíamos en ciudades lejanas), al finalizar la conversación me decía: «Le pondré el teléfono en el oído a tu papá para que le hables». Y cuando yo, que no sabía qué decirle a un papá discapacitado que nada contestaba (era algo así como hablar a un receptor telefónico de mensajes), me rehusaba, ella insistía: «¡Él escucha, no importa si no te habla!». Hay que dar sin esperar recibir nada a cambio, y hay que hablarle al oído del enfermo que ya no puede hablar, y escribirle al que no puede leer, y visitar al que no nos puede reconocer:

*Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha.*²³⁹

239 Mateo 6, 3.

Desde entonces me organicé un poco mejor, y me anotaba algunas cosas para contárselas a mi papá, que me escuchaba sin contestarme. Y debo aclarar que más de una vez, al narrar esta «historia de amor» (una de las bases fácticas que han dado origen a las reflexiones de este libro), quienes me escuchaban, tal vez influidos por un paganismo que late en el subconciencia social, no alcanzaban a comprender el sentido profundo que tiene el que alguien se sacrifique tanto por quien (al igual que ellos) está inexorablemente destinado a morir; personas incomprensivas que tenían como denominador común el no visitar nunca a sus parientes ancianos o enfermos, y sólo por el simple hecho de que ya no se comunicaban verbalmente (las «chocheras» de la vejez), o lo hacían con torpeza.

Las personas que entienden la necesidad de admirar y valorar el hecho de que en el mundo haya una Madre Teresa de Calcuta (y el correlativo sentido de un enfermo a quien asistir, ya que sin el enfermo desaparecería la misión de la Madre Teresa), son las que dentro de su casa se consagran a vivir con el mismo amor de aquella monja mundialmente famosa; y son, también, las únicas que comprenden que «nosotros no podemos vivir como si nuestro amor no fuese verdadero», dado que «Dios ha querido que ningún bien se le haga a los hombres si no es amándolos».

Pero volviendo a los enfermos graves y a la mal denominada «vida sin valor» (auténticos tesoros), quiero recordarte una vez más aquella pregunta que le hicieron al cardenal Ratzinger:

—¿Qué le diría usted a un filósofo que se declara partidario de aplicarle la eutanasia a personas sufrientes y deshauciadas?»

—Le diría que una visión del mundo que no pueda dar un sentido del dolor y transformarlo en algo valioso, no sirve para nada, pues estaría fracasando precisamente en una cuestión decisiva de la existencia; porque aquellos que sobre el dolor el único consejo que tienen para dar es que hay que combatirlo, paliarlo, aliviarlo, suprimirlo... nos engañan. Sin duda hay que hacer todo lo que sea posible para aliviar el dolor de tantos inocentes y limitar sus sufrimientos, pero una vida humana sin dolor no existe, y el que no es capaz de aceptar el dolor, elude esas purificaciones que son las únicas que nos hacen madurar.²⁴⁰

A la luz de esta sabia respuesta, te diré que si tienes algún anciano o enfermo discapacitado que Dios haya puesto en tu camino, no dudes en poner todo el empeño para transformar la vida en una auténtica *historia de amor*, porque así como «el grado de cultura alcanzado por todas las civilizaciones, ha sido determinado esencialmente por el amor que sus integrantes le dispensaron a los ancianos, a los niños, a los débiles y a los enfermos»,²⁴¹ lo mismo habrá que decir de toda sociedad concreta, país, familia o persona

²⁴⁰ Revista *Esquiú*, Buenos Aires, IX/1990.

(padre, madre, esposa, hijo, sobrino, nieto, amigo...). Además, siempre que nos encontremos con personas especialmente cuidadosas en amar a los que sufren, te sugiero que nos detengamos a contemplarlas y admirarlas; de este modo no se nos podrán aplicar aquellas palabras con las que Chesterton define al mediocre:

«Aquel que se encuentra delante de alguien noble, pero no se da cuenta».

Y para concluir este tema, te propongo un ejercicio: trazar en una hoja algunas columnas, y escribir los nombres que delimitan el «mapa» de los amores de tu vida atendiendo a las siguientes preguntas:

- ¿Quiénes me quieren por lo que soy... y serían capaces de donarme un riñón?
- ¿A quiénes quiero por lo que son... y estaría dispuesto a donarles un riñón?
- ¿Quiénes me estiman por lo que soy y por lo que hago?
- ¿A quiénes estimo por lo que son y por lo que hacen?
- ¿Quiénes me aman por lo que hago, pero no por lo que soy?
- ¿A quiénes amo a pesar de lo que hacen?
- ¿Quiénes se sienten responsables de mi persona?
- ¿De quiénes me siento responsable?
- ¿Sobre qué proyectos, causas, trabajos, etc., experimento responsabilidad?

107

— CARIDAD Y FIDELIDAD A LA
VOCACIÓN —

Pedro lo niega a Jesucristo en tres oportunidades, y luego se retracta. Este arrepentimiento lo narra el último capítulo del Evangelio de San Juan, cuando el Maestro lo interroga triplemente:

*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*²⁴²

El apóstol responde afirmativamente en las tres ocasiones, pero en la última con especial intensidad.

^{24 1} Sabiduría popular.

^{24 2} Juan 21, 15.

Si bien las traducciones castellanas suelen utilizar en las tres preguntas de Jesús el mismo verbo (amar), hay que destacar que en la lengua griega (en la que fue escrito el texto original), el Señor empleó verbos distintos, pues en los dos primeros interrogantes utilizó el *agapáo*, y en el último el verbo *filia*.

El *agapáo* es el amor por el que se ama a la persona en sí misma, con independencia de sus cualidades, como, por ejemplo, la madre a su niño anencefálico y descerebrado de por vida. Además, el verbo *agapáo* incluye otro aspecto importante, la «fiesta»; ya que el *agapáo* es un amor alegre y difusivo que tiende a compartir lo vivido con los demás (en el mundo actual es frecuente organizar «ágapes» para celebrar acontecimientos o festejar aniversarios). Un buen ejemplo es el pasaje del Evangelio de San Mateo donde éste narra que, tras recibir del Señor su propia vocación (*¡Sígueme!*),²⁴³ organizó un «ágape» con Jesucristo y todos sus amigos (publicanos y pecadores), puesto que era necesario compartir y contagiar la alegría.²⁴⁴

En cambio, el verbo *filia* designa el amor de predilección, el cual supone una preferencia entre varias personas amadas (un hombre no se puede casar con todas las mujeres, y aunque estime a varias de ellas debe elegir una a quien hacerle la propuesta). Pero este amor de predilección es de categoría inferior al *agapáo*, ya que no es lo mismo amar algo como lo «más importante» que hacerlo como lo «único importante».

Y si te hago mención a esta cuestión de los diversos tipos de amor, es porque en la tercera pregunta que formula Jesús a Pedro pareciera incluirse una invitación a que el apóstol la medite más pausadamente.

Dicho de otro modo, en las dos primeras ocasiones Jesucristo le pregunta a Pedro si el amor que le tiene es incondicional y alegre, y Pedro responde positivamente, pero tal vez con cierta ligereza; y, entonces, para que no se repita lo sucedido con la frívola afirmación de que *aunque los demás te traicionen yo no lo haré*,²⁴⁵ expresión de deseos que se esfumó con la triple cobardía ampliamente conocida, el divino Maestro, en esta oportunidad, lo mira más seriamente y le reformula su pregunta cambiando los términos y el tono de voz, o sea, pasando del *agapáo* al *filia*. Y el sentido de esta tercer pregunta me lo imagino así:

—¡Pedro!, piénsalo bien, y no me respondas con ligereza: ¿En tu vida soy lo único importante (*agapáo*)... o sólo lo más importante (*filia*)?

243 Mateo 9, 9.

244 Mateo 9, 10-13.

245 Marcos 14, 29.

o bien:

—¡Pedro!, no te precipites como la otra vez... y considéralo mejor: ¿Estás convencido de que tu llamado vocacional es ambición exclusiva de tu corazón (*agapáo*)... o tal vez sea sólo «uno más» de tus planes personales (*filia*)?

o bien:

—¡Pedro!, ¿es cierto que lo tuyo es verdaderamente un *agapáo* incondicional y festivo... o se trata nuevamente de una expresión de entusiasmo pasajero tras la cual habré de ser nuevamente traicionado (*filia*)?

Ya sabemos que Pedro, impactado por esta última pregunta, experimentó dolor (*se dolió*, dice el Evangelio), sentimiento que probablemente era un modo de suplicarle al Señor que esta vez lo ayude para no volver a caer en la autosuficiencia prescindente de la gracia. Y una vez meditada la pregunta sin espíritu frívolo o superficial, es decir, apoyándose en Dios, respondió con energía:

*Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo.*²⁴⁶

Y la historia de la iglesia dice que esta vez cumplió.

108

— CARIDAD Y UNIDAD —

« *El amor de Cristo nos congregó en unidad* »²⁴⁷

En Buta, en el Seminario, en un Burundi azotado por las guerras étnicas, cuarenta seminaristas fueron masacrados a machetazos el 30 de abril de 1996 (hoy la mayoría de esos muchachos no habría cumplido treinta años). Entre los seminaristas había chicos de las dos tribus que recíprocamente arrasaban con poblaciones enteras (hutus y tutsis). Al llegar los hutus aquella jornada al Seminario, los responsables de aquella matanza ordenaron que se dividieran identificando la tribu a la que pertenecían (de este modo unos quince o veinte hutus habrían salvado la vida), pero como se negaron a separarse de sus compañeros tutsis, fueron asesinados los cua-

²⁴⁶ Juan 21, 17.

²⁴⁷ *Congregavit nos in unum Christi amor* (del himno litúrgico *Ubi Caritas*).

²⁴⁸ Cfr. F.X. Nguyen Vhan Thuan, *Testigos de esperanza. Ejercicios espirituales predicados a Juan Pablo II en el año 2000*, Buenos Aires, 2001, p. 127.

renta.²⁴⁸

Este episodio, absolutamente documentado, nos muestra que estos jóvenes contemporáneos nuestros, mártires del odio étnico, no se limitaron sólo a evitar el pecado, sino que demostraron que la gracia de Cristo se sigue derramando en los corazones de este mundo tan traumatizado por la violencia, y también demostraron que la mayoría de nuestras desuniones en la vida doméstica tienen como causa principal el egoísmo reiterado ante circunstancias minúsculas.

109

— CARIDAD Y AGRADECIMIENTO —

« Murió agradeciendo, con una sonrisa, sin
rencores y sin echar en cara ningún sufrimiento
a nadie »²⁴⁹

San Juan evangelista llegó a ser muy anciano (cien años o más), lo que se constata en sus escritos bíblicos, porque primero se dirige a los cristianos llamándolos *hermanos*, luego *hijos* y posteriormente *hijitos*.²⁵⁰

San Jerónimo, por su parte, nos refiere que en los últimos años de la vida del apóstol en la Isla de Patmos, éste repetía una sola idea:

«El Señor nos decía: *Amaos los unos a los otros como yo os he amado*»;²⁵¹

por lo que se había transformado en una viejito que, pese a sus «chocheras», tenía bien grabada en su alma la esencia del mensaje cristiano: la caridad.

La esencia de la santidad es la caridad, virtud que mueve los corazones más duros y los acerca al sol de la fe para que se derritan. Porque, ¡cuánto bien y cuántas conversiones produjo dentro de la ONU el famoso discurso sobre el amor de la Madre Teresa de Calcuta!:

²⁴⁹ Discurso de la Madre Teresa de Calcuta en la ONU (1994).

²⁵⁰ Apocalipsis 1, 9: *Yo, Juan, vuestro hermano...* Si se tiene en cuenta que el Apocalipsis algunos estiman que San Juan lo escribió en torno al año 70, y, en cambio, las tres Epístolas con posterioridad, se explica que luego, en éstas, se dirija a los cristianos primitivos con el término *hijos*, e incluso *hijitos* (vid. I Juan 3, 1).

²⁵¹ Juan (13, 34), citado en: P Ventura de Raulica, *Vida de San Jerónimo*, Madrid, 1861, p. 73.

«Una vez recogimos a cuatro mujeres. La mayor estaba inconciente y en estado deplorable. A las hermanas que me acompañaban les dije:

—Yo me quedo con ella, ustedes ocúpense de las otras tres.

»Llegamos al hospital, le quitamos los gusanos de las heridas, la desinfectamos, y al terminar nuestro trabajo la anciana abrió los ojos, estuvo unos minutos observando su situación, nos esbozó una sonrisa, y finalmente dijo:

— ¡Gracias!

»A continuación, cerró sus ojos y murió. Esa noche hice examen de conciencia. Me pregunté: si hubiese estado yo en la situación de ella, ¿cómo hubiese reaccionado? Me di cuenta que no hubiese dicho ¡gracias! Mi respuesta hubiese sido de otro tipo: ¡ocúpense de mí, tengo hambre, me duele todo el cuerpo, hagan algo!... o cosas por el estilo. Aquella mujer me dió una gran lección, pues pese al abandono de que fue víctima en su vida desdichada, murió agradeciendo, con una sonrisa, sin rencores y sin echar en cara ningún sufrimiento a nadie».²⁵²

De la lectura de estas palabras se deduce la importancia de la humildad para vivir la caridad heroicamente. Porque aquella mujer agusanada y muerta de frío, viviendo el «olvido de sí», agradeció el favor que le habían hecho las religiosas. Pero si hubiese reaccionado con soberbia se habría quejado como fruto de pensar en sí misma y su propia comodidad (lo que sería comprensible en su estado de abandono injusto).

¡Pero no!, como bien dice la Madre Teresa, esta mujer dejó a un lado, heroicamente, al propio yo, y murió agradeciendo aquellas últimas atenciones más que merecidas. Fue una mujer que no se olvidó de que vinimos al mundo para amar, y que sin amor la vida no tiene sentido, y murió defendiendo lo más importante, la esencia de la santidad... el amor, y en una de sus manifestaciones más nobles: el agradecimiento.

252 Madre Teresa de Calcuta: discurso en la ONU (1994).

— CARIDAD Y PETICIÓN DE PERDÓN —

« Tú... que por un amorcillo de la tierra has pasado por tantas bajezas, ¿de veras te crees que amas a Cristo y no pasas —¡por Él!— esa humillación? »

253

En la vida de Santa Teresa de los Andes, hubo un propósito que fue determinante en su lucha por la santidad: no irse a dormir sin pasar a pedir perdón por cada habitación de la casa en la que hubiese alguien ofendido por ella a lo largo del día.

Era un gesto cotidiano de caridad simple, pero heroica. En su propósito se reflejaba la lucha propia de una persona que intenta la santidad, y que se propone seriamente purificar las susceptibilidades, aniquilar todo deseo de llamar la atención, sosegar la tendencia a desmesurar las causas de los enojos, suprimir los ofuscamientos originados en la pérdida de objetividad, despreciar todas las complicaciones interiores y olvidar todos los rencores.

— CARIDAD SIN RECIPROCIDAD —

La caridad heroica nos lleva a pedir perdón con humildad y sin excusas, como sucedió con Juan Pablo II en su visita a la República Checa pocos años después de los acontecimientos europeos que en 1989 desplomaron súbitamente la «cortina de hierro».

En la gira papal estaba prevista la canonización de un católico martirizado por los calvinistas; y, a modo de protesta, éstos replicaron con la inauguración de un monumento a veinticuatro de sus pastores asesinados por católicos en el siglo XVII (hecho histórico documentado irrefutablemente).

Cuando los calvinistas estaban a punto de dar comienzo al acto, el pastor Jan Midriak sufrió (son palabras suyas) «un conmovedora admiración ante algo que jamás hubiese imaginado», pues el Papa Juan Pablo II hacía su inesperada aparición en el lugar. Su presencia era un desagravio ante aquellos veinticuatro asesinatos injustificables. Porque para Juan Pablo II dicha matanza en nombre de la fe era un atentado a la legítima libertad de las conciencias, y debía ser reprobada sin importar quién la había perpetrado.

Y pese a que su presencia fue criticada por algunos malos católicos que, con una visión humana de la historia, pensaban que asistir a un acto de los «adversarios» sin que haya contrapartida era humillar a la iglesia Católica, él no vaciló en acudir.

Al Papa Juan Pablo II nada le importó, en lo más mínimo, lo que otros hicieran al perder perdón por lo que inexcusablemente está mal... y tampoco le importó, al igual que Cristo, sufrir humillaciones por haberlo hecho.

112

— CARIDAD SIN LÍMITES —

« 5.820 x 10.000 = 58.200.000 »

Cierta vez, un señor quiso pedir cuentas a sus servidores —dice el Evangelio—, y había uno *que le debía diez mil talentos*. Como este deudor no tenía con qué pagar su deuda, el acreedor ordenó

que fuese vendido él con su mujer y sus hijos y todo lo que tenía hasta pagar la deuda. El servidor, entonces, se postró a sus pies suplicando: Ten paciencia conmigo y te pagaré todo. El señor, compadecido, lo mandó soltar y le perdonó la deuda. Al salir, aquel siervo encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y sujetándolo por el cuello lo ahogaba y le decía: ¡Paga lo que me debes! Su compañero, echándose a sus pies, le suplicaba: Ten paciencia conmigo y te pagaré. Pero como no quiso, lo hizo meter en la cárcel hasta que pagase la deuda.

El Evangelio añade que, al enterarse su señor, lo mandó llamar:

—Siervo malvado, yo te he perdonado toda la deuda porque me lo has suplicado. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero tal como yo la tuve contigo?

*E irritado lo entregó a los verdugos hasta que pagase todo. Del mismo modo hará con vosotros mi Padre Celestial, si cada uno no perdona de corazón a su hermano.*²⁵⁴

Para explicarte esta parábola es necesario acudir a las «tablas numismáticas» que nos revelan el extraordinario valor de los diez mil talentos, y la poca importancia de los cien denarios. un talento

254 Mateo 18, 21-35.

equivalía a 5.820 jornales: unos veinticuatro años de trabajo si se tienen en cuanto las leyes laborales actuales (vacaciones, francos, licencias, aguinaldos...); pero debo aclararte que según la parábola la deuda no era «un» talento, sino «diez mil», por lo que era una suma inaudita: la equivalente a «doscientos cuarenta mil años de trabajo», y por ende, absolutamente impagable. En cambio, un denario equivalía a un jornal, por lo que cien denarios eran, aproximadamente, cuatro meses de trabajo, es decir, una suma que con cierto esfuerzo se podía restituir.

De lo dicho se deduce que, ante lo poco equitativo que fue aquel siervo que no perdonó a su compañero, Jesús nos enseña e invita a recomenzar una vida nueva, pero sin deudas, ni en el «debe» ni en el «haber», y su llamado a una nueva conversión del corazón exige un cambio de actitud que nos haga capaces de perdonar de corazón a nuestros hermanos.

113

— CARIDAD Y PERDONAR BIEN —

*« ¿Por qué grabas en la roca las faltas de caridad de los demás y
escribes sobre arena las propias? »²⁵⁵*

Una bioquímica se confunde y comunica equivocadamente los resultados de dos análisis hechos a criaturas recién nacidas. La consecuencia del involuntario error es gravísima, pues un niño sano recibe medicación innecesaria, mientras que otro, a quien le hace falta con urgencia, comienza a agonizar. El error se descubre a tiempo. La bioquímica llorosa y dolida lo avisa a los padres respectivos con urgencia. Finalmente el niño en peligro salva su vida... pero la bioquímica vive obsesionada pensando en el rencor que los papás de la criatura podrían sentir hacia ella; y aunque estos padres caritativos le dicen que no se preocupe, que la disculpan por su error involuntario, tales palabras no le conforman... y vive angustiada. Pasa el tiempo y un día llaman a la puerta del laboratorio: son los papás que vienen con un niño rubiecito y rebosante de salud (aquel que estuvo a punto de morir). Los papás le dicen:

—Queríamos que lo vieras lleno de salud.

La bioquímica conversa un rato con ellos y les dice:

—¡Ahora sí me siento perdonada!

255 Monseñor F.X. Nguyen van Thuan.

La humildad nos invita a perdonar bien, a colocar las últimas piedras en el edificio de la reconciliación, a no dejar que el trato se enrarezca, porque no pocas veces se escucha decir: «¡Aunque dice que me perdonó siento que ya no me trata como antes!». La humildad, por el contrario, nos lleva a perdonar para que las cosas sean incluso mejor que antes.

114

— CARIDAD DE PERDONAR VELOZMENTE —

*« Cultivo una rosa
blanca en julio como en
enero, para el amigo
sincero que me da su
mano franca. Y para
aquel que me arranca
el corazón con que
vivo, cardo ni ortiga
cultivo, cultivo la rosa
blanca »²⁵⁶*

*Padre, perdónales porque no saben lo que hacen;*²⁵⁷ estas palabras nos revelan que el corazón del Señor es la antítesis del orgullo herido y lento para perdonar, pues perdona en el mismísimo momento en que su cuerpo se desangra ante las burlas de los presentes. Para entender esto, querido lector, te sugiero que pienses: ¿cómo es tu primera reacción cuando alguien te pisa un pie o te cierra la puerta del auto sobre tu mano?, ¿perdonar... o más bien insultar... manifestar disgusto?

Ten presente que un buen termómetro de la soberbia es el tiempo que demoramos tras los conflictos en restablecer los vínculos afectivos. Pero volvamos a Jesucristo. El Señor no sólo perdona en el mismo momento de la ofensa, sino incluso antes de que ésta sea ejecutada, y me refiero a la traición de Judas.

En la Última Cena, en la que el Maestro era conciente de la traición pactada (las treinta monedas de plata), pese a ello también lava los pies a Judas. Es decir, pasando por alto la ofensa que se habrá de consumar, hace un último esfuerzo para conmovir ese corazón repleto de traición y doblez.

Y lo mismo sucederá en el Huerto de los Olivos, pues Jesús intentará nuevamente conquistar aquel corazón amargo y traidor.

²⁵⁶ José Martí.

²⁵⁷ Lucas 23, 34.

Dijo Judas [a los soldados]: Aquel a quien yo bese, ese es, apresadlo y llevadlo. Y al llegar al Huerto se acercó, lo besó, y le dijo: ¡Maestro! Y Jesús le respondió: Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? ²⁵⁸

Judas se acerca a Jesús con doblez, porque el beso de saludo en realidad era la malvada contraseña para los soldados, y pese a ello el Maestro lo trata amistosamente: *Amigo, ¿con un beso vas a entregar al Hijo del hombre?* ²⁵⁹

Aquellos soldados tenían asignada la misión de apresar a Jesús, pero necesitaban que alguien se los señalase, pues no lo conocían. Si lo hubieran conocido no lo hubiesen apresado, pues les habría pasado lo mismo que les sucedió a los soldados que anteriormente habían ido a encarcelarlo por orden de los judíos, y que encontraron a Jesús hablando a la multitud; para evitar conflictos se quedaron esperando que el Maestro concluyera su sermón; y como la palabra de Dios es *más penetrante que espada de dos filos*, ²⁶⁰ se convirtieron, y, al volver, cuando los fariseos los increparon al enterarse de que no lo habían apresado, ellos respondieron: *¡Es que jamás hombre alguno habló así!* ²⁶¹ Y éste sería el motivo del beso de Judas, la necesidad de una contraseña disimulada para identificar a quien no conocían: *Aquel a quien yo bese, ese es, apresadlo.* ²⁶²

Al respecto te diré que hay un devoción mexicana en la que las imágenes de Cristo se representan con una llaga en el rostro como símbolo de la hipocresía de Judas. Pero debería señalarse que Jesús pasó por alto la doblez de aquel saludo, y le dijo la *verdad con caridad*: ²⁶³ *Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* ²⁶⁴

La palabra «amigo» es complementaria del lavatorio de los pies, pues no es otra cosa que un nuevo intento de rescatar al apóstol traidor haciéndole tomar conciencia de que está traicionando a quien lo ama de modo absolutamente incondicional.

258 Mateo 26, 48-49. Mateo 26, 49.

259 Proverbios 5, 4. Juan 7, 46. Mateo 26, 49.

260 Efesios 4, 15: *Veritatem facientes in caritate.*

261 Mateo 26, 49.

— PERDONAR LO IMPERDONABLE —

Una leyenda bretona narra la historia de un muchacho que se enamoró perdidamente de una joven caprichosa y despiadada. Esta mujer, para acceder al casamiento, era tremendamente exigente en el reclamo de regalos, comodidades, placeres, gustos, viajes... ; y el enamorado pretendiente perdió toda su pequeña fortuna en satisfacer tales caprichos. Finalmente la joven le dijo:

—Si deseas que nos casemos, quiero que me concedas una última petición.

—¿Qué deseas?

—Que en el plazo de una hora me traigas sobre una bandeja el corazón de tu madre; y que sepas que si te demoras solamente un minuto no me casaré.

Aquel muchacho, apasionadamente enamorado de su chica, salió corriendo hacia la casa de su madre, la mató, abrió su cuerpo con un cuchillo, extrajo el corazón bañado en sangre, lo colocó sobre una bandeja, y volvió por el bosque corriendo, puesto que el tiempo apremiaba, y con los minutos... se iba su matrimonio.

De repente, tal como sucede en todos los cuentos donde alguien corre por el bosque, el muchacho tropieza con una piedra y cae dándose un fuerte golpe en la cabeza, a consecuencias de lo cual vuelan por los aires la bandeja y el corazón que acaban desparramados por el suelo. Y dice la leyenda que desde aquel corazón sangrante, pero materno, se escuchó el fluir de unas dulces palabras:

—¡Hijo mío! ¿Te has hecho daño?

Como observarás, la leyenda refleja de modo romántico la extraordinaria capacidad que tienen las madres para perdonar a sus hijos. Y traigo a colación esta narración, porque debo decirte que no debemos olvidar que mientras el perdón es un acto de humildad fundado en el amor al prójimo, la falta de perdón tiene su raíz en el rencor inflamado por el amor propio, porque el no perdonar o el resistirnos a la reconciliación implica que nos tomamos demasiado en serio todo lo nuestro.

La dureza y lentitud para perdonar es propia de quien añadió un mandamiento a los diez consabidos (el «segundo bis»). Si el primer mandamiento es *Amar a Dios sobre todas las cosas* y el segundo *No tomar su Santo Nombre en vano*, el «segundo bis» sería «No tomar mi santo nombre en vano». Según este «nuevo» mandamiento, todo lo que digan de mi persona, o lo que hagan o dejen de hacer con

motivo de la misma, es de suma importancia y exige ser profundamente meditado (piensa el soberbio); y todas las ofensas adquieren, por tanto, el carácter de agravios a esa realidad sagrada que es mi propio yo.

En cambio, la facilidad para perdonar tiene su raíz en valorar la importancia de que no se pierda la fraternidad humana, y la caridad da fuerzas para tolerar las humillaciones más intolerables. Cuanto más se ama a las personas, más se las perdona; y, al revés, cuanto menos se las quiere, menos margen de misericordia se les ofrece. Por eso se dice que las madres tienen una capacidad de perdón notable para con los suyos, como aquella mamá del cuento, a quien pese a que se le arrancó su corazón de modo sangriento a petición de una nuera cruel, siguió preocupándose por su hijo lastimado a causa de un tropezón más que merecido.

116

— CARIDAD Y PUENTES DE COMUNICACIÓN —

Al encontrarse con la mujer samaritana,²⁶⁵ Jesucristo le pide agua, y la mujer responde: *¿Cómo tú que eres judío me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana?*²⁶⁶ y explica el Evangelio el motivo de la respuesta: *los judíos y los samaritanos no se trataban entre sí (non coutuntur).*²⁶⁷

Judíos y samaritanos se odiaban a punto tal que ni siquiera se dirigían la palabra, y Jesús, dejando a un lado las discrepancias nacionalistas y los conflictos ancestrales, entabla con aquella mujer un diálogo profundo que concluye con su conversión... y la de todos los samaritanos que vivían en su aldea. Y casi diría que fue más milagroso conseguir que toda aquella aldea de samaritanos le suplicase a un judío que se quedase con ellos, que muchas de sus extraordinarias curaciones.²⁶⁸

En esta intervención, Jesús nos revela sus dotes de «Pontífice» (*Pontifex*, constructor de puentes); porque donde reina el precipicio del rencor, Jesús promueve, por medio de su iglesia, la construcción de puentes que mantienen abierto el flujo de diálogo indispensable entre las personas, familias y naciones.

Jesús promueve la construcción del puente de la humildad, virtud que hace que no nos tomemos «tan a pecho» las afrentas hacia el propio yo, o la propia familia, ciudad o nación.

²⁶⁵ Juan 4, 1-42.

²⁶⁶ Juan 4, 9. ²⁶⁷

Ibidem.

²⁶⁸ El Evangelio dice que *permaneció con ellos dos días* (Juan 4, 40).

« Cuanto más santos, más conversables »²⁶⁹

La ruptura de la comunicación está bien ejemplificada por la «ventana de Gordon». Según Gordon, la comunicación interpersonal puede ser retratada por dos individuos que están frente a frente ventana de por medio, y en la ventana hay una persiana.

A medida que el orgullo genera conflictos, la persiana comienza a bajar, y lo primero que hace es tapar nuestros ojos, pero no nuestros oídos y labios; por tanto, tras los primeros conflictos, las personas siguen conversando, pero sin mirarse a los ojos. Luego, si el orgullo sigue minando el trato, la persiana tapa los oídos, por lo que al otro tampoco se lo escucha: sólo se le habla cuando es imprescindible. Y si el orgullo agudiza los enfrentamientos, también tapa la boca, de modo que aunque sea necesario pedir algo, se prefiere sufrir la privación antes que solicitarlo, por lo que ni se ve, ni se escucha, ni se habla.

No en vano se dice que la soberbia y la humildad se oponen del mismo modo que el conflicto y la paz, la ruptura del diálogo y la sociabilidad; y de aquí que Santa Teresa de Ávila dijera que «cuanto más santos somos, más conversables».

En definitiva, mientras el humilde es un buen constructor de puentes de comunicación, caminos, senderos... y vive alzando las «persianas» que obstaculizan el lenguaje cordial, el soberbio es una especie de terrorista o saboteador que vuela los canales del diálogo entre los seres humanos.²⁷⁰

⁶⁹ Santa Teresa de Jesús.

⁷⁰ Ing. José María Amoretti.

AMOR y FRATERNIDAD

118

— LA CORRECCIÓN FRATERNA —

« Si tu hermano peca contra ti, ve y corrígele a solas; si te escucha habrás ganado a tu hermano »

271

Rafael, conocido pintor enterrado en el Panteón de Roma, siendo adolescente tuvo un maestro apodado «Il Perugino», pintor de segunda fila. Este maestro, para enseñarle, se valió de un método que, aunque aburrido, se cristalizó en el éxito de su discípulo.

«Il Perugino» colocaba a Rafael en un extremo de su atelier para que durante unas seis u ocho horas diarias mirase cómo es el trabajo que se realiza en un taller de pintura. Lo cierto es que «Il Perugino» trabajaba y Rafael miraba, y pasadas las horas, el maestro, compenetrado en lo suyo, se olvidaba completamente de la silenciosa presencia del alumno. Pero, de tanto en tanto, al verlo sentado en su banquillo, se compadecía y le encomendaba alguna pequeña tarea: acomodar un marco, preparar una tela para el óleo, disponer los pinceles... De todos modos, lo que más vivo quedó en la memoria de Rafael fueron aquellas excepcionales ocasiones en que lo invitaba a contemplar algún cuadro para que diera su opinión, porque entonces le preguntaba:

—¿Tú, cambiarías algo?

Y si Rafael se atrevía a formularle alguna pequeña sugerencia, su maestro le ofrecía el pincel para que él mismo la efectuase.

Algo semejante a lo dicho es lo que hace Dios con los nuestros cuando, tras invitarnos a contemplarlos, nos pregunta:

—¿Te parece que hay algún aspecto de la conducta de tu hermano que deba ser corregido en orden a su santidad?

Y, si nuestra respuesta es positiva, Dios nos extiende su brazo ofreciéndonos el pincel de la fraternidad para que seamos nosotros quienes, a solas, le hagamos la corrección que le ayude a ser santo. Porque una parte de la santidad de nuestros hermanos Dios nos la encomienda, es decir, al igual que «il Perugino» con sus cuadros, tal vez podría hacer las correcciones el mismo Dios, pero el Señor prefiere que seamos nosotros, en cuanto corredtores, quienes nos hagamos cargo de dicha tarea.²⁷²

La corrección fraterna no es sólo un acto de caridad y responsabilidad con el bien del prójimo, también es un acto de humildad que implica el olvido de sí y la despreocupación ante un posible enojo por parte del corregido: al humilde no le interesa que el otro se enoje con él, lo que le interesa es que se corrija y sea santo.

El humilde es un amante que por el bien del amado no tiene miedo de complicarse libremente la vida. En cambio, la soberbia, ante el posible riesgo de tener que pasar un mal momento, o de perder una amistad, nos impulsa a la cómoda actitud consistente en evadir la responsabilidad de corregir a nuestros seres queridos, por lo que el drogadicto continuará con sus estupefacientes, el adúltero con su mal camino, y el vago con su comodidad...

Si nos dejamos llevar por la debilidad o la pereza al corregir o aconsejar caritativamente, muy pobre será el servicio que prestaremos a nuestras familias, amigos y compañeros de estudio, trabajo o deporte. Pero si vencemos esas debilidades y actuamos, la corrección fraterna nos ayudará a crecer en madurez y santidad conforme a lo que dice San Pablo:

*Crezcamos diciendo la verdad con caridad.*²⁷³

— LOS «MODOS» DE CORREGIR —

La corrección fraterna exige fortaleza en los contenidos, pero también fraternidad en el modo y suavidad en el estilo.²⁷⁴ Porque los malos modos, además de ser ineficaces para convertir el corazón de nuestros hermanos, tampoco son camino de santidad.

Cuando no nos dominamos en el modo de corregir, sea porque lo hacemos a destiempo, o sin pensar, o destempladamente, o en público... no sólo somos ineficaces, también demostramos tener la inmadurez propia de quien desconoce la mala predisposición de los

^{27 2} Vid. Mateo, 18, 15-18.

^{27 3} Efesios 4, 15: *Veritatem facientes in caritate crescamos.*

^{27 4} *Suaviter in modo, fortiter in re*, conforme dice el adagio lleno de sabiduría.

corazones hacia las humillaciones injustas; y, por otra parte, caemos en la soberbia de despreciar al prójimo, ya que si corregimos descuidando los detalles vinculados al modo, estamos transmitiendo el siguiente mensaje: «¡Tú no te mereces que se piense demasiado el modo en que se han de decirte las cosas!»; o también: «¡Estoy muy ocupado, y mis cosas son demasiado importantes como para malgastar el tiempo pensando en cuál es el modo o el momento más conveniente para corregirte!».

120

— LA RESPONSABILIDAD DE CORREGIR —

U n «Dicasterio» de la Curia Romana aplica sanciones disciplinarias en diversas partes del mundo a teólogos que desvirtúan con sus enseñanzas y escritos la fe de la Iglesia Católica. Estas sanciones, justas y caritativamente impuestas, son motivo de que en ciertos ámbitos eclesiásticos no se mire con afecto al cardenal responsable de las medidas... motivo por el que es entrevistado:

—¿Cuál es la razón que hace que su figura sea tan criticada en algunos ámbitos eclesiásticos?

—Porque cuando algún teólogo comete un abuso, o sus enseñanzas desvirtúan la fe en alguna diócesis del mundo, no siempre quienes deberían tomar las medidas disciplinarias lo hacen, y entonces, si el problema crece trascendiendo de frontera en frontera, nos vemos obligados a suplir esa evasión de responsabilidad interviniendo nosotros.²⁷⁵

¡Qué pena sería que nuestros hermanos y amigos, el día en que deban ser juzgados por Dios, noten que se les echa en cara conductas malas sobre las cuales nosotros nunca les habíamos advertido por miedo a asumir la responsabilidad de la corrección! Por tanto, no tengamos miedo de complicarnos la vida manifestando por medio de correcciones (paternas, maternas, fraternas, amistosas) nuestro amor por los demás. Así podremos crecer moral y espiritualmente contribuyendo al bien del mundo conforme nos lo manda la Sagrada Escritura:

*Crezcamos diciendo la verdad con caridad.*²⁷⁶

²⁷⁵ Revista *Esquiú*, Buenos Aires, X/90.

²⁷⁶ Efesios 4, 15.

De este modo demostraremos que en nuestras almas está bien arraigada la humildad propia de quien cumple su deber sin tener miedo al «qué dirán... qué pensarán... cómo reaccionarán...».

121

— PRUDENCIA Y CORRECCIONES
FRATERNAS —

El profesor muestra unas fotografías de los famosos árboles petrificados de la Patagonia argentina, y uno de los alumnos le pregunta:

—Profesor, ¿en esos árboles qué pasó?

Con una sonrisa pícaro el docente responde:

—¡Pasó el tiempo!

Traigo a colación este episodio porque nosotros no podemos evadirnos de la responsabilidad de ayudar a nuestros hermanos a superar sus defectos advirtiéndoselos. No podemos permitir que los malos hábitos vayan echando raíces a fuerza de no combatirlos; y tampoco podemos dejar que los defectos se petrifiquen por no advertir, exhortar e incluso amonestar.

Las correcciones fraternas también deberán ser prudentes, por lo que será oportuno consultar a otra persona criteriosa sobre la conveniencia de corregir, o el modo de hacerlo, o el contenido, o el momento... ya que fácilmente podríamos caer en subjetivismos inconvenientes: corregir sólo porque el defecto de mi hermano me molesta; o corregir porque estoy enojado (y el enojo es un microscopio poderoso que agranda los defectos del prójimo transformando los mosquitos en dragones); y al consultar la conveniencia de una corrección fraterna, también es prudente darse un tiempo para meditarla.

Al respecto, el Nuevo Testamento nos refiere una famosa e ilustrativa corrección hecha por Jesús: la expulsión de los mercaderes del Templo. Y aunque en dicho episodio siempre me imaginé al Señor poseído por un arrebató de justa iracundia defendiendo aquel sitio sagrado, releendo con más atención la narración de San Marcos, modifiqué mi opinión.

Efectivamente, San Marcos dice que estando en Jerusalén el Señor entró en el Templo y *observó todo cuidadosamente*,²⁷⁷ y luego, en vez de hacer un látigo, como tradicionalmente se piensa, *se retiró a Betania*.²⁷⁸ Fue recién al siguiente día, volviendo de Betania,

²⁷⁷ Marcos 11, 11.

²⁷⁸ *Ibidem*.

cuando enarboló su látigo y comenzó a derribar las mesas de los cambistas y a expulsar a los mercaderes del Templo; es decir, su actitud no fue arrebatada, sino prudente, humilde, y cuidadosamente meditada.

Si se tiene en cuenta que Betania es el lugar donde el Maestro iba a descansar, sitio donde se sentía querido y escuchado, y hogar donde rezaría tranquilo, nos podemos imaginar que Jesús, al ver el Templo transformado en un mercado, refrenando su temperamento humano se fue a Betania para reflexionar sobre «qué hacer»; y, a la jornada siguiente, con la cabeza fría ante el indigno estado del Templo, decidió que el castigo debería ser ejecutado con frialdad serena y contundente, pues aquello no podía pasarse por alto.

Por tanto, mientras la humildad nos impulsa a ser prudentes en nuestras correcciones, la soberbia, al inflamar el amor propio, nos hace caer en un exceso de confianza sobre nuestra capacidad para dictaminar sobre la marcha, sin reflexión ni petición alguna de consejo, el castigo justo que ha de ser aplicado.

Si la humildad nos recuerda aquel dicho de los abuelos: «Hay que contar hasta diez antes de hablar», el cual se complementa con el que dice: «Hay que contar hasta mil antes de estallar», no deberíamos olvidar que, como nuestros hermanos también tienen dentro suyo el germen del orgullo, si no somos justos, delicados y oportunos en el modo de corregir, tendrán que sufrir mucho para poder aceptar los consejos con mansedumbre y sin sentirse heridos o humillados.

— LA VIGILANCIA FRATERNA —

La primera manifestación del defecto que haría de Judas un traidor está en el capítulo XII de San Juan. El evangelista dice que cuando una mujer ungió con perfume los pies de Jesús, Judas comentó: *¡Qué derroche! Este perfume podría haberse vendido en trescientos denarios para que sean entregados a los pobres.*²⁷⁹ Pero, entre paréntesis, añade: *(No dijo esto por amor a los pobres, sino porque llevaba la bolsa y robaba de ella).*²⁸⁰

Es decir, bajo la sutil apariencia de la preocupación por los pobres, comienza a sobresalir la ambición material y el comportamiento lleno de doblez. Pero lo interesante del hecho, y que tiene

²⁷⁹ Juan 12, 5.

²⁸⁰ Juan 12, 6.

que ver con el tema que venimos tratando (la corrección fraterna), es: ¿por qué el comentario sobre Judas se encuentra entre paréntesis?

La respuesta la encontraremos analizando la narración de la Última Cena (capítulo siguiente del Evangelio de San Juan). Allí se dice que en el Cénaculo Jesús anunció proféticamente la traición de Judas: *Os aseguro que uno de vosotros me habrá de entregar,*²⁸¹ y que cada uno de los apóstoles comenzó individualmente a preguntarle: *¿Acaso soy yo, Señor?*²⁸²

San Juan dice que cuando Judas preguntó: *¿Acaso soy yo, Señor?*,²⁸³ el Maestro le dijo de modo contundente: *¡Tú lo has dicho!*²⁸⁴ Pero, no obstante la claridad de la respuesta, ninguno de los apóstoles captó la seriedad de la denuncia. Es más, cuando Juan preguntó: *Señor ¿quién es?*,²⁸⁵ el Maestro respondió: *Aquel a quien yo mojando el bocado se lo entregue; y tomando un bocado lo mojé en el plato y lo pasó a Judas, al tiempo que le decía: Lo que has de hacer hazlo pronto.*²⁸⁶

Y nuevamente, pese a la claridad de lo dicho, *ninguno de los presentes entendió con qué sentido decía estas palabras, pues unos pensaban que como llevaba la bolsa, le decía: compra lo necesario para la fiesta o dale algo a los pobres.*²⁸⁷

Ahora te diré cómo interpreto lo expuesto sobre la traición en estos dos capítulos. El pecado de Judas, que como todo pecado primero nace en el corazón, era la avaricia: variante de la soberbia que consiste en la ambición desmedida de bienes materiales, pecado propio de quien soberbiamente considera que los bienes que le proporcionó la vida son insuficientes para los méritos que él detenta. Y la avaricia de Judas fue aflorando en su conducta poco a poco: primero lo hizo por medio de reflejos psicossomáticos casi imperceptibles (sólo detectables por quienes lo conocían de toda la vida), y luego, ante su falta de esfuerzo por rectificar, se configuraría como un rasgo típico de su conducta.

Por ejemplo, en el capítulo XII constatamos que Judas empieza a mostrar una profunda ambición por lo material (llega incluso a calcular el valor del perfume); y, luego, cuando el Señor lo delata como traidor, si bien es cierto que ninguno de los apóstoles comprendió el significado de las palabras de Jesús (*Aquel a quien yo mojando el bocado se lo entregue; y tomando un bocado lo mojé en el plato y lo*

²⁸¹ Juan 13, 21.

²⁸² Mateo 22, 26.

²⁸³ *Ibidem.*

²⁸⁴ Mateo 26, 25.

²⁸⁵ Juan 13, 25.

²⁸⁶ Juan 13, 26-27.

²⁸⁷ Juan 13, 28-29.

pasó a Judas),²⁸⁸ todos pensaron que se trataba de algo que tenía que ver con la bolsa de Judas, pues el Evangelio dice que *unos pensaban que como llevaba la bolsa, le decía: compra lo necesario para la fiesta o dale algo a los pobres.*²⁸⁹

De manera que puede afirmarse que al momento del Cenáculo el binomio «Judas-bolsa» era la fusión de dos realidades inseparables en la mente de sus compañeros; y del mismo modo en que no puede concebirse una vida de María sin Jesús, en esos instantes los apóstoles tampoco podían lograr una representación imaginaria de Judas sin su bolsa.

Es decir, en la Última Cena, cuando ya la avaricia de Judas era contundente, ni siquiera los apóstoles alcanzaban a captar el defecto de su compañero, y eso pese a que Jesús les había dado una prueba sensible de la traición: *Es aquél a quien yo mojando el bocado se lo entregue; y tomando un bocado lo mojó en el plato y lo pasó a Judas... pero ninguno de los presentes entendió con qué sentido decía estas palabras.*²⁹⁰

El Señor señaló al traidor utilizando un sistema «a prueba de tontos», pero la soberbia que nos hace sujetos «ensimismados» y poco pendientes del prójimo, les impedía a los apóstoles tomar conciencia de lo que sucedía. Fue luego, una vez muerto y sepultado Jesús, cuando al volver y recapacitar sobre los acontecimientos, comenzaron a hilvanar episodios, y especialmente al enterarse del pacto entre Judas y los príncipes (las treinta monedas de plata) y el respectivo suicidio. Pero, en ese momento, ya era tarde para ayudar al traidor, pues sólo cabría rezar por su alma y lamentarse; y a sus memorias vendrían una y otra vez aquel estar obsesivamente pendiente de la bolsa.

Pero para concluir la reflexión volvamos al punto en cuestión. Cuando San Juan dice que Judas exclamó: *¡Qué derroche! Este perfume podría haberse vendido en trescientos denarios para que sean entregados a los pobres,*²⁹¹ se vio en la obligación de aclarar sus palabras con un paréntesis (*No dijo esto por amor a los pobres, sino porque llevaba la bolsa y robaba de ella*),²⁹² y este paréntesis significa que Juan escribe como «profeta del pasado», como quien convivió con un defecto de su hermano pero sin darse cuenta, o dándose cuenta tarde... De aquí que convenga pedirle a Dios luces para que los defectos de nuestros seres queridos, especialmente si son gérmenes de muerte espiritual, los sepamos detectar a tiempo, y

²⁸⁸ Juan 13, 27.

²⁸⁹ Juan 13, 29.

²⁹⁰ Juan 13, 26-27.29.

²⁹¹ Juan 12, 5.

²⁹² Juan 12, 6.

con valentía y prudencia corregirlos.

123

— CORRECCIÓN FRATERNA Y FALSAS
EXCUSAS —

Un típico autoengaño que nos lleva a evadirnos de la obligación cristiana de corregir a nuestros hermanos es pensar que como el defecto en cuestión es poco importante, no vale la pena el esfuerzo: «¡Es mejor corregir los defectos excepcionales... las conductas graves!».

Pero ten presente que estos pensamientos fácilmente pueden ser excusas, y que si en dichas faltas no hay una rectificación del rumbo, el alma pueda experimentar la muerte.

Por ejemplo, el sacerdote-secretario que

«acompañaba a lomo de mula por los Andes peruanos al famoso obispo de Yauyos, monseñor orbegozo; viajaba sobre su mula aterrorizado, y con frecuencia se dirigía a su prelado diciéndole: ¡Este precipicio debe tener mil metros de profundidad... y este otro unos dos mil... y éste unos quinientos... ! inicialmente el obispo se mantenía en silencio luchando interiormente para que el miedo que su secretario manifestaba no hiciera mella en su propio sistema nervioso, pero como los comentarios angustiosos continuaban: ¡Éste unos dos mil... y éste setecientos...!, se impacientó y dijo: ¡Basta, cállate, porque de estos precipicios, a mí, los únicos metros que me asustan son los primeros veinte!».²⁹³

Esta anécdota nos ilustra sobre la importancia de recordar que si bien no todas las faltas tienen la misma gravedad, debemos ser cautos, pues algunas, aunque no parezcan muy trascendentes, tienen el potencial suficiente como para arruinar irreversiblemente la vida de nuestros seres queridos, pues aunque los precipicios tienen profundidades variadas, los de veinte metros son tan mortales como los de mil.

Por tanto, cuando ves que hay padres que no luchan por evitar que su hija adolescente viva mejor ese noviazgo que ya no se sabe si es noviazgo o concubinato; o que se conforman con que su hijo utilice sólo drogas «blandas»; o que autorizan a sus hijos a ir a lugares perniciosos, pero sólo una vez al mes (no todas las semanas como lo hacen los padres de sus compañeros); o que toleran programas

²⁹³ Cfr. S. Valero, op. cit., p. 127.

televisivos o films eróticos, pero no de los «más fuertes»... ; vale como consejo la preocupación de monseñor orbeozo: no preocuparnos tanto de los precipicios de mil metros, que son los excepcionales, sino de los que, teniendo sólo veinte, son tan habituales como mortales.

Y si ante el descontrol social que dificulta el trato con los hijos, la educación se va de las manos, habrá que acudir a la oración de modo muy especial, como aquella madre que ante cada salida nocturna de sus críos, rezaba:

—¡Señor, este hijo mío es tu hijo, protéjelo, defiéndelo de los peligros que lo rodean! ¡Guarda su alma, esa alma que con tanto amor te fui preparando!

AMOR DE DIOS *e* INFANCIA
ESPIRITUAL

124

— EL CAMINITO DE INFANCIA
ESPIRITUAL —

«Niño, cuando lo seas de verdad, serás omnipotente»²⁹⁴

Santa Teresita del Niño Jesús difundió en la vida de la Iglesia el «caminito» de infancia espiritual: comportarnos como niños pequeños ante Dios, manifestarle con amor nuestra indigencia, nuestra nada, nuestra dependencia profunda en el ser y en el hacer, pues *en Él vivimos, nos movemos y existimos*,²⁹⁵ y pedirle que nos trate como un papá a su hijo recién nacido (endeble, frágil).²⁹⁶

Por su parte, San Josemaría, quien tenía profunda devoción por la santa de Lisieux, recogía esta doctrina de ella y la recomendaba a la hora de llevar adelante el itinerario de la vida interior:

«Cuando seas sinceramente niño y vayas por caminos de infancia —si el Señor te lleva por ahí—, serás invencible».²⁹⁷

Además, en este «caminito» de infancia espiritual, San Josemaría recomendaba incluir a la Santísima Virgen.

Sobre esto último debo testimoniar que conocí a una familia que tuvo la alegría de compartir unos momentos con San Josemaría durante el viaje que hizo por Argentina en 1974. La madre me contaba que el santo saludó uno por uno a todos los niños (la mayoría pequeños), y cuando se acercó a Ismaelito (unos cuatro años), éste se asustó y salió corriendo a los brazos de ella, al tiempo que gritaba

²⁹⁴ *Camino*, 863.

²⁹⁵ Hechos de los apóstoles 17, 8.

²⁹⁶ Pero no debemos confundir «infancia espiritual» y «filiación divina», pues si bien son dos realidades espirituales conectadas, la realidad sacramental de la filiación divina (que hunde sus raíces en el Bautismo), trasciende a la realidad espiritual de la vida de infancia. Al respecto sugiero la lectura de F. Fernández Carvajal y P. Beteta, *Hijos de Dios. La Filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, 1995.

²⁹⁷ *Forja*, 348.

«¡Mamá!». Como en aquella conversación estaba Ismaelito (para entonces ya con veintidós años), le pregunté: —¿Por qué te asustaste?

Y él se limitó a decirme:

—Era muy pequeño y no recuerdo nada.

De todos modos, la madre apoyaba la teoría de que el escándalo infantil tuvo lugar porque probablemente Ismaelito vió que un sacerdote con sotana negra se inclinaba para saludarlo, y desde su pequeña altura lo confundió con un oso negro gigantesco que se le abalanzaba para devorarlo. Y decía la madre:

—Cuando me apresuré a pedirle disculpas a San Josemaría por la reacción de mi hijo, me respondió:

—¡Hija mía, no te preocupes... qué bonito sería que cuando nosotros en la vida estuviésemos en situaciones de apuro, nos acordásemos como Ismaelito de que tenemos una Madre en el cielo, la Santísima Virgen, y acudiésemos a ella con el mismo grito: ¡Mamá!²⁹⁸

Y aprovecho esta anécdota para sugerirte que delante de Dios y de la Virgen nos consideremos criaturas pequeñas, pues así seguiremos con fidelidad uno de los consejos que Jesús da en el Evangelio:

*Si no os volvéis y os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos.*²⁹⁹

Aunque debo hacerte una advertencia: el Evangelio no dice que debemos ser «iguales» a los niños, sino «semejantes», pues debemos imitarlos en sus virtudes pero no en sus defectos (que los niños también tienen); y si me preguntas qué se puede imitar de los niños, te respondo con algunos ejemplos:

- La capacidad de admiración: para ellos todo es nuevo, nunca «están de vuelta».
- La fe: creen en los Reyes Magos y en las aventuras exóticas del abuelito.

²⁹⁸ Testimonio recogido personalmente de la Sra. María Eugenia Gorina de Palma y de su hijo Ismael (protagonistas del hecho); «Cuando éramos pequeños, nos pegábamos a nuestra madre, al pasar por caminos oscuros o por donde había perros...» (*Surco*, 847); «Ha esperado Jesús este encuentro con su Madre. ¡Cuántos recuerdos de infancia!: Belén, el lejano Egipto, la aldea de Nazaret. Ahora, también la quiere junto a sí, en el Calvario. ¡La necesitamos!... En la oscuridad de la noche, cuando un niño pequeño tiene miedo, grita: ¡mamá! Así tengo yo que clamar muchas veces con el corazón: ¡Madre!, ¡mamá!, no me dejes» (Vía *Crucis*, cuarta estación).

²⁹⁹ Mateo 18, 3.

- La esperanza: al no valerse por sí mismos, todo lo esperan de sus padres: que los lleven a un cumpleaños, que les consigan ropa, que les costeen los estudios, etc., de modo que nada esperan de sí.
- La caridad: manifiestan el amor sin inhibiciones (hasta con besos ruidosos).
- La sencillez para dejarse amar: se les pueden hacer mimos.
- La sinceridad: no son «astutos» para ocultar las cosas malas que han hecho.

Y en cuanto a los defectos infantiles que han de ser rechazados, destaco dos:

- Los llantos con que pretenden ser centro del cosmos y de la historia.
- Los caprichos que les hacen rígidos y difíciles de conformar.

125

— DISTINCIÓN ENTRE INFANCIA ESPIRITUAL — Y FILIACIÓN DIVINA

Al caminito de infancia espiritual es recomendable que todas las almas lo conozcan y procuren recorrerlo, pero sin forzar las cosas... porque tal vez no sea un trayecto que se acomode a todos los temperamentos.

En cambio, la filiación divina, por ser una realidad que surge del Bautismo, la deben vivir todos los cristianos. Es decir, la filiación divina es el «género», y la «infancia espiritual» una de sus «especies» (aunque privilegiada). Por la filiación divina somos hijos de Dios, y por la infancia espiritual nos comportamos en relación a Dios como criaturas pequeñas e indigentes (lo cual es muy positivo para desarrollar diversas virtudes: fe, esperanza, caridad, humildad, sinceridad, sencillez).

Pero teniendo en cuenta la gran trascendencia del hecho de ser hijos de Dios (sin importar que seamos hijos pequeños o grandes), a continuación nos abocaremos a tratar sobre lo que, según mi opinión, constituyen los cinco axiomas de la filiación divina en cuanto compromiso de amor que Dios asume hacia nosotros con motivo del hecho sencillo y sublime del Bautismo.

AMOR DE DIOS y FILIACIÓN DIVINA

126

— PRIMER AXIOMA —
 EL AMOR DE DIOS
 ES PATERNAL

« Eres príncipe desde el día en que naciste »³⁰⁰

La filiación divina está expresivamente afirmada por el salmo 2:

*Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy.*³⁰¹

La comprensión del significado de esta cita bíblica exige recordar que los salmos son un diálogo cantado por un salmista que representa a dos protagonistas: el hombre y Dios. El salmista a veces canta como representante del hombre, y en otras como embajador de Dios. Es más, la mayoría de las veces lo hace en pro del hombre; y las menos en nombre de Dios. Pero cuando representa a Dios, habitualmente salmodia verdades impactantes, y una de ellas es precisamente la citada frase: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado*

³⁰⁰ Salmo 109, 3. Como la vida comienza desde el primer instante de la concepción, vale la pena considerar el versículo completo: *Eres príncipe desde el día en que naciste, con esplendor sagrado desde el seno materno, y desde la aurora de tu juventud. (Tecum principatus in die virtutis tuae, in splendoribus sanctis, ex utero ante luciferum genui te.)*

³⁰¹ Salmo 2, 7: *Voy a anunciar el decreto de Yavé: El me ha dicho: Tú eres mi hijo, Yo te he engendrado hoy. (Filius meus es tu, ego hodie genui te.)*

³⁰² La filiación divina es «participación» de la del Hijo de Dios hecho hombre (Jesucristo).

³⁰³ Salmo 2, 7.

hoy.³⁰²

En cuanto al significado de las palabras *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*,³⁰³ se podría decir que Dios le dice al hombre más o menos lo siguiente: «Tú eres mi hijo, y Yo te quiero como un padre ama a su criatura el mismo día del nacimiento... ¡pero siempre!».

Cuando nací en 1960, algunos parientes mayores me contaron que mi papá estaba nervioso y fumaba un cigarrillo tras otro yendo y viniendo por los pasillos del hospital... a la espera del resultado del parto. En aquel entonces no se podía anticipar el conocimiento del sexo, de modo que al ser el segundo en nacer (tengo una hermana mayor, Águeda), mi padre tenía gran expectativa por saber si ¡al fin! se colmaría su ilusión de tener un hijo varón. Finalmente salió el obstetra:

—¡Ha tenido un varoncito rebosante de salud, lo felicito!

Y en ese momento, según los presentes (yo no puedo dar testimonio), papá comenzó a exultar por la noticia hablándoles a todos, obsesivamente, de su nuevo hijo.

Pienso que desbordaba de alegría porque todavía no era conciente de las múltiples veces que le pediría dinero para hacer gastos variados y costosos, ni de las innumerables oportunidades en que le haría explotar sus nervios, es más, de haberlo sabido estoy convencido de que su festejo habría sido bastante más moderado.

Con el pasar de los años, en la universidad, conocí el Opus Dei, y me incorporé a la Prelatura del mismo nombre. Posteriormente recibiría la ordenación sacerdotal; y luego me correspondería ejercer el ministerio sacramental en ciudades distantes a la casa de mi familia.

Pues bien, recuerdo que cierta vez que llamé por teléfono a mi padre, atendió mi hermana menor, Ana, quien volvió para decirme:

—¡Dice tu padre que lo llames dentro de una hora porque está viendo el partido de fútbol de Rosario Central, y ahora le es imposible atenderte!

¿Qué había pasado? ¿Ya no me quería... y por tanto no me atendía? ¡No! Lo que había sucedido es que me seguía queriendo, pero progresivamente se cumplían inexorablemente las leyes de la vida: los papás, por buenos que sean, cuando sus hijos son adultos, ya no están pendientes de ellos como el día en que nacieron, es más, a veces son los hijos quienes tienen que hacerse cargo de la salud y el sostén económico de sus padres.

¡Pero con Dios es distinto!, pues para el Señor *mil años son como un día*,³⁰⁴ y, por tanto, Él cumple su promesa con fidelidad perpetua: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*; y su mirada de eternidad se dirige hacia nosotros con el mismo amor y responsabilidad del

³⁰⁴ II Pedro 3, 8.

padre que está en el pasillo de la sala de neonatología esperando el anuncio del primer niño.

Por tanto, podemos concluir diciendo que el «primer axioma» de la filiación divina se puede formular así: «Dios es un Padre que ama con amor ineludible: nos quiere ¡siempre!, y con el mismo amor que un papá quiere a su hijo el día en que éste nace».

127

— SEGUNDO
 AXIOMA — SU
 AMOR ES
 RESPONSABLE

Hace unos años vino a verme una mamá rebosante de alegría: — Padre, estoy muy contenta: mi hijo, el drogadicto, se ha puesto de novio con una chica muy simpática, estudiosa y buena cristiana. La chica habla con él y lo está animando a que salga de la droga, y está consiguiendo resultados positivos. ¡Padre, rece para que sigan juntos!

Luego, curiosamente, por esas casualidades de la vida, me solicita una entrevista la desesperada y muy angustiada madre de la novia:

—Padre, estoy preocupadísima: mi hija, simpática, estudiosa y buena cristiana, se ha puesto de novia con un drogadicto. ¡Y ya no es la de antes! ¡Padre, rece para que rompan esta relación afectiva cuanto antes!

A la luz de estos diálogos, supongo que te darás cuenta de cómo difiere la visión que se tiene de las personas según se trate (o no) de los propios hijos. Porque la mamá del drogadicto se ilusiona ante cualquier esperanza de progreso, mientras que la madre de la joven estudiosa considera al novio en cuestión un sujeto despreciable.

Como verás, Dios está pendiente de nosotros con la misma responsabilidad que los papás hacia el propio hijo (la mamá del drogadicto citado, por ejemplo), pero de modo infinitamente perfecto. De manera que, una mala nota en la escuela, una borrachera en la adolescencia, una mentira en plena juventud o un adulterio en la vida matrimonial, son episodios dolorosos que Dios los observa con un sufrimiento más fuerte y perseverante que el que padecen los papás de la tierra; y, a su vez, cualquier pequeña conversión o esfuerzo por hacer las cosas bien suscitan en Dios una alegría mayor y más exultante que la de los propios papás.

De todo lo dicho surge que el «segundo axioma» afirma: por ser Padre nuestro, Dios experimenta hacia nosotros una fuerte

«responsabilidad» (ten en cuenta que no podemos amar a nadie sin experimentar responsabilidad por su bien).³⁰⁵ Dios experimenta grandes alegrías ante nuestros éxitos y grandes dolores ante nuestros fracasos.

Así como difiere la preocupación de la mamá de un drogadicto en relación a las mamás de sus amigos (la mamá del drogadicto siente compasión, y las de sus amigos rechazo), lo mismo sucede con Dios, pues Él no ve nuestros defectos y pecados como un espectador lejano, sino con los ojos de los papás de un hijo que va por mal camino (e inversamente, con la misma alegría con que los progenitores se complacen de los méritos que logre).

Y, sobre esto último, recuerdo a un predicador que nos decía que nosotros a veces lo defraudamos tan reiteradamente a Dios que, si el Señor algún día nos viese entrar al cielo, dando un profundo suspiro de alivio exclamaría:

—¡Hijo mío... por fin! Se acabaron mis sufrimientos, llegaste a la meta. ¡Pensé que te habías perdido en el camino!

128

— TERCER
AXIOMA — Su AMOR
ES IRREVOCABLE

Dios nos ama tanto, es decir, experimenta con tal energía la responsabilidad por nuestro bien, que en la Biblia se habla no sólo de una paternidad, sino, incluso, de una maternidad. A esto alude el profeta isaías al poner en boca de Dios estas palabras dirigidas a los hombres:

*¿Puede una madre olvidarse y abandonar a su hijo recién nacido? Pues aunque hubiese una madre que sea capaz de hacerlo, Yo, en cambio, no te abandonaré ¡jamás!*³⁰⁶

Lo cual se complementa con lo dicho por San Pablo en el Nuevo Testamento:

³⁰⁵ Al respecto sugiero el estudio del ya citado libro de Karol Wojtyła (*Amor y responsabilidad*, Madrid, 1982).

³⁰⁶ Isaías 49, 15.

³⁰⁷ Romanos 11, 29: *Vocatio et dona Dei irrevocabiles sunt.*

*La vocación y los dones de Dios son irrevocables.*³⁰⁷

Por eso, dice el Catecismo, «nadie es Padre como lo es Dios».³⁰⁸

Pero la interpretación del pasaje de Isaías exige tener presente la crisis de violencia familiar que impera en todo el mundo, amén de la experiencia que nos hace percibir que también los padres humanos son falibles, y pueden desfigurar la imagen del amor paternal y maternal de Dios.

De hecho, todos conocemos un gran número de historias de hijos que fueron abandonados explícitamente por sus padres (entiendo que hoy día no hace falta ir al cine para entrar en contacto con estos dramas); y también sabemos de quienes han sido asesinados antes, durante y después del parto; y lo mismo de muchos hijos maltratados como víctimas de la violencia paterna y/o materna, o que tienen su corazón destrozado como fruto podrido de una infidelidad o adulterio de sus progenitores.

Pero para prevenir al hombre de modo que no tenga una imagen confusa de su «filiación divina», Dios se anticipó por boca del profeta Isaías a todas estas objeciones; y lo hizo hace miles de años al fijar su postura, la que podría sintetizarse del siguiente modo: «Hijo mío, ya sé que hay padres infieles que maltratan o desprecian a sus hijos... o no los quieren incondicionalmente, pero no te preocupes, porque Yo no soy uno de ellos. Yo soy tu Padre, y te querré ¡siempre! con el mismo amor del día en que naciste. Hijo mío, no olvides jamás estas verdades: *Eres príncipe desde el día en que naciste,*³⁰⁹ [...] *tú eres mi hijo, Yo te he engendrado hoy.*»³¹⁰

³⁰⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 239: «Los padres [...] son en cierta manera los primeros representantes de Dios para el hombre. Pero esta experiencia dice también que los padres humanos son falibles y que pueden desfigurar la imagen de la paternidad y de la maternidad. Conviene recordar, entonces, que Dios trasciende [...] la paternidad y la maternidad humanas, aunque sea su origen y medida: Nadie es Padre como lo es Dios».

³⁰⁹ Salmo 109, 3.

³¹⁰ Salmo 2, 7.

— CUARTO AXIOMA
 — EL «SER» SOBRE
 EL «HACER»

*« Es importante amar a los
 demás para confirmarles en su
 dignidad »³¹¹*

Dios nos ama fundamentalmente por lo que «somos» (sus hijos), y secundariamente por lo que «hacemos», es más, con frecuencia nos ama a pesar de lo que hacemos. Esta afirmación constituye un simple corolario de la concepción antropológica cristiana, según la cual una persona vale primero por lo que «es» y luego por lo que «tiene» (o «hace»).³¹² Pero trataré de ilustrar esta cuestión con una experiencia escolar habida durante mi adolescencia y juventud.

Asistí a un mismo colegio desde los seis a los diecisiete años. Al finalizar cada curso, nos entregaban en un acto público el boletín de calificaciones. El acto tenía lugar en el anfiteatro de la escuela. Sobre el escenario estaba la mesa del tribunal presidida por el rector (un Hermano Marista), el cual era acompañado a sus flancos por dos docentes y un par de papás de la comisión de padres. En las plateas ocupábamos las primeras filas los alumnos, cada uno con su mamá a la derecha, y detrás la multitud de los parientes y amigos. Además, el boletín de calificaciones se entregaba por estricto orden de mérito (del primero al treinta y cuatro... pues treinta y cuatro éramos los del curso). Tras el canto del Himno nacional y el izamiento de la Bandera de la Patria, se rezaban unas oraciones; y luego entonábamos con fervor el Himno del Colegio:

«Lucha en el estudio y
 canta: ¡Tuya la gloria
 será!; y si tu canción se
 acaba otra vez vuelve a
 cantar...».

Luego el rector llamaba a los alumnos según el orden de mérito, y lo hacía con un tono de voz dotado de singular firmeza:

—¡Primero... con mención de honor: Alejandro Jorge Bottoli! —
 Y a continuación subía al estrado éste con su madre (que lo tomaba de la mano), para recoger el boletín y el diploma a la vista de todo el

311 M. Esparza, op. cit., p. 36.

312 Constitución pastoral *Gaudium et spes* (Concilio Vaticano II), N° 35.

público que le aplaudía entusiastamente.

—¡Segundo: Alejandro Colombo Berra! —Y la escena se repetía, pues subía el niño con su madre, aunque los aplausos eran un poco más tenues. Pero es justo decir que hubo un año en que Alejandro pudo alcanzar el primer lugar en aquella competencia llena de lealtad (aclaración que hago para que su mamá no se enoje por la omisión al leer las presentes líneas).

—¡Tercero... cuarto.... quinto...! —Y seguían subiendo al estrado los alumnos con sus madres, con aplausos cada vez más perezosos y difusos).

—¡Noveno: Pedro Chiesa! (a mi madre no le alegraba demasiado tener que acompañarme sin pena ni gloria, pero tampoco se ponía triste).

—¡Decimocuarto... decimoquinto!

—¡Vigesimaltercero... vigesimoséptimo!

Y a esta altura del acto, faltando seis o siete alumnos, llegaba el momento esperado...

Durante los doce años de colegio, hubo dos alumnos que se disputaron el último lugar, pero no te daré los nombres porque de hacerlo tendría que dejar de asistir a las reuniones de egresados, de modo que emplearé seudónimos: a uno lo podríamos denominar «Gustavo» (y «Alejandra» a su madre) y al otro «Franklin» (y «Mariana» a ella). Ambos eran líderes indiscutidos dentro del curso, y cada uno tenía su «barra» que lo apoyaba (yo pertenecía a la de Gustavo).

Si el penúltimo era Gustavo habíamos vencido, pero de lograrlo Franklin éramos derrotados. Y la gran expectativa anual hacía que cuando ganaba Gustavo, sus seguidores (unos diez o quince compañeros), nos poníamos de pie en medio de aquel solemne acto y comenzábamos a vivarlo con fervor aplaudiendo a rabiar:

—¡Vamos Gustavo todavía... viva Alejandra! —al tiempo que hacíamos gestos de burla a Franklin, a su madre, y a la «barra» que lo apoyaba. Y cuando ganaba Franklin, éste y su madre se llevaban los aplausos... y Gustavo, su madre y nosotros, las burlas. En fin, una costumbre que sólo se entiende cuando se comprende la crueldad que brota inconcientemente del corazón adolescente.

Cuando pasaron veinticinco años del egreso y nos reunimos para las bodas de plata, tanto Gustavo como Franklin eran para entonces profesionales afamados con sus vidas hechas y derechas; y al recordar los tiempos colegiales, Franklin nos recordó que hubo un año en que cuando ya se aproximaba el momento de saber si sería último o penúltimo, su madre, Mariana, se le acercó al oído y le dijo con una sonrisa llena de afecto:

—¡Querido Franklin, si logras el penúltimo lugar... te prometo que salimos de aquí y vamos a festejar con un buen helado!

¡Y hubo helado!, pues Mariana pudo subir al escenario como «ovacionada madre penúltima», al tiempo que liberaba un casi imperceptible suspiro de alivio.

Pero debo destacarte dos cosas: en esa misma oportunidad, cuando Gustavo era el último del curso, también su madre subió al escenario tomándolo de la mano. Es más, no recuerdo ningún año en que ambas mamás (últimas o penúltimas) se hayan ausentado del acto con la excusa de alguna enfermedad... o enviado como representante a la madrina, o a una tía, o a una hermana mayor, o que hayan criticado a los directivos del colegio por hacerles pasar el ridículo. Ellas siempre tomaban a sus hijos de la mano y subían al escenario con firmeza, como diciéndoles: *Tú eres mi hijo, Yo te he engendrado hoy*. Es más, a la luz del misterio de la filiación divina, me imagino a la mamá de Gustavo ¡como en un chispazo que refleja el misterio del amor de Dios!... tomando de la mano a su hijo, el «Gusti», y diciéndole:

—Hijo mío, otro año más eres el último del curso, y la verdad es que no me entusiasma mucho la idea de subir al escenario contigo delante de todo el colegio. Pero como soy tu madre, y te quiero fundamentalmente por lo que eres (mi hijo), vamos a ir los dos a recibir el boletín. Y espero que recuerdes esta fidelidad mía siempre que te haga falta, porque aunque vayas preso alguna vez, allí estaré yo. De modo que no te olvides de que, en la vida, pase lo que pase y estés donde estés (incluso si fuese la cárcel)... jamás te abandonaré. Pero eso sí, dale también gracias a Dios de que yo sea católica y que la Iglesia me haya enseñado a que el amor verdadero por los hijos se manifiesta amándolos incondicionalmente a pesar de lo que hagan. (Palabras finales que irían acompañadas del siguiente pensamiento interno y oculto: «¡Pues de no ser así te asesinaría ya mismo!».)

Siempre que en la predicación hice alusión a este episodio, las madres que me escuchaban se emocionaban especialmente con lo de aquella promesa sonriente de un helado en caso de ser penúltimo, lo que me obligaba a tener que hacer una importante aclaración: si bien Mariana a veces era la madre penúltima, en no pocas oportunidades fue la última; y aun cuando aquello del helado es una muestra de amor que sabe recompensar el mínimo esfuerzo, la filiación divina, es decir, el amor que Dios nos tiene, no se identifica tanto con su fidelidad materna al ofrecerle el helado, sino con aquellas otras oportunidades en las que subió al estrado como madre del «último» alumno del curso. Tengamos presente que el amor a una persona se proyecta en dos dimensiones: en el «hacer» y en el «ser». En el caso del helado, Mariana ama el «hacer» (el esfuerzo por ser penúltimo),

pero cuando Franklin sale último, el amor de Mariana subiendo al escenario es simplemente por el «ser»: porque es su hijo, el cual no hizo absolutamente nada... pues ni siquiera logró el penúltimo lugar.

He aquí una de las diferencias existentes entre el cristianismo y la «New Age» (y sus innumerables libros de autoayuda que pululan por el mundo). La «New Age» premia con «buenas ondas» cualquier esfuerzo que se «haga», pero sólo fomenta la autoestima del «hacer»: «¡Ánimo que también tú puedes hacerlo!», «¡Hazlo... anímate!». Pero cuando se trata de un anencefálico, un discapacitado con síndrome de Down, un anciano con mal de Alzheimer, etc., las cosas cambian, porque entre las filas de sus seguidores más congruentes nos encontramos a los principales defensores de la eutanasia y el aborto.³¹³

El cristianismo, en cambio, primero quiere a la persona por lo que «es», independientemente de lo que haga... y «a pesar de lo que haga». Luego, secundariamente, la ama por lo que «hace», de modo que si un hijo es alumno destacado, la madre lo querrá más aún, pero de ser el peor no dejará de amarlo.

Hay padres que se cansan del mal comportamiento de sus hijos, especialmente cuando les han hecho la vida imposible durante años, y el resultado es que terminan rompiendo con ellos la relación afectiva (a punto tal de que ni siquiera rezan por la salvación de sus almas).³¹⁴ Pero el amor de Dios no es así, puesto que Dios nunca se cansa, y siempre está pendiente de nosotros.

Al respecto, en este sentido, un sacerdote belga nos ofrece un ejemplo muy ilustrativo:

«Para explicar a los niños que Cristo quiso derramar su sangre mostrándonos lo mucho que nos quiere, les pregunté si sus papás, sufriendo ellos una enfermedad crónica, estarían dispuestos a irse a pie hasta Bruselas con el fin de obtener el único medicamento que pudiese curar su enfermedad. Todos decían que sí, pero se retractaban a medida que les alargaba las distancias: hasta Amsterdam, Berlín, Moscú, Hong Kong...».³¹⁵

³¹³ Al respecto te sugiero, si te interesa el tema, la lectura de *Jesucristo, portador de agua viva. Una reflexión cristiana sobre la Nueva Era*, documento publicado por los «Pontificios Consejos para la Cultura y para el Diálogo interreligioso», Vaticano, 2003.

³¹⁴ Te aclaro que soy consciente de que los hijos a veces se comportan con tanta violencia e injusticia, que no considero malo el que alguna vez se los eche de la casa, pero otra cosa es cuando ni siquiera se reza por ellos. Y lo mismo cabe decir de un cónyuge adúltero e infiel que se ha ido del hogar, etc.

³¹⁵ M. Esparza, op. cit., p. 67.

Pero insisto, Dios no es así, pues a Él le son aplicables las palabras del profeta Isaías:

*¿Puede una madre olvidarse y abandonar a su hijo recién nacido? Pues aunque hubiese una madre que sea capaz de hacerlo, Yo, en cambio, no te abandonaré ¡jamás!*³¹⁶

Finalmente, estos cuatro axiomas que he desarrollado tienen como finalidad ayudarte a comprender la incondicionalidad con la que Dios nos ama; y, también, contribuir a que nos demos cuenta de que no hay amor humano verdadero que de algún modo no sea un destello o imitación de este amor (primero y siempre amar el «ser», y luego el «hacer»), porque sólo así se comprende el significado profundamente cristiano de aquel concepto citado, y que es especialmente valioso en este mundo donde reinan el aborto, la eutanasia, el descarte de los embriones fecundados *in vitro*, etc.:

«El amor más puro, según algunos filósofos, es aquel que experimentan las madres en los estadios iniciales de la vida en el seno materno, momentos en los que aman a sus hijos por el simple hecho de ser personas, pues al comienzo de la gestación ni siquiera saben si se trata de un varón o una mujer. Es decir, cuando las madres aún no conocen si el hijo será varón o mujer, sano o enfermo, de ojos azules o verdes, alto o bajo, inteligente o tonto, narcotraficante o Premio Nobel de la Paz... ellas ya lo aman de modo incondicional; y sobre ese amor invulnerable el día de mañana el hijo podrá edificar adecuadamente su propia autoestima».³¹⁷

Y para concluir te invito a que nos examinemos de los siguientes aspectos:

- ¿A quienes quiero por lo que son... y a pesar de lo que hagan?
- ¿Quiénes me quieren por lo que soy... y a pesar de lo que haga?
- ¿Quiénes me quieren por lo que hago... o por lo que puedo hacer?
- ¿Mi postura ante el amar y el ser amado debe cambiar?

³¹⁶ Isaías 49, 15.

³¹⁷ Prof. Paola del Bosco.

— FILIACIÓN DIVINA Y MISERICORDIA —

Capturó en cierta ocasión la policía francesa a un violador y homicida serial, sometiéndolo a juicio. Para la madre era una gigantesca humillación verse envuelta involuntariamente en dicho proceso criminal. Pero como buena madre que todo lo perdona, allí estaba, firme... cerca de su hijo, acompañándolo (*Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*).

Con este episodio quiero decirte que una de las manifestaciones de amor incondicional más contundentes es la misericordia: perdonar. Y las madres son el gran testimonio de lo dicho, pues no hay nada que no perdonen.

La Sagrada Escritura dice *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*³¹⁸ (el llamado a la santidad), pero también afirma:

*Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso.*³¹⁹

De modo que quienes saben perdonar, y perdonar bien, son semejantes a Dios en su amor incondicional: quieren por lo que el amado «es» (hijo, padre, esposa), y a pesar de lo que puedan hacer o hacernos.

131

— FILIACIÓN DIVINA Y CONCIENCIA DE LA GRACIA —

« Desconocido para todos pero no para Dios »³²⁰

Como consecuencia de la relación filial con Dios, existen muchas gracias que nos son desconocidas. Así como nuestras madres más tuvieron múltiples actos de amor que hoy no los recordamos — amamantarnos, cambiarnos los pañales, consolar nuestros llantos nocturnos, privarse de diversiones por no tener con quién dejarnos para que nos cuiden, etc.— lo mismo hace el Señor con

³¹⁸ Mateo 5, 48.

³¹⁹ Lucas 6, 36.

³²⁰ Lápida dejada por el ejército italiano en el cementerio militar de Arlington (USA) como testimonio de agradecimiento a los soldados de los Estados Unidos muertos en circunstancias desconocidas durante la lucha por la liberación italiana ante la ocupación nazi (*Ignoto a tutti, ma non a Dio*).

nosotros sus hijos.

Y Santa Teresita de Lisieux, desde la perspectiva de la infancia espiritual, nos iluminaba este concepto con las siguientes palabras:

«Suponed que el hijo de un hábil médico tropieza en su camino con una piedra que le hace caer y se rompe una pierna. Llega su padre al momento, lo levanta con amor, cuida de sus heridas... y, muy pronto, este hijo curado le expresa su reconocimiento. Sin lugar a dudas, este hijo tiene razón en amar a su padre. Mas he aquí otra hipótesis: sabiendo el padre que en el camino por donde va a pasar su hijo hay un peligro, toma la delantera y allana los obstáculos sin que lo vea nadie... , y el hijo, al no ser conciente de la desgracia de que ha sido preservado por la mano paterna, no lo agradece».³²¹

132

— FILIACIÓN DIVINA Y DIGNIDAD
HUMANA —

« No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios »³²²

Los dos primeros sacerdotes africanos ordenados en Rhodesia del sur fueron ungidos por su obispo, monseñor Chichester, en la solemnidad de Cristo Rey del año 1947. En esa época reinaba en el sur de Africa la más brutal discriminación racial. La ordenación tuvo lugar al aire libre en un bello altar erigido en la escalera del Seminario. El firmamento, que servía de baldaquino, tenía ese azul purísimo que sólo el cielo africano puede ofrecer, y el sol brillaba iluminando majestuosamente aquel lugar donde el Señor volvería a bendecir a su pueblo. A lo lejos se divisaban las praderas de un verde jugoso después de la lluvia, y detrás de todo aquello la selva imponente.

Encontrábase allí congregada una gran multitud, pues se haría presente nada menos que un delegado apostólico enviado como representante del mismísimo Papa Pío XII. También asistirían otros obispos de naciones vecinas, seminaristas de todo el continente, misioneros en gran cantidad, ochenta religiosas de color provenientes de lugares lejanos y otras múltiples hermanas de origen europeo. En cuanto a los nativos, hay que decir que éstos, movidos por su fe y

³²¹ Santa Teresita del Niño Jesús, op. cit., p. 127.

³²² *Es Cristo que pasa*, 106.

la curiosidad ante tan extraordinario evento, se hicieron presentes en un número aproximado de diez mil. Por tanto, aquella fecha era histórica, y sería para todos un día de esos que no se olvidan, una jornada que con el pasar de los años los mayores la narrarían con todo lujo de detalles a los chiquillos.

Pero al transmitir oralmente a sus hijos lo vivido, mucho más importante que todo lo reseñado sería aquel inesperado momento en que tras la ordenación, al finalizar la Misa, los asistentes, en una inacabable procesión, pasarían uno a uno para besarle las manos consagradas a los nuevos sacerdotes. Y digo que ese momento fue el más importante porque —según Tamer Thot—: ¡¿Quién de los presentes de raza blanca podría olvidar los ojos abiertos con miradas de admiración inaudita por parte de los nativos africanos al ver que el mismísimo delegado del Papa (de tez sajona) era el primero en besar «arrodillándose» las palmas de las manos recién ungidas de aquellos hombres de color?! ¡¿Quién podría borrar de su memoria los ojos abiertos con una sorpresa casi bíblica ante algo que esas personas, azotadas con látigos por décadas, jamás en sus vidas habrían imaginado ni siquiera en sueños presenciaron: un príncipe blanco y rubio como un ángel (el delegado del Romano Pontífice) reconociendo la dignidad de un nativo africano de modo tan contundente?!

«No tengo dudas de que para todos los asistentes nativos, aquella lección práctica sobre la igual dignidad que tributa el cristianismo a todos los hombres, fue tal vez más eficaz que la multitud de sermones predicados por los misioneros, hasta ese día, en toda Rhodesia del sur».³²³

Y algo semejante sucedió con San Josemaría cuando las primeras mujeres del Opus Dei llegaron a Kenya con el firme propósito de contribuir a la evangelización y promoción humana del continente negro. Superadas las dificultades iniciales, el influjo apostólico fue generando un fermento que influiría en muchas otras mujeres... y pasados algunos años, una de ellas estuvo en Roma proyectando diapositivas sobre los diversos apostolados realizados en aquel país. Las que seguían con atención las diapositivas eran mujeres del Opus Dei de varias nacionalidades... y también San Josemaría. Mientras se proyectaban las fotos, quien lo hacía explicaba pormenores de cada imagen. De repente, una diapositiva desenfocada mostraba una mancha borrosa, y, a medida que se calibraba el proyector y la escena gradualmente se clarificaba, las presentes opinaban: ¡Es un animal...! ¡No es un animal... es un hombre... o tal vez una mujer! ¡No, es un hombre...! ¡No, es una mujer...! ¡Para mí es una mujer...! ¡No, para

323 Tamer Toth.

mí...!; y San Josemaría, tomando la palabra, expresó la siguiente idea:

—¡No importa si es un hombre o una mujer, basta con que sea una persona, y por la salvación de esa sola persona, quien sea, vale la pena que el Opus Dei haya ido al África!³²⁴

Al transcribirte este episodio, me viene al pensamiento: ¡Qué difícil es que el ser humano no se considere superior a los demás: por su raza, lengua, nación de origen o cualquier otro atributo de pertenencia! ¡Con qué facilidad despreciamos al prójimo por estos motivos! ¡Cuán frecuentemente se cae en la soberbia colectiva de considerar que por el clima, educación, espíritu nacional o lo que fuere, no sólo se está más avanzado que otros sino que se vale más!

No pocas veces hay países que en sus leyes inmigratorias prohíben el ingreso de extranjeros con discriminaciones infundadas, las que en gran medida implican un desprecio del espíritu evangélico:

*Era forastero y me recibisteis*³²⁵

y que sólo aprenden la lección cuando al pasar los años e invertirse los roles del poderío entre los países, son ellos mismos los rechazados sin poder encontrar albergue humanitario.

Por tanto, a la luz de la filiación divina pidámosle al Señor que en nuestras vidas realmente sea verdad aquello de que «No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios».³²⁶

³²⁴ Cfr. E Urbano, op. cit., p. 131.

³²⁵ Mateo 25, 35.

³²⁶ *Es Cristo que pasa*, 106.

LA FAMILIA
y
LOS GRADOS DE INTIMIDAD

133
— PRIMER
GRADO —
INTIMIDAD
PERSONAL

El amor matrimonial es como un fuego que, una vez encendido, debe ser alimentado. A tal efecto, el marido y la mujer todos los días deberán elegir un tronco, y tomándolo al mismo tiempo cada uno por un extremo, arrojarlo juntos para que el hogar (en la doble acepción etimológica) no se apague. Pero para esto no hay que dejar de cultivar la intimidad en sus diversos grados.

El «primer grado» de intimidad es la intimidad con Dios: saber para qué estamos en el mundo. Este grado de intimidad se cultiva con la oración, la lectura bíblica, los retiros, la dirección espiritual, las conversaciones con los amigos sabios, la confesión, el examen de conciencia sobre la propia conducta: ¿en qué pienso?, ¿dónde está mi corazón?, ¿de quiénes me siento responsable?, ¿a quiénes amo?

En la intimidad con Dios todo se aclara, ya que Dios nos conoce más íntimamente que lo que nos podemos conocer nosotros mismos.³²⁷ Y este grado de intimidad es el primero, porque para estar bien con los demás, primero hay que estar bien con uno mismo, pues para entregarme previamente debo poseerme, ya que nadie da lo que no tiene. Si logramos estar bien con nosotros mismos, lo estaremos con los demás: hijos, cónyuges, hermanos, padres, suegros, compañeros de trabajo y oficina, colegas, conciudadanos, compatriotas.

La historia del pecado original muestra con claridad que cuando Adán está bien con Dios, también lo está con Eva (y lo mismo cabe decir de ésta). Y cuando Adán y Eva se alejan de Dios con su

³²⁷ San Agustín.

desobediencia, también fracturan la amistad entre ellos, pues, tras comer ambos del fruto prohibido,

*al escuchar los pasos de Yavé que se paseaba por el jardín al fresco de la tarde, el hombre y la mujer se ocultaron entre los árboles. Entonces Yavé lo llamó al hombre: ¿Dónde te encuentras? Aquí estoy, oí tus pasos por el jardín y como estoy desnudo tuve miedo y me escondí. Y le dijo Yavé: ¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí comer? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del fruto y comí.*³²⁸

Fíjate cómo es el proceso. Tras el pecado, al escuchar los pasos de Dios, se produce en Adán y Eva la doble fractura que encierra todo desorden moral: el alejamiento de Dios y del prójimo. El alejamiento de Dios que está reflejado en la pérdida de la confianza que anteriormente tenía Adán con Yavé, porque al escuchar sus pasos se esconde entre los arbustos (nadie se esconde de aquellos con los que se siente bien); y el deterioro de la relación con su esposa que se manifiesta en el acusarla ante Dios por el pecado cometido voluntariamente: *La mujer que me diste por compañera me dio del fruto y comí.*³²⁹

También vale la pena recordar lo sucedido entre Caín y Abel (los dos primeros hermanos de la historia). Caín era agricultor y Abel pastor. Los dos cada día le ofrecían un sacrificio a Dios, pero como Caín ofrecía los «desperdicios» de sus legumbres y Abel sacrificaba el «mejor» cordero, Dios no escuchaba la oración de Caín y sí la de Abel, por lo que Caín sufrió un fuerte ataque de envidia y asesinó a su hermano, episodio que deja en claro que cuando no nos llevamos bien con Dios, también se deteriora nuestro trato con los demás.³³⁰

Por tanto, en este primer grado de intimidad al que aludimos, hay

³²⁸ Génesis 3, 8-12. ³²⁹

Génesis 3, 12.

³³⁰ Génesis 4, 1-8: *Conoció el hombre a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: He adquirido un varón con el favor de Yavé. Volvió a dar a luz, y tuvo a Abel su hermano. Fue Abel pastor de ovejas y Caín labrador. Pasó algún tiempo, y Caín hizo a Yavé una oblación —las «sobras»— de los frutos del suelo. También Abel hizo una oblación de los «primogénitos» de su rebaño. Yavé miró propicio a Abel y su oblación, mas no miró propicio a Caín y su oblación, por lo cual se irritó Caín en gran manera y se abatió su rostro. Yavé dijo a Caín: ¿Por qué andas irritado, y por qué se ha abatido tu rostro? ¿No es cierto que si obras bien podrás alzarlo? Mas, si no obras bien, a la puerta está el pecado acechando como fiera que te codicia. Caín dijo a su hermano Abel: Vamos afuera. Y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín contra su hermano Abel y lo mató.*

que estar especialmente precavidos contra el activismo, el cual nos impide tener tiempo para detenernos a examinar el sentido de nuestras vidas, y nos empuja a que hagamos multitud de cosas «sin ton ni son», lo que termina generando un enfriamiento del amor con el prójimo más inmediato. Trátase de un mal gradual e imperceptible que muchas veces se lo descubre cuando ya hizo metástasis... es decir, cuando son aplicables las palabras de San Agustín: «Hacía siempre lo que quería y siempre llegaba adonde no quería».

Tenlo en cuenta: el activismo hace perder el entusiasmo por el amor al otro cónyuge, acrecienta el espíritu arisco, fractura el diálogo con los hijos, y hace que se triunfe en gran cantidad de ámbitos (profesión, estudios, ingresos económicos) al tiempo que se fracasa en dimensiones esenciales: familia, matrimonio, amigos, hermanos, sobrinos, compañeros de trabajo, etc.

134

— SEGUNDO GRADO —
INTIMIDAD MATRIMONIAL

*« El afecto por el cónyuge no se puede falsificar, pero el desamor matrimonial siempre tiene remedio »*³³¹

Cuando un matrimonio ha institucionalizado semanalmente una oportunidad de diálogo, tiene en su haber una victoria de máxima trascendencia. Pero el logro de esta conquista exige superar diversas dificultades:

- Dejar a los hijos al cuidado de alguien.
- Pensar algún plan de paseo acorde al presupuesto (desde una caminata semanal por el parque, hasta una cena en un restaurant elegante).
- Encontrar el momento semanal que permita generar el hábito.
- Superar el desgano y los malhumores, especialmente cuando hubo algún conflicto (lo que hará que sea más importante el no dejar de intentar conversar).

Muchos dramas matrimoniales son fruto del hecho de que al venir los hijos al mundo, o al crecer las exigencias inhumanas del trabajo, inconcientemente se pierden los momentos de intimidad que hubo en el noviazgo, aquellos que encendieron el amor y que pueden seguir alimentándolo. ¡Hay que defender la intimidad matrimonial!, porque en su defecto el pasar de los años irá socavándola, y aunque se hagan grandes esfuerzos dedicando muchas horas al cuidado de los hijos y a ganar dinero para el porvenir de los mismos, la familia se deteriorará a causa de que los cónyuges experimentarán que falta la

331 E. Rojas, *Remedios para el desamor*, Madrid, 1999, p. 118.

entrega interior. Porque si bien hay maridos y esposas capaces de prestarse grandes servicios recíprocos (donarse un riñón, por ejemplo), «no entregan al cónyuge los secretos del corazón».³³²

Por otra parte, es necesario que esas oportunidades de diálogo sean efectivamente oportunidades, de modo que cada cónyuge sepa que cuando algo le perturba, en esa misma semana tendrá un ámbito apropiado para manifestarlo (sólo deberá esperar unos días). Pero no podemos llamar oportunidad de diálogo al hecho de ir al cine semanalmente según el siguiente rito: salir corriendo de la oficina para llegar a la casa, e ir volando al cine con la función ya comenzada, para luego —apenas concluido el film— regresar al hogar, comer algo rápido y dormir (en este caso han tenido una salida, pero sin posibilidad de diálogo).

De todos modos, la oportunidad del diálogo no significa que necesariamente cada semana haya que conversar de temas trascendentes para el matrimonio y la familia; sólo se trata de garantizar la existencia de una oportunidad de manifestar las preocupaciones... si las hay.

Por ejemplo, recuerdo que tras haber vivido diez años en la ciudad de Mendoza, llegó el momento de partir de allí para ejercer mi sacerdocio en San Miguel de Tucumán. En ocasión de mi viaje inminente, al despedirme de un matrimonio amigo, el marido me dijo:

—¡Qué lástima... ahora ya no lo tendremos más para acudir a usted y conversar o confesarnos!

A lo que respondí:

—¿Por qué te afliges tanto? Si, al igual que el Cometa Halley, venías a verme con regularidad, ¡pero una vez cada setenta y seis años!

Y me replicó:

—Es cierto, pero uno sabía que si hacía falta... ¡usted estaba! Es como los seguros de salud, uno los paga y aunque prefiere no tener que usarlos, vive con la tranquilidad de saber que cualquier emergencia está cubierta.

Esta afirmación me pareció de interés para la vida conyugal, porque si una vez a la semana un matrimonio consolida el hábito de crear un espacio o ámbito dentro del cual se puedan plantear los problemas y las dificultades, se evitarán muchas crisis conyugales. Así como el soldado de guardia sabe que difícilmente deberá entrar en acción (y espera no tener que hacerlo), el matrimonio que semanalmente revive su noviazgo, no necesariamente tendrá diálogos profundos en cada ocasión, pero, tal como me decía aquel amigo mendocino, «al menos uno sabía que usted estaba...».

332 M. Esparza, op. cit., p. 83.

Y si estos paseos tienen como fruto que todos los años se tengan una o dos conversaciones sobre temas urticantes o peligrosos para la estabilidad familiar, se habrá hecho una magnífica inversión. Y ten presente, querido lector, que una o dos conversaciones sobre temas conflictivos en una decena de años son diez o veinte diálogos, lo que constituye una gran riqueza, especialmente si se tiene en cuenta que hay matrimonios que viven veinte años sin decirse nada... sembrando un campo de espinas peligrosísimas para la estabilidad y la fidelidad.

Además, hay que prevenir las circunstancias que impiden el diálogo:

- Los hijos: hay temas que no es conveniente dialogarlos con ellos presentes, por lo que habrá que buscar el modo de que alguien pueda hacerse cargo de ellos. Debo reconocer que para más de un matrimonio esto es una dificultad objetiva, pero hay que vencerla, porque a los hijos les reconforta saber que los padres se quieren, que les gusta la intimidad, que se divierten cuando están solos... ¡Para los hijos es un alivio saber que los «jefes» del hogar son compinches!

- Los amigos: más de una vez he preguntado a matrimonios en conflicto si paseaban solos, y me decían que sí, pero en realidad lo hacían con otros amigos, porque, según afirmaban, ¡solos es aburrido! Y mi respuesta fue ¡no!, si quieren salir con amigos háganlo, es bueno, pero también tienen que pasear los dos sin compañía alguna, porque hacerlo siempre con otros es una sutil evasión del diálogo.

- Los planes que no permiten el diálogo (el ya citado ejemplo de una ida precipitada a una función de cine).

Además de la salida semanal, otra magnífica inversión es un par de veces al año estar solos dos o tres días en algún lugar de descanso. Y acorde con esto, una magnífica obra de solidaridad matrimonial (caridad cristiana), será ayudar materialmente a que esto mismo puedan hacerlo otros matrimonios amigos con dificultades económicas, o con muchos hijos y sin tener a nadie con quien dejarlos: ofrecerles espontáneamente una casa de fin de semana, un refugio, un automóvil, una carpa, cuidarle los hijos, darles dinero... Piensa que hay amigos que llevan años sin poder tener un par de días de intimidad, y pídele al Señor que no nos permita ser espiritualmente indiferentes.

Y un último consejo: si cada vez que tratas de hablar con tu cónyuge es «peor el remedio que la enfermedad», sé humilde y busca un sacerdote que pueda mediar, o un psicólogo o psiquiatra (si la cuestión fuese más técnica), o un matrimonio amigo que tenga confianza y fortaleza para fijar límites a las faltas de respeto durante las conversaciones... pero, eso sí, nunca renuncies a la batalla del diálogo.

— TERCER GRADO
— INTIMIDAD CON
CADA HIJO

« ... ¡y aquel día fui hijo único! »

Los padres deben confirmar en el amor a cada hijo individualmente, y para que entiendas claramente a qué me refiero, te contaré una sencilla experiencia personal:

Tenía diez años y mi padre me dijo en el almuerzo delante de todos mis hermanos:

—¿Quieres que vayamos a Buenos Aires con mamá a firmar una escritura?

Le respondí:

—¿Ir en el auto... tantos kilómetros... los siete amontonados? — pues éramos cinco hermanos y mis papás. —No, solo contigo.

—¡No lo puedo creer..! ¿sólo me invitan a mí?

—Sí.

Estaba acostumbrado a viajar en «manada», y esta vez me invitaban tan sólo a mí. Aquello fue inolvidable, yo tenía diez años y me vistieron con traje y corbata, me peinaron con fijador el cabello, y viajamos en tren de primera clase. Al llegar fuimos a un magnífico restaurant donde me fueron «tirando de la lengua» sobre mis preocupaciones y alegrías, y luego a un parque de entretenimientos. Después fuimos a firmar la escritura, pasamos una noche de cine y hotel, y luego el regreso. Esos dos días los recuerdo aún con afecto, y si tuviese que sintetizar lo vivido con una frase, sería la siguiente: «El día en que fui hijo único».

Y te aclaro que soy un gran defensor de la familia numerosa, aquella en la cual los niños aprenden pronto que «los derechos de uno terminan donde comienzan los de los demás». Pero, no obstante, entiendo que es positivo que los padres confirmen a cada hijo en su autoestima mostrándoles que no sólo los quieren en bloque, también singularmente.

Aquella fue la única vez en la vida que salí a solas con mis padres. No hizo falta más. Una sola vez fue suficiente para que me confirmasen su amor incondicional para siempre. De modo que no pienses que esto es irrealizable si tienes muchas criaturas, ni lo uses como excusa para no ser generoso con Dios en el número de hijos. Y tampoco es necesario que hagas materialmente lo mismo que hicieron mis padres, porque tal vez no te sea posible (falta de dinero, tiempo, etc.). Pero pídele luces al Espíritu Santo para ver cómo crear ese ámbito de intimidad con cada uno de esos críos únicos e irrepe-

tibles con los que Dios te ha bendecido, recordando siempre que «es importante amar a los demás para confirmarles en su dignidad».³³³

136

— CUARTO
GRADO —
INTIMIDAD
FAMILIAR

Hay familias que nunca pasean solas, siempre van con otras, pues alegan que si no el paseo es aburrido. Pero esto es un error metodológico grave, porque también es bueno que la familia tenga sus momentos de intimidad, de modo que los padres puedan conversar y hablarle al conjunto familiar con más profundidad: manifestar problemas, hacerlos partícipes de las soluciones, fijar criterios de conducta y fundamentarlos, comunicar dramas morales o afectivos que deban saber y que no se podrían dar a conocer en presencia de extraños...

137

— RESPETAR TODOS LOS PASOS DE LA
INTIMIDAD —

Podría seguir mencionándote otros grados de intimidad: los padres que salen con matrimonios amigos (una magnífica lección para los hijos), la familia que veranea con otra familia, los compañeros de trabajo que salen de excursión con sus esposas e hijos, etc., pero esta tarea te la dejo para que tú la realices por tu cuenta, porque ahora, antes de concluir este apartado, quiero advertirte que es necesario ver en estos grados de intimidad mencionados (con Dios, con tu esposa, con cada hijo, con la familia) escalones sucesivos que han de ser respetados sin saltarlos.

Por ejemplo, hay matrimonios que de golpe toman conciencia de que el amor conyugal se enfrió, que llevan años sin dialogar, que entre ellos las ironías y los gestos de cansancio están a la orden del día, y deciden reaccionar (o alguien les hace notar la importancia de que lo hagan)... pero experimentan una impotencia absoluta para romper el hielo y recomenzar. Por ejemplo, el marido la invita a cenar a su esposa y ésta rechaza de modo arisco, con cualquier excusa, la cariñosa propuesta. En realidad le gustaría hacerlo, pero el

³³³ *Ibidem.*

orgullo la paraliza. Y lo mismo cabría decir de un cónyuge que sugiere una excursión, unos días de vacaciones a solas, etc.

El motivo de tal fracaso o sensación de impotencia para revertir la frialdad, es el hecho de que no se ha respetado el primer paso: la intimidad con Dios (primero hay que estar bien con uno mismo). Mi sugerencia para las crisis matrimoniales es la siguiente: que cada cónyuge comience haciendo un retiro espiritual (por ejemplo), y que luego comiencen a intentar crear situaciones de diálogo e intimidad. Pero pasar de la frialdad a la intimidad de golpe no se puede.

Por tanto, si las cosas en tu familia no marchan, no trates de violentar los sentimientos (el amor no se impone, se inspira), y comienza ordenándote tú mismo... para luego contagiar el orden afectivo a los demás de la casa.

HUMILDAD y MADUREZ

138

— ADOLESCENCIA Y JUVENTUD —

«Mientras la adolescencia sólo aspira a recibir, la juventud a dar»³³⁴

En broma se ha dicho que la adolescencia es «aquella etapa de la vida en la cual los papás de uno se vuelven insoportables», pero la realidad es otra, pues la adolescencia se caracteriza por la inclinación a imponer sistemáticamente nuestros gustos, caprichos, criterios, opiniones... a acordarnos de los amigos sólo cuando se necesita algo, a destacar implacablemente todas las faltas de respeto que se nos infligen (aún las más insignificantes), a desdoblarnos entre lo que en realidad somos y la imagen con que nos autopercebimos, a aparentar cualidades que no tenemos, etc. Y si no continuo extendiéndome con el enunciado de otros rasgos temperamentales, es porque nos apartaríamos de la finalidad propiamente espiritual de nuestras páginas, que no sólo es muy diversa a la de la mayoría de los libros de «autoayuda», sino que, en cierto sentido, es opuesta a ellos.

La perspectiva espiritual más interesante de la adolescencia está señalada reiteradamente por Juan Pablo II a los jóvenes del mundo, cuando distingue los conceptos «adolescencia» y «juventud»: «La adolescencia sólo aspira a recibir, y la juventud a dar».³³⁵ Conforme a esto, el soberbio está lleno de amor propio y es propenso al egoísmo, lo que temperamentalmente se refleja en el espíritu adolescente que no se circunscribe a una edad concreta (también se puede ser adolescente a los ochenta años); mientras que el humilde, con su «olvido de sí» que le impulsa a servir al prójimo, encuadra su vida a la perfección en el marco del concepto «juventud».

³³⁴ Juan Pablo II, audiencia del 25 de mayo de 1988.

³³⁵ *Ibidem.*

La humildad está en los cimientos de toda personalidad joven (madura), mientras que la soberbia es la base endeble de la adolescencia (inmadurez). Ahora, si me preguntas qué otros rasgos determinan la madurez, no te responderé con una definición, sino enumerándote algunos síntomas que la describen:

- Saber lo que uno quiere.
- Espíritu autoexigente.
- Metas nobles.
- Capacidad para tomar decisiones.
- Dominio de los estados anímicos.
- Conciencia de los propios derechos.
- Capacidad para hacerlos valer.
- Responsabilidad ante los deberes.
- Juzgar con rectitud a las personas y los acontecimientos.

La precedente lista no es exhaustiva, y tampoco es literal, sólo resume el espíritu del texto con el que la Iglesia, en el Concilio Vaticano II, describió los rasgos esenciales de la madurez en cuanto adecuada integración de las distintas estructuras de la personalidad;³³⁶ y te invito a que analicemos algunos de ellos.

139

— MADUREZ DE SABER LO QUE UNO
QUIERE —

Don Quijote de la Mancha se cruza camino a Zaragoza con unos mercaderes que llevan unos cestos tapados. Cual gendarme aduanero les ordena amenazante que los abran para poder inspeccionarlos. ¿Y qué encuentra dentro de ellos?: estatuillas de santos. Al verlas se queda mirándolas hipnotizado con rostro meditativo durante un tiempo prolongado, pero como Sancho Panza no estaba acostumbrado a estos estadios contemplativos del espíritu, a los pocos minutos le pregunta aburrido:

—¿Quijote, en qué piensas?

Tras seguir meditando en silencio, el Quijote, sin apartar su hipnotizada vista de aquellas estatuillas, responde:

—¡Sancho, estos son santos, son personas que lucharon y dieron su vida por el Reino de los Cielos, eran personas que sabían muy bien qué era lo que buscaban; y estaba pensando en que yo también lucho y doy mi vida, pero la verdad es que aún no sé muy bien con qué fin!

336 Decreto *Optatam totius* del Concilio Vaticano II.

El Quijote reflexiona haciendo gala de uno de sus arrebatos de sabiduría, puesto que en esta última frase se encuentra resumido el «espíritu quijotesco» de toda persona que aún no aclaró el sentido de su existencia. La preocupación que se desencadena en el alma del Quijote nos invita a examinarnos: ¿tengo claras las metas de mi vida? ¿Valen la pena?

Este episodio del Quijote me recuerda lo que oí decir de un santo y venerable sacerdote que, cuando a primera hora de la mañana se cruzaba en algún sitio con los muchachos más jovencitos, los saludaba trazándoles una pequeña y paternal señal de la cruz en la frente, dejándoles para meditar el siguiente interrogante:

«Hijo mío, ¿en qué piensas?».

Aquellos protagonistas hoy día recuerdan este gesto con emoción, porque la pregunta contiene un significado profundo para determinar el grado de madurez de la propia vida, ya que *donde está tu tesoro allí está tu corazón*.³³⁷

140

— MADUREZ Y SOCIEDAD DE CONSUMO —

También se manifiesta la madurez cuando hacemos compras, porque ante la abundante mercadería que nos ofrece la sociedad de consumo se distingue al que sabe lo que quiere de aquel que no.

Por ejemplo, no es raro caer en el error de comprar algo por el simple motivo de ser económico (aunque ya lo tengamos, o no nos haga falta); o ir a los hipermercados para adquirir algo concreto y regresar con ocho objetos distintos e imprevistos ante los que nos hipnotizamos...

Célebre es, al respecto, la anécdota de la visita de Sócrates al mercado de Atenas, cuando paseando por vez primera, pues nunca antes lo había hecho, exclamó sorprendido:

—¡No sabía que existían tantas cosas que no me son necesarias!

Y ten en cuenta que aquel mercado de hace dos mil trescientos años estaría muy lejos de ser uno de esos actuales y omniabarcantes megacentros comerciales.

La madurez incluye un instinto espiritual que nos lleva a despreciar, al igual que Sócrates, las constantes y repentinas «pavadas» que la vida nos va ofreciendo.

³³⁷ Mateo 6, 21: ... *ubi thesaurus ibi cor*.

— MADUREZ Y ESTABILIDAD EN LOS
PRINCIPIOS —

«Saber lo que uno quiere» exige estabilidad en los principios, libros de cabecera, ideas rectoras, e ideas madres de las que se deriven innumerables «ideas hijas»;³³⁸ porque en su defecto se nos aplicará aquello que Platón le decía en cierta ocasión a un contrincante: «Tu varías, luego, no estás en la verdad».

La inmadurez varía, no sabe lo que quiere, no tiene capacidad analítica para profundizar en los conceptos, y, por ende, sus raíces son superficiales. Y de esto ya nos previene San Pablo cuando nos dice:

*No seáis como niños pequeños, fluctuantes, que son arrastrados por cualquier viento de doctrinas o falacias humanas.*³³⁹

No ser niños fluctuantes significa no ser inmaduros, porque la madurez, al mismo tiempo que nos invita a no ser como la veleta que siempre está hacia donde sopla el viento, nos anima a ser como la «rosa de los vientos», y señalar establemente el camino correcto: el norte de nuestra alma.

De todos modos no quisiera que confundieses la estabilidad conceptual propia de quien es «alma de criterio»³⁴⁰ con la rigidez que le confiere más importancia a la constancia en los principios que a la veracidad y bondad de los mismos. La madurez también exige la humildad de modificar todas las veces que sea necesario una postura en la que descubrimos estar equivocados.

— MADUREZ Y APROVECHAMIENTO DEL
TIEMPO —

José de San Martín, el Gran Capitán, nació el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú (Virreinato del Río de la Plata). Hijo de españoles, a los pocos años de nacer regresaría a España. El 21 de julio de 1789, a sus doce años, siendo cadete del Regimiento de Murcia, durante el traslado de su unidad militar a bordo del Santa Dorotea, participó en un durísimo combate naval. En 1791, a los catorce años, intervino como subteniente en los treinta y un días que duró el asedio a

³³⁸ Algo análogo a la relación entre las virtudes cardinales y las anexas.

³³⁹ Efesios 4, 14.

³⁴⁰ *Camino*, Prólogo.

Melilla (norte de África) a resultas del cual cayó prisionero (luego sería rescatado); y proseguiría su gran actuación militar contra las tropas napoleónicas en España y luego contra los realistas en el Río de la Plata.

Si hago esta breve síntesis de su juventud es porque quiero poner de manifiesto que aquel José de San Martín de doce años no daba la impresión de tener una personalidad vacilante propia de quien no sabe qué hacer con su vida; por el contrario, ya desde los once o doce años tenía su vocación militar y patriótica totalmente definida: quería luchar no sólo por la independencia de su propia nación, sino también por la libertad política de los países vecinos. Y no sé a ti, pero a mí me duele el hecho de haber pensado en abundantes tonterías y perder tanto tiempo a lo largo de la adolescencia y la juventud, en la profunda falta de sentido existencial al adorar hipnotizado durante horas y horas al becerro luminoso (la televisión); actitudes que tuvieron lugar a los doce años, pero también a los catorce, a los dieciséis, a los veinte, a los cuarenta...

143

— MADUREZ Y AUTOEXIGENCIA —

Juan Pablo II testimonia que cuando tenía unos veinte años y los nazis ocuparon Polonia, la vida cotidiana adquirió una singular dureza: los trabajos forzados, la violencia, la persecución religiosa, el hambre, el frío; y en ese contexto añade:

«Recuerdo a mi padre rezando de noche arrodillado sobre el suelo frío, lo que tuvo una influencia decisiva en mis años de juventud; él era tan exigente consigo que no tenía necesidad de serlo conmigo, pues su ejemplo me arrastraba».

La autoexigencia alegre es uno de los mejores ingredientes educativos en orden a la madurez, pero exige saber lo que uno quiere, dominar el estado anímico, tener metas nobles e ideales firmes. Y este rasgo, característico en el temperamento de Juan Pablo II, se puso de relieve con nitidez al visitar la Cuba de Fidel Castro (1998).

En aquel viaje el Papa comenzó a declinar abruptamente en su fortaleza física sufriendo serias limitaciones en sus movimientos corporales (especialmente por el mal de Parkinson); y recuerdo que

siguiendo con unos amigos dicha visita por televisión, al ver al Papa tan desgastado físicamente, alguien dijo: —¡Pobre, ya no puede más!

Efectivamente, no podía más, pero eso no sería obstáculo para que ese mismo año viajara a Malta, Irak, Grecia, Turquía, Brasil, Corea del Norte, Corea del Sur y la Isla de Guam...; y tampoco lo fue para que en los siguientes años visitara pastoralmente otras treinta o cuarenta naciones, ni menos aún en el llevar adelante las múltiples actividades del Jubileo del año 2000.

La heroica y sacrificada convicción con que difundió el Evangelio Juan Pablo II, me recuerda lo que en Argentina predicaba un gran sacerdote en proceso de canonización (el «venerable» José Gabriel Brochero). El Cura Brochero, como se lo suele conocer, hablaba con frecuencia de «Chesche», un caballo que, según la leyenda, murió galopando; y él decía que le gustaría morir como «Chesche», trabajando hasta el final.

Pues bien, Juan Pablo II gozaba de la madurez propia de las personas que saben lo que quieren, y que lo que quieren lo aman con pasión, de modo que no debemos extrañarnos de que su muerte haya ocurrido como la de «Chesche»: galopando hasta el final mientras difundía el Evangelio.

Y sobre lo dicho vale también el testimonio de un eclesiástico invitado, en cierta ocasión, a cenar en los apartamentos pontificios. Mientras esperaba junto con otros en la puerta del comedor, pudo observar al Papa que se aproximaba agotado, arrastrando sus pasos. Al saludarlo le dijo:

—¡Santo Padre, debe usted descansar!

Y Juan Pablo II le respondió:

—¡un Papa, a estas horas, no tiene derecho a no estar cansado!

— MADUREZ Y AUTONOMÍA —

Una chica joven está de novia, y al llegar las vacaciones estudiantiles su futuro esposo se marcha unos días para visitar a sus familiares. Sus amigas le incitan a que aproveche la ausencia de su prometido para salir con otros chicos, haciéndolo de modo que él nunca se entere; pero como ella se resiste, las amigas le insisten:

—Mientras no salgas con otros chicos y resistas sus encantos, no nos demostrarás que verdaderamente estás enamorada de él.

—¡Yo a ustedes no tengo nada que demostrarles!

La madurez exige autonomía para decidir, responsabilidad ante las propias acciones, y conciencia de que, en última instancia, de nuestra vida debemos darle cuentas sólo a Dios; porque sería in-

maduro edificar la existencia intentando demostrar, ante quien no tiene ningún derecho a exigirlo, valores y aptitudes.

La madurez supone un indefectible actuar a conciencia, y con un sano desprecio al «qué pensarán», «qué me dirán», «qué me harán», etc.

145

— MADUREZ Y COMPLICACIONES —

« Quien tiene un "porqué" para vivir
es capaz de soportar cualquier "cómo" »³⁴¹

Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas. Una vez fui apedreado. Tres veces naufragué. Un día y una noche los pasé en el abismo. Además hice viajes frecuentes con peligros de ríos, peligros de salteadores, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en despoblados, peligros por mar, peligros entre falsos hermanos. Trabajo y fatiga. Muchas noches sin dormir. Muchos días sin comer. Frío y desnudez [...].³⁴² Hasta el presente pasamos hambre, sed [...]. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan bendecimos. Si nos persiguen lo soportamos. Si nos difaman respondemos con bondad [...].³⁴³

El texto de San Pablo pone de relieve que el apóstol de las gentes no tuvo una vida cómoda, es más, alguno podrá decir que «se las buscaba»; pero no hay duda que tenía claro su ideal, y por amor al mismo no tenía miedo de complicarse la vida, ni miedo al «qué dirán», ni al «qué pensarán», ni a ningún otro complejo. San Pablo es la encarnación de aquel consejo de San Josemaría:

«Vuelve las espaldas al infame cuando susurra en tus oídos: ¿para qué complicarte la vida?». ³⁴⁴

³⁴¹ Federico Nietzsche (citado por V. Frankl, *El hombre en busca de un sentido*, Barcelona, 1983, p. 78).

³⁴² II Cor. 11, 24-27.

³⁴³ I Cor. 4, 11-13.

³⁴⁴ *Camino*, 6.

Cuando en 1982 el Papa Juan Pablo II visitó España, los discursos que leía en las distintas ciudades tenían una misma idea inspiradora:

«¡No busquéis soluciones cómodas, no tengáis miedo de complicaros la vida!».

Pues bien, en un programa radial algún locutor criticó la densidad de sus sermones considerando que eran abstractos y con poca llegada a los corazones. Como reacción a estos dichos, en pocos días hubo una avalancha de cartas de protesta a la radio, y en las misivas se daba testimonio de cómo habían influido positivamente las palabras del Papa.

Por ejemplo, un empresario vasco que tenía una empresa con quinientos dependientes y estaba agobiado por tener que sobrellevar años de una larga crisis financiera, ya cansado de luchar se había propuesto liquidar el negocio con tal de no seguir sufriendo, pero al escuchar que en el discurso a los empresarios el Papa les decía: «¡No busquéis soluciones cómodas, no tengáis miedo de complicaros la vida!», optó por seguir luchando, puesto que comprendió que había quinientas familias por cuya felicidad valía la pena seguir esforzándose.

otro ejemplo: una chica soltera y embarazada había decidido abortar para no tener que seguir enfrentando las fuertes y criminales presiones de familiares y amigos mal orientados; y cuando ya lo tenía decidido, escuchó que el Papa a las jóvenes que se encontraban en esa situación les decía: «¡No busquéis soluciones cómodas, no tengáis miedo de complicaros la vida!»!, y escribía afirmando que se había propuesto con toda firmeza no hacerlo y defender la vida de su hijo cueste lo que cueste.

Último ejemplo: un chico concluía el bachillerato y se había planteado la vocación sacerdotal; habló con su párroco y éste le dijo que se lo comunicase a sus padres inmediatamente, porque la inscripción en el Seminario estaba por cerrar, y si no lo hacía ya, debería esperar todo un año. Él, interiormente, pensó: «¿Decírselo a mis padres?, ¿ahora?, ¿no... no estoy anímicamente preparado, prefiero esperar!»; pero al escuchar que el Papa les decía a los jóvenes que tenían esas inquietudes: «¡No busquéis soluciones cómodas, no tengáis miedo de complicaros la vida!»!, decidió tomar «el toro por las astas» y afrontar la cuestión sin más demoras.

— MADUREZ Y
EJERCICIO — DE
LOS PROPIOS
DERECHOS

El hacer valer los propios derechos, sin timideces ni miedo a complicarnos la existencia, es reflejo de una personalidad madura. El que tiene miedo a complicarse la vida ama poco sus ideales, o carece de ellos. De aquí que el maduro no tema sufrir por el hecho de expresar respetuosamente su opinión en un aula en la cual los profesores o alumnos ofenden la verdad; o reclamar que se respeten en las leyes civiles y en los medios de comunicación social la dignidad humana (la pureza, el pudor, la familia, la indisolubilidad del matrimonio); o exigir que la contribución impositiva no esté destinada a fines perversos; o defender el derecho primario en lo que se refiere a la educación de los hijos; en síntesis, «no dejarse pasar por encima».

Pero para que esto quede claro, volvamos a San Pablo: Cuando estaba encarcelado y a punto de ser torturado (le tenían estirado con las correas), dijo Pablo al centurión que presidía el acto:

—¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haberle juzgado?

Al oír esto, el centurión fue al tribuno y le dijo:

—¿Qué vas a hacer? ¡Este hombre es ciudadano romano!

Acudió el tribuno y le preguntó:

—Dime, ¿eres ciudadano romano?

—Sí —respondió.

—Yo —dijo el tribuno— conseguí esa ciudadanía por una fuerte suma.

—¡Pues yo la tengo por nacimiento!

Al momento se retiraron los que iban a darle tormento, y el tribuno tuvo miedo al darse cuenta de que le había encadenado siendo ciudadano romano.³⁴⁵

Como sabemos, San Pablo era oriundo de Tarso, y todos los judíos y habitantes de este lugar tenían, por un pacto con el imperio Romano, la doble ciudadanía (judía y romana); y los ciudadanos romanos tenían el privilegio de que no se los podía azotar sin previo juicio; por lo que San Pablo, quien no tuvo miedo de enfrentar el martirio, tampoco tuvo timidez alguna cuando se trataba de hacer valer de modo efectivo sus derechos: *¿Os es lícito azotar a un*

^{34 5} Hechos de los apóstoles 22, 25-29.

ciudadano romano sin haberle juzgado?;³⁴⁶ y por si fuera poco, a ese tribuno que no era romano de sangre sino por haber comprado la ciudadanía, San Pablo le replica con orgullo: a esa ciudadanía que tú tienes por dinero, *¡...yo la tengo por nacimiento!*³⁴⁷ He aquí un buen ejemplo bíblico de la madurez de espíritu para ejercer sin miedo los propios derechos.

— MADUREZ Y METAS NOBLES —

El Evangelio dice que Marta le reclamó al Señor que le dijera a su hermana María que la ayudase con los menesteres de la casa, y el Señor, que la tenía a María escuchándolo a sus pies, le respondió:

*Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas, pero en verdad una sola cosa es necesaria, y María eligió la mejor parte, la que no le será arrebatada.*³⁴⁸

En la respuesta de Jesús hay una cuestión semántica de interés, y que tiene que ver con aquello de que *una sola cosa es necesaria*. La cuestión gira en torno al vocablo *una (unum)*, término que en su acepción latina no significa «uno» sino «único», es decir, no alude a «uno» entre otros, sino a «uno» sin otros.

Pues bien, para un cristiano Dios no debe ser una cosa importante (entre otras), sino la única verdaderamente importante. Y si te parece que eso no es posible porque también tus padres y hermanos, el trabajo, tu novia, tu esposo y los hijos, el país, etc., son importantes, ten en cuenta que Dios también está presente en ellos, de modo que quien busca lo «único» importante es quien sabe encontrar a Dios en todas las personas con las que convive y, también, en las tareas que realiza. Y todo esto alude a que un cristiano maduro no sólo es alguien que sabe lo que quiere, sino que además quiere cosas que valen la pena, o, mejor, lo único que vale la pena: Dios.

Pensar que la madurez se identifica con la simple determinación en el actuar, propia de quien se fija un objetivo y lo consigue, pero sin importar si la meta es buena o mala, es algo terrorífico. Por ejemplo, el Evangelio de San Mateo, que nos muestra con claridad la «firmeza» para hacer el «bien» que tenían los Reyes Magos (ma-

^{4 6} Hechos de los apóstoles 22, 25.

^{34 7} Hechos de los apóstoles 22, 28.

^{34 8} Lc 10, 38-42.

durez), también nos describe la nefasta «determinación» para el «mal» del rey Herodes cuando ordenó el asesinato de los Santos inocentes:

*Nacido Jesús en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, unos Magos llegaron de Oriente a Jerusalén preguntando: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle. Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén.*³⁴⁹

Tras consultar a los sabios, el rey Herodes les comunica a los Reyes Magos que el lugar previsto para el nacimiento es la aldea de Belén,

*y ellos, después de oír al rey, se pusieron en marcha. Y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente los precedía, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el Niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Y entrando en la casa, vieron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron; luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños aviso de no volver a Herodes, regresaron a su país por otro camino.*³⁵⁰

Y ya sabemos cómo acaba aquella historia:

*Herodes se irritó hasta el extremo de mandar matar a todos los niños que había en Belén y su comarca, de dos años para abajo, conforme al tiempo que cuidadosamente había averiguado de los Magos acerca de la aparición de la estrella.*³⁵¹

Es decir, Herodes sabía muy bien lo que quería, y era decidido; pero su problema era que quería cosas malas: gobernar Jerusalén de modo injusto, inmaduro y caprichoso. En cambio, en los Reyes Magos descubrimos la madurez de quien cumple los decretos divinos con prontitud y alegría decidida. Los Reyes Magos saben bien qué es lo que quieren, pero son concientes de que no se trata sólo de actuar con determinación, también hay que hacerlo con rectitud, y, por tanto, se entristecen cuando pierden el rumbo: la estrella. Ellos no temen armar una revolución en Jerusalén con tal de recuperar el camino, y se gozan con *inmensa alegría* cuando ven reaparecer al astro. Por eso, querido lector, te invito a que, a estos Santos Reyes, en vez de pedirle los regalos infantiles de otrora les pidamos el don

349 Mateo 2, 1-3.

350 Mateo 2, 9-12.

351 Mateo 2, 16.

de la madurez para ser personas que sepamos actuar con determinación, que dicha determinación sea en pro de causas nobles y poder actuar siempre con la premura del amor.

La madurez actúa con decisión, pero en pro de metas buenas, pues no basta el espíritu decidido, ya que también Hitler fue decidido, e incluso Stalin (quien no vaciló en hacer asesinar a su propia madre), y lo mismo Mao Tse Tung (quien con su revolución cultural destruiría la vida de centenares de miles de intelectuales chinos). Y no cabe duda que las vidas de éstos reflejaban inmadurez sobre el significado del bien común, y tampoco hay dudas de que estas páginas no tienen como objetivo animarte a imitarlos.

Que la madurez reside no sólo en la firmeza, sino también en la verdad y el bien, es algo en lo que hay que insistir sin descanso, pues la sociedad actual alaba el modelo del joven decidido, ejecutivo, tenaz, «exitoso», que consagra su vida al objetivo propuesto sin prestar atención a la nobleza de las metas, pues lo único que le interesa es realizar con autonomía los ambiciosos planes trazados; y así no es raro que gocen de buena reputación personajes siniestros: jóvenes empresarios que actúan con determinación para despedir a centenares de empleados sin inmutarse en lo más mínimo, o abogados que ejecutan un embargo y dejan sin sus escasas y vitales pertenencias a una anciana con mal de Alzheimer...

La madurez la alcanzamos en la medida en que conquistamos aquella determinación con la que los santos cumplían la voluntad de Dios (Verdad y Bien Supremo):

*Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo hoy te doy. Incúlcalos a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Átatelos a tus manos para que te sirvan de señal; pónelos en la frente, en tus ojos; escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas.*³⁵²

352 Deuteronomio 6, 6-7.

— LA MADUREZ DE LA SANTÍSIMA
VIRGEN —

La madurez de la Virgen le impulsa a darle a Dios una respuesta instantánea (*¡Hágase...!*), sin retrasar los planes providentes. Su obediencia inmediata es propia de quien sabe qué es lo que en su vida ama profundamente: servir a los planes de Dios, y sin importarle nada las gravísimas dificultades. ¿Y por qué digo «gravísimas dificultades»? Porque la respuesta de la Virgen la conducía hacia una posible condena a muerte, cuestión que a continuación intentaré clarificar.

En la ley judía, el matrimonio tenía dos etapas. La primera eran los desposorios, donde el marido y la mujer expresaban el consentimiento («¡Sí, quiero!») que da origen a todo matrimonio; y unos meses después tenía lugar otra ceremonia en la que comenzaba públicamente la cohabitación; y la Anunciación del ángel tuvo lugar en ese lapso intermedio: ya casados, pero antes de comenzar la cohabitación.

Esto explica la actitud de José de pensar en *repudiarla* (*dimittere eam*) pero *sin denunciarla* (*nollet eam traducere*),³⁵³ porque la denuncia implicaba el riguroso procedimiento establecido en el Deuteronomio: *a la mujer adúltera los hombres de su ciudad la apedrearán hasta que muera*;³⁵⁴ por lo que José, según el Evangelio, pensó en repudiarla secretamente para evitar el castigo equivalente al de las mujeres adúlteras,³⁵⁵ ya que si bien María era inocente, el simple decir a la comunidad que el Hijo no era suyo... era algo ante lo que no había explicación que mereciera ser escuchada.

^{3 5 3} *La generación de Jesucristo fue así: Estando desposada su madre María con José, antes de que conviviesen, se encontró que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. José su esposo, como era justo y no quería exponerla a infamia, pensó repudiarla en secreto. Estando él considerando estas cosas, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados... Al despertarse José hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su esposa, y, sin que la hubiera conocido, dio a luz un hijo; y le puso por nombre Jesús. (Mateo 1, 18-25.)*

^{3 5 4} Deuteronomio 22, 20.

^{3 5 5} Cfr. esta interpretación del pasaje en *Catena aurea*. Dentro de la «josefología» hay otras visiones que interpretan más piadosamente la actitud interior de San José dando a entender que él nunca sospecha de María, sino que simplemente interpreta que hay una intervención especial de Dios ante la que debe dar un paso al costado. Luego, cuando el ángel le revela en sueños el origen de Jesús, encamina nuevamente su vida junto a la Virgen.

De modo que María, siempre virgen, tuvo que pasar por una experiencia análoga a otra muy actual: la de tantas jovencitas que, sin estar casadas, esperan en su vientre una criatura, y que en más de un caso evaden su responsabilidad acudiendo al asesinato del aborto. La diferencia entre María y estas jóvenes es que la Santísima Virgen siempre tuvo una conducta pura e inmaculada, pero Dios permitió que tuviese que vivir su fe asumiendo riesgos: «¿qué pensará José al verme encinta?», «¿cómo interpretarán los del pueblo lo que ha ocurrido?», «y si José me denunciase... ¿me apedrearán?».

Por eso, el de María es un buen testimonio de fidelidad a la vida, especialmente para aquellas mujeres que voluntariamente traen al mundo a los niños fuera del marco más apropiado para una correcta educación, es decir, aquellas que dan a luz a sus hijos fuera del matrimonio.

Pero al margen de esta cuestión, lo que me interesa remarcar es que María, como mujer joven, sabe lo que quiere; y pese a las «gravísimas dificultades» que presenta la propuesta divina, no vacila ni un segundo en responder positivamente: *Hágase! (Fiat!)*,³⁵⁶ y tampoco tiene miedo al «qué dirán», al «qué me pasará», porque, como ya dijimos, quien tiene un «porqué» para vivir es capaz de soportar cualquier «cómo».³⁵⁷

— LA MADUREZ DE LOS

SANTOS — I) San José.

Los Reyes venidos del Oriente adoran al Niño Dios y le presentan sus dones (oro, incienso y mirra), y advertidos en sueños de que el Rey Herodes quiere asesinar al Niño, en vez de volver a Je-rusalén para comunicarle dónde se encontraba la criatura, regresaron a su tierra por otro camino; y

una vez que se marcharon, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, permaneciendo allí hasta que yo te diga, porque Herodes está a la búsqueda del Niño para asesinarlo. José se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y huyó a Egipto. Y allí permaneció hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: De Egipto

³⁵⁶ Lucas 1, 38.

³⁵⁷ Federico Nietzsche (citado por V. Frankl, op. cit., p. 78).

³⁵⁸ Mateo 2, 13-15.

*llamé a mi hijo.*³⁵⁸

Como verás, además de María, también sobresale en los Evangelios la figura de San José: hombre dotado de la madurez propia de quien se esfuerza por corresponder a la gracia con la premura del amor.

El Evangelio dice que *José se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y huyó a Egipto*, de modo que José no esperó al alba para partir, sino que lo hizo aquella misma noche, sin olvidarse de llevar consigo las dos únicas cosas que daban a su vida un profundo sentido: María y Jesús. Salvando a ellos, no tuvo impedimento para dejar casa, pueblo, taller, clientes, lengua natal, amigos... e inmediatamente, sin esperar la madrugada, marcharse a Egipto. Al igual que María, el Santo Patriarca considera que la voluntad de Dios es esencial, y responde con la inmediatez amorosa de la madurez.

un soberbio difícilmente deje todo de golpe, pues está inclinado a pensar que lo suyo es mucho más importante que lo de los demás (incluido Dios), o que es tan importante que para dejarlo necesita pensarlo al menos un buen tiempo. En cambio, el humilde está vacío de amor propio, y cuando los planes de Dios están de por medio, no se aferra a lo suyo como algo de inestimable valor, sino que sabe dejarlo (como José al abandonar todas sus pertenencias, sin contemplaciones, esa misma noche).

Pero en nuestra vida cotidiana tal vez Dios no nos pida que dejemos todo y vayamos a Egipto con Él, aunque sí puede ser que cuando alguien nos interrumpa para pedirnos un favor, o destruyan nuestros horarios y planificaciones estudiadas meticulosamente solicitándonos una tarea extra, o nos soliciten ayuda en momentos que estimamos inoportunos... la voluntad de Dios sea que dejemos lo nuestro «al instante» para asistir al prójimo necesitado.

II) San Pedro y San Andrés.

¡Venid en pos de mí...!, dijo Jesucristo a los apóstoles Pedro y Andrés, y éstos, al escuchar la petición exigente del Señor, *abandonándolo todo le siguieron*. En latín, *abandonándolo todo se dice relic-tis omnibus*,³⁵⁹ y *relictis* es un término emparentado etimológicamente con las *res derelicta* del Derecho romano (las cosas abandonadas: los despojos que dejaba el mar en las playas, las cosas que se arrojaban desde un carronato al camino, etc.).

De modo que los apóstoles, con el llamado de Jesús, habían descubierto algo tan valioso y trascendente, que lo que tenían entre

³⁵⁹ Marcos 1, 17-18. Pese a que seguimos la versión de la vulgata (*relictis omnibus*), deseo añadir que la neovulgata dice *relictis retibus* (*abandonando las redes*), pero el espíritu del comentario no queda alterado por esta circunstancia.

manos nada significaba, y, por eso, *abandonándolo todo* (al estilo de las *res derelicta*) *le siguieron*.

Pero si queremos imitarlos hay que pensar que para dejar las cosas inmediatamente e ir en pos de un ideal necesitamos madurez, es decir, tener en claro lo que amamos, y amar metas nobles cuya trascendencia sea tan evidente que jamás vacilemos para ir en pos de ellas.

III) San Bernardo.

Cuando San Bernardo le comunica a su hermana Humbelina el propósito de irse a un monasterio de por vida, ella, que lo consideraba su más íntimo amigo, le preguntó:

—Bernardo, ¿por qué?

Y Bernardo responde: —

¡Porque quiero ser santo!

Pero ella insiste:

—¡Bernardo, no seas soberbio..... cómo puedes atreverte a decir

que quieres ser santo!

Y para acabar la discusión Bernardo le dice:

—¡Humbelina!, aún cuando muchas personas sabias consideren que tú eres humilde y estás en la verdad, y yo en la soberbia y el error, quiero advertirte que tus palabras, en mi opinión, no están tan cerca de la humildad como de la estupidez; porque nuestra existencia en este mundo tiene un solo camino digno: la santidad; y tontería mayúscula sería no intentar recorrerlo. Y como ya me cansé de la vida mediocre que llevo, me voy al monasterio para intentar ser santo de una vez por todas, y seriamente.³⁶⁰

³⁶⁰ Quiero advertirte, querido lector, que, sin afán de contrariar a San Bernardo, puesto que estoy seguro que él desde el Cielo estará de acuerdo con lo que digo, para ser santo no es necesario ir a un monasterio; pero, por lo visto, en su experiencia interior única e irrepetible, Bernardo experimentó que en su caso particular sí lo era. Y como prueba de lo que digo, te comunico que la familia de San Bernardo es conocida como la «familia que alcanzó a Cristo»: su madre, Alicia, fue beata, y también lo fueron todos sus hermanos: Humbelina, Andrés, Bartolomé, Nicanor y Guy (quien casado con Isabel —beata—, tuvo una hija que también logró el título celestial de sus padres, Adelina). En cambio Telecín, el papá de Bernardo, de los tres pasos que llevan a los altares (venerable, beato y santo), sólo pudo dar el primero: venerable, por lo que una vez más corroboramos que en toda familia, incluso en la de San Bernardo, alguna «oveja negra» terminamos por encontrar. Y con esta enumeración de personas (algunas casadas), y que destacaron por su santidad de vida, se desprende que San Bernardo estaría plenamente conforme con la idea de que en la vida cotidiana también se puede encontrar el camino del Cielo.

La actitud de Bernardo refleja capacidad de desprendimiento, actitud propia de los que, pese a valorar lo que tienen entre manos, no lo estiman a punto tal de anteponerlo a los planes de Dios.

iV) San Josemaría Escrivá.

Cuando Escrivá visitó Argentina en 1974, se hospedó en una casa en la que su habitación, que hoy permanece intacta, tenía sobre la cama una inscripción que decía:

«Aparta Señor de mí, lo que me aparte de Ti».³⁶¹

Muchas veces nosotros nos vemos intimados a elegir entre Dios y el trabajo, Dios y la diversión, Dios y seguir durmiendo un rato, Dios y pensamientos perniciosos... y en esos momentos será oportuno pedirle ayuda a Dios con esas palabras: «Aparta Señor de mí, lo que me aparte de Ti». Es decir, pedirle a Dios que seamos personas lo suficientemente maduras como para no anteponer nada de la Tierra, nunca, a los designios de Dios.

El mismo San Josemaría, en otra oportunidad en la que hacía referencia a una persona querida, diría:

«A mí no me importa saber cómo se muere, me importa saber cómo se vive, porque como se vive se muere».^{361 bis}

Estas palabras, en el caso de San Josemaría, serían un calco de su muerte, porque el día de su fallecimiento (26 de junio de 1975) se cumplirían a rajatabla. En efecto, tal como lo había hecho siempre, se despertó puntualmente y saltó enérgicamente de su cama ofreciendo al Señor aquella mortificación que pregonó:

«Es la hora en punto de levantarte, un pensamiento sobrenatural, y ¡arriba!... El minuto heroico: ahí tienes una mortificación que fortalece tu voluntad y no debilita tu naturaleza».³⁶²

Luego hizo su media hora de oración personal matutina, celebró la Misa con devoción, y tras la acción de gracias eucarística desayunó frugalmente.³⁶³ Posteriormente iría a un centro universitario internacional para tener un rato de conversación con mujeres del Opus

³⁶¹ J. Echevarría, *Memoria del Beato...*, Madrid, 2000. En la página 203 se dice que en su habitación en Roma tenía la misma inscripción sobre su cama.

^{361 bis} Tal concepto lo expresa con palabras semejantes Jesús Urteaga en *El valor divino de lo humano*, p. 179.

³⁶² *Camino*, 206. También cfr. P. urbano, op. cit., p. 482.

³⁶³ Cfr. P. urbano, op. cit., p. 482.

Dei de diversas nacionalidades; y, antes de partir, les encargaría a dos fieles del Opus Dei que fuesen a visitar de su parte a un amigo del Papa Paulo VI. Este hombre, amigo personal del Romano Pontífice, el doctor Ugo Piazza, quería hablar con San Josemaría; pero como el santo estaba por emprender un viaje fuera de Roma, le envió dos personas para que en su nombre lo saludasen y le preguntasen de parte suya en qué podría servirlo, y al darles el encargo añadió:

—¡Decidle que yo, desde hace años, ofrezco mi vida a diario por el Papa, sea el que sea!³⁶⁴

Tras este encargo subió al vehículo y durante el trayecto rezó con sus acompañantes una parte del rosario.³⁶⁵ Al llegar, tuvo una conversación de unos veinte minutos en la que participaron breve y amablemente mujeres de diversos lugares del mundo (reflejo del espíritu universal que caracterizó su apostolado): Austria, México, Chile, Italia, Brasil, Japón, España, Estados Unidos, Kenya...³⁶⁶ Pocos instantes después, al comenzar a sentirse mal, emprendió el regreso a la sede central del Opus Dei, donde fallecería al poco de llegar.

Pero si atendemos a sus palabras: «como se vive se muere», cabe señalar que en aquella conversación —última de su vida— con mujeres de diversas naciones, les hizo una síntesis del mensaje que predicó a lo largo de cincuenta años:

«Vosotras... me imagino que de todo sacáis motivo para tratar a Dios y a su Madre bendita... y a San José nuestro Padre y Señor, y a nuestros Ángeles Custodios, para ayudar a esta Iglesia Santa, nuestra Madre, que está tan necesitada. Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa, cualquiera que sea. Pedid al Señor que sea eficaz nuestro servicio para su Iglesia y para el Santo Padre».³⁶⁷

También se puede señalar que al regresar a la Sede central, lo primero que hizo fue saludar al Señor en el Sagrario, costumbre de toda su vida. Y, finalmente, que al ingresar a su lugar de trabajo, donde se desplomó para morir, dirigió una afectuosa mirada contemplativa al cuadro de la Virgen de Guadalupe que presidía aquella habitación.

³⁶⁴ *Ibidem.*

³⁶⁵ *Ibidem.*

³⁶⁶ *Ibidem.*

³⁶⁷ D. Helming, *Huellas en la nieve*, Palabra, Madrid, 1987, p. 74.

De modo que el final de la vida de San Josemaría, como sucede con todos los santos, nos revela una persona con la madurez de quien sabe lo que quiere desde el principio hasta el final, pues todos los días suyos son iguales, ya que persiguen un mismo ideal y predicán idéntico mensaje.

V) Otros testimonios.

Santo Tomás Moro mantuvo el incombustible buen humor que caracterizó su existencia, incluso en el injusto cadalso, pues al poner la cabeza sobre el «maderón» donde sería martirizado como fiel hijo de la Iglesia, su larga barba de prisionero se le quedó enganchada, y, entonces, le dijo al verdugo con sonriente picardía:

—Por favor, déjame acomodarla; no me la decapites también a ella; mi barba es inocente.

Por su parte, Santa Teresa de Jesús entregó su alma diciendo:

—¡Muero hija de la Iglesia, hija de la Iglesia al fin!

En cuanto al Papa Paulo VI, hay que decir que sus últimas palabras en la Tierra fueron las del «Padrenuestro».³⁶⁸ Y de Juan Pablo I (Albino Luciani), que fue sorprendido por la muerte leyendo la *Imitación de Cristo*. De modo que en ellos se cumple aquello de que *ante los ojos de Dios la muerte de los santos es bella*.³⁶⁹

150

— CONCLUSIÓN — LA MADUREZ EXPRESA HUMILDAD

*« Nada perfecciona tanto la
personalidad, como la
correspondencia a la gracia »*³⁷⁰

Hice una breve reseña de la madurez de algunos santos para demostrarte que no hay madurez sin santidad (correspondencia a la

³⁶⁸ El biógrafo de Juan Pablo II (Weigel), cuenta que el Papa Montini (Pablo VI) había sido Nuncio en Varsovia en la década del veinte, y que estando allí había comprado un reloj despertador que fue el que utilizó hasta su muerte. En el mismo momento en que murió, el «reloj polaco» comenzó a sonar de modo sorpresivo. Y tal vez sea éste un buen símbolo de por qué Dios se llevó tan pronto al Papa Luciani (Juan Pablo I): había llegado la hora de tener un Papa polaco.

³⁶⁹ Salmo 115, 15: *Pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum eius.*

gracia). Los santos son los que saben qué quieren. Los santos tienen metas nobles, prevén las dificultades y están dispuestos a pagar el precio. Y para ser maduros, mucho nos ayudaría el leer con frecuencia las vidas de los santos: especialmente las de los más contemporáneos, es decir, aquellos que han tenido que convivir con las mismas circunstancias nuestras.

Y no puedo concluir esta cuestión sin dar respuesta a una pregunta clave: ¿Por qué la madurez implica amor y humildad? Porque a diferencia de la soberbia, que nos hace inconformistas insaciables e insatisfechos de lo que Dios nos ha dado, hombres a quienes la vida les aburre, la madurez está compenetrada del amor a la propia misión... y experimenta su autorrealización cumpliéndola con profundo agradecimiento a Dios.

³⁷⁰ *Surco*, 443. El texto completo dice: «"Una gran señal apareció en el Cielo: una mujer con corona de doce estrellas sobre su cabeza; vestida de sol; la luna a sus pies". Para que tú y yo, y todos, tengamos la certeza de que nada perfecciona tanto la personalidad como la correspondencia a la gracia. Procura imitar a la Virgen, y serás hombre —o mujer— de una pieza».

HUMILDAD y CASTIDAD

151

— ENAMORARSE (EN - AMOR -
DARSE) — « *El hombre animal no comprende la
palabra de Dios* »³⁷¹

Un tren de línea atraviesa periódicamente el desierto. Los pasajeros se quejan porque llegan repletos de polvo. La compañía contrata ingenieros para resolver la dificultad: sellan los compartimentos con más eficacia, dobles puertas y ventanas, etc. Pero el polvo igualmente sigue ingresando y la compañía pierde clientes de modo sistemático. Finalmente se logra la solución aumentando la presión interna de aire en los vagones.

Pues bien, cuando en nuestra vida ha cristalizado la madurez, lo que nunca se consigue sin humildad, los ideales mantienen nuestras mentes bien presurizadas, y prestas a rechazar contundentemente todo aquello que nos aparta del verdadero camino, porque es importante tener presente que la impureza siempre tiene, como antecedente necesario, un vacío existencial que se produce cuando la familia, el cónyuge, los problemas nacionales e internacionales, etc., ocupan poco lugar en la propia alma.

La vida enseña que mientras el desamor genera en nuestra interioridad espacios libres que tienden a ser rellenos por «aventurillas» desleales, el amor fiel genera una solidez afectiva que mantiene bien presurizada el alma. Ya lo dice el viejo refrán:

«A olla que hierve, ninguna mosca se atreve».³⁷²

Y si hice referencia a lo del aire presurizado en aquel tren, es porque viene a mis recuerdos lo que me contó cierta vez un señor, a

³⁷¹ 1 i Corintios 2, 14: *Animalis homo, non percipit ea quae sunt Dei.*

³⁷² 2 Expresión atribuida a San Efrén.

quien habían contratado para trabajar con una computadora que lo mantenía conectado a las redes informáticas más globalizadas, aquellas en las que hay de todo: desde lo más digno a lo más indigno, y desde lo más virtuoso a lo más pecaminoso. Eran tantas las tentaciones a las que podía acceder por medio de la pantalla que, para no distraerse con tonterías e impurezas, programó su aparato de modo que al encenderlo la primera imagen que apareciese fuese una fotografía de su familia con el siguiente texto: «¡Señor, al utilizar esta computadora ayúdame a demostrar que el amor a mi familia es verdadero!».

Nosotros los cristianos no podemos vivir como si nuestro amor no fuese verdadero,³⁷³ es decir, como egoístas desamorados que no tienen ninguna causa por la cual dar la vida. Ahora, teniendo en cuenta el importante nexo que existe entre el enamoramiento legítimo y la castidad, debe añadirse que hay dos modos complementarios de luchar por la pureza del corazón (especialmente en lo que se refiere al ámbito de la sexualidad). uno de ellos, el clásico, consiste en vivir la templanza, virtud cardinal que modera nuestros apetitos fijándoles límites: ¡no cometas adulterio, no tengas sexo extramatrimonial, no mires ni pienses en cosas obscenas... !

Pero la templanza verdadera, al igual que todas las virtudes, debe ir compenetrada de la caridad, ya que la virtud no es otra cosa que el orden del amor (*ordo amoris*), por lo que pretender ser templados sin un amor que brote del interior del corazón, es algo así como intentar que al vagón no ingrese el polvo a base de sellar puertas y ventanas. Por eso, este otro camino que acompaña al de la templanza perfeccionándola desde dentro (la caridad), hace que la virtud de la pureza mantenga nuestras cabezas bien «presurizadas», y sin darle posibilidades de que, como la moscas, comiencen a merodear por lugares hediondos.

La pureza es la expresión de la caridad en el orden de la sexualidad, y no se logra sólo a base de combatir el ocio —especialmente ante la agresiva actitud que en materia de sensualidad tienen los medios de comunicación social contemporáneos—, ya que no es lo mismo estar ocupado que estar enamorado.

La pureza auténtica se alcanza con el enamoramiento que experimentamos ante un ideal noble; y éste es uno de los motivos claves por el que son grandes enemigos de la castidad el aburrimiento, la apatía, la tibieza, la pereza... enemigos ante los que es recomendable huir como de la peste, ya que se trata de estados del espíritu que constituyen el caldo de cultivo de la impureza. De modo que para

³⁷³ Cfr. J. Echevarría (prelado del Opus Dei), *Itinerarios de vida cristiana*, Barcelona, 2001, pp. 155-165.

lograr una vida casta ciertamente hay que estar ocupados, pero cuidado, porque con esto ¡no alcanza!... , también se necesita que aquello en lo que estemos ocupados sea un «ideal».

Hay que tener presente que durante siglos, cuando se catequizaba a los jóvenes exhortándolos a vivir la pureza, se lo hacía dentro de una concepción antropológica donde la templanza no siempre era explícitamente integrada con la caridad. Por ejemplo, a un muchacho con su concupiscencia descontrolada, tradicionalmente se le sugería combatir el ocio, pero este tipo de consejos, que tal vez otrora fuesen por sí solos efectivos, hoy son insuficientes, porque consta que decirle a un muchacho «Toma una escoba y ponte a barrer ocho horas diarias para que no te asalten pensamientos o deseos impuros», ¡no alcanza! Más bien habrá que decirle: «¡Enamórate de algo noble por lo cual dar la vida!», «¡Ten un ideal!».

El final del siglo XX consagró definitivamente la «ética personalista», cuya expresión más acabada es el magisterio antropológico-ético de Juan Pablo ii (teología del cuerpo y catequesis sobre el amor humano). Esta postura insiste en que «la persona es la única criatura a la que Dios ama en sí misma»,³⁷⁴ y en que el matrimonio no viene a rectificar los instintos desviados por conductas adolescentes viciosas, sino que presupone una vida casta que garantiza la aptitud para el autodomínio. La pureza se fundamenta en la capacidad de enamorarnos de bienes legítimos, por lo que es en el enamoramiento donde encontramos el fundamento que confiere salud a la concupiscencia desordenada, y en el servicio a los demás la fuente que alimenta el autodomínio recto de la sexualidad (y no en una vida laboral intensa, pero sin amor).

Y antes de concluir con la exposición de este apartado, debemos formular una pregunta clave: ¿por qué motivo los vacíos mentales que rellenamos con egoísmos, «aventurillas» desleales y otras múltiples manifestaciones de desamor, constituyen una falta de humildad? Porque manifiestan que no nos conformamos con lo que Dios nos ha dado (familia, trabajo, bienes espirituales y materiales...), e inflamados por las pretensiones desmedidas de la soberbia estallamos con pensamientos de este tenor: «¡Yo no me merezco sólo esto!, ¡esto no me alcanza!, ¡yo necesito también otros amores que llenen los vacíos de mi corazón!»; «¡Si Dios no me da más, la vida me resulta aburrida, ociosa, apática...!», y cuando el corazón humano se encuentra lleno de estos afectos desordenados, la impureza, como se dice en el fútbol, «juega de local».

³⁷⁴ *Gaudium et spes* 24.

— CASTIDAD Y OPCIONES DEFINITIVAS —

« *El cristiano no debe acomodar su vida a la reinante contracultura mundial, sino que debe hacerla entrar en crisis* »³⁷⁵

Por el sacramento del matrimonio el marido y la mujer quedan ligados de modo indisoluble, y ya no pueden, hasta la muerte de uno de ellos, establecer una nueva alianza nupcial.

En cambio, por la vocación al «celibato» (como ocurre en el sacerdocio) se asume el compromiso de no contraer matrimonio de por vida. Pero este compromiso, debe aclararse, se funda en alguna causa noble: estar más disponible a las necesidades de la Iglesia, por ejemplo. Al respecto, recuerdo un diálogo (no textual) que escuché entre una joven periodista y un famoso psiquiatra sobre el tema de la madurez:

Periodista:

—Dígame, ¿es o no el celibato un peligro para la salud mental?

Ante aquella pregunta incisiva y muy comprensible en una sociedad de consumo donde sin sexualidad copulativa ejercitada de modo efectivo no se concibe la felicidad,³⁷⁶ aquel psiquiatra respondió con esa humilde sabiduría en la que se fusionan las luces del Espíritu Santo con los muchos años de trabajo y estudio:

—¡No, no es un peligro para la salud mental!, pero si usted me permite, ya que soy psiquiatra, le advertiré algunas cuestiones vinculadas a este tema que sí son perjudiciales para la psiquis. Pero antes debo formularle una pregunta: ¿Es usted casada?

—Sí —responde la periodista.

—Pues entonces me entenderá. Para la salud mental es peligroso hacer en la vida «opciones definitivas» (matrimonio, sacerdocio...) y no cumplirlas; es decir, si su marido se casa con usted, pero vive de modo nostálgico y melancólico pensando en todas las demás mujeres con las que se podría haber casado, eso sí es peligroso para la salud mental. Y si usted optó definitivamente por él, pero vive con melancolía pensando en otros hombres o proyectos vitales, lo mismo. Con otras palabras, la ruptura entre «opción definitiva» y «modus

³⁷⁵ Pbro. Dr. Raúl Lanzetti.

³⁷⁶ Visión ideológica que ya te darás cuenta, estimado lector, los muchos dolores de cabeza que engendrará en aquellos matrimonios donde por cuestiones de salud, trabajo o edad, la sexualidad copulativa sufre fuertes restricciones de hecho: el marido que se ve obligado a trabajar en otra ciudad, los esposos que ingresan en distintos momentos a esa etapa de la vida donde el impulso natural de la sexualidad pierde vigor e interés, la mujer lisiada y en silla de ruedas, etc.

vivendi» es un estilo de conducta esquizofrénica que garantiza no sólo el fracaso matrimonial, también la locura mental. Y lo mismo sucedería con el celibato, puesto que si una persona como la Madre Teresa de Calcuta que, haciendo una opción definitiva por la lucha contra la pobreza y el aborto, añorase otros proyectos vitales que le obstaculizaran vivir su opción con fidelidad, esta contradicción interior le dañaría la salud mental. Pero en el caso de la Madre Teresa, la fidelidad a su misión, que consta mundialmente, la preserva en su equilibrio psicológico. Pero te daré un último ejemplo: si el querido Papa Juan Pablo ii, renunciando al matrimonio para consagrar toda su existencia a la difusión del mensaje cristiano, hubiese ejercido su función pastoral con la melancolía y apatía de quien nostálgicamente tuviese puesto el corazón en otro camino, eso le hubiese dañado su equilibrio psíquico, pero bien sabemos que como auténtico enamorado de la causa de Cristo, ni siquiera las extraordinarias golpizas que le proporcionó la vida consiguieron alejarlo del intenso amor por sus nobles idea-

les.³⁷⁷

De lo dicho por este sabio psiquiatra surge que la pureza y el equilibrio psíquico están íntimamente vinculados al hecho de vivir como auténticos enamorados; y esto es lo que procuran hacer todos los santos, tanto los que quieren alcanzar la santidad por la vía del celibato (sacerdotes y laicos), como quienes pretenden hacerlo por medio del sacramento del matrimonio, o quienes lo procuran

³⁷⁷ Como es universalmente sabido, la vida de Karol Wojtyła (Juan Pablo II), fue marcada vivamente por la experiencia del dolor y por la generosidad para aceptarlo como fuente de autorrealización ética. Nacido el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, experimentó la prematura muerte de todos sus familiares inmediatos (una hermana que falleció a las semanas de haber nacido él —por lo que directamente no la conoció—, su madre al cumplir seis, su hermano a los doce, y su padre en febrero de 1941, teniendo él veinte años). A esto se sumó la muerte inesperada de veinticuatro de los treinta y seis compañeros con los que acabó el colegio al comienzo de la ii Guerra Mundial en la que murieron millones de polacos. Luego sería obligado a trabajar al servicio de los nazis como semiesclavo junto a sus compatriotas, primero en una cantera y luego en una fábrica química Solvay... y durante cuatro largos años de su juventud. Posteriormente, en 1943, lo atropella un camión dejando su salud durante varios meses al borde de la muerte. Ese mismo año ingresa al Seminario clandestino que, con la ocupación nazi, incluía el riesgo de sufrir la pena de muerte (su único compañero de curso, de hecho, fue fusilado). Pero no acaba aquí su historia universalmente conocida y admirada, pues siguen los largos y valientes años conduciendo a la Arquidiócesis de Cracovia en un país dominado por el comunismo, y las dos balas que, siendo ya Romano Pontífice, impactaron en su cuerpo dejándolo al borde de la muerte. Cabe destacar que todos estos sufrimientos no lo amilanaron a la hora de aprender innumerable cantidad de idiomas, practicar muchos deportes, gozar de un extraordinario buen humor, demostrar un inusitado afán de servicio, y detentar la extraordinaria madurez propia de toda persona que quiere prestar un servicio universal a las almas.

permaneciendo solteros (no célibes) por diversos motivos legítimos (mayor dedicación a los estudios, a la investigación, a la atención de familiares enfermos, etc.).

Pero cuando no hay humildad fácilmente aparecen la apatía, el aburrimiento, la tibieza, la dejadez, la pereza, y el desamor... experiencias que vienen acompañadas frecuentemente de una cuota de impureza. Y la humildad es muy importante para conseguir enamorarse de la propia vocación, pues sin humildad el enamoramiento queda obstaculizado porque nada nos conforma: «¡En mi vida nada vale la pena!»; «¡No hay nada que me satisfaga!»; «¡No hay nada que esté a la altura del valor de mi vida para que yo la sacrifique, pues todo es pequeño para mi *curriculum vitae!*».

una persona humilde es conciente de que para encontrar un ideal por el que valga la pena ofrendar la vida, bastará simplemente con dar un giro por los alrededores de las ciudades que tienen poblaciones hacinadas, analfabetas, descristianizadas, desnutridas, incivilizadas, enfermas... ; o también visitando los geriátricos presentes en tantas naciones «desarrolladas» y en los que los ancianos fácilmente son víctimas del desamparo, el abandono, la eutanasia... ; o tomar un mapamundi y mirar cuántos países necesitan del afecto humano.

El humilde no tiene como principales dificultades la apatía y el aburrimiento, al contrario, su problema consiste en que siendo tantas —¡tantas!— las causas por las que dar la vida, no sabe por dónde comenzar a poner «manos a la obra».

« Hay que ahogar el mal en abundancia de bien »

El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, que quien lo encuentra lo oculta, y, lleno de alegría, vende

^{37 8} Cfr. S. Bernal, op. cit., p.233.

^{37 9} Mateo 13, 44.

todo lo que tiene y compra aquel campo...³⁷⁹ y el Reino de los Cielos también se parece al mercader que busca perlas preciosas, quien, hallando una de gran precio, vende todo cuanto tiene y la compra.³⁸⁰

Estas palabras de Jesucristo iluminan la vocación matrimonial, ya que en ellas el varón puede ser identificado con el «tesoro escondido» al que su novia lo descubre como alguien por quien vale la pena dar la vida, mientras ella es la «perla preciosa» que el novio percibe como la mujer por quien entregarse sin reservas. También ilustra sobre aquella dimensión propia de toda vocación, la que consiste en haber descubierto algo o alguien por quien vale la pena darlo todo (en el matrimonio o fuera de él), descubrimiento que exige una actitud contemplativa de admiración que deberá ser alimentada permanentemente para que no se apague.

Por ejemplo, si un esposo se casó con su amada atraído por múltiples valores de ella, y con el pasar de los años le brotan insistentes «juicios críticos» que enfrían aquel amor que lo llevó al matrimonio, tendrá que reaccionar procurando descubrir «nuevos» puntos de admiración, receta que fue formulada por San Josemaría cuando nos animaba a «ahogar el mal en abundancia de bien»...³⁸¹ buscando alimentar el amor a lo largo de la vida por medio de la admiración.

Y para alimentar el amor cotidianamente, ten en cuenta que ningún amor es más sólido que el de los émulos (aquellos que se admiran recíprocamente), y que tampoco hay amor más endeble que el de los envidiosos que viven compárandose negativamente para competir y ver quién gana: la mujer que quiere demostrarle al marido que gana más dinero, el marido que le hace notar a la esposa que su familia sobresale en méritos en relación a la de ella, el cónyuge que deja en claro las diferencias en el mantenerse bien físicamente con el pasar de los años...; porque el envidioso no «mira» al prójimo, sino que «se mira» reflejado en él, pues el prójimo es sólo un espejo de las propias virtudes y defectos; a diferencia de la admiración, que mira al otro «en cuanto otro», y con amor sincero.

³⁸⁰ Mateo 13, 45. Si dos novios llegan al altar para casarse, se supone que el novio vio a su esposa como la perla por la que valía la pena darlo todo; y ella descubrió en el novio el tesoro escondido por el que, también, dejarlo todo.

³⁸¹ S. Bernal, op. cit., p. 233.

— ARIDEZ EN EL AMOR MATRIMONIAL —

« Prohibido suicidarse en primavera »³⁸²

La celebración del matrimonio es un rito en el que un hombre y una mujer se unen para encender un «fuego de amor» que les permita formar un hogar. Pero la manutención del mismo, para que constantemente tenga calor y luz, exigirá que todos los días recojan un tronco (cada uno de los cónyuges por un extremo) y lo arrojen «juntos» al fuego, para que éste siga alimentándose.

Y si el fuego comenzara a enfriarse, lo que nunca deben hacer los esposos es acudir al adulterio como solución, pues el fuego de la infidelidad no proporciona calor y luz, sino que asfixia el hogar y las vidas de los cónyuges con el humo espeso de la mentira y la desconfianza.

Si en la vida matrimonial hay momentos de «aridez» en los que la salud, la economía, las limitaciones temperamentales, las crisis de edad,³⁸³ el cansancio de los defectos cotidianos... hacen tambalear el amor momentáneamente, sería una inmadurez existencial pretender resolver las dificultades cayendo en la infidelidad a los compromisos fundamentales asumidos.

Los desvaríos del amor por cauces indebidos son propios de la «tibieza», mientras que la firmeza de conducta en los momentos difíciles se denomina «aridez». La tibieza es el camino a la infidelidad definitiva, mientras que la aridez es una actitud noble, propia de quien resiste firme la prueba, y adecúa su existencia a los versos que dicen:

«En el corazón te llevo, y
aunque lejos de mí estés,
de otra fuente no bebo,
aunque me muera de
sed».

La persona madura sabe que «aridez» y «tibieza» no se identifican, pues aunque estén unidas en el punto de partida (la tentación del desamor), la primera refleja la conducta propia de quien se mantiene inalterable en su dirección a la meta, y con el corazón lleno de

³⁸² Título de una conocida obra de teatro de Alejandro Casona.

³⁸³ Una de ellas es la famosa crisis de los cuarenta, donde hace su aparición el «demonio meridiano» que nos mueve a cuestionarnos negativamente todo lo hecho; o la «mística hojalatera» a la que hacía referencia San Josemaría: ¡ojalá no me hubiera

fidelidad hacia sus opciones definitivas libremente asumidas (el matrimonio hasta la muerte, por ejemplo); mientras que la segunda refleja un corazón que se desvía buscando consuelo en amores prohibidos.

En los momentos en que somos tentados por el desamor y la apatía debemos ser humildes y comenzar pidiendo ayuda a Dios; y, además, tener en claro que se trata de tentaciones que persistirán a lo largo de toda la vida, pues así como hay una apatía anual (promovida por las temporadas calurosas y húmedas) y otra semanal (la tristeza de las últimas horas de un domingo), también las hay diarias (aquellas horas de cada jornada en las que la pereza ataca con todas sus fuerzas: la hora de levantarse, el desgano anímico que sigue al almuerzo, etc.). Y llegados estos momentos más exigentes, debemos luchar para evitar que la «aridez» se nos transforme en «tibieza», tal como sucedió con el pueblo judío que, cansado de esperar que termine el diálogo entre Moisés y Yavé en el Monte Sinaí, construyó un «becerro de oro» para que hiciese las veces de «dios» al cual rendirle culto.

El cristiano maduro, en los momentos de aridez persevera en el amor sin caer en la tibieza, y su lucha se asemeja a las palabras que dirigió Churchill a los suyos en aquellos difíciles momentos en que los nazis atacaban las islas Británicas:

«Lucharemos hasta el fin, lucharemos en Francia, lucharemos en los mares y en los océanos... defenderemos nuestra isla a cualquier precio, lucharemos en las playas, lucharemos en las pistas aéreas, lucharemos en los campos, lucharemos en las calles, lucharemos en las colinas: ¡Nunca nos rendiremos!».

155

— HUMILDAD Y CASTIDAD CONYUGAL —

En el ser humano existe una inclinación natural al amor, y una de sus nobles manifestaciones es el amor conyugal expresado en el legítimo acto sexual. Pero debe tenerse presente que la inclinación fundamental es al amor, y no al amor expresado sexualmente; pues si bien el amor conyugal es una expresión privilegiada del amor

casado con esta mujer en vez de haberlo hecho!, ¡ojalá hubiese sido médico en vez de abogado! ¡ojalá...! (vid. el análisis que se hace de la «mística hojalatera» en P Berglar, *Opus Dei*, Madrid, 1989, p. 315).

humano, no es la única que puede contribuir a la plenitud del desarrollo de la persona.

Son muchos los hombres y mujeres que viven en el mundo expresando su amor, pero no conyugalmente; y mientras algunos lo hacen por haber elegido una causa noble (la Madre Teresa de Calcuta), otros lo hacen por circunstancias involuntarias: enfermedades o accidentes graves que impiden el ejercicio de la sexualidad, etc. Por eso es muy importante rechazar de lleno los conceptos pansexualistas promovidos por la «Revolución hedonista de 1968» (el famoso Mayo Francés), a partir de la cual se intentó inculcar a la humanidad la nefasta idea de que para la felicidad personal el ejercicio efectivo del sexo copulativo es imprescindible.

Hay que tener presente que el amor auténtico tiene necesidad de un marco que ofrezca garantías de incondicionalidad a la hora de asumir todas las consecuencias que pueden derivar de un acto sexual aislado; incondicionalidad que sólo se encuentra en el marco del matrimonio heterosexual, monogámico e indisoluble; e incondicionalidad que puede no presentarse nunca, ya que el amor conyugal es una relación de alteridad que exige «otra» persona, y ésta podría no existir en los planes de Dios.

El amor sexual conyugal debe ser respuesta a un llamado, una vocación, un «don», ya que el marido debe ser el *tesoro escondido en el campo*³⁸⁴ y la esposa la *perla preciosa*.³⁸⁵ Y dentro de esta concepción, la persona humilde sabrá esperar castamente la aparición de esa otra persona (don divino) para ejercer la sexualidad dignamente; y en el caso de que no se presente, sabrá vivir la castidad y la pureza con serenidad y alegría, pues tendrá su corazón desbordante de otros amores que emanan de la contemplación de las múltiples situaciones presentes en el mundo, que interpelan continuamente su conciencia solicitándole ayuda.³⁸⁶

³⁸⁴ Mateo 13, 44-46.³

³⁸⁵ Mateo 13, 47-52.

³⁸⁶ Al respecto, son muy interesantes las reflexiones que sobre este tema aporta la conocida literata Susana Tamaro.

— LAS ADICCIONES AFECTIVAS —

« *Tener celos es amarse a sí mismo en otro* »³⁹⁰

Hoy es frecuente utilizar el término «adicción» en su connotación peyorativa: adicción al alcohol, a la droga, al juego, etc., y en este negativo sentido quiero hacer uso del término en el presente apartado. Pues bien, entre jóvenes y adolescentes, cuando el amor no es humilde y ordenado, se suelen crear traumáticas «adicciones afectivas», las que vienen expresadas por el espíritu celoso y posesivo que conduce a fuertes conflictos en las parejas, y sin que falten aquellos casos patológicos que llevan a depresiones y/o suicidios.

Dichas adicciones se atemperarían si no existiesen esos noviazgos o amistades incipientes que absorben obsesivamente todo el tiempo, y que sin desarrollo gradual abruptamente impiden poner el corazón en otras dimensiones importantes de la vida: los estudios, el trabajo, la propia familia, las necesidades nacionales e internacionales...

El adolescente enredado en este tipo de noviazgos debe desintoxicarse, pues el espíritu posesivo y celoso le potenciará el ensimismamiento, el autismo espiritual, el egocentrismo, el victimismo ante los sufrimientos afectivos... todo lo cual se opone a la concepción «alocéntrica» del cristianismo, el cual nos invita a pensar en el «alter» (el otro). Y si el novio o la novia (adictos a los celos) presionan para que haya exclusividad las veinticuatro horas del día, deberían dejarse las cosas claras —¡bien claras!— diciéndose:

—Tú no pretendas ser el «centro del cosmos y de la historia».

En relación a esto, me viene a la memoria una ocasión en que compartí la mesa con un matrimonio amigo que tenía un hijo adolescente de quince años. Mientras comíamos charlábamos con este muchacho sobre un libro filosófico muy pernicioso que él acababa de leer. Al notar que lo defendía con tesón, sentí la obligación de refutárselo; y como se trataba del primer y único libro que aquel joven había leído sobre la materia, mi mayor experiencia en temas humanísticos me facilitó poder «acribillar» íntegramente dicho escrito («No quedó piedra sobre piedra»). Pero en el momento final de mi exposición, cuando aquel chico quedó con la boca abierta sin poder dar ningún argumento a su favor, disgustado conmigo reaccionó levantándose de la mesa en señal de protesta (luego lo fui a buscar y me reconcilié con él, llegando a ser grandes amigos). Ante dicho desaire, sus papás, que estaban presentes, me dijeron que le restara importancia al enojo, pero también aprovecharon para explicarme la causa de la conducta del hijo:

³⁸⁷ M. Van Der Meersch, *Cuerpos y almas*, Buenos Aires, 1958, p. 325.

—Padre, tenga presente que en la vida cada uno es lo que ha leído, y usted leyó decenas o acaso centenares de libros filosóficos y humanísticos; si yo le destruyo con mis argumentos uno de ellos, tan sólo habré despedazado alguna de sus convicciones, pues acabar completamente con sus ideas implicaría refutar todos los demás libros que ha leído, y que son claves en su concepción de la vida. Pero mi hijo adolescente leyó sólo un libro, y cuando usted, delante mío, se lo «acribilló» por completo, no le destruyó sólo uno de sus libros, sino «el» libro, o el «único» libro, es decir, le destruyó todo su pensamiento.

Después de meditar sobre aquella observación aguda, desde entonces procuré tenerla en cuenta en el diálogo con los jóvenes. Pero el motivo por el que te la he contado, es porque considero de interés hacer un paralelismo entre este episodio y las adicciones afectivas. La jovencita que vive un noviazgo donde ella y el novio son un «pegote» permanente —siempre juntos, a punto tal que ya no estudian, ni están con sus amigos, ni comparten nada con la familia—, seguramente quedará en estado de depresión aguda si el novio «corta» dicho noviazgo abruptamente, porque no habrá sido sólo la ruptura de un noviazgo sino de todo el sentido de la vida. Por tanto, mi sugerencia es ir alimentando los afectos del noviazgo gradualmente, hasta conseguir que se cristalice con naturalidad y armónicamente con los demás deberes que a cada uno le compete realizar dentro del mundo; y, en esto te reitero que si somos humildes no pretenderemos que al iniciar una relación afectiva la otra persona nos trate «artificialmente» como si fuésemos, desde el primer momento, el «centro del cosmos y de la historia».

157

— EL ÚNICO CAMINO DE LA
CASTIDAD — LA SANTIDAD

«Tengo contra ti que has perdido el fervor de la primera caridad»³⁸⁸

Para concluir estas reflexiones sobre la castidad y su vínculo con la madurez haré una última observación. Soy consciente de que vivimos tiempos difíciles, pues la incitación a la impureza es un delin-

388 Apocalipsis 2, 4.

cuenta peligrosísimo que ya se encuentra dentro de nuestras casas: en el televisor del cuarto de tus hijos, en la computadora con sus redes informáticas vendiendo a diestra y siniestra sexo a los niños, en la proliferación mundial de los prostíbulos y las casas de juego, en la precipitación sexual con que se relacionan jóvenes y adultos, etc. Es decir, la impureza es un mal que amenaza a todos los hogares, pero no sólo desde fuera, también desde su interior. Y, precisamente por encontrarnos envueltos en estas afligentes circunstancias, debemos darle gracias a Dios por habernos llamado a la existencia en estos tiempos «no aptos para mediocres».

Algunas décadas atrás, la educación que se impartía desde la familia y el resto de la sociedad era esencialmente «casta», y si uno no era santo tenía al menos la posibilidad de ser un cristiano mediocre. Pero hoy, la opción por una vida cristiana mediocre no es viable, pues la sociedad y los medios de comunicación transmiten con fuerza inaudita una prédica nociva y autodestructiva sobre todos los temas fundamentales vinculados al derecho a la vida, la sexualidad, la familia, el matrimonio, el noviazgo... y, por si fuera poco, en los hogares no siempre las ideas están muy claras a la hora de prevenir y rechazar estos embates.

Y lo dicho nos obliga a ser «santos» so pena de que la contracultura nos descuartice a nosotros... y a nuestros seres queridos. De modo que como ya no se puede «sobrevivir» sobre los cimientos de una vida cristiana tibia, resulta imprescindible munirse con la *potestad de caminar sobre serpientes y escorpiones*,³⁸⁹ único modo de resistir los ataques constantes de la lujuria. Y esta *potestad* es la santidad de vida.

Así que te reitero la invitación a darle gracias a Dios por no habernos convocado a participar de su iglesia en tiempos pasados en los que un católico tal vez tenía tres opciones (santidad, infidelidad a Dios, o «tibieza»), sino que nos trajo al mundo en los comienzos del tercer milenio, período histórico donde los católicos vemos reducidas nuestra opciones a tan sólo dos: «o somos santos o la realidad social nos descuartiza». Con otras palabras, como la realidad social nos fuerza a ser santos viviendo congruentemente nuestra fe, al levantarnos cada día de la cama deberíamos decirle a Dios con alegría: ¡Señor, gracias por permitirnos participar de estos tiempos «no aptos para mediocres»!³⁹⁰

³⁸⁹ Lucas 10, 19, y también Marcos 16, 16-18: *El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará; y éstas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes con sus manos y aunque beban veneno no les hará daño.*

³⁹⁰ Idea que debo al Pbro. Dr. Eduardo Volpacchio. El concepto coincide con las palabras dichas en nombre del Papa Pío XI, en el Congreso Eucarístico internacional

AMOR y EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

158

— AUTODOMINIO Y EDUCACIÓN —

« Si basta una mirada, no hagas un gesto; si basta un gesto, no digas una palabra; si basta una palabra, no pegues un grito; y si basta un grito, no des una paliza »³⁹¹

El dominio del temperamento es algo que deben tener presente aquellos padres que con gran facilidad utilizan la violencia en la educación cotidiana de los hijos, recurso equivocado y dañoso que tiene que ver con la soberbia que les lleva a pensar que «¡ya no puedo más!», «¡todo tiene un límite!», «se llegó demasiado lejos», «no merezco soportar tantos gritos, desorden y caos»... y, entonces, pierden el equilibrio y la equidad para corregir a sus hijos y educarlos adecuadamente.

El que ama no se impacienta en la vida doméstica a la hora de las reprimendas y castigos, y, de este modo, ejerce el gobierno con equidad, lo que evita que se deforme la conciencia moral de los niños. Porque si al mismo chico a quien se le propinan palizas por faltas menores, se le perdonan fácilmente ofensas mayores, cuando sea grande le resultará difícil distinguir qué es lo que está bien, qué es lo que está mal, y cuál es la calificación moral (leve o grave) que mere-

de Budapest (en vísperas de la Segunda Guerra mundial), por el Legado pontificio monseñor Eugenio Pacelli (futuro Papa Pío XII): «Doy gracias a Dios cada día por haberme hecho vivir en las circunstancias presentes, pues esta crisis, tan profunda y uni-

versal, es única en la historia de la humanidad: el bien y el mal se han enfrentado en un duelo gigantesco, y ya nadie tiene derecho a ser mediocre». ^{3 9 1} Cfr. D. Ibáñez Langlois, op. cit., p. 93.

cen tales conductas. La justicia doméstica exige de modo especial que no nos dejemos arrastrar por arrebatos anímicos pasajeros.

No es raro ver padres que en un día de alegría abandonan el uso de la vara olvidándose del consejo bíblico:

*El que ahorra la vara aborrece a su hijo, y quien le ama lo corrige continuamente;*³⁹²

mientras que en las jornadas tensas (con problemas en la oficina, por ejemplo), transforman el hogar en un campo de exterminio. Es necesario lograr el equilibrio para corregir siempre que haga falta, pero con tacto y equidad. Además, la humildad incluye la petición de perdón a los hijos cuando se los corrigió injustamente, porque si bien la corrección pudo ser legítima, tal vez no lo haya sido el modo, el lugar, el momento, la cantidad de veces... ; y, de ser así, habrá que enmendar el error pidiendo perdón.

Por ejemplo, hay padres que corrigen a sus hijos delante de extraños humillándolos innecesariamente, o en días críticos (tras el fracaso en un examen), o con tono hiriente, o comparándolos negativamente con otros hermanos o amigos. Pero insisto, cuando ya está el ánimo sereno y se capta la irracionalidad con que se hizo la corrección, es necesario pedir disculpas, pues también existe el deber educativo de enseñarle a los hijos a rectificarse con humildad: erróneo sería pensar que pedir perdón resta autoridad, al contrario, la aumenta; y, en cambio, el no hacerlo desprestigia.

— AUTOBIOGRAFÍAS Y BIOGRAFÍAS —

« Mamá, ¡basta!, ya no me des más consejos ni exhortaciones. ¡Déjame hacerlo solo!; ya tengo edad suficiente para equivocarme sin que me ayudes »

Los padres, al educar a los hijos, deben recordar que en la vida somos lo que hemos decidido ser. Tal vez no nos demos cuenta o lo descubramos tarde, pero nuestra existencia es resultado de un cúmulo de decisiones grandes y pequeñas tomadas en el ejercicio de nuestra responsabilidad intransferible. No podemos ser inmaduros y

^{39 2} Proverbios 13, 24.

responsabilizar a otros por lo que hoy somos. Si obedecemos tontamente a nuestros padres, sin rebelarnos, habrá sido por muchos motivos, pero el primero fue porque quisimos hacerlo; y si torpemente los desobedecemos, también fue decisión propia. De modo que si tienes un fracaso en el estudio, piensa: ¿no habrá sido porque muchas veces he optado por la vagancia?; y si el fracaso se da en el amor matrimonial, familiar, fraternal, de amistad... examínate: ¿no habrá sido por una innumerable cantidad de veces que optaste por pequeños egoísmos, timideces y comodidades?

Con lo dicho no quiero afirmar que la familia y las estructuras sociales no influyan sobre lo que somos; pero te haré una importante aclaración: el mundo puede presionarnos sobre lo que hacemos o sobre lo que nos pasa, pero no sobre lo que somos. Nos pueden hacer sufrir males indeseados o regalarnos bienes que no hemos pedido, pero nunca pueden hacernos malos o buenos sin nuestro consentimiento.

Hecha esta aclaración inicial, si eres padre, te hago una pregunta: ¿Te acuerdas de aquel burrito que sería el trono sobre el cual ingresaría triunfalmente Jesucristo en Jerusalén?

*Id a esa aldea que está enfrente de vosotros, luego hallaréis una asna atada y un pollino con ella, desatadlos y traédmelos: y si alguno os dijere algo, respondedle que el Señor los necesita, y entonces os los dejará.*³⁹³

Pues bien, si tienes hijos y te acuerdas de este episodio, te sugiero que la orden del Maestro —*Desatadlos...*— la interpretes no sólo como desatarlo del palenque, también de su padre y de su madre (al menos a cierta edad), y el motivo son las palabras de Jesús: *porque el Señor necesita de él...*

La humildad en la educación de los hijos exige respetar el derecho inalienable a decidir el propio futuro cuando llega la edad oportuna; libertad que, conforme a nuestra condición humana, incluye la posibilidad de opciones erróneas cuyas consecuencias los hijos deberán asumirlas con su propia responsabilidad, y los padres velar para que así sea. De este modo, en cada hijo podrá hacerse realidad la sugerencia que el psiquiatra judío Víctor Frankl le hacía a los estadounidenses: «Así como se ha puesto la "Estatua de la Libertad" en la costa atlántica de los EE.UU, en la costa del océano Pacífico habría que colocar una "Estatua de la Responsabilidad"». ³⁹⁴

Lo dicho en este apartado tiene que ver con la circunstancia de que no es raro ver hijos e hijas que al querer hacer sus opciones definitivas encuentran en los padres un serio obstáculo, pues impi-

³⁹³ Mateo 21, 1-9.

³⁹⁴ V. Frankl, op. cit., p. 126.

den por todos los medios que sus críos, al llegar a la flor de la juventud, escriban su propia «autobiografía». Son padres que intentan escribirles a los hijos una «biografía» conforme a su gusto y criterio. Y la historia recoge muchas experiencias dictatoriales y totalitarias sufridas por jóvenes que, experimentando el llamado de Dios a la santidad con opciones radicales (por ejemplo renunciando al matrimonio), encontraron en sus padres una resistencia pertinaz, moralmente violenta e ilegítima. También hay experiencias negativas de padres que no se opusieron con violencia, pero sí manifestaron durante años indiferencia, y lo hacían creyendo que el hijo no se podría quejar, porque «respetaban» su decisión; pero esto es falso, puesto que «no podemos amar a los demás si no amamos sus alegrías».³⁹⁵

San Josemaría, quien fue interrogado en más de una ocasión sobre este tipo de problemáticas, solía comenzar sus respuestas contando la historia de la madre de un hijo aviador, el cual, antes de irse a volar, recibía de ella un maternal consejo: «¡Hijo mío, vuela bajito y despacio!».

No hace falta que te diga que proceder en conformidad con este consejo es muy peligroso en aviación (además de ser contrario a disposiciones legales), porque ¿te imaginas lo que sería un gigantesco avión comercial, con quinientos pasajeros a bordo, volando muy despacio a sólo cien metros de altura sobre la zona céntrica de una gran ciudad?

Pues bien, lo de la mamá del aviador retrata a la perfección la actitud de aquellos padres con aspiraciones espirituales mediocres que presionan a sus hijos para que vuelen como «aves de corral» en vez de hacerlo como «águilas».³⁹⁶

Hay padres que incitan a sus hijos una y otra vez con aquellas palabras: «¡vuela bajito y despacio!», como el caso de un joven universitario que me refería el argumento utilizado por su madre al intentar obstaculizar su decisión de ingresar al Seminario:

—Hijo mío, tú no tienes que aspirar a ser como San Francisco Javier, ni es necesario que te tomes la vida espiritual con tanta exigencia y seriedad. Ciertamente has de ser un buen cristiano, pero sin fanatismos. Tú debes imitar modelos de personas que sean buenos cristianos, pero con más normalidad y moderación... como por ejemplo... como por ejemplo... ¡como por ejemplo yo!

³⁹⁵ De la novela *Los hermanos Karamazov*, de Fedor Dostoievski.

³⁹⁶ *Camino*, 7: «No tengas espíritu pueblerino. Agranda tu corazón, hasta que sea universal, "católico". No vueles como un ave de corral, cuando puedes subir como las águilas».

La soberbia de los padres ante un hijo que pretende ser fermento en vez de masa puede llevarlos a medir los proyectos espirituales de los hijos con la vara de la propia mediocridad, y a olvidarse que si bien los cristianos somos hijos de un padre y una madre, fundamentalmente somos hijos de Dios, pues cada hijo viene al mundo a llevar adelante designios únicos e irrepetibles sin los cuales la propia vida perdería profundidad. ¿o acaso es imaginable la vida de la Virgen María sin Jesucristo, o la de San Pedro sin su encuentro con el Señor?

Pero debo prevenirte de que lo dicho no excluye la obligación de los padres de estar vigilantes, ni la de dar consejos oportunos (por sí, o por otras personas que actúen de intermediarios); o de fomentarle a sus hijos las buenas compañías (por ejemplo, veraneando con familias amigas para que sus hijos formen sanos vínculos de amistad); o tomar algunas medidas enérgicas que hagan sentir legítimamente la autoridad paterna o materna; o restar todo tipo de apoyo económico y afectivo a proyectos manifiestamente inadecuados o inmorales (por ejemplo, un chico y una chica que quieren vivir en concubinato sin asumir compromisos).

Es decir, aunque los hijos, en las cuestiones vocacionales que autodeterminan sus vidas para siempre, deben defender a rajatabla sus «derechos de autor» para escribir la propia autobiografía, si son humildes no dejarán de escuchar los consejos de quienes más les quieren y tienen el derecho y el deber de dárselos.

Los padres también deben aceptar que el misterio de la criatura humana incluye esa libertad que genera una responsabilidad intransferible a cargo del hijo, y que en sus limitaciones incluye, por parte del hijo, el «derecho» de autoarruinarse la vida; es decir, el derecho a tener que afirmar algún día, con la tristeza de la propia responsabilidad, la frase de San Agustín: «Hacía siempre lo que quería, y siempre llegaba adonde no quería».

Este «derecho», *in extremis*, hay que respetarlo, lo que no significa que obligue a una colaboración económica o afectiva con lo que está mal, porque ¡cuán contradictorio resulta observar que hay padres sin carácter que, sentimentalmente, al tiempo en que se quejan del mal camino que emprenden sus hijos, por debilidad de criterio les prestan una ayuda económica sin la cual nunca hubiesen concretado los nefastos planes! (Padres que les proporcionan dinero para veranear a solas con su novia, por ejemplo.)

Hay que respetar la libertad de equivocarse que tienen los hijos, pero también hay que enseñarles que deben respeto a la conciencia paterna, sobre todo cuando, por ejemplo, el hijo pretende que papá y mamá festejen su unión con una divorciada, o casos análogos... Los padres también tienen conciencia, no sólo los hijos. Por tanto, hay

que respetar la conciencia de ellos, pero también es necesario exigir que se respete la propia.

Y si me preguntases, ante la falta de cooperación económica o afectiva a proyectos inmorales, o la negación de permisos en planes o diversiones inadecuadas (límites que generan rebelión y tensiones en el seno de la propia familia): ¿Cómo saber que no se está exagerando en los criterios educativos impuestos? Yo te respondo que, en dichas circunstancias, es sano desconfiar del propio juicio y acudir al consejo de personas sensatas que no estén involucradas directamente en los conflictos: confesor, director espiritual, etc.

160

— EDUCACIÓN Y LIBERTAD —

« *¡Mi marido y yo empleamos veinte años en hacer de nuestro hijo un hombre, y esta chica en cinco días lo transformó en un idiota!* »

Te sugiero que prestes atención a la lectura del siguiente pasaje evangélico, puesto que es la «carta fundamental» que determina los derechos y obligaciones entre padres e hijos adolescentes.

Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Y cuando tuvo doce años, subieron a la fiesta, como era costumbre. Pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo advirtiesen sus padres. Suponiendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino, y como no lo encontrasen buscándolo entre los parientes y conocidos, retornaron a Jeru-salén en busca suya. Y ocurrió que, al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban admirados de su sabiduría y respuestas. Al verlo se maravillaron, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Y Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre? Aunque sus padres no comprendieron lo que les dijo, Él bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les obedecía. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.³⁹⁷

397 Lucas 2, 41-52.

a) Derechos de los hijos.

1. Derecho a la libertad diurna. El Evangelio dice que *el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo advirtiesen sus padres, quienes avanzaban suponiendo que iba en la caravana*. Es decir, María y José no eran como esos padres posesivos y absorbentes que inspeccionan continuamente todo lo que hacen sus hijos: de día daban libertad a Jesús —aunque no irrestricta—, puesto que el permiso era para estar en ámbitos conocidos (la *caravana*). Por otra parte, la libertad nocturna era limitada, pues había que estar junto a los padres.

2. Libertad para elegir la propia vocación: *Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre?* El Niño Jesús les advierte que su actitud no era arbitraria, sino que se trataba de *asuntos de mi Padre*. En ese momento no les dice qué asuntos eran, pues la cuestión era atinente a la responsabilidad intransferible de la persona: derecho a casarse (o no), derecho a casarse con determinada persona (o no), derecho a enamorarse... Pero sí les da a entender que existen motivos legítimos.

b) Deberes de los padres.

1. Hay que procurar conocer y amar las legítimas elecciones vocacionales de los hijos. La Virgen y San José *no comprendieron lo que les dijo*, pero en vez de molestarse, el Evangelio dice que *su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón*. ¿Y cómo la Virgen no va a guardar en su corazón aquellos primeros momentos donde el niño Jesús comienza en el plano humano a tomar decisiones existenciales? ¿Puede una madre querer a su hijo sin amar su vocación, sin interiorizarse de ella, sin tratar de conocerla para compartir las alegrías?

«No podemos amar a los demás si no amamos sus alegrías». ^{39 8}

2. Respetar las elecciones vocacionales. La Virgen exige una respuesta: *Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te buscábamos*. Notemos que ante la respuesta (*asuntos de mi Padre*), y a pesar de que *no comprendieron lo que les dijo*, no hubo conflicto alguno. A María y José les bastaba con saber que se trataba de «planes divinos», aquellos que forman parte del derecho de todo hijo a escribir su autobiografía.

3. Poner límites a la libertad de los hijos. María y José hicieron un día de camino, y como no lo encontrasen buscándolo entre pa-

^{39 8} Frase de la novela *Los hermanos Karamazov*, de Fedor Dostoievski.

rientes y conocidos, retornaron a Jerusalén en busca suya. Aquel hijo tiene libertad diurna pero no nocturna, pues María y José lo educan como hijo de la «luz», pero no de las «tinieblas», y al llegar la noche, y ver que el Hijo no está, regresan en su búsqueda. María y José nos dan testimonio de examen de conciencia. Por tanto, si tienes hijos imita a los padres de Jesús examinándote cada noche: ¿dónde están mis hijos?, ¿en qué están mis hijos?, ¿qué les preocupa?, ¿establezco límites?

c) Deberes de los hijos.

1. Dar respuesta a las preguntas legítimas de sus padres: *Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre?* Si prestas atención, verás que la respuesta de Jesús no fue decirles con espíritu arisco: «¿Y a ustedes qué les importa lo que yo hago? ¡Déjenme en paz!». Su respuesta, por el contrario, fue equilibrada, aunque limitándose a lo esencial: *es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre.*

2. Obedecer a los padres en todo lo que no sea su vocación personal: *bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les obedecía.*

3. Escuchar los consejos paternos y meditarlos: incluso los que se refieren al derecho a hacer de la propia vida una autobiografía. Pero «escuchar» es distinto a «oír»; y, también, distinto a seguir forzosamente los consejos.

4. Defender a rajatabla el derecho a escribir la propia autobiografía, pues éste es el único modo de imitar el crecimiento de Jesús *en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.* Y si hay conflictos, la humildad llevará al hijo a pedir consejo a gente prudente y bien formada (el confesor o una persona con criterio cristiano), de modo que se respeten los derechos de los padres.

5. Escribir la propia autobiografía procurando ideales nobles y elevados. Al respecto observemos lo que dice el Evangelio de Jesús: *Al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles; y todos los que le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verlo [María y José] se maravillaron.* Y me pregunto: ¿cuáles serían esas preguntas y aquellas respuestas que suscitaban admiración entre los sabios? Porque una de las señales de que el camino por el que marchamos tiene que ver con los proyectos divinos personales, es la nobleza y altura de los ideales.

En la vocación de los hijos, los padres deben comprender que si sus niños son almas de oración, un día descubrirán el plan específico que Dios tiene para ellos, y que deberán ejecutarlo con la conciencia de que dicha tarea se apoya en sus personas como criaturas únicas e irrepetibles.

Los padres que fomentan en los hijos la desobediencia a Dios, obstaculizándoles sus decisiones vocacionales, pueden producir en los hijos muchos efectos negativos; uno de ellos es que, aunque tal vez igualmente lleguen al Cielo, habrán tenido sobre la tierra una vida llena de la tristeza propia de quien no ha cumplido con su deber.

Y como ejemplo de lo dicho ofrezco el siguiente texto de Miguel Unamuno, escritor afamado que practicó intensamente la religión católica hasta los veinte años, y luego cayó en una suerte de escepticismo religioso que perduró a lo largo de toda su vida, hasta que en los últimos momentos, próximo a la muerte, recuperó su devoción religiosa otrora abandonada.

«Hace muchos años, siendo casi un niño, en la época en que más imbuido estaba de espíritu religioso, se me ocurrió un día abrir un Evangelio al azar sin mirar, para poner mi índice sobre algún pasaje. La suerte recayó sobre la última página de San Mateo:

Id y predicad el Evangelio por todas las naciones.

»Me produjo una impresión muy honda. Lo interpreté como un mandato de Dios ordenándome que me haga sacerdote; pero como tenía dieciséis años, y estaba de novio con quien ahora es mi mujer, probé suerte nuevamente. Al abrirlo por segunda vez leí:

Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y así tendrás un tesoro en el Cielo, después ven y sígueme (Mt 19, 21).

»Me quedé más inquieto, aunque tuve fuerzas para resistirme y probar nuevamente, y esta vez mi dígito señaló el versículo 27 del capítulo IX de San Juan, aquel donde el ciego de nacimiento responde a los fariseos:

Ya os lo he dicho y no habéis entendido, ¿por qué me preguntáis otra vez?

»No tengo palabras para explicar el tremendo golpe que sentí en esta ocasión. Y aunque ya pasaron los años, y no soy sacerdote, esa sentencia continúa resonando en el interior de mi alma. Muchas veces conté el episodio a mis amigos, de quienes recibí distintas explicaciones: coincidencia, casualidad... pero debo

reconocer que ninguna explicación pudo paliar ese pensamiento esculpido en mi alma».

161

— EDUCACIÓN Y OBEDIENCIA —

«...pero los que sí prosperan son nuestros hijos: comen más, crecen más, gritan más, cuestionan más... y "obedecen menos", ¡es ley de vida!»³⁹⁹

Comenzaré este apartado advirtiéndote sobre algunas actitudes «pseudobedientes»:

- Obediencia legalista: sólo se admite lo que hay obligación estricta de hacer.
- obediencia momificada: quienes mandan, por miedo, ya no se atreven a pedir nada, por tanto, nunca se desobedece.
- obediencia pseudomística: se desobedece a los padres y superiores con el pretexto de obedecer al Espíritu Santo.
- obediencia sonora: todo el mundo se entera de que se está obediendo.
- obediencia desmemoriada: se promete obedecer, pero lo mandado se lo hace después que ha sido reclamado unas diez o veinte veces.⁴⁰⁰

Aunque el listado podría proseguir, quiero detenerme a comentarte brevemente la última categoría enunciada: la obediencia «desmemoriada». La raíz de esta desobediencia se encuentra frecuentemente en el propio yo, que conciente o inconcientemente, razona del siguiente modo: «¡No tengo tiempo para obedecer: lo mío es más importante!»; y, entonces, con gran facilidad, nos olvidamos de obedecer, porque normalmente recordamos lo que nos preocupa y olvidamos lo que no nos interesa.

El soberbio tiende a olvidarse de los demás (sus cumpleaños, aniversarios, encargos, favores, etc.), pero el humilde, al tener enraizado en su alma el «olvido de sí», lo recuerda siempre.

Por ejemplo, a veces, cuando nos excusamos de nuestros olvidos, lo hacemos exclamando: «¡Perdóname, fue sin querer!»; y, efectivamente, como «fue sin querer», es decir, como «no queremos al que nos lo pide», nos olvidamos. Por eso se dice que la mejor manera de agendar las cosas y no olvidarnos, es escribirlas con la pluma del amor sobre la carne del corazón.

Y la obediencia de los hijos está condicionada por el amor a sus padres: cuando los aman les obedecen; pero si los padres son egoístas y altaneros, o cómodos y perezosos, entonces los consejos, o las sugerencias y órdenes paternales... caerán en el olvido por la falta de amor.

³⁹⁹ De una carta familiar (Sra. Inés Bedrán de Balparda).

⁴⁰⁰ Cfr. A. Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*, Madrid, 1959, p. 784.

— RELATIVISMO Y FUNDAMENTALISMO —

*« En la juventud deseamos cambiar el mundo, y en la
ancianidad queremos cambiar la juventud »⁴⁰¹*

Es muy importante que los padres tengan bien clara la escala de valores para poder educar a sus hijos, porque en su defecto caerán en los errores que se derivan de dos corrientes filosóficas domésticas a evitar. La primera es el «relativismo» que educa a los hijos sin límite alguno (todo vale), lo que suele ser fuente de conflictos, ya que a los niños no les queda claro que «los derechos de uno terminan donde comienzan los de los demás»; y la segunda es el «fundamentalismo», errónea y rígida actitud del espíritu que también genera tensiones en el hogar.

Ahora, si no se quiere incurrir, en la vida cotidiana, en ambos extremos, será imprescindible gozar de una formación moral mínima que nos permita captar a tiempo tales desviaciones. Por tanto, a continuación nos explayaremos más extensamente sobre estas dos doctrinas (el «relativismo» y el «fundamentalismo»), las que tienen como raíz común la falta de humildad. Y a tal efecto me habrás de disculpar si te invito a que me acompañes por el sendero enmarañado de un bosque no siempre muy entretenido, el «bosque de la filosofía». Y para animarte a que te decidas a la aventura, te prometo un sólo incentivo: la firme promesa de que por esa vía llegaremos al fundamento último de algunas verdades pragmáticas, domésticas, profundas y cotidianas.

A tal efecto haré un breve desarrollo, tal vez un tanto denso para el estilo de estas páginas, pero imprescindible para que se comprenda en plenitud la cuestión.

— LA LEY DEL SEÑOR ES PERFECTA —

« Si todo es relativo, también es relativo que todo es relativo »⁴⁰²

El relativismo sostiene que todas las normas morales son de carácter «cultural»: establecidas por los hombres (no por Dios), y con

⁴⁰¹ Sabiduría popular.

⁴⁰² Aristóteles.

una vigencia que depende de los contextos sociales e históricos. Por ejemplo, si yo sostengo que el aborto es un crimen, el relativismo afirma que eso es porque se me inculcó desde niño en mi ambiente formativo; y lo mismo dirá respecto al dictamen moral negativo que yo pueda emitir sobre el canibalismo, el adulterio, la poligamia, el incesto, el divorcio vincular, el sexo extramatrimonial, la prostitución, la drogadicción, el desprecio de la virginidad, la mentira... pues —diría el relativismo— si hubiésemos nacido en una cultura antropófaga, las reglas morales por las que determinaríamos nuestros patrones de comportamiento serían distintas, y, por ende, matar a un hombre para comer su carne podría ser algo meritorio, e incluso éticamente obligatorio... ; a lo que añade que lo que hoy es bueno mañana puede ser malo (y viceversa).

Al relativismo puede concedérsele la existencia de «algunas» normas que rigen la conducta humana con un carácter variable, pero no «todas», puesto que también existen preceptos universales inscritos en nuestra naturaleza por su divino Autor, y que son «como el fuego que quema lo mismo en Grecia que en Persia», según dijera Aristóteles. De modo que junto a las normas relativas que se acomodan a las costumbres y etapas de la historia, conviven otras que gozan de universalidad en el tiempo y en el espacio, porque

*la ley del Señor es perfecta.*⁴⁰³

El relativismo, formulado de modo absoluto, detenta dos graves problemas: uno teórico y el otro práctico. El teórico consiste en que, sustentado a ultranza, se transforma en «doctrina suicida». Como dijo Aristóteles en su inmortal refutación *per absurdum*: «Si todo es relativo, también es relativo que todo es relativo»; por lo que, paradójicamente, el relativismo puede ser afirmado sólo «relativamente», pero nunca de modo absoluto. Y la dificultad práctica la enuncia monseñor Fulton Sheen del siguiente modo: si todo es relativo, entonces, en este mundo no hay nada por lo que valga la pena ofrendar la vida.⁴⁰⁴

La firme defensa de la existencia de normas naturales absolutas que no se pueden transgredir jamás, constituye un distintivo de la doctrina moral católica y el Magisterio de los Romanos Pontífices,

⁴⁰³ Salmo 19, 8.

⁴⁰⁴ «Ninguna cosa contribuye a matar más el entusiasmo que la noción pragmática de que nada es lo suficiente y absolutamente cierto, ni justo o bueno, como para que se le merezca consagrar la vida, de lo que dimana la triste idea de que no hay mal ante el cual sea preferible morir que rendirse: ¡la indiferencia mata las pasiones... y el pesimismo las embota!» (F. Sheen, *Paz interior*, Buenos Aires, 1959, p. 85).

especialmente a lo largo del siglo XX. Y, apoyándose en dicho estandarte, el cristianismo popularizó el principio moral según el cual «el fin jamás justifica el uso de medios inmorales», y, por eso, nunca será lícito para un cristiano mentir, robar, matar, atentar contra la fidelidad... ni siquiera en urgencias extremas.

Además, el carácter inmutable de las normas naturales impresas por Dios en los corazones humanos, nos lo recuerda la liturgia con el culto a los mártires, de los que me permitiré reseñar cuatro casos recientes.

1. Otto Neururer, párroco austríaco que, por recomendarle a una joven que no se case con un divorciado (amigo del jefe nazi que ejercía la comandancia militar en el territorio de su parroquia), sufrió el martirio: murió en el campo de concentración de Buchenwald orando silenciosamente colgado de los pies, cabeza abajo. Fue el primer sacerdote asesinado en un campo de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial. Hoy es alabado como mártir de la indisolubilidad del matrimonio.

2. Los veintiún protomártires ugandeses (San Carlos Lwanga, San Matías Mulumba y sus diecinueve compañeros), aquellos cristianos que, en la segunda mitad del siglo XIX, se negaron a las pretensiones homosexuales de su rey. Este monarca, al chocar con la firme oposición de estos católicos (más otros veintidós cristianos de la Comunidad eclesial anglicana: cuarenta y tres en total), los sometió con atroces martirios: unos crucificados, otros descuartizados o aserrados, y el resto quemados... Y la extraordinaria fidelidad de estos mártires a la norma moral natural que no admite excepciones en su transgresión (el rechazo de la práctica homosexual), nos enseña que este valor regía también en África hace ciento cincuenta años, en un contexto mucho más salvaje. Para estos mártires, si vivir implicaba transgredir voluntariamente ¡tan sólo una vez! las leyes naturales que reprobaban la homosexualidad, entonces la vida no merecía ser vivida.⁴⁰⁵

⁴⁰⁵ Hay que distinguir entre la inclinación homosexual y la práctica de la homosexualidad. La inclinación homosexual antropológicamente es mala, pero si no se la ejercita no hay pecado alguno, y, en este sentido es meritoria la virtud de quienes padecen esta inclinación pero mantienen una conducta moral intachable en su vida personal (pública y privada). Respecto al martirio de los ugandeses, fue singularmente extraordinaria la fidelidad de San Matías Mulumba, quien soportó los tormentos de manera laudable: fue quemado a fuego lento durante tres días. Cabe destacar que, en uganda, dicha fiesta se celebra el 3 de junio y congrega a millones de personas, porque no se la festeja sólo desde un punto de vista religioso sino también como aniversario del abandono definitivo de la incivilización.

3. Santa María Goretti, joven de doce años que, por preservar su virginidad, fue asesinada a manos de un «pseudopretendiente», quien ante su negativa le quitó la vida clavándole un punzón de hierro reiteradas veces. Su resistencia hasta la sangre, para no acceder a tales pretensiones inmorales, brinda un testimonio juvenil de quien no cede ante un valor absoluto: la virginidad.

4. Josef Kowalski, sacerdote polaco (salesiano) de veintinueve años que estuvo prisionero en un campo de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial. Cierta día, ante la presencia de un oficial nazi, inesperadamente se le cayó el «rosario» desde el bolsillo de su uniforme de prisionero. Y ante una orden blasfema del oficial — «¡Písalo!»—, Kowalski se resistió, y, como mantuvo firme su negativa pese a los golpes que le propinaban con los fusiles, finalmente murió por ahogo mientras le torturaban —para que desistiese de su actitud— sumergiéndole reiteradas veces su cabeza en una de las letrinas de aquel campo de muerte. Kowalski tenía en claro que existe una norma natural inmutable que no admite excepción: ¡No blasfemarás!

En síntesis, los mártires entendían que estos valores por los que ofrecían sus vidas eran *palabras de vida eterna*.⁴⁰⁶

Pero para que se entienda mejor la cuestión hacia la cual nos dirigimos, te invito a que nos representemos en una especie de irreal parodia el martirio de otto Neururer. imagínate que mientras se encontraba esperando la muerte atado por los pies, cabeza abajo, se le hubiese aproximado su ángel guardián para susurrarle:

—otto, estamos en 1941, y tú estás a punto de morir por no modificar tus consejos sobre la indisolubilidad del matrimonio; sólo quería avisarte que a partir de la Revolución sexual de 1968, la iglesia Católica modificará su doctrina sobre la indisolubilidad de la unión conyugal: habrá múltiples excepciones que permitirán casarse de nuevo, y muchos sacerdotes y obispos (incluso el Papa), estarán de acuerdo en que el rechazo del divorcio vincular no ha de ser tan exigente.

Ante una hipótesis imaginaria y absurda como esta, brota espontáneamente un interrogante: ¿cuál sería la reacción de otto Neururer? ¿Pediría una confirmación de la noticia? ¿Mantendría su disposición de dar la vida por una visión del matrimonio que no fuese válida para siempre? ¿Moriría por una causa que en el futuro habría de ser considerada absurda? ¿Y Santa María Goretti? imaginemos (también como hipótesis descabellada) que el ángel custodio le dijese:

—María, estamos en 1902, y el sexo extramatrimonial, por cuestiones culturales, es pecaminoso, pero a partir de los años sesenta,

⁴⁰⁶ Juan 6, 68.

la Iglesia admitirá las relaciones extramatrimoniales como moralmente válidas.

¿Podemos creer que, ante estas imposibles palabras, mantendría aquella niña la disposición de ofender su vida? Difícilmente lo haría, pues como decía Fulton Sheen: si todo es relativo, entonces no hay nada por lo que valga la pena entregar la vida. Motivo por el que debemos concluir que uno de los combustibles más poderosos que alimentan la apatía, la indiferencia, la ausencia de ideales y la falta de sentido en el vivir, es la expansión cultural del relativismo.

164

— LA LEY DEL HOMBRE ES
IMPERFECTA —

« Si todo es relativo, entonces, en este mundo no hay nada por lo que valga la pena ofender la vida »

Los preceptos humanos tienen por legislador al hombre, que como tal es criatura finita, limitada y falible en su capacidad de previsión al establecer normas; en cambio, los preceptos naturales que tienen a Dios por autor, están hechos con sabiduría infinita y capacidad de previsión perfecta.

La sociedad humana tiene sus leyes, y por medio de ellas nos ordena, por ejemplo, no cruzar el semáforo en rojo. Pero el legislador humano no puede prever la gran cantidad de circunstancias que hacen vulnerable su precepto (la ambulancia que conduce a un enfermo grave, el marido que lleva a su mujer urgentemente a dar a luz; la bomba de agua que transporta a los bomberos que acuden a extinguir un incendio, etc.). Por eso es que las leyes humanas obligan en la medida en que no haya una causa justa y razonable que nos autorice a omitirlas legítimamente, ya que la condición de criaturas finitas, por parte de quienes dictaron dichas normas, hace que las mismas no puedan tener un valor absoluto y sea necesario contemplar excepciones.

Pero cuando Dios dice: «¡No seas infiel a tu virginidad!» (Santa María Goretti), «¡No blasfemes!» (Kowalski), «¡No prediques a favor del adulterio!» (Otto Neururer), «¡No realices prácticas homosexuales!» (protomártires ugandeses), esto significa que el Creador nos está señalando pautas naturales fundamentales cuya transgresión voluntaria, aunque sólo sea una vez, destruyen el sentido de nuestras vidas. Trátase de leyes esculpidas por el mismo Dios en la conciencia de cada hombre: leyes perfectas, inmutables y

absolutas, leyes del Creador (no de la criatura), leyes que no admiten excepción en cuanto a la posible legitimidad de transgredirlas.

Y en la educación de los hijos debe tenerse en cuenta que si éstos no creen en principios absolutos, en la vida no se «jugarán» por nada, mientras que si los admiten, serán más proclives a vivir de ideales. Es importante que tengas en claro esta cuestión al formar a tus niños, porque una de las grandes divisiones que se puede trazar para distinguir a los hombres en los albores del tercer milenio, es la siguiente: de un lado aquellos que tienen valores por los que «jugarse» la vida; y, del otro, un ejército de jóvenes que se alimentan de valores tan relativos que no les resultan atractivos para hacer una ofrenda semejante; y, con esto último, me refiero al drama mundial de la ingente cantidad de adolescentes apáticos e indiferentes que concluyen sus bachilleratos sin saber siquiera qué quieren estudiar o hacer con sus vidas: pareciera que nada les interesa, o que no ven ninguna necesidad social interpelando sus conciencias para que se decidan a ofrecerse como parte de la solución.

Ahora, habiendo precisado el carácter limitado de unos preceptos (los humanos) y la perfección absoluta que manifiestan los mandatos divinos, nos encontramos en condiciones de referirnos a dos cuestiones trascendentes en la formación de la conciencia moral (especialmente si se trata de educar a niños y jóvenes): la flexibilidad y la rigidez.

— RELATIVISMO Y FLEXIBILIDAD —

El relativismo moral, en cuanto implica la ausencia de pautas fijas y universales, genera violencia, porque negar la existencia de valores comunes enraizados en la realidad, y a los cuales todos debemos respetar, hace que se termine imponiendo la ley del más fuerte: sea en la propia familia, ciudad o nación, ya que si todas las opiniones son verdaderas y buenas (aunque se contradigan abiertamente), terminará imponiéndose la que esté más respaldada por la fuerza.⁴⁰⁷

Y esto no sólo se aplica a las relaciones bélicas entre naciones, también tiene su campo de batalla en aquellos hogares donde los

⁴⁰⁷ Encíclica *Centessimus annus* N° 46. Este documento afirma que el agnosticismo y el relativismo escéptico «son la filosofía y la actitud fundamental correspondientes a las formas políticas democráticas [...], pero debe advertirse que una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia».

hijos son formados bajo la directriz de que, ya que «todo está bien», nada debe ser reprimido. Por eso no es extraño que si uno de los hermanitos maltrata a los demás y nunca recibe reprimendas, las víctimas se sientan compelidas a la administración de justicia por «mano propia», ya que el niño que sufre la injusticia razona del siguiente modo: «En casa los poderes del Estado (léase mamá y papá) no intervienen, por tanto, estamos en la ley de la selva, de modo que me comportaré como un habitante de ella». El relativismo nace y termina en la soberbia donde los más fuertes se imponen a los más débiles.

166

— FUNDAMENTALISMO Y RIGIDEZ —

« El orden basado sobre el temor, dura tanto como el temor »⁴⁰⁸

El «fundamentalismo», a diferencia del relativismo, afirma que todo es absoluto, y no admite excepciones (incluso en lo relativo). En esta concepción el semáforo rojo debe ser respetado siempre, aunque se viaje bajo el imperativo de una urgencia o bien no haya riesgo al avanzar. En el fundamentalismo, el carácter absoluto de los preceptos humanos obligaría a respetar los semáforos siempre con el mismo rigor, aunque una mujer, por ejemplo, deba tener su parto en el automóvil.

El fundamentalismo induce a que el hombre, criatura imperfecta de la que emanan leyes imperfectas, imponga soberbiamente todas sus leyes como si fuesen perfectas o absolutas. Como verás, aquí reaparece la soberbia como incitación a ocupar el lugar de Dios en materia moral, y a tener las pretensiones de Adán y Eva cuando comieron del *árbol de la ciencia del bien y del mal* (el árbol de la ética) pretendiendo ser *iguales a Dios*⁴⁰⁹ y poder legislar como Él.

Para el fundamentalista no existe lo relativo: nadie puede cruzar «sus» semáforos rojos, ni aunque los bebés nazcan en los automóviles, o los accidentados se desangren, o se rompa el clima de la alegría navideña o el tono festivo de un encuentro familiar...

El fundamentalista considera que lo más importante no es «el» orden sino «su» orden, y olvida que para un cristiano lo más importante no es el «orden» sino la «caridad», la que no sólo no se contraponen al orden, sino que es «el» orden, pues si el orden impuesto es desmembrado de la caridad (que metafísicamente es la *forma* de

⁴⁰⁹ Génesis 3, 5.

todas las virtudes), incurrimos en un grave «desorden».

El fundamentalista insiste en aplicar sus leyes pese a que las circunstancias las tornen inconvenientes o inviables, y lo hace en la medida en que se cree una especie de «dios» que no puede fallar al legislar. Tal vez, cuando nos asalten estos arrebatos de fundamentalismo, deberíamos recordar lo dicho por Chesterton:

«Valdría la pena que los hombres, en vez de empeñarnos en ser como Dios, nos empeñáramos en ser sencillamente hombres, lo que no sería poco ambicioso, pues para el mundo actual constituiría un logro merecedor de premios internacionales. De hecho, no debemos olvidar que siendo pequeños nos hacían un gran elogio cuando nos decían: ¡Es todo un hombre!, o ¡Es toda una mujer!».

167

— LEGISLACIÓN DOMÉSTICA E
IMPROVISACIÓN —

«Las leyes incumplidas envilecen a los pueblos»⁴

Si se quiere educar correctamente a los hijos, o gobernar dignamente una escuela, asociación, municipio, nación... hace falta que los mandatos y preceptos sean prudentes y sabios: meditados, analizados. Porque si bien los hombres somos por naturaleza «improvisadores», en cuanto criaturas que —al no ser Dios— no pueden prever todas las contingencias, no debemos incrementar este defecto actuando con precipitación y arrebato.

Si establecemos pautas de conducta improvisadas causamos el daño denunciado por Platón: «Las leyes incumplidas envilecen a los pueblos», incumplimiento que no sólo es imputable a quienes desobedecen la normas civiles, sino también a quienes las dictan precipitadamente, sin razonar, y exigiendo pautas de conducta contradictorias, ambiguas e impracticables.

Esto suele suceder también con el fundamentalismo doméstico, que impulsa a dictar normas de convivencia acompañándolas con afirmaciones del siguiente tenor:

- ¡Jamás!
- ¡Nunca!
- ¡En ningún caso!
- ¡Sea quien sea!

⁴ Platón.

- ¡No me importa de quién se trate!
- ¡Aunque te mueras no irás!
- ¡Tendrás que pasar sobre mi cadáver!

Y lo hace estableciendo pautas de comportamiento que envilecen a la familia, ya que dichos preceptos, fundamentados en los arrebatos del orgullo, generan la violencia propia de todo intento de someter irracionalmente al prójimo, e incitan a la desobediencia explícita, ya que las órdenes absurdas sólo son obedecidas bajo un régimen de temor y amenazas, y sólo rigen mientras el temor y las amenazas subsisten o se hacen presentes.

Hace falta ser humildes y no violentar las situaciones. Si descubrimos que al dictar una norma de conducta en el hogar, en la oficina, en el municipio o en la propia nación, habían circunstancias no previstas, valdrá la pena rectificar lo dispuesto; pues al fin y al cabo, la imprevisión es connatural a la imperfección de la criatura, ¿o acaso pretendemos arrogarnos unas condiciones legislativas que por naturaleza sólo le corresponden a Dios?

— EL CÓCTEL DEL RELATIVISMO — Y
EL FUNDAMENTALISMO

Tan peligroso como el relativismo o el fundamentalismo es la mezcla de ambos: el orgullo de tener en mayor estima las normas dictadas por el propio «yo», que las dictadas por Dios.

Por ejemplo: un padre le evita una mala calificación en el colegio a su hijo vago y perezoso excusándolo con una nota firmada en la cual se miente: «¡Estuvo enfermo!», lo que fomenta en el niño la transgresión de mandatos naturales dados por Dios («¡No mientas!»). Pero no sería de extrañar que, ese mismo padre, cuando mira en televisión un partido de fútbol, obstaculizado por un hijo que se interpone entre su sillón y la pantalla, tome uno de sus zapatos y se lo proyecte con violencia, porque para aquel padre relativista y fundamentalista, tal «zapatazo» estará justificado por el hecho de que su hijo transgredió una ley paterna del hogar sancionada con pena de muerte: «¡Jamás es lícito, durante un partido de fútbol, interponerse entre el televisor y papá!». He aquí un padre constituido en promotor del relativismo y el fundamentalismo al mismo tiempo: por un lado al despreciar las normas de Dios, y, por otro, al pretender un respeto desmedido de «sus» leyes improvisadas, irracionalmente emotivas y moralmente injustas. Es decir, he aquí un excelente «deformador de conciencias infantiles».

— PADRES EXIGENTES Y PADRES
EXAGERADOS —

« *La conciencia es el primero de los vicarios de Cristo en la tierra* »⁴¹¹

El avión en medio de una tormenta debe ser guiado por la torre de control, y aunque tal vez la torre se pueda equivocar por no contar con un instrumental adecuado, o por falencias humanas, un piloto prudente igualmente le hará caso.

A la luz de este ejemplo, te diré que el cristianismo enseña que a nadie le es lícito obrar contra la propia conciencia, y, por tanto, tal como se hace con las torres de control de los aeropuertos, habrá que pertrechar las conciencias de los hijos con sofisticados radares e instrumentos idóneos para que puedan distinguir adecuadamente el «bien» del «mal».

Y esta tarea de capacitar la conciencia de los niños es una misión educativa que compete principalmente a los padres, porque son ellos quienes tienen el derecho primario y natural de formarla para que cuando sus hijos sean adultos puedan guiarse con claridad y rectitud.

Además, dentro de esta misión de formación de la conciencia, los padres deben capacitar a los hijos para que puedan diferenciar los valores absolutos de los relativos, o sea, las *palabras de vida eterna*⁴¹² de las pasajeras.

En décadas anteriores no era tan necesario que los padres velasen por las conciencias de los hijos como ahora, porque antes, la sociedad formaba las conciencias por ósmosis, pues en la televisión el mal nunca triunfaba, ni se decían groserías... Pero ahora las cosas han cambiado, y, sin una formación constante, en esta sociedad donde el trigo y la cizaña están más mezclados que nunca, es imposible para un niño, sin una buena guía formativa, captar la diferencia que hay entre los valores absolutos y los relativos, y la respectiva jerarquía que compete a ellos.

Y si los hijos tienen bien asimilados los valores absolutos, nunca verán en los reclamos de conducta de sus progenitores a unos «padres exagerados», sino a unos «padres exigentes», es decir, padres que pelean para que sus hijos luchen en pro de ideales que son *palabras de vida eterna*.⁴¹³

⁴¹¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1778 (palabras del cardenal John Henry Newman tomadas de la *Carta al Duque de Norfolk*).

⁴¹² Juan 6, 68.

⁴¹³ *Ibidem*.

Pero si la diferencia entre lo absoluto y lo relativo en la casa es oscurecida por el relativismo y/o fundamentalismo paterno, entonces existe el riesgo de que los mandatos sean interpretados como contradictorios («¡Me castigaron sólo porque se me cayó un vaso de agua... y a mi hermano que mintió al salir el sábado por la noche, no le dijeron nada!»), o que los hijos tengan una visión de la existencia apática y carente de ideales.

HUMILDAD y COMUNIÓN DE LOS SANTOS

170

— «CREO EN LA COMUNIÓN DE LOS
SANTOS» —

« Con el pasar de los años los hijos no harán lo que sus papás hayan dicho, sino lo que hayan hecho »⁴¹⁴

El mundo actual rinde tributo creciente a la «ecología» en cuanto defensa del orden natural biológico. Dicha estima se fundamenta en los descubrimientos científicos que la ciencia ha hecho en las últimas décadas sobre la importancia de los denominados «sistemas ecológicos interdependientes». Efectivamente, antes, cuando se fumigaba para eliminar definitivamente un tipo de insectos, nadie se preguntaba por su razón de ser dentro del orden global, es decir, si su ausencia por eliminación artificial no produciría una reacción en cadena que llegaría a transformar aquella zona fértil en un desierto, u otro tipo de consecuencias dañosas. Y lo mismo pasaba con las pequeñas baterías eléctricas (o los aerosoles) que eran arrojados a un río, pues se ignoraba la repercusión sobre el medio ambiente causada por el alto poder contaminante que tienen dichos residuos.

Pero si en las catástrofes ecológicas de siglos o décadas anteriores la responsabilidad de sus autores quedaba atenuada por el desconocimiento de dichos sistemas ecológicos, en lo que se refiere a la vida espiritual, y a la luz del misterio de la Comunión de los Santos, los cristianos tenemos una responsabilidad inexcusable ante la humanidad, ya que según este dogma todos nuestros pensamientos, palabras, obras y omisiones influyen en el entero Cuerpo místico de Cristo (la Iglesia) e indirectamente en el mundo. Y a diferencia de los paganos que no experimentan la altísima responsabilidad que tiene ante el género humano su conducta cotidiana, los católicos sabemos positivamente que cada acción tiene un eco desconocido, concreto y eficaz, en los lugares más insólitos del planeta.

⁴¹⁴ De la sabiduría popular.

Además, no hay que olvidar que las citadas palabras de nuestra Profesión de Fe (¡Creo en la Comunión de los Santos!), afirman la íntima unión existente no sólo entre los cristianos que pueblan la tierra al día de hoy, también con las generaciones de otras épocas (pasadas y futuras).

Ahora, adentrándonos más en este misterio, te diré que la Comunión de los Santos no se preocupa tanto por el «aparentar» como por el «ser», pues más que invitarnos a dar testimonio de vida cristiana, lo que procura es que «seamos» cristianos en todo momento y circunstancia, por exigente que sea.

Pero para que lo entiendas mejor, te sugiero que prestes atención a este breve diálogo habido entre dos amigos:

—¿Eres fiel a tu mujer?

—¡Por supuesto, mi mujer nunca se entera!

Entiendo que no hace falta que me explye sobre la profunda insuficiencia del concepto de fidelidad que encierra esta respuesta, ni sobre la grave incoherencia de vida que promueve, pero sí quiero advertirte que a quien no valora la Comunión de los Santos, habrá que identificarlo con aquel hombre adúltero preocupado por el ejemplo «visible» (si los hijos o mi cónyuge me ven), pero no por los efectos «invisibles» (el modo en que a ellos les afecta aunque no me hayan visto). Porque preocuparse sólo de lo «visible» es algo semejante a lo que respondía aquel hombre del diálogo: ¡Por supuesto, mi mujer nunca se entera!

otro ejemplo que merece ser analizado es el popular tópico de afirmar que los padres no deben discutir delante de los hijos, sino a solas. Pues bien, debo decirte algo obvio: es erróneo interpretar este sano consejo educativo como si discutir no causara daño, ya que lo mejor es, sencillamente, no discutir. Y al hacerte esta advertencia no dudo que los hijos tengan una tendencia a imitar lo que ven hacer a sus padres: correctos o groseros, sinceros o mentirosos, ordenados o caóticos... pero el misterio de la Comunión de los Santos es más profundo, pues nos invita a pensar que los hijos se sienten «misteriosamente» compelidos a comportarse conforme a lo que los padres «son» (y aunque no los vean).

Por tanto, sugiero que siendo humildes vivamos con sentido de responsabilidad esos momentos de «soledad» en los que, pese a que nadie nos ve, nuestra conducta influye en las almas y en el mundo; y aborrezcamos de una vez por todas la soberbia que nos lleva a preocuparnos por las apariencias en desmedro de la humildad que privilegia el «ser» de nuestra conducta.⁴¹⁵

⁴¹⁵ Debo aclarar que con lo dicho no pretendo negarle valor moral al ejemplo, pues lo tiene: el pecado de escándalo ya lo condena severamente Jesucristo en la Sagra-

171

— COMUNIÓN DE LOS
SANTOS — Y DISTANCIAS
GEOGRÁFICAS

Si unos secuestradores roban a un niño recién nacido llevándolo a un sitio del mundo donde sus padres nunca más puedan encontrarlo, esto no significa que ya no tengan posibilidad alguna de ayudarlo, pues por dolorosa y dramática que sea tal circunstancia, el poderoso recurso de la Comunión de los Santos les permitirá con una vida honesta y laboriosa comunicarle invisiblemente honestidad y laboriosidad; y, correlativamente, las conductas desordenadas y pecaminosas impactarán en el hijo como fuerzas espirituales «infectadas».

De modo que ese niño secuestrado podrá aprovechar o dilapidar las gracias que le llegan (sea o no conciente de las mismas) desde los lugares más alejados del planeta; y lo mismo cabe decir del rechazo a los hábitos pecaminosos. En definitiva, la distancia y la ignorancia del domicilio del hijo no son obstáculo suficiente para impedir una ayuda espiritual eficaz por parte de los padres, porque la Comunión de los Santos influye dentro del Cuerpo místico de Cristo llevando la gracia con mayor eficacia que las noticias que se transmiten por medio de las redes informáticas mundiales.

172

— COMUNIÓN DE LOS
SANTOS — Y GRADOS
DE INTENSIDAD

Así como una porción de cianuro lanzada a un arroyo contamina especialmente el agua del sitio concreto donde ha caído, envenenando con menor fuerza los lugares alejados de aquel manantial, con la Comunión de los Santos sucede algo semejante; pues cuando las personas nos son más próximas por lazos de parentesco, trabajo, profesión, religión o nacionalidad, más influimos en ellas con nuestra conducta. Por ello, pidámosle al Señor la gracia de decidirnos a resolver los problemas del mundo (próximos o lejanos) viviendo con humildad y coherencia nuestra fe.

da Escritura cuando afirma que *al que escandalizare a uno de estos pequeños, más le valdría que le atasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen al mar* (Mateo 18, 6). Lo que quiero decir es que debemos asignarle importancia, principalmente, a lo que «somos».

De todos modos, no quiero que se interprete lo dicho como si el especial influjo de nuestra conducta en quienes nos son más próximos menoscabe la potencia de la Comunión de los Santos para llegar con eficacia a otros rincones desconocidos del planeta, pues el influjo de nuestra vida (santa, tibia o pecaminosa), a la luz de la Comunión de los Santos, puede tener una trascendente repercusión en todo el mundo.

Por ejemplo, recibí en una ocasión, hace algunos años, una carta en la que se narra la historia de una persona a la que nunca conocí (y lo más probable es que muera sin conocerla), cuya vida, por la Comunión de los Santos, es un seguro testimonio que influye en toda la Iglesia:

«Existe en China comunista un sacerdote católico fiel a Roma, muy anciano y que pertenece a la iglesia clandestina. Se dedica a viajar por el país localizando comunidades cristianas, encendiéndolas en la fe, administrándoles los sacramentos, y dejándoles la Eucaristía que luego algunos laicos se ocupan de custodiar y distribuir en muchos puntos del país. vive a un ritmo agotador, de un lado para otro, y ya dos veces viajando en bicicleta se durmió y sufrió accidentes graves. En una ocasión llegó a una aldea perdida y se encontró con una monja china de ochenta y siete años que llevaba veinte sin ver a ningún sacerdote ni recibir los sacramentos; esta mujer vivía pensando que el sentido de su fidelidad era ofrecer a Dios por la Iglesia Católica en China aquella tremenda privación, y así vivía feliz. Pues bien, un buen día apareció este sacerdote, y la monja, al confesarse, supo que al día siguiente podría asistir a la Santa Misa y recibir la Comunión; y le dijo al sacerdote:

—¡Hoy pasaré toda la noche rezando para preparar la Santa Misa y el encuentro que tendré con el Señor mañana!

»Finalmente este buen sacerdote, antes de seguir su camino, les dejó la Eucaristía para que la distribuyan a otros católicos lejanos, y ellos lo hicieron; pero prefiriendo como señal de respeto no tocar las especies eucarísticas, las distribuyeron utilizando los mejores palitos que tenían: unos de marfil».⁴¹⁶

La lectura de este texto edificante se hizo delante de varios sacerdotes, y uno de ellos, al terminar la narración, exclamó admirado: — ¡Esta es la gente que hace la iglesia!

⁴¹⁶ Carta recibida en el año 1994.

Es decir, desde los rincones más desconocidos y olvidados del mundo, y con una fidelidad extraordinaria que sólo se valora a la luz de la Comunión de los Santos, llega con eficacia una gracia espiritual que fortalece a todo el Cuerpo místico de Cristo.

Finalmente, debo decirte que un magnífico modelo de eficacia en la Comunión de los Santos lo ofrece la santísima Virgen con su *Fiat!* (*¡Hágase!*),⁴¹⁷ porque como bien decía Juan Pablo II, aquel «¡Sí!» pronunciado hace dos mil años fue constitutivo de nuestra Redención, ya que «nunca en la historia del hombre, tanto dependió, como entonces, del consentimiento de una criatura humana».⁴¹⁸

⁴¹⁷ Lucas 1, 38.

⁴¹⁸ Juan Pablo II, Audiencia del 25 de mayo de 1988.

HUMILDAD y DESUBICACIONES

173

— JESUCRISTO CENTRO DEL COSMOS —
Y DE LA HISTORIA

«No valgo nada, no tengo nada, no puedo nada, no sé nada, no soy nada... ¡Nada!»⁴¹⁹

Conocí a un sacerdote llamado Fernando Lázaro, quien, como Jesús a los más sencillos del pueblo, siempre que predicaba lo hacía *por medio de parábolas*.⁴²⁰ En cierta ocasión tuve la gracia de ser su oyente. La prédica versaba sobre el contraste entre la pequeñez del hombre y la vil soberbia que lo empuja a considerarse «centro del cosmos y de la historia».⁴²¹

Fernando Lázaro era de talla más bien baja y corpulenta, o según lo decía el mismo, «¡un gordito!»; la ocasión en que lo escuché hablar fue durante el último retiro espiritual que predicó en su vida, pues moriría al mes siguiente.

Te transcribo lo que nos dijo:

«Vivo en una residencia de estudiantes universitarios. Además de los directivos y los muchachos, también estamos dos sacerdotes. Guardo el automóvil en un garage vecino, y todos los días lo retiro para ir a diversas partes; al volver se lo dejo al encargado para que lo estacione en su sitio (son las reglas del lugar). Pues bien, un día pasó uno de los estudiantes de la residencia por la puerta del garage, y el encargado preguntó:

—¿Tú vives allí, en la residencia universitaria?

⁴¹⁹ San Josemaría Escrivá (vid. J. M. Cejas, *Vida del Beato Josemaría*, Madrid, 1992, p. 60).

⁴²⁰ Mateo 13, 34.

⁴²¹ «Jesucristo centro del cosmos y de la historia» es una expresión frecuente en el magisterio de Juan Pablo II.

—Sí.

—¿Entonces me puedes hacer el favor de decirle al sacerdote que cuando devuelva el automóvil no lo deje con la marcha puesta, porque al encender el motor me da un «sacudón», y hace varios meses que todos los días me sucede lo mismo?

—De acuerdo, se lo diré; pero en la residencia viven dos sacerdotes, ¿a cuál de ellos se refiere?

»Aquel hombre se quedó un momento pensativo, buscando un modo de identificarme, hasta que de repente se le iluminó el rostro y exclamó con total seguridad:

—¡El gordito!

»Es decir, la clave identificatoria de quién era yo, eran sólo dos palabras: —¡El gordito!

»Fíjate qué injusticia, pues ¿quién soy yo para ese hombre a quién todos los días le dejo el automóvil? ¿Soy un insigne sacerdote de la iglesia Católica? ¿o el capellán de una residencia de estudiantes? ¿O el legendario Padre Fernando Lázaro? ¿O el centro del cosmos y de la historia... ? ¡Pues no!, para que veas cómo es la vida, tras muchos años de garage en los que me he esforzado por saludar todos los días a Raúl (nombre del encargado), delante suyo sólo he conseguido ser simplemente ¡el gordi-to! Y seguramente un día moriré y dejaré de ir al garage por el automóvil; y pasarán los días, y Raúl se extrañará de no verme; y, entonces, al ver pasar a uno de los estudiantes por la puerta del garage, le preguntará:

—¡oye! ¿Y el gordito? ¿qué es de su vida?

—¡Cómo! ¿No sabía que murió el mes pasado?

—Disculpa... no lo sabía... cuánto lo siento... ¡voy a rezar por él!

»Y tras decir esto volverá a su vida cotidiana sin saber mi nombre; ¡total... para qué necesita saberlo!, si ante la salvación *hay un sólo nombre bajo el cielo que ha sido dado a los hombres*.⁴²² Jesucristo; pues el mío no le será necesario, ya que para rezar por mi alma le bastará con decir:

—¡Señor, a ese gordito que se murió, llévatelo al Cielo, y olvídate de todas las protestas que te hice por sus torpezas al dejarme el auto con la marcha puesta!».

Por eso dice San Josemaría que la humildad es aquella virtud que nos hace ser concientes de nuestras grandezas y de nuestras

⁴²² Hechos de los apóstoles 4, 12.

miserias;⁴²³ concientes de que al mismo tiempo que somos solamente «¡El gordito!», también somos «almas que valemos toda la sangre de Cristo»;⁴²⁴ y aunque tal vez sólo alcancemos a ser ante los demás un simple «gordito innominado», el Señor, pese a la multitud, y tal como lo hizo con Zaqueo, con Bartimeo y con tantos otros personajes del Evangelio, no deja de llamarnos por nuestros nombres:

*Te llamé por tu nombre, tú eres mío.*⁴²⁵

174

— «DESUBICACIÓN» E INCOHERENCIA
CÍVICA —

*«A quien me niegue ante los hombres, también yo le negaré ante mi Padre que está en los cielos»*⁴²⁶

Tamer Toth refiere la anécdota de Goebbels (jefe de la propaganda nazi), quien durante una cena en que se calumniaba a la Iglesia alzó su copa para un brindis diciendo: «¡Destruiremos a la Iglesia Católica como a esta copa!», al tiempo que la arrojaba violentamente contra una pared; pero aquella copa, para sorpresa de los presentes, no se alcanzó a romper. La anécdota de Toth refleja la vana rebelión de la criatura contra el Creador; y aunque Toth nos dice que no puede testimoniar la veracidad del hecho (si la copa proyectada contra la pared realmente no se rompió), la historia sí testimonia la destrucción completa del nacionalsocialismo.

Es un rasgo distintivo de la soberbia, dentro del conjunto de los pecados capitales, ser el único de ellos que le hace frente a Dios, por eso es que siempre constituye una desubicación de la criatura, sea por prescindir pacíficamente del Creador, o por enfrentarse violentamente con Él y sus mandamientos; enfrentamientos que se pueden tener tanto en los ámbitos privados como en los públicos.

En cuanto a los ámbitos públicos, hoy, más que nunca, es necesario ser humildes y pedirle a Dios fortaleza para dar testimonio,

^{4 2 3} Decía San Josemaría: «Vamos a hablar de humildad, porque esa es la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza» (*Amigos de Dios*, 94).

^{4 2 4} Expresión frecuente en San Josemaría Escrivá (vid. S. Bernal, op. cit., pp. 193 y 288).

^{4 2 5} Isaías 43, 1: *Vocavi te nomine tuo, meus es tu.*

^{4 2 6} Mateo 10, 33.

porque en estos tiempos en los que se promueven diabólica y metódicamente leyes que se oponen abiertamente a los mandatos de Dios (aborto, eutanasia, anticoncepción, divorcio, fecundación *in vitro*, clonación y manipulación del genoma humano, etc.), y que son sancionadas con el voto deliberado de algunos y el apoyo tímido y cobarde de quienes tienen miedo a perder su carrera política o sufrir dificultades, es necesario que los ciudadanos católicos sean coherentes. Y ten en cuenta que en la promoción y ejecución de estas leyes son multitud de personas las que deberían ser coherentes: docentes, médicos, farmacéuticos, científicos, juristas, políticos, periodistas, etc., y también los simples ciudadanos con su opinión y voto.

Quien apoya leyes inmorales por miedo a perder un puesto, o se aleja del recinto parlamentario para «abstenerse» de votar evitando inconvenientes en su carrera política, o esquivando la posibilidad de ser injustamente tildado como fundamentalista o anticuado, abdica y deja de ser fiel a Dios y sus mandatos, por lo que incurre en la desubicación de caer en un exceso de consideración a la opinión de los hombres, y una débil atención a Dios y sus preceptos.

Si se considera que los experimentados alpinistas le tienen «respeto» a la montaña y a las fuerzas de la naturaleza que se pueden desatar a 6.000 metros de altura, y el marinero al mar y a sus posibles tempestades, llama la atención que haya legisladores, políticos, funcionarios y científicos que, apoyando leyes abiertamente inmorales, además de incurrir en una falta de coherencia, apenas tengan en cuenta la fuerza de las leyes morales naturales, porque no debemos olvidar que aunque «Dios perdona siempre y los hombres algunas veces... la naturaleza no perdona nunca».

Político humilde es aquel que, además de no desubicarse jamás ante Dios apoyando con su voto proyectos perniciosos, es coherente con sus creencias, y defiende la verdad moral no sólo con su voto, también con la palabra pública. Por tanto, si te toca intervenir en este tipo de cuestiones en el nivel que fuera —internacional, nacional, provincial, municipal, escolar, doméstico— sé humilde y no te desubiques ante la ley natural dada por Dios, ni te comportes como un católico incoherente que reza el Credo en su parroquia y lo niega en un recinto cívico con una conducta contradictoria o cobarde.

— «DESUBICACIÓN» Y AUTORITARISMO
DOMÉSTICO —

« ¡Porque lo digo yo, y punto! »

Cuando San Jorge fue intimidado bajo pena de muerte a rendir culto de idolatría a la estatua de Apolo, asustado por la gravedad de las amenazas decidió apostatar; pero ya frente a la estatua del ídolo con un puñado de incienso en la mano para ofrecerlo en su honor, vaciló, por un «golpe» de la gracia, y le preguntó a la escultura:

—¿Tú eres Dios?

La estatua (según la historia o leyenda) parece que respondió: —

¡No soy Dios!

Y ante esta respuesta, San Jorge optó por ser fiel a Dios, y murió mártir.

Traigo a colación este episodio porque nosotros debemos ser humildes como la estatua de Apolo. Ella era muy «ubicada»: no toleraba que la honrasen con el incienso reservado a Dios.

Otro sabio ejemplo de «ubicación» y humildad nos lo ofrecen los santos apóstoles Pedro y Juan, cuando al sanar al paralítico de nacimiento y ser adorados como dioses por la multitud, le decían a las gentes:

¿Por qué os admiráis de esto, o por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a este hombre por nuestro poder o piedad? Este milagro no ha sido hecho por obra de nuestro poder, sino del Dios de Abraham, Isaac y Jacob...⁴²⁷

La tentación de los hombres de ser honrados como «dioses» estuvo presente a lo largo de toda la historia humana, y especialmente pocas décadas atrás con el nacionalsocialismo en Alemania, doctrina que no tuvo en cuenta las advertencias del Papa Pío XI:

«Quienquiera que ose —con sacrílego desconocimiento de las diferencias esenciales entre Dios y la criatura, entre Jesucristo y el simple hombre— elevar a un mortal, aunque fuera el más grande de todos los tiempos, al nivel de Cristo, más aún, por encima de Él o contra Él, ése merece que se le diga que es un profeta de fantasías, al que se le aplican espantosamente las

⁴²⁷ Hechos 3, 12.

palabras terrible de la Escritura: *El que vive en los cielos se ríe de ellos*». ⁴²⁸

Pero como lo que nos interesa en este libro no es tanto rechazar las pretensiones de ser honrados como «dioses» a nivel nacional o internacional (al estilo de la nefanda doctrina «hitleriana»), sino a nivel doméstico o de oficina, te advierto que en la vida cotidiana también podemos imponer a pequeña escala el culto del propio «yo», y con metodologías tan autoritarias como las del Tercer Reich.

Un ejemplo puede ser el del padre que exige a sus hijos, esposa, empleados o amigos, una fe u obediencia irracional, la que puede manifestarse cuando cordialmente le preguntan acerca del «porqué» de algún mandato o petición, y él responde inflado de orgullo, y airadamente:

—¡Porque lo digo yo, y punto!

Este «¡Porque lo digo yo...!», o el exigir obediencia sin dar explicaciones, equivale inconscientemente a decir: «¡Porque yo, al igual que Dios, no me equivoco, y como estoy en lo cierto, debes hacerlo ya mismo!».

176

— «DESUBICACIÓN» Y OLVIDO DE DIOS

—
« ¡Sin mí nada podéis hacer! » ⁴²⁹

Hace más de mil quinientos años la Iglesia condenó la herejía del monje Pelagio (pelagianismo). Este monje decía que el hombre puede salvarse sin la ayuda de Dios, pero con dificultad; y, la Iglesia, para evitar que los cristianos sigan este camino equivocado,

⁴²⁸ «El texto citado pertenece a la encíclica *Mit brennender Sorge*, que condena explícitamente al nacionalsocialismo, y fue leída desde los púlpitos, el domingo 21 de marzo de 1937, en las 11.000 parroquias católicas de Alemania. Quien conozca la historia del nacionalsocialismo y la personalidad psicológica de Hitler, deberá reconocer que el «Führer», por muchísimo menos que lo dicho en esta Encíclica, repleta de afirmaciones de este calibre, se hubiese disgustado vehementemente. Pero el Papa Pío XI, sin embargo, no vaciló en firmar este documento preparado por monseñor Eugenio Pacelli (futuro Pío XII). Por tanto, históricamente puede afirmarse con toda certeza (excepto que alguien documentadamente acredite lo contrario) que nadie en aquellos años, dentro del mismo territorio alemán, contestó públicamente a la ideología del Tercer Reich con atrevimiento semejante» (Vittorio Messori).

⁴²⁹ Juan 15, 5: *Sine me nihil potestis facere!*

recordó que sin Dios no se lo puede lograr, porque Jesús dijo: *¡Sin mí nada podéis hacer!*⁴³⁰

Tiempo después fueron reprobados los «semipelagianos», quienes sostenían que la gracia es imprescindible para la salvación, pero, para «desear» la gracia, no es necesaria la gracia. La iglesia volvió a recordar lo anterior: *¡Sin mí nada podéis hacer!*;⁴³¹ porque en el orden sobrenatural el hombre sin gracia es como un cadáver, y necesita de la ayuda de Dios hasta para querer la gracia. De modo que el hombre muerto por el pecado, sin la ayuda de Dios, no sólo no puede confesarse, tampoco puede querer (desear) confesarse.

¿Pero esto es realmente así? ¿Es verdad que es Dios quien obra en nosotros el *querer y el obrar según su beneplácito*?⁴³² ¿No habría que hacer matices?

En realidad, si queremos ser honestos y no exagerar, desde una perspectiva antropológica habría que poner de relieve un matiz (aunque dramático): sin Dios el hombre sólo puede hacer una cosa: ¡pecar! El pecado es la única atribución que Dios le ha concedido al hombre en su calidad de responsable exclusivo: el pecado, la nada, engendrar nada... pues al fin y al cabo venimos de la nada y sin Dios nada somos.

Dios está radicalmente próximo a nosotros, y a punto tal que nos sostiene en el ser, pues en Él *vivimos, nos movemos y existimos*.⁴³³ Al respecto, un filósofo decía que Dios no sólo no duerme... ni siquiera puede —metafísicamente— hacerlo, y, además, en el caso de que hipotéticamente se durmiese tan sólo un instante, se despertaría sin cosas, sin creación.

Dios conserva todo lo creado en el «ser», pero no en el «no-ser»; y este depender de Dios es muestra clara de nuestra situación indigente ante Él, y de que todo olvido de nuestra condición de criaturas es una «desubicación». Por eso puede decirse con seguridad plena que, cuando somos soberbios, nos comportamos como «desubicados», y la desubicación más radical es aquella en la que pretendemos hacer algo sin Dios.

⁴³⁰ *Ibidem.*

⁴³¹ *Ibidem.*

⁴³² Filipenses 2, 13.

⁴³³ Hechos de los apóstoles 17, 28.

— «DESUBICACIÓN» Y VANAGLORIA —

Decía Salvador Dalí:

«Desde 1929 tengo la clarísima conciencia de ser un genio, es más, *el* genio: el representativo de mi tiempo. Esto se halla ya escrito en la morfología de mi rostro como lo estaba en la de mi hermano que murió de meningitis a los siete años. Él también se llamaba Salvador, porque de no haber muerto hubiera salvado al mundo, es decir, hubiera salvado lo que se puede y se debe salvar del mundo; y lo hubiera salvado al igual que yo, puesto que todo lo que hice representa lo mejor que fue hecho pictóricamente en la primera mitad de este siglo, aunque no es nada comparado con lo que estoy haciendo y con lo que haré».⁴³⁴

La lectura de estas palabras exige una apertura mental suficiente como para esbozar una sonrisa, pues Dalí sólo intentaba decir con ironía algo simpático. Pero ten precaución si parecidos pensamientos asaltan con «seriedad» nuestras mentes; porque cuando nos invaden, y sin dimensión humorística alguna, entonces sí que debemos encarar con firmeza la batalla de la humildad para evitar desubicarnos haciendo el papel de tontos ridículos.

Si nuestra imaginación es asaltada por pensamientos de «ciencia ficción» en los que nos consideramos los mejores del mundo en algo (ciencia, literatura, deporte, canto, baile, cocina, o lo que fuere), o, si no los principales del mundo, sí los del propio país, provincia, universidad, grupo de amigos, familia... deberemos tener cuidado y recordar que, aunque

«el mayor negocio del mundo es comprar a los hombres por lo que realmente valen, y venderlos por lo que ellos creen que valen»,⁴³⁵

cara a la eternidad, dicho negocio es el peor que podemos hacer.

Y aunque en verdad seamos los mejores, prudente será comportarnos con humildad, es decir, evitando que dichas ideas rondan nuestra imaginación insistentemente llenándonos de vanagloria, vicio que contribuye, también, a que nos desubiquemos sobre quiénes somos y hacia dónde vamos.

⁴³⁴ Salvador Dalí.

⁴³⁵ S. Canals, op. cit., p. 84 (idea que atribuye a San Josemaría Escrivá).

Hay que rechazar las ambiciones de ser sujetos que marcan al igual que Cristo «un antes y un después» en la historia de la humanidad, o si nuestra soberbia es más «modesta», en la historia de quienes nos rodean. Indudablemente, el cristiano está llamado a marcar un antes y un después en el mundo viviendo fielmente su vocación, pero la fidelidad a la propia misión no consiste solamente en ser *alter Christus* (otro Cristo), sino *Ipse Christus* (el mismo Cristo), de modo que si vivimos bien nuestra vocación seguirá siendo nuestro Señor Jesucristo el «centro del cosmos y de la historia».⁴³⁶

178

— «DESUBICACIÓN» Y LÍMITES
PSICOFÍSICOS —

Tenía yo cuarenta y dos años, y tras un partido de fútbol en que sin haber padecido golpe alguno sufrí una misteriosa lesión muscular, por primera vez tuve que ir a un kinesiólogo. A los pocos días, ya recuperado, le pregunté:

—¿Cuál pudo haber sido la causa?

Me contestó con otra pregunta:

—¿Cuál es su edad?

—Cuarenta y dos años.

—Pues lo más probable es que, cuando jugó usted el partido, lo habrá hecho con el fervor propio de quien se ha olvidado que tiene cuarenta y dos años.

Es importante que aceptemos nuestras limitaciones físicas siguiendo los consejos tradicionales. Por ejemplo, en materia deportiva suelen ser frecuentes las lesiones por no querer aceptar la «decrepitud» e ingresar al campo de juego rechazando todas las advertencias sobre los riesgos que implica el hacerlo sin haber hecho los ejercicios previos de elongación y precalentamiento muscular, o por

⁴³⁶ Para quienes tengan interés por la ciencia teológica, y en especial la cristología, sugiero la lectura de A. Aranda, *El bullir de la sangre de Cristo. Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, 2000. En esta obra, el autor destaca que San Josemaría insistía no sólo en ser *alter Christus* sino *Ipse Christus*, lo que constituye una tesis original en teología. El tema es de interés, ya que si se tiene en cuenta todos los debates sobre si los cristianos podemos (o no) ser «corredentores» en vista de que Cristo es el único mediador, el concepto *Ipse Christus* contribuiría a solucionar las dificultades que presenta la cuestión, pues sólo Cristo sería corredentor, ya que los cristianos corredimíramos en la medida de nuestra «identificación» con Cristo. Esta tesis también es de interés en orden a los debates teológicos sobre el título de «María corredentora», cuestión que excede al objetivo de nuestro libro.

correr y hacer esfuerzos para los que ya no estamos preparados.

Ciertamente el gusto o la afición deportiva hacen comprensibles los esfuerzos imprudentes, pero «comprensible» no es sinónimo de «justificable». No lo olvides, nuestro cuerpo declina inexorablemente conforme a lo de aquel que decía:

«Cuando niño subía las escaleras de dos en dos y las bajaba de tres en tres o de cuatro en cuatro: saltaba. En la juventud ya no saltaba, pero seguía de dos en dos. Siendo ya persona madura vi que subía los escalones de uno en uno, pero instintivamente, sin proponerme apariencias de seriedad, y al mismo tiempo me di cuenta que mi hermano lo hacía apoyándose en la barandilla, y yo a veces. Y un día descubrí, inesperadamente, que nuestros cuerpos habían sido heridos por el tiempo».⁴³⁷

Además, si eres joven y compites con personas mayores, cuyos huesos son frágiles como un cristal y sus músculos débiles como una tela gastada que se puede desgarrar en cualquier momento, sé humilde y no te desubiques: enfrenta con moderación al adversario decrepito, y piensa que una fractura por un momento pasajero de fervor no justifica que incapacites laboralmente a quien debe sustentar una familia, o le amargues la existencia durante meses.

« Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? »⁴³⁸

Un cuadriléjico decía que la humildad es necesaria para no sentirse humillado al tener que pedir algo. Pero si bien es lógico que esto lo comprenda rápidamente un accidentado que sólo puede mover la cabeza con dificultad, y que para trasladarse o cambiar su vestimenta, higienizarse o alimentarse debe pedir ayuda, la cuestión es cómo asimilar esta enseñanza nosotros, especialmente cuando rebotamos de salud o dinero y tenemos como espontáneo ideal de nuestras vidas la autosuficiencia económica, física, afectiva, etc.

En el orden espiritual, nosotros estamos necesitados de Dios, y más de lo que un cuadriléjico lo está de sus parientes, amigos o

⁴³⁷ Pbro. Martín Descalzo.

⁴³⁸ Romanos 8, 31: *Si Deus nobiscum, quis contra nos?* (vulgata) y *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (neovulgata).

enfermeros; y un rasgo de sabiduría consiste en mantener con frescura y constancia esta verdad en nuestra memoria, es decir, ni olvidarnos de que sin Dios nada podemos, y, al mismo tiempo, recordar que si estamos unidos a Él ningún obstáculo es relevante.

Al respecto, recuerdo que estaba San Josemaría esperando el inicio de una ceremonia litúrgica en un centro del Opus Dei en Argentina, y observaba a uno de los presentes que intentaba encender las velas del altar. Los esfuerzos eran ridículos y vanos, pues siendo como Zaqueo, de baja estatura, no alcanzaba ni en puntas de pie la altitud «catedralicia» de los candeleros. Entonces, otro más alto y corpulento se hizo cargo de la tarea, y el «fracasado» recuerda que, con una sonrisa, y señalando al que lo sustituía, San Josemaría le dijo:

—¡Tú no puedes, pero él sí!⁴³⁹

Este episodio de la vida de San Josemaría, que nos muestra su espíritu alegre, me trae a la memoria una experiencia espiritual que tuvo el mismo santo con motivo de un viaje a Inglaterra en 1958: al visitar la gran «city» de Londres, corazón de las finanzas de muchos negocios y poderes humanos de la Tierra, Dios permitió que sintiese un agobiante pesimismo e impotencia para lograr mejorar el estado crítico del mundo, pero inmediatamente sintió que el Espíritu Santo lo fortalecía por medio de una moción repleta de optimismo: «¡Tú no puedes, pero Yo sí!».⁴⁴⁰ Efectivamente, separados de Dios, en el orden espiritual y apostólico, tenemos más limitaciones que un cuadriléjico en lo que se refiere a su cuerpo, pero unidos a Dios podemos decir:

*¡Todo lo puedo en Aquél que me conforta!*⁴⁴¹

La soberbia es un vicio que nos hace pasar de la euforia del «todo lo puedo» a la depresión de quien, ya estrellado contra la

⁴³⁹ San Josemaría estuvo en Argentina en el mes de junio de 1974.

⁴⁴⁰ En P. Berglar, *Opus Dei*, Madrid, 1989, se narra más detalladamente la vivencia interior de San Josemaría: «Josemaría, aquí no puedes hacer nada. Estaba en lo justo: yo solo no lograría ningún resultado; sin Dios, no alcanzaría a levantar ni una paja del suelo. Toda la pobre ineficacia mía estaba tan patente, que casi me puse triste; y eso es malo. ¿Que se entristezca un hijo de Dios? Puede estar cansado, porque tira del carro como un borrico fiel; pero triste, no. ¡Es mala cosa la tristeza! De pronto, en medio de una calle por la que iban y venían gentes de todas las partes del mundo, dentro de mí, en el fondo de mi corazón, sentí la eficacia del brazo de Dios: tú no puedes, pero Yo sí, lo puedo todo; tú eres la ineptitud, pero Yo soy la Omnipotencia. Yo estaré contigo, y ¡habrá eficacia!, ¡llevaremos las almas a la felicidad, a la unidad, al camino del Señor, a la salvación! ¡También aquí sembraremos paz y alegría abundantes!» (p. 283).

⁴⁴¹ Filipenses 4, 13: *Omnia possum in Eo qui me confortat!*

realidad, se siente un incapaz absoluto; en cambio, la humildad sabe que los méritos son gracia de Dios, y nunca se deprime, pues es conciente de que Dios está siempre de nuestro lado. Por tanto, cuando notes que tu vida oscila entre la euforia y la depresión (pero no por cuestiones de salud, o clima, o baja presión) permanece en guardia contra la soberbia que puede estar rondando tu alma.

180

— «UBICACIÓN» Y OMNIPOTENCIA
DIVINA —

El Libro de Samuel nos dice que cuando el Arca de la Alianza cayó en poder de los filisteos, éstos la colocaron a los pies del «dios Dagón», y al amanecer del siguiente día la estatua de Dagón había dado de narices contra el suelo.

Aparentemente, los filisteos no pensaron en la posibilidad de que ese «espontáneo» derrumbe tuviese que ver con la usurpación del Arca de la Alianza, por lo que se limitaron a volver a erguir el ídolo con el Arca a sus pies. Pero al amanecer nuevamente la encontraron desplomada y destrozada, y, además, los filisteos se asustaron porque en el campamento todos los habitantes tenían sus cuerpos repletos de tumores.

Ante el imprevisto, los filisteos, aterrorizados, se la regalaron al pueblo de Gat, y cuando los «gatitas» la recibieron, sus cuerpos también se comenzaron a llenar de tumores, por lo que repletos de pánico se la enviaron a los hombres de Ecrón; y como los «ecronitas» también sufrieron su castigo (o morían, o sus cuerpos se llenaban de tumores), la Sagrada Escritura dice que ya nadie la quiso aceptar, de modo que estos últimos optaron por enviarla al desierto en un carromato tirado por bueyes y sin auriga que lo condujese. Y de este modo el Arca volvió al poder de los hebreos.⁴⁴²

Te sugiero que meditemos en esta dramática historia en la cual Dios nos muestra su omnipotencia defendiéndose solo de sus enemigos, pues nos será útil para constatar la veracidad de la siguiente ecuación: «Poder mío + Poder de Dios = Poder de Dios»; ecuación semejante a la que nos invitaba a formular San Josemaría a la hora de iniciar empresas apostólicas, cuando nos decía que debíamos tener en cuenta que si bien « $2 + 2 = 4$ », no debíamos olvidar la existencia de otro sumando fundamental que hace que nuestra ecuación sea omnipotente: « $Dios + 2 + 2$ ».⁴⁴³

⁴⁴² Cfr. I Samuel, 5.

⁴⁴³ *Camino*, 471. El texto completo: «En las empresas de apostolado, está bien

— «UBICACIÓN» Y FE EN DIOS —

*En la cuarta vigilia de la noche vino hacia ellos caminando sobre el mar. Y los apóstoles, asustados, decían: Es un fantasma; por lo que llenos de miedo empezaron a gritar. Pero al instante Jesús comenzó a decirles: Tened confianza, soy yo, no temáis. Entonces, Pedro respondió: Señor, si eres Tú, manda que vaya a ti sobre las aguas. Él le dijo: ¡Ven!; y Pedro, bajando de la barca, comenzó a andar sobre las aguas hacia Jesús, pero al ver que el viento era fuerte se atemorizó, y al empezar a hundirse, gritó: ¡Señor, sálvame! Al punto, Jesús, extendiendo su mano lo sostuvo, y le dijo: ¡Hombre de poca fe!, ¿por qué has dudado?*⁴⁴⁴

Pedro caminó sobre las aguas por ser dócil y atento a la voz del Maestro, pues su fe estaba centrada en la posibilidad metafísica del milagro (la omnipotencia de Jesús), lo que se constata en la cláusula condicional que impone al dirigirse al Maestro: *si eres Tú...*⁴⁴⁵ es decir, si eres el Omnipotente, el Creador de cielo y tierra, el que puso las leyes a la naturaleza de los cuerpos... , aguas del mar incluidas, el Único que puede modificarlas: si Tú eres ese ser Omnipotente, entonces puedes ordenarme que *vaya a ti sobre las aguas*.⁴⁴⁶ Pedro demuestra su humildad profesando claramente su condición de criatura, y también su fe en Jesucristo como Dios.

El Maestro le dijo: *¡Ven!*, y Pedro, bajando de la barca, comenzó a andar sobre las aguas;⁴⁴⁷ pero al dar unos pocos pasos, *al ver que el viento era fuerte se atemorizó, y al empezar a hundirse, gritó: ¡Señor, sálvame!*⁴⁴⁸ En este segundo momento, Pedro comienza a preocuparse más por las cosas creadas que por el Creador, más por la fuerza de las criaturas (olas y vientos) que por el Autor de ellas, más por la lógica humana que por la «lógica divina».⁴⁴⁹

—es un deber— que consideres tus medios terrenos ($2 + 2 = 4$), pero no olvides ¡nunca! que has de contar, por fortuna, con otro sumando: Dios + 2 + 2...».

⁴⁴⁴ Mateo 14, 25-31. ⁴⁴⁵ Mateo 14, 28.

⁴⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁴⁷ Mateo 14, 29. ⁴⁴⁸ Mateo 14, 31.

⁴⁴⁹ Expresión frecuente en la predicación de San Josemaría. Un ejemplo, no literal, nos lo ofrece *Surco*, 879: «Hay que salirse de esa lógica, y anclarse en la otra: en la eterna. Se necesita un cambio total: un vaciarse de sí mismo, de los motivos egocéntricos, que son caducos, para renacer en Cristo, que es eterno».

Y así como Pedro en un primer momento caminó con fe sobre las aguas del mar de Galilea, cada uno debe caminar con fe sobre los diversos mares de dificultades existentes en su vida: el mar de los problemas económicos, el mar de la fidelidad matrimonial cuando se sufrió el abandono injusto del cónyuge, el mar del acatamiento a las normas morales que rechazan la contracepción en todas sus variantes, el mar de las dificultades de salud física o psíquica en uno mismo o en los seres queridos...

HUMILDAD y ESPERANZA

182

— ESPERANZA TEOLOGAL Y ESPERANZA HUMANA —

« *El ave atada por un hilillo sutil no puede volar* »⁴⁵⁰

Siguiendo órdenes de Yavé, Gedeón enfrentó a sus opresores, los madianitas. Éstos contaban con un ejército de más de sesenta mil guerreros (los judíos sólo treinta y dos mil). No obstante, fiel a Dios, Gedeón lanzó sus hombres al ataque. Pero he aquí que ya en marcha a la batalla, Dios lo detiene:

—¡Alto Gedeón! ¿Adónde vas con tantos hombres? Yo voy contigo. ¡No hacen falta tantos! Si llevas treinta y dos mil se corre el riesgo de que no se le atribuya la victoria a Yavé sino a tus dotes de conductor militar. ¡Debes ir con menos!

La Biblia dice que Gedeón le preguntó:

—¿Qué deseas que haga?

—Diles —dijo Yavé—, que *quien tenga miedo que se retire del ejército (qui timidus est revertatur)*.

Y según la Biblia, cuando Gedeón interrogó al ejército, los que tuvieron miedo fueron veintidos mil, por lo que el número de sus hombres se redujo a diez mil.

Pero Gedeón, que tenía puesta toda su esperanza en Dios, volvió a ordenar el ataque; y cuando sus diez mil se aprestaban a combatir, Dios le volvió a decir nuevamente:

—¡Alto! ¿Adónde vas con tantos hombres, no te he dicho que voy contigo? No hacen falta tantos... ¿no confías en mi compañía? Mira que si vences con solamente diez mil habrá peligro de que se piense que todo fue fruto de tu habilidad militar. ¡Debes reducir aún más el número de tus guerreros!

⁴⁵⁰ San Juan de la Cruz.

Y la Sagrada Escritura afirma que Gedeón aceptó la indicación enviando a sus soldados a beber agua en el arroyo, donde serían divididos, conforme se lo pedía Yavé, en dos bandos: de un lado los que bebían el agua con elegancia, llevando tan sólo un poco en la palma de la mano hacia la boca; y, del otro, los que se arrojaban al arroyo para beber desafortadamente como bestias. Al combate sólo debían ir los primeros.

Lo cierto es que como bestias bebieron nueve mil setecientos, de manera que el ejército se redujo a tan sólo trescientos guerreros, y Dios le dijo:

—Ahora sí parece un número apropiado, pues ya no hay riesgo de que alguien le atribuya la victoria a tus dotes de conducción militar.

Y sólo me resta decirte que Gedeón atacó con sus trescientos valientes y su esperanza puesta exclusivamente en el Señor de los ejércitos, y venció.⁴⁵¹

La historia que acabo de resumir nos previene del error habitual de poner nuestras esperanzas en Dios, pero no sólo en Él. Por ejemplo, en los momentos duros el triste piensa que la alegría está en Dios, pero no sólo en Dios, también en ese dinero ¡que tan bien nos vendría!, o en una mejora de la preocupante salud de mi deteriorado cuerpo, o en la aprobación de un examen en la universidad, o en la adquisición de un buen empleo, o en ese novio que —dice una chica— en mi vida ¡nunca termina de aparecer!, o en la solución de los múltiples problemas políticos, nacionales, provinciales o municipales que complican la existencia.

Pero la historia de Gedeón, en cambio, es un espléndido ejemplo a imitar, pues tanto él como sus hombres manifiestan una actitud semejante a las «benditas almas del purgatorio», a las que llamamos benditas porque además de tener el Cielo asegurado, es lo «único» en lo que tienen puesta su esperanza. Más concretamente, si a un alma del purgatorio se le preguntase:

—¿Qué estás esperando?

Nos contestaría sin vacilar:

—¡Estoy esperando a Dios!

Y si le

insistiéramos: —

¿Algo más?

Nos diría:

—¡No!, porque ya he comprendido definitivamente que la felicidad no está en Dios y en algo más, sino solamente en Dios, *el único que no decepciona cuando en Él se confía*.⁴⁵²

⁴⁵¹ Cfr. Jueces 6, 1.6.11-16, y Jueces 7, 1-9.12.15.22.

⁴⁵² Daniel 3, 40.

Las benditas almas del Purgatorio nos enseñan la importancia que tiene el hecho de cultivar la esperanza sobrenatural (teologal), y en estado químicamente puro, pues ya se desengañaron completamente de las expectativas que generan las fraudulentas esperanzas humanas.

Un cristiano con esperanza teologal (sobrenatural) difiere de un simple ciudadano con esperanzas humanas. El primero apoya su esperanza en Dios como en su objeto propio y exclusivo, lo que constituye la esencia de toda virtud teologal; mientras que las esperanzas humanas se apoyan en el dinero, los afectos, el poder, el éxito, la salud... y tal vez, parcialmente, en Dios.

Un cristiano con esperanza teologal, si no consigue el trabajo por el que tanto invocó a Dios, no le importa, porque sabe que el Señor le dará la gracia para sobrellevar con dignidad y alegría tal contrariedad; o si su salud empeora confía en que Dios le ayudará a transformar la enfermedad en medio de santificación; o si no aprueba el examen universitario por el que tanto se ha esforzado, espera que la Gracia divina le permita descubrir el significado positivo que encierra tal situación... Pero en todos estos casos, los protagonistas tienen puesto su punto de apoyo no en Dios y en «algo más», sino sólo en Dios, porque para ellos Dios no es sólo lo más importante, sino lo único importante.

Y para tener la esperanza sobrenatural en estado puro es necesario ser humildes y reconocer la condición de criaturas indigentes: *Sin mí, nada podéis hacer.*⁴⁵³ El humilde nunca se desubica poniendo la esperanza de los bienes sobrenaturales en algo que no sea Dios, y, al igual que los hombres de Gedeón, se apoya exclusivamente en el Señor de los ejércitos.

De modo que cuando seas defraudado por aquel «amigo de siempre» o, por el contrario, cuando sea él quien haya sido defraudado por ti, la esperanza sobrenatural te impulsará a valorar la importancia de tener el apoyo exclusivo en ese Dios que *nunca decepciona cuando en Él se confía,*⁴⁵⁴ porque la esperanza sobrenatural verdadera exige exclusividad. La prueba es la que podemos reconocer que Dios espera de nosotros el ejercicio de la esperanza sobrenatural, la constituyen esos momentos en los que experimentamos que Dios nos pregunta: ¿Confías sólo en mí... o confías en mí y en algo más?, ¿Yo soy para tu vida lo «único» importante... o sólo lo «más» importante?

Mientras estemos atados a las esperanzas humanas no experimentaremos en plenitud el misterio de la esperanza cristiana, por-

^{4 5 3} Juan 15,5.

^{4 5 4} Daniel 3,40.

que sólo avanzan por el camino de la esperanza sobrenatural quienes saben perfectamente que «el ave atada por un hilillo sutil no puede volar»,⁴⁵⁵ y que esos hilillos no son otra cosa que esperanzas humanas condicionantes de nuestra esperanza en Dios.

183

— ESPERANZA Y SOCIEDAD DE
CONSUMO —

*« Nada te turbe / nada te espante
Dios no se muda / la paciencia
todo lo alcanza / quien a Dios tiene
nada le falta / sólo Dios basta »*⁴⁵⁶

Menéndez Pidal cuenta que en cierta ocasión hizo un viaje bastante extenso dentro de España —muchos centenares de kilómetros— en un vehículo rudimentario (los célebres Citroen de dos cilindros, tan comunes para la clase media de los años sesenta); y que al llegar a destino exclamó:

—Si con este auto tan básico hemos llegado, ¡la cantidad de elementos innecesarios que debe tener el mío!⁴⁵⁷

Y así nos sucede a nosotros cuando nos creamos necesidades superfluas de las que no podemos prescindir para ser felices, es decir, cuando ya sólo con Dios no nos basta.

A la luz de lo dicho, te invito a imaginar la gran cantidad de cosas que no tuvieron la Virgen y San José, y sin las cuales nosotros podríamos caer en la tentación de no ser felices: autos, refrigeradores, computadoras, autopistas, aviones, radios, televisores, prendas de vestir, elementos de perfumería y aseo, agua potable, electricidad, gas...

Pienso que si dedicamos unas pocas horas a esta cuestión, apenas alcanzaríamos a tener una pálida idea de la multitud de objetos útiles y superfluos en los cuales, erradamente, podemos colocar las esperanzas más profundas de nuestra alegría. Por tanto, así como San Pablo decía:

*Yo sé vivir en abundancia y en escasez,*⁴⁵⁸

⁴⁵⁵ San Juan de la Cruz.

⁴⁵⁶ Santa Teresa de Jesús.

⁴⁵⁷ Cfr. J. L. Olaizola, *Viaje al fondo de la esperanza*, Madrid, 1992, p. 198.

⁴⁵⁸ Filipenses 4, 12.

preparémonos para vivir apoyados sólo en Dios, y sin que las privaciones puedan arruinar nuestra felicidad, pues ésta no debe estar centrada en las criaturas sino en Dios.

184

— ESPERANZA Y CRUCES —

El jesuita albanés Antón Luli, en un acto que tuvo lugar en el Vaticano con motivo de las bodas de oro sacerdotales del Romano Pontífice Juan Pablo II, leyó el siguiente testimonio, el cual encierra toda una lección sobre dónde y en quién depositar la verdadera esperanza:

«Santísimo Padre, yo acababa de ser ordenado sacerdote cuando mi país, Albania, recibió los azotes de la dictadura comunista y la persecución religiosa más despiadada. Era el año 1946, y algunos de mis hermanos en el sacerdocio, después de un proceso lleno de falsedades y engaño, fueron fusilados y murieron mártires de la fe para celebrar como pan partido y sangre derramada su última Eucaristía personal por la redención de mi nación. Pero a mí el Señor me pidió que abriera los brazos dejándome clavar en la Cruz de otro modo: celebrando el propio ministerio —que me era pública y privadamente prohibido— con una vida transcurrida entre cadenas y torturas de todo tipo. El 19 de diciembre de 1947 me arrestaron acusándome de agitación y propaganda contra el gobierno. Viví diecisiete años de cárcel estricta y veintiséis de trabajos forzados. Mi primera prisión, en aquel gélido mes de diciembre de 1947, tuvo lugar en una pequeña aldea de las montañas de Escútari encerrado en un cuarto de baño. Allí permanecí nueve meses obligado a estar agachado sobre excrementos endurecidos y sin poder enderezarme completamente debido a la estrechez del lugar. La extraordinariamente gélida noche de la Navidad de aquel año —¡cómo podría olvidarla!— me llevaron a otro cuarto de baño en el segundo piso de la prisión, y me obligaron a desvestirme para colgarme con una cuerda que me pasaba bajo las axilas. Estando desnudo y apenas pudiendo tocar el suelo con las puntas de los pies, sentía que mi cuerpo desfallecía lenta e inexorablemente, y cuando el frío que me subía poco a poco por el cuerpo llegaba al pecho y estaba para parárseme el corazón, lancé un grito de agonía. Entonces acudieron mis verdugos para descolgarme y llenarme de pun-

tapiés. Esa Nochebuena, en ese lugar, y en la soledad de aquel primer suplicio, viví el sentido verdadero de la Encarnación y de la Cruz. Pero en esos sufrimientos, tanto a mi lado como dentro de mí, tuve la extraordinaria y consoladora presencia del Señor Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, pues era muy grande la alegría que me embargaba. Me liberaron cuarenta y tres años después, con la amnistía del año 1989. Tenía setenta y nueve años, y estaba para cumplir los ochenta. Santo Padre, debo decirle que nunca guardé rencor hacia quienes humanamente hablando me robaron la vida, y también hacerle notar que en este año en que usted y yo cumplimos las bodas de oro sacerdotales, los caminos por los que hemos recorrido estas cinco décadas ha sido distinto. Yo, a petición de la Santa Sede, en este acto de homenaje a sus bodas de oro, accedí por obediencia a dar el testimonio de mi vida sacerdotal, experiencia muy particular si se la considera en relación al común de los sacerdotes, pero usted bien sabe que no es la única, pues son millares los sacerdotes que en estos cincuenta últimos años han sufrido tras la cortina de hierro —y en otros múltiples sitios de persecución religiosa— dramáticos sufrimientos a causa del sacerdocio de Cristo. Trátase de experiencias muy diversas, pero todas unificadas por el amor, ya que el sacerdote es, ante todo, una persona que ha conocido el Amor, es decir, un hombre que vive para amar a Cristo y a todos en cualquier situación, incluso dando la vida. En fin, tras cincuenta años podemos afirmar que quienes procuraron despojarnos de todo, jamás consiguieron arrancarnos del corazón el amor a Jesús y a nuestros hermanos. En este sentido, hoy —como ayer y como siempre— podemos decir con convicción y alegría las palabras de San Pablo: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?: ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? Ya lo dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día y tratados como ovejas destinadas al matadero; pero en todo esto salimos vencedores gracias a Aquel que nos amó* (Rom. 8, 35-37). Santo Padre, esta es la convicción profunda de siempre que los sacerdotes aquí presentes proclamamos ante usted; este es el don que ofrecemos a Dios y a Vuestra Santidad en este día bendecido por el Señor, y dirigiendo nuestra mirada a usted, a su testimonio de vitalidad sacerdotal, a su amor apasionado hacia Cristo y su iglesia, y bendecidos y animados por su ejemplo de fidelidad en el sacerdocio, reanudamos nuestro camino. Es verdad, pasaron cincuenta años desde nuestra ordenación sacerdotal, pero también es verdad que el amor a Jesús —y el amor de Jesús— en nuestros corazones, no envejeció nunca. Por tanto: ¡Felicidades, Santo Pa-

dre! ¡Felicidades! y, una vez más: ¡Qué viváis muchos años en el nombre del Señor! *Ad multos annos in nomine Domini!*». ⁴⁵⁹

Me he permitido transcribir este testimonio para ayudarte a comprender que la virtud de la esperanza nos anima a estar desprendidos de las criaturas sin poner en ellas la felicidad última (ni siquiera parcialmente), y que aún en las adversidades más extremas debemos ser felices. Pero para esto, es necesario que la esperanza sea sobrenatural, teologal (sin mezclas de esperanzas humanas), de modo que sea una realidad en nuestras vidas la exclamación paulina *¿Quién nos separará del amor de Cristo?: ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?...?* ⁴⁶⁰

⁴⁵⁹ Testimonio del Padre jesuita Antón Luli. Tuvo lugar en el acto de homenaje a Juan Pablo II con motivo de sus bodas de oro sacerdotales. Vid. E Osservatore Romano del 15 de noviembre de 1996 (ed. española).

⁴⁶⁰ Romanos 8, 35.

HUMILDAD y TENTACIONES

185

— SUBESTIMACIÓN DE LAS TENTACIONES —

« El demonio es un perro furioso que nos ladra, pero está encadenado, y sólo muerde a quien se le acerca »⁴⁶¹

El «Titanic» llevaba en su proa una inscripción blasfema: «¡Señor, ni Tú puedes con nosotros!». El barco fue conocido no sólo por el espectáculo del hundimiento, también por ser el único transatlántico que en la historia de la navegación nunca llegó a puerto alguno, pues la catástrofe tuvo lugar en el mismísimo viaje inaugural. ¡Y todo por no querer reconocer sus hacedores la indigencia del barco ante aquel gigantesco y frío Atlántico del Norte plagado de témpanos!

Y te hago referencia al «Titanic» porque las tentaciones suelen ser semejantes a los témpanos: muestran sólo una parte de «lo que se viene» si hay una colisión con ellas. La masa visible de los témpanos es de un diez por ciento, mientras que el noventa por ciento restante subyace bajo las aguas; y, del mismo modo, aunque las tentaciones que navegan por nuestra imaginación sin «pavonear» su grandeza no tienen apariencias de gran peligrosidad, ten en cuenta que tal vez sólo te muestran el diez por ciento de las desgracias humanas que pueden ocasionar.

Si dialogamos con las tentaciones omitiendo rechazarlas contundentemente, o pensamos que podemos «pulsear» un rato con ellas, o consideramos que las consecuencias negativas de seguirles el juego «no son para tanto»... es probable que la historia posterior se encargue de señalarnos que sólo estábamos vislumbrando el diez por ciento del daño a producirse, y que luego debamos lamentarnos como decía San Agustín: «Hacía siempre lo que quería, y siempre llegaba adonde no quería».

⁴⁶¹ San Juan María Vianney, *Sermones escogidos*, Madrid, 1972, p. 48.

Ten presente que la manzana de Adán y Eva fue una tentación cuyas consecuencias negativas persisten (y la tentación parecía pequeña). Sé conciente de que hay matrimonios y familias destruidas por sospechas de adulterio originadas en conductas imprudentes que nunca se pudieron clarificar (tal vez una simple pero confusa conversación telefónica). Recuerda que hay gran cantidad de amistades que se deterioraron porque nadie resistió la tentación de morderse la lengua para evitar un pequeño e inoportuno cambio de palabras...

Por tanto, así como un buen lema para la proa del transatlántico hubiese sido:

«Ningún enemigo es pequeño cuando se lo desprecia»,⁴⁶² sería oportuno que tuviésemos grabadas dichas palabras en nuestras almas, para enfrentar las tentaciones con más humildad.

186

— EL PELIGROSO DIÁLOGO CON LAS
TENTACIONES —

« ¡No te desubiques! »

Águeda y Ana, mis queridas hermanas, cuando era pequeño solían amonestarme con estas palabras: «¡No te desubiques!». Las proferían siempre que, impulsado por mis caprichos infantiles, les faltaba el respeto a ellas o a sus amigas. Pues bien, cuando dialogamos con la tentación, no te extrañes que tu ángel custodio se aproxime al oído de tu alma (la conciencia) y te diga lo mismo: «¡No te desubiques!».

Si recuerdas la narración que del pecado original hace el libro del Génesis, te percatarás de que la raíz del pecado de Eva no fue mirar con deleite el árbol prohibido, sino algo previo: aceptar la conversación del demonio. El diablo se acercó a ella y le dijo:

*¿Así que Dios os prohibió que comáis de todos los árboles del paraíso?*⁴⁶³

El padre de la mentira invita a la mujer al diálogo, pero valiéndose de una afirmación exagerada (*todos los árboles*), cuando la

⁴⁶² «No hay enemigo pequeño que despreciado no sea muy poderoso para dañar» (Fray Luis de Granada).

⁴⁶³ Génesis 3, 1.

prohibición sólo recaía en dos: *el árbol de la ciencia del bien y del mal, y el árbol de la vida.*⁴⁶⁴

Y la mujer, con el ánimo de intentar defender a Dios y refutar a Satanás, aceptó la conversación:

*Nosotros, de los árboles del paraíso comemos, no comemos de aquel que está en el medio, porque Dios nos ha dicho: De ese no comáis ni lo toquéis, porque el día en que lo hagáis moriréis.*⁴⁶⁵

La mujer contesta, da explicaciones, pone esfuerzo para que entienda quien no tiene ninguna intención buena... y la historia ya sabes como termina: el demonio le promete que si comen del árbol serán *iguales a Dios, conocedores del bien y del mal. Ante lo que la mujer vio que el árbol era bueno a la vista y deleitable para alcanzar sabiduría, y tomó de el y comió, y le dió a su marido que también comió.*⁴⁶⁶

Y por primera vez en la historia humana surge la falta de humildad, la «desubicación», el querer ser «iguales a Dios», el disconformismo con lo que uno es. Aunque debo aclarar que la mujer ya se había «desubicado» previamente, pues como ella no era «San Miguel Arcángel», ante la diferencia de fuerzas con el demonio, debería haber huído inmediatamente rehusando todo tipo de diálogo.

En el caso de Adán y Eva, el ser humano se desubica, porque determinar lo que está bien y lo que está mal es atributo de Dios, y en el pecado original se intentó arrebatar ese indelegable Poder divino, conducta que persiste hoy día en funcionarios públicos de todo el mundo que promueven leyes civiles contrarias a las normas morales naturales (aborto, eutanasia, divorcio vincular, contracep-

⁴⁶⁴ Génesis 2, 9: *Yavé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y, en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal.* Normalmente se piensa que el árbol que no se podía tocar era sólo el de la ciencia del bien y del mal, pero parece que la prohibición recaía también sobre el árbol de la vida, pues tras la expulsión de Adán y Eva del paraíso terrenal, quedó custodiado: *Y dijo Yavé Dios: ¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre. Y le echó Yavé Dios del jardín del Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín del Edén un Querubín con espada de fuego para custodiar el camino que conduce al árbol de la vida.* (Génesis 3, 22-24).

⁴⁶⁵ Génesis 3, 2-3.

⁴⁶⁶ Génesis, 3, 5-6.

ción en sus diversas variantes, clonación y manipulación de la vida humana, sexo extra-matrimonial, etc.), lo que da a entender que también los hombres de esta generación pretendemos alimentarnos del árbol prohibido y ser iguales a Dios.

Eva, de ser humilde, hubiese rechazado el diálogo inmediatamente, ya que dialogar con la tentación es un camino de tibieza y mediocridad tan sutil como peligroso. Esto mismo nos lo recuerda San Agustín con su propio testimonio, cuando dice que al poco de convertirse reconoció no haber abandonado completamente las peligrosas charlas con sus viejas amigas (las malas pasiones), las que le tiraban dulcemente de su vestido de carne:

—¡Agustín!, ¿cómo?, ¿nos abandonas? Mira que no podrás hacer ya esto, tampoco aquello otro, ¡y para siempre!

Por su parte, quien luego sería obispo de Hipona confiesa que se encontraba en el estado de uno que, estando en la cama por la mañana, cuando le dicen «¡Fuera, Agustín, levántate!», interiormente replica «¡Sí, pero más tarde, quiero descansar un poquito más!». Afortunadamente, San Agustín dice que el Señor finalmente le dió un empujón y lo hizo reaccionar ayudándole a despreciar las tentaciones desde el primer momento.⁴⁶⁷

Jesús ya nos previene sobre la necesidad de estar vigilantes, y lo mismo San Pedro cuando nos dice que

*el demonio anda como león rugiente buscando a quien devorar.*⁴⁶⁸

Para concluir, pidámosle a Dios saber santificar esta realidad que forma parte de la condición humana (las tentaciones), y hagámoslo rechazándolas con presteza, teniéndoles un humilde respeto para no enfrentarlas, y solicitando a Dios la gracia de vencerlas cada día, y para hacer esta petición, una magnífica oración es el «Padrenuestro»: *...no nos dejes caer en la tentación.*⁴⁶⁹

⁴⁶⁷ Cfr. San Agustín, *Las confesiones*, Madrid, 1955, p. 112.

⁴⁶⁸ I Pedro 5, 8.

⁴⁶⁹ Mateo 6, 13.

— S A B E R D E S C O N F I A R D E U N O
M I S M O —

« No tengas la cobardía de ser "valiente": ¡huye! »⁴⁷⁰

En *Las confesiones* San Agustín nos cuenta lo sucedido a su amigo Alipio. El santo dice que cuando en los primeros siglos del cristianismo una característica moral de los seguidores de Jesús era no asistir nunca a los espectáculos circenses, donde la sangre humana era ilícitamente derramada, Alipio era un ejemplo moral para todos sus conocidos (no asistía jamás). Pero acosado ante la insistencia de sus más allegados, y con la intención de darles una lección, aceptó la propuesta advirtiéndoles que se haría presente, pero con sus ojos cerrados en señal de desprecio.

Al llegar al circo se sentó en las gradas, y cerró sus ojos. Al rato aparecieron dos gladiadores, y cuando en la primera escaramuza uno lo hirió mortal y sorprendentemente al otro en la yugular, las tribunas del circo vibraron con el aullido estremecedor de la multitud, y como Alipio había cerrado los ojos pero no sus oídos, al escuchar aquel alarido la curiosidad fue tan fuerte que no pudo evitar abrir sus ojos, y al hacerlo quedó hipnotizado por aquella macabra escena, y sin fuerzas para cerrarlos, de modo que poco a poco comenzó a poseionarse y a gritar con la muchedumbre... y ese fue sólo el comienzo, puesto que luego se transformaría en uno de los aficionados que más frecuentaba los combates de gladiadores.

Por su parte, San Josemaría solía contar el cuento de aquellos ladrones que intentan asaltar un caserón que sus dueños cerraron herméticamente antes de partir, pero olvidando (o despreciando) cerrar el «ventanuco» de una de sus torres, pues siendo una ventana tan pequeña y elevada, les parecía inexpugnable. Según el cuento, los ladrones hicieron una pirámide humana para que un «niño esmirriado» ingresase por dicho ventanuco, y ya dentro del castillo comenzó a abrir todas las puertas y ventanas. Y al regresar los dueños, el sitio había sido desvalijado por completo.

Te traigo a colación estas enseñanzas de San Agustín y San Josemaría porque nuestras almas también tienen «ventanucos» necesitados de custodia: los ojos, los oídos... los sentidos en general. Y si no sabemos protegerlos, se nos introducirán imágenes perniciosas para nuestras almas (escenas lujuriosas de la televisión y la prensa escrita... , conversaciones inmorales, etc.) Por tanto, en la lucha ascética hay que estar vigilantes evitando incurrir en la soberbia de pensar: «¡Yo lo puedo ver todo, pues a mí las impurezas y las obs-

⁴⁷⁰ Camino, 132.

cenidades no me tientan!»; y el camino seguro es el de la humildad, el cual nos llevará a saber desconfiar de nuestras fuerzas (somos débiles), y huir de las tentaciones conforme a lo dicho por San Josemaría: «No tengas la cobardía de ser "valiente": ¡huye!». ⁴⁷¹

— LA TENTACIÓN DE «ESTAR AL
DÍA» —

«Gran parte de la sabiduría consiste en no conocer algunas cosas» ⁴⁷²

Siempre que los niños me preguntan por qué deben abstenerse de ver «programas de televisión para adultos», me veo en la obligación de aclararles que dichos programas no son, al menos en el ámbito de la sensualidad, «ni para niños ni para adultos», pues debemos tener en cuenta que lo que mancha a un chiquillo también mancha a un viejo. ⁴⁷³

Y también me he visto en la obligación de recordarles la sabia frase con la que Tácito orgullosamente se jactaba de su ignorancia sobre algunos temas dañosos para el hombre y la sociedad:

«Gran parte de la sabiduría consiste en no conocer algunas cosas».

Hoy día, ante la proliferación de mensajes tan destructivos para el hombre, la familia y el mundo, son innumerables las oportunidades que tenemos de vivir este antiguo consejo, que constituye un magnífico principio a tener presente como criterio de humildad especialmente ante determinados films, libros, revistas, conversaciones, etc., vinculados a la lujuria, porque a diferencia de la literatura marxista que puede dañar con facilidad la mente de un joven universitario ignorante e inexperto en materia de ética y antropología, pero no la de un filósofo que durante años estudió con los debidos recaudos los pilares fundamentales de la filosofía cristiana adquiriendo un aparato mental crítico muy sólido, ante la pornografía y el hedonismo nadie es inmune: ni el teólogo afamado ni el ignorante, ni el niño ni el anciano, ni los hombres ni las mujeres, ni los casados ni

⁴⁷¹ *Ibidem.*

⁴⁷² Tácito: *Nescire quaedam magna pars est sapientia.*

⁴⁷³ Idea inspirada en la predicación frecuente de San Josemaría. Cfr. J. Echevarría, *Memoria del Beato...*, Madrid, 2000, p. 220: «Lo que mancha a un niño de ocho años, mancha también a un hombre de ochenta».

los solteros...

En lo que se refiere a la lujuria no hay bibliografía que sirva como antídoto eficaz para poder digerir una dosis de ella: la única receta es la humildad de reconocer nuestra debilidad huyendo de las ocasiones, pues en esta materia nos encontramos con ese demonio que actúa cual «perro furioso que nos ladra, pero que por estar encadenado solamente muerde a quienes se le acercan».

Y finalmente quiero recomendarte, como lo hace Tissot en su magnífico libro sobre *El arte de aprovechar nuestras faltas*, que siguiendo el consejo de San Francisco de Sales tengas como los buenos navegantes tus propias «cartas marinas» de tentaciones y pecados, es decir, que estés prudente y humildemente prevenido contra todas aquellas situaciones, lugares, conversaciones y temas en los que con frecuencia has caído, y los evites, pues evitar los escollos es lo que hacen los navegantes cuando esquivan con destreza los lugares rocosos de poca profundidad, o cuando huyen de las corrientes difíciles, o de los vientos peligrosos y los sitios oceánicos en que abundan témpanos u otros obstáculos.

Nosotros, los pecadores, si somos humildes haremos lo mismo, y aprendiendo en pellejo propio y ajeno cuáles son aquellas ocasiones que pueden dañar nuestras almas, llegado el momento sabremos huir de ellas con prudencia y humildad.

189

— ¡TIERRA A LA VISTA! —

El 12 de octubre de 1492 Colón descubrió América. La historia dice que el vigía que la divisó y dio el aviso se llamaba Rodrigo de Triana, y que Colón reunió a toda la tripulación de la «Santa María» en la proa e hizo entonar el *Gloria in excelsis Deo*.

También se dice que como llevaban un par de meses navegando y el pesimismo embargaba a la tripulación, el gran navegante genovés prometió una recompensa monetaria al primero que divisara algún lugar donde atracar el barco para paliar el hambre y la sed. Por lo visto, Rodrigo de Triana reclamó su premio, pero Colón no se lo concedió porque afirmó haberla divisado primero él.

En fin, si dejamos a un lado el debate histórico sobre los pormenores de esta cuestión, te diré que una tentación frecuente consiste en querer decir las cosas «primero», «enterarme antes que los demás», «traer la noticia a casa», o si me cuentan con alegría un suceso reciente... desanimar al informante con un «¡ya lo sabía!».

— SOBRE EL MEJOR MODO DE GUARDAR
UN SECRETO —

«*Secreto es aquello que sólo se puede contar a una persona por vez*» r

Angel Ossorio y Gallardo decía en su inmortal compendio de ética para juristas (*El alma de la toga*) que «el mejor modo de guardar un secreto es no contárselo a nadie». Y a continuación argumentaba (no son palabras textuales):

«Ustedes dirán que lo dicho es algo obvio... ¡pero no! Un cliente le refiere aspectos íntimos de su vida a un abogado, porque tiene la garantía de que no se lo comentará a nadie más... ya que antes de hacerlo tendrían que pasar sobre su cadáver, de manera que el cliente tiene la certeza absoluta de que nadie más que el profesional conocerá sus dichos... nadie excepto la esposa, pues desde que el abogado se casó, siempre le ha confiado a ella todo (incluso las cuestiones profesionales).

»Pero el cliente no deberá preocuparse a causa de esta razonable circunstancia, ya que puede gozar de la seguridad más plena de que la esposa de su letrado no hablará del tema —que tanto le afecta— a ningún otro ser humano... pues ella siempre tuvo en claro que referir a otros las confidencias maritales atinentes a la profesión, es algo inmoral, desleal y profundamente peligroso; es más, apenas casados su marido le dijo que si lo hiciera tan sólo una vez, no volvería a conversar con ella ¡jamás! sobre estos temas; y qué gran felicidad es para un abogado poder compartir los avatares de su trabajo con una mujer discreta que a nadie se lo dirá... excepto a su amiga de toda la vida con quien nunca tuvo secretos, ya que ambas son una misma conciencia, una misma alma, una misma persona.

»No obstante, el cliente no debe inquietarse por la discreción de esta mujer, ya que ella siempre fue una tumba en relación a todas las confidencias recibidas de su amiga. De hecho no se recuerda una sola vez en la historia de aquella amistad, en la que algo de tanta seriedad como las cuestiones profesionales del esposo de su compinche de la infancia, hayan sido ventiladas por ella a otra persona... que no sea el propio marido, puesto que ella también está casada (con Raúl), quien en la práctica es su confesor: aquél que la escucha a diario en todas sus penas y alegrías.

»Pero por qué dramatizar de que Raúl también lo sepa, si al fin y al cabo él es un hombre con sentido común... pues sabe distinguir qué cosas se puedan contar y cuáles no... ¡y a quiénes! Raúl es alguien que si refiere los hechos, sólo los dirá a una persona discreta y seria como... »

De manera que cuando no se aprende la lección de que un «secreto es algo que no se debe contar a nadie», en el sentido más literal, dicho secreto termina llegando, lenta pero implacablemente, al conocimiento de toda la comunidad.⁴⁷⁴ Y uno de los motivos de esta incontinencia verbal, es haber caído en la tentación de querer mostrar que uno sabe todo, que está al tanto de todo, que no es un distraído al que se le pasan las cosas, que ha vivido mucho, que tiene contactos y relaciones sociales múltiples, que muchas cosas se le confían a él (valga la paradoja) porque saben que es muy discreto y reservado... y otros argumentos cuya base es la soberbia.

⁴⁷⁴ A. Osorio y Gallardo, *El alma de la toga*, Madrid, 1955 (cfr. el capítulo «El secreto profesional»).

HUMILDAD y COSAS PEQUEÑAS

191

— LAS COSAS PEQUEÑAS Y EL JUICIO

UNIVERSAL — « *Ningún enemigo es pequeño cuando se lo desprecia* »⁴⁷⁵

El 31 de mayo de 1970 hubo un terremoto en Chimote, Perú, a consecuencias del cual fallecieron ciento veinte mil personas. En Llungay, localidad cercana de doce mil habitantes, murieron todos, excepto trescientos niños que estaban apostados para una función de circo en la ladera de una montaña. En Lima, al sentirse el temblor, se experimentó un temor tan breve como los pocos segundos que duró el sacudón; y al acabar hubo risas y bromas sobre el susto que cada uno había sufrido. Pero ante un suceso semejante, surge una pregunta clave: ¿lo que aquí es causa de bromas a muchos kilómetros no será una dramática desgracia?

Te cuento esto porque quiero advertirte que lo mismo sucede cuando no somos fieles en las pequeñas cosas, cuando pecamos venialmente, cuando no correspondemos a la gracia... ; ya que si bien un «pequeño» pecado, aquí y ahora puede parecer algo de poca trascendencia, no te extrañes que deje de serlo cuando la historia recorra el tiempo y el espacio. Y lo dicho es sólo una introducción al tema que debemos tratar: el «Juicio universal», tema al que quisiera dar comienzo leyendo la narración que hace del mismo el Evangelio de San Mateo:

Vendrá el Hijo del hombre y todos sus ángeles con Él, y en su presencia se reunirán todas las naciones de la tierra; y entonces el Rey separará a unos de otros como el pastor separa a las ovejas de los cabritos: ovejas a la derecha y cabritos a la izquierda. A los de la derecha les dirá:

⁴⁷⁵ Fray Luis de Granada (vid. nota 462).

—*Venid, benditos de mi Padre, y tomad posesión del Reino..., porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui peregrino y me recibisteis, desnudo y me vestisteis, preso*

y enfermo y vinisteis a verme. A

lo que los justos

responderán:

—*¿Cuándo te dimos de comer, cuándo te dimos de beber, cuando eras peregrino y te recibimos, desnudo y te vestimos, preso o enfermo y te hemos socorrido?*

—*Cuántas veces habéis hecho eso con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo lo habéis hecho.*

Y aquí hemos llegado a la clave de la cuestión que intentamos abordar: *los hermanos pequeños, los pequeñuelos o las pequeneces* (según otras traducciones). Es decir, las cosas pequeñas, ínfimas, insignificantes a los ojos humanos, y despreciables a los ojos de los soberbios...

Pero sigamos con el Evangelio:

A los de la izquierda les dirá:

—*Apartaos de mi malditos, e id al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui peregrino y no me recibisteis, desnudo y no me vestisteis, preso y enfermo y no vinisteis a verme.*

—*¿Cuándo no te dimos de comer, cuándo no te dimos de beber, cuándo eras peregrino y no te recibimos, desnudo y no te vestimos, preso o enfermo y no te hemos socorrido?*

—*¡Cuántas veces no habéis hecho eso con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo no lo habéis hecho!*⁴⁷⁶

Y ésta es la otra cara de la moneda: lo que no hicimos con los «hermanos pequeños».

En síntesis, es necesario reflexionar seriamente sobre las omisiones que por su apariencia pequeña e ínfima se nos presentan engañosamente como insignificantes, y también acerca del valor y grandeza que un corazón humilde le concede a lo pequeño, reflexión a la que nos abocaremos en los siguientes apartados.

El libro del Génesis afirma que Adán y Eva pecaron comiendo un fruto del árbol prohibido: el árbol de la *ciencia del bien y del mal* (árbol de la ética);⁴⁷⁷ y mucha tinta ha corrido en la exégesis escriturística sobre el significado de aquel dramático episodio:

- ¿Aquel hecho fue verdadero... o es sólo una especie de fábula?
- ¿La prueba fue realmente no comer del fruto de un árbol?
- ¿Se trata sólo de un cuento para niños?

Para dar respuesta a estos interrogantes sintetizaré algunos principios de la doctrina cristiana sobre esta cuestión:

- Tal narración es una historia.
- La narración puede que sea simbólica (o no).
- Pero si se trata de símbolos, son símbolos de algo que históricamente sucedió.
- Más concretamente, no se puede dudar de que:
 - a) Dios puso límites a la criatura humana, y por medio de un mandato.
 - b) El mandato abarcaba a todo el hombre (alma y cuerpo).
 - c) El hombre transgredió este mandato.
 - d) En una visión humana, la transgresión no parecía ser gran cosa.⁴⁷⁸

Y cuando afirmamos que la transgresión no parecía tener mucha entidad moral, lo hacemos porque, según el Génesis, Adán y Eva tan sólo comieron un fruto de aquel árbol; y no cabe duda que puestos a desobedecer podrían haber hecho cosas peores:

- Talar el árbol serruchándolo.
- Arrasar ecológicamente con todo el jardín del Edén.
- Incendiar el Paraíso de modo que las columnas de humo negro que se alzaban entre el Tigris y el Eufrates fuesen indicio de la existencia de los dos primeros grandes piromaníacos de la historia. ¡Pero no!, ninguna de estas cosas hicieron Adán y Eva, sino que

tan sólo comieron uno de los frutos prohibidos, un daño en apariencia pequeño; y con la palabra «pequeño» volvemos a nuestro tema: la humildad y las cosas pequeñas,⁴⁷⁹ o si queremos enunciarlo mejor: la intrínseca grandeza de las cosas pequeñas.⁴⁸⁰

Es imprescindible considerar que sin humildad es imposible amar las cosas pequeñas, puesto que los seres humanos tendemos a poner interés en todo lo que se presenta a nuestros ojos como grande, despreciando lo pequeño u ordinario, y a punto tal que «ordinario»

⁴⁷⁷ Génesis 2, 9.

⁴⁷⁸ Para esta exégesis sugiero los números 677 y 678 del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

⁴⁷⁹ Vid. *Camino* (capítulo «Cosas pequeñas»),

⁴⁸⁰ Vid. la homilía de San Josemaría: «La grandeza de la vida corriente» (*Amigos de Dios*, 1-21).

es sinónimo de deleznable.

Si Adán y Eva hubiesen visto en un breve pantallazo todas las consecuencias de aquella desobediencia (aparentemente insignificante), hubieran rechazado el pecado; pero la soberbia, miopía del alma, hizo que el horizonte de sus almas estuviese tapado por la neblina del orgullo y el empecinamiento.

De haber sabido nuestros primeros padres que aquella manzana contenía el ADN de todos los males de la humanidad, se hubiesen alejado corriendo. Es decir, si hubiesen tenido certeza de que en aquella ancestral desobediencia tendrían sus raíces las diversas tragedias de la historia —los genocidios atómicos de Hiroshima y Nagasaki, la guerra de Crimea, las Guerras mundiales, el desplomarse cruento de las Torres gemelas, la masacre de iraquíes y afganos, el genocidio del aborto, las acciones terroristas, todas las noticias policiales sobre crímenes, violaciones, robos— jamás hubiesen desobedecido a Dios. Pero para ver esas cosas, y con miles de años de anticipación, hace falta humildad.

193

— LA NOSTALGIA DEL PRESENTE —

« ¡Qué ansias tienes de ser
extraordinario!... Lo que te pasa es
¡vulgarísimo! »⁴⁸¹

Pasados veinticinco años desde que salí del colegio, volví a reunirme con mis compañeros (bodas de plata de la promoción), ocasión en la que recordé con melancolía a los profesores, compañeros ausentes, y miles de pequeños episodios sucedidos en aquellos queridos edificios: desde los infantiles atentados terroristas en el laboratorio de química, hasta los momentos más sublimes y emotivos, como ser el caso de nuestra Primera Comunión.

Parte de los festejos de aquella reunión consistió en ingresar nuevamente al aula donde a los seis años comenzó nuestra educación, y sentarnos cada uno en aquellos pequeños bancos (ya no todos cabían en los mismos) mientras alguno imitaba a nuestro maestro. Luego fuimos recorriendo las demás aulas trayendo a la memoria múltiples anécdotas allí transcurridas. Y esa misma nostalgia nos embargaba a todos al rememorar los eventos deportivos (en nuestro colegio se jugaba al rugby): ¡Cuántos partidos definidos con fervor en el último segundo del tiempo suplementario...!,

⁴⁸¹ Surco, 565.

¡cuántos episodios simpáticos de viajes hechos a otras ciudades para enfrentar a otros equipos!, ¡cuántos momentos de gloria infantil en los que éramos aplaudidos por mamá y papá presentes en aquellas gestas deportivas...!, ¡cuántos llantos por partidos perdidos dramáticamente... y de los que ahora nos reímos!

Y puestos a recordar, no sólo vuelven a mi memoria los sucesos colegiales, también los familiares, porque ¡cuánta melancolía y afecto embargan mi corazón al recordar las Navidades y años nuevos compartidos con abuelos, tíos y primos... jornadas en las que los mayores de la familia (hoy difuntos) brindaban con nosotros por la venida al mundo del Niño Dios!

¡Ah!... y tampoco se puede dejar de mencionar la ansiosa expectativa con que de pequeños abríamos los regalos el día de Reyes, o (ya más grandecitos) las guardias con mis hermanos para espiar el árbol de Navidad y saber de una vez por todas ¿quién es el que deja los regalos y digiere el pasto y el agua de los camellos? (lamentablemente nunca lo supe porque el sueño me vencía, de modo que todavía no sé si son los mismos camellos o mis papás).

A veces se me escapa una pequeña oración: «¡Señor, déjame volver a esos tiempos al menos un instante!». No obstante, en este apartado quiero invitarte a pensar en que cada día del presente también tiene su nostalgia... por lo que no nos hace falta acudir al pasado, ya que para un cristiano todos los momentos de su vida tienen proyección de eternidad, y, de hecho, es muy probable que a este presente, con el pasar de los años, también lo añoremos... Pero ¿para qué esperar a que pasen veinte años más para recordar con afecto el presente... no sería mejor vivirlo con una nostalgia que sea contemporánea al mismo?

Si páginas atrás decíamos que la santidad consiste en «¡Vivir hoy como si fuese el último día!», ahora te formulo el mismo concepto desde otra perspectiva: «¡Vivir el hoy con la misma nostalgia con que deseamos volver al entrañable pasado... o el mismo afecto e ilusión con que reviviríamos las jornadas de otrora si el reloj pudiese dar marcha atrás!».

Y para esto es imprescindible que sepamos apasionarnos con la vida ordinaria, lo cual no es nada fácil, ya que, inconscientemente, los habitantes de este planeta tendemos a valorar lo extraordinario y subestimar lo ordinario.

Por ejemplo, mis hermanas Águeda y Ana, siendo pequeños, de tanto en tanto me decían lo siguiente: «¡Eres un ordinario!» o «¡Esto que has hecho es una ordinariez!»; y como habitualmente dichas palabras iban unidas a episodios lamentables de mi vida, con el pasar del tiempo, todo lo calificado como «ordinario» interiormente me producía rechazo.

Pero un día descubrí que en las enseñanzas de San Josemaría, tanto la vida ordinaria como las cosas pequeñas tenían un misterioso valor; y que para Chesterton la palabra «ordinario» etimológicamente debía ser emparentada en primer lugar con «orden», porque es muy bueno que haya cosas que sucedan ordinariamente (y no de modo extraordinario): que mi corazón lata, que los pulmones respiren, que el sol salga...

Es más, ¡qué conveniente sería que en la propia vida seamos ordinariamente puntuales al levantarnos por la mañana, o constantes en el trabajo y el estudio, o en decir la verdad y sonreír! Y a nivel social ¡magnífica sería la estabilidad en los ámbitos laborales, financieros, macroeconómicos!

Pero estos logros exigen el amor por lo ordinario, lo que sólo puede ser patrimonio de las almas humildes que descubrieron el misterioso valor que tiene la vida corriente de cada día.

194

— ¿ P E C A D O S D E P O C A
I M P O R T A N C I A ? —

« El pecado es un acto de demencia »

La escueta definición de pecado que encabeza este apartado constituye la primer definición del mismo que escuché en mi vida. Tal vez sea poco ortodoxa y un tanto defectuosa, pero a la luz de lo sucedido con Adán y Eva en el pecado original, es lo bastante expresiva como para comprender que todo pecado, aunque pueda presentarse a nuestros ojos como un desliz insignificante (tan sólo morder una pequeña manzana), puede tener efectos devastadores a lo largo de la historia.

Con esta definición comencé a percibir la importancia de no mirar nunca con miopía las consecuencias de nuestras faltas, porque del mismo modo que una minúscula bacteria es capaz de arrasar con la salud de poblaciones enteras, algo análogo acaece con la «pequeña» maldad del pecado, la cual sólo es pequeña si es mirada superficialmente... sin proyectar escatológicamente los efectos negativos de nuestras faltas a lo largo de la historia.

La desobediencia de Adán y Eva al comer del «árbol de la ética» nos da a entender que para la miopía de la soberbia el pecado original no parecía ser algo humanamente significativo, pero sin embargo fue una tragedia universal (cuyos efectos dañosos aún no han concluido), por tanto, la afirmación en sentido figurado de que todo pecado es un «acto de demencia», tiene su fundamento en el hecho

de que sólo cuando nos volvemos «locos» se nos puede ocurrir desobedecer a Dios.

— VISION SOBRENATURAL Y COSAS
PEQUEÑAS —

El célebre obispo de Boston, monseñor Fulton Sheen, dice que pese a que la palabra «presbítero», con la que se nos designa a los sacerdotes, se traduce con la de «anciano», él prefiere utilizar otra versión etimológica: «presbítero» es «el que ve a lo lejos». ¿Tendrá algo que ver con la raíz etimológica de «presbicia»? En verdad no lo sé, pero como soy un joven presbítero simpatizo con dicha teoría. Esto que nos dice Fulton Sheen trae a la memoria aquella explicación que da Santo Tomás de Aquino acerca del «porqué» la Providencia estableció un Juicio universal al finalizar la historia humana.

Santo Tomás, como es sabido, afirma que uno de los «motivos de conveniencia» es determinar a los ojos de todos la responsabilidad de cada uno a lo largo de la historia humana. Pero intentaré explicarlo con algunos ejemplos.

1. San Ignacio de Loyola murió en el siglo XVI, y sin saber que la Compañía de Jesús, por él fundada, llegaría a tener en la primera mitad del siglo XX más de cuarenta y cinco mil sacerdotes,⁴⁸² diecisiete universidades en los Estados Unidos (y otras muchas en el resto del mundo), innumerables colegios, la responsabilidad de haber evangelizado naciones enteras, etc. Pero murió sin saberlo, porque todas estas cosas tuvieron lugar después de su muerte, de modo que sólo tendrá conciencia plena al finalizar la historia humana el día del Juicio Universal.

2. Karl Marx murió sin tener conciencia de que el marxismo haría que durante el siglo XX, por medio de sus diversos seguidores (Engels, Trotsky, Stalin, Lenin, Marcuse, Mao Tse Tung...) se destruirían sistemática y deplorablemente las libertades religiosas de gran parte de las naciones que habitan sobre nuestro planeta: China comunista, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Albania, Bulgaria, Corea del Norte, Vietnam, Camboya del Norte, Camboya del Sur, Mozambique, Cuba, Angola, Nicaragua, República Democrática de Alemania, Polonia, Yugoslavia, Hungría, Checoslovaquia... países a los que se deberían añadir otros que fueron o son víctimas de las diversas variantes del terrorismo de

⁴⁸² Para que se pueda estimar la importancia de este dato, hay que tener en cuenta que en el año 2000 en toda la Iglesia Católica los sacerdotes eran 405.000 (dato del *Anuario Pontificio*).

inspiración marxista. De modo que también es conveniente un Juicio universal si queremos saber de qué fue responsable Marx a lo largo de los siglos.

Si bien hay un «Juicio particular» que tiene lugar inmediatamente tras la muerte, hay consecuencias futuras sobre las que no se puede dar aún el veredicto por la sencilla razón de que todavía históricamente no sucedieron, y por eso dice Santo Tomás que es conveniente la existencia de un «Juicio universal», ya que de ese modo podremos tomar conciencia plena de la trascendencia de nuestros actos.

Esto mismo afirma el «Catecismo de la iglesia Católica» cuando dice que el día del Juicio universal es

«el día en el que Dios, por medio de su Hijo Jesucristo, pronunciará su palabra definitiva sobre toda la historia... *el día en el cual Dios no se callará*».¹

En ese momento memorable se sabrá realmente de qué es imputable cada uno de nosotros. Además, allí no habrá posibilidad de quedar inmerecidamente bien, ni de robarle a Dios gloria alguna.

En el Juicio universal se reprobará nuestra típica tendencia a pensar o decir que desde que nosotros llegamos (a esta casa, a esta oficina, a este equipo de fútbol, a este gobierno...) todo funciona bien, y que la causa ha sido precisamente nuestra presencia; e inversamente, tampoco se le podrá orgullosamente achacar a los demás la culpa de los males que nos tienen como responsables.

« *Nunca tantos debieron tanto a tan pocos* »²

El Juicio universal mostrará con claridad muchas cosas importantes que nuestra mirada miope de la historia se limitó a observar con indiferencia. Por ejemplo, la biografía de San Josemaría Escrivá nos refiere un episodio decisivo para la historia de su alma. Tuvo lugar en el tremendamente frío invierno de 1917, cuando él estaba por cumplir dieciséis años. Al salir de casa descubre sobre la nieve las «huellas» dejadas por las pisadas de un «carmelita

^{4 8 3} *Catecismo de la Iglesia Católica*, N° 1.039 (cita el Salmo 50, 3).

^{4 8 4} Famosa alusión de Wiston Churchill a los jóvenes aviadores ingleses que ofendieron sus vidas para impedir los bombardeos de la aviación de Hitler sobre Londres.

descalzo».³ Aquellos pasos sacrificados y cargados de amor a Dios le conmovieron, constituyéndose en una impactante «moción del Espíritu Santo»: una invitación a tomar la vida cristiana con toda la seriedad que se merece, y a revivir la vocación a la santidad que se nos confiere con el sacramento del Bautismo...

Ese carmelita tenía treinta y tres años, y se lo conocía como el Padre José Miguel de la Virgen del Carmen; y al morir este religioso (1941), el Opus Dei era algo tan incipiente y desconocido que prácticamente no era tenido en cuenta como fenómeno pastoral. Pero en el año 2002 hubo centenares de miles de personas presentes en Roma para la canonización de San Josemaría: gentes de múltiples países, razas, lenguas, edades, condiciones socioculturales... pues la semilla había crecido universalmente. Y, por tanto, hay una importante pregunta sobre la que quiero que gire nuestra reflexión: ¿Qué fue de la vida de aquel carmelita descalzo que removió con sus pisadas humildes y pequeñas el alma del adolescente Josemaría Escrivá? ¿Merecería ser canonizado? ¿Se tendrá alguna vez conciencia del impacto de aquellas pisadas ocultas en la historia de la Iglesia?

Responderé limitándome a decirte que, dada la perspectiva escatológica de la historia humana, aún no estamos en condiciones de responder, puesto que es muy difícil captar el influjo o trascendencia que tan sólo una rebeldía o desobediencia a la voluntad de Dios pueden tener en el curso de la historia; y así como «ningún enemigo es pequeño cuando se lo desprecia», la correspondencia a la gracia o la tibieza en la fidelidad a la propia vocación tampoco tienen efectos de poca monta.

Pero sigamos con San Josemaría Escrivá. La prensa internacional tampoco hace referencia a la fundación del Opus Dei, que tuvo lugar el 2 de octubre de 1928, pues los periódicos españoles del miércoles 3 de aquel mes consideraban que de la jornada anterior sólo eran trascendentes, a nivel internacional, los siguientes sucesos:

- Una huelga de empleados de correos en Shangai.
- Una huelga de estibadores en el puerto de Melbourne.
- La victoria de Capablanca sobre Lasker en Budapest.
- La manutención en el aire de dos aviones norteamericanos que, con cuarenta y ocho horas de vuelo, intentaban batir el récord mundial de sustentación.

Es más, la fundación del opus Dei ni siquiera alcanzó trascendencia dentro de España, pues los diarios madrileños, ciudad en que tuvo lugar, de aquel 2 de octubre sólo destaca los siguientes acontecimientos nacionales:

^{4 8 5} Al respecto, A. Vázquez de Prada, en *El Fundador del Opus Dei (I)*, Buenos Aires, 2001, dice que San Josemaría escribiría: «¿Cuál ha sido el origen de mi vocación sacerdotal? Una cosa aparentemente fútil: la huella de los pies descalzos de un carmelita sobre la nieve» (p. 97).

- En el cine Callao se estrenó la película *El gran combate* (con Gary Cooper).
- Hubo un temporario traslado del Rey a su casa de campo.⁴ Pero, ¿qué fue más trascendente: el récord de vuelo, la huelga de correo, el estreno de Gary Cooper... o la fundación del Opus Dei? En este interrogante nos volvemos a topar con el anterior dilema: ¿Se puede distinguir aquello que es pasajero de lo que tiene alcance eterno?, ¿las criaturas humanas poseemos un telescopio escatológico para mirar las consecuencias de nuestros actos a lo largo de la historia? La respuesta sólo la puede dar Dios, pues las criaturas conocemos la realidad futura con extraordinaria imprecisión.

¿Quién de nosotros puede conocer la trascendencia de la «contracepción tóxico-química» en plenitud? ¡Nadie!, ya que con el uso de una sola píldora anticonceptiva podrían no haber nacido santos de la categoría de San Ignacio de Loyola, o la Madre Teresa de Calcuta, o San Josemaría Escrivá, o Juan Pablo ii... , o sabios de renombre y extraordinaria trascendencia como Sir Alexander Fleming, quien al descubrir la penicilina salvó la vida de centenares de millones de personas.

«La vida de los hombres y la tarea de transmitirla no se limita sólo a este mundo y no se puede medir ni entender sólo por él, sino que mira siempre al destino eterno de los hombres».⁵

Es decir, sin una visión intrínsecamente escatológica de la moral, aunque se logren analizar los problemas inmediatos de la procreación humana, nos olvidaremos de prestar atención a la repercusión que la misma tiene en lo que hace al destino eterno del hombre, porque ¿quiénes somos nosotros, los muy limitados seres humanos, para afirmar con tanta certeza la poca o mucha trascendencia de una acción humana a lo largo de la historia?

Vale la pena considerar esta pregunta a la luz del hecho de que si a veces no somos capaces de prever prudentemente el futuro económico de un pequeño comercio, o la evolución económica de un simple municipio, o la estabilidad sociopolítica de un país... ¿qué hombre sensato se aventuraría a profetizar sobre las consecuencias que tendría a lo largo de los siglos una sola desobediencia a los mandatos divinos? Desobedecer a Dios implica correr el riesgo de caer en el error de Adán y Eva cuando comieron lo que para ellos no era más que un «pequeño» e «insignificante» fruto prohibido.

^{4 8 6} Cfr. A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, 1983, p. 6.

^{4 8 7} Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, N° 51.

— JUICIO UNIVERSAL Y SERENIDAD DE
CONCIENCIA —

Dentro de los diversos sistemas morales que ha reprobado la Iglesia en el siglo XX, uno de ellos es el «consecuencialismo», el cual afirma que la bondad o maldad moral de una acción se determina «exclusivamente» por la utilidad de las consecuencias que se derivan de nuestras acciones; es decir, no importa «qué se hace», sino los resultados.

Dicho sistema estuvo en la base de la «decisión Truman», que desencadenó el genocidio de cien mil civiles japoneses con el lanzamiento de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Aquella orden del Presidente Truman, contraviniendo todas las leyes de guerra y del derecho de gentes, serviría para asesinar cruentamente a una gigantesca multitud de personas absolutamente inocentes. Y el fundamento ético que se alegó estaba infectado por el «consecuencialismo» más puro: ¿Qué es preferible: un asesinato de cien mil inocentes que permita concluir pronto con la guerra... o dejar que ésta continúe y sigan muriendo millones de soldados (incluyendo combatientes japoneses)?

Pero esta pregunta que formuló Truman a los norteamericanos (aunque luego ordenase el lanzamiento sin esperar respuesta), es un interrogante moral inadmisibles para quienes sostienen los principios más sagrados de la ética, porque:

- Un fin bueno nunca justifica el empleo de medios moralmente malos.
- La persona nunca puede ser empleada como medio.
- Sufrir un mal (ser asesinados) es distinto a ser malos (asesinos).

Además, según Spaeman, la legitimación del consecuencialismo «abrumaría» la responsabilidad humana, puesto que el hombre, antes de actuar, debería hacer innumerables cálculos para precisar las consecuencias presentes y futuras de las que habrá de ser responsable en el futuro... lo cual es tremendamente complejo y agobiante.

Por ejemplo, Sayés recuerda que, durante la Segunda Guerra Mundial, a un soldado alemán un oficial nazi le exigió que matase a una niña judía de doce años, porque de no hacerlo ordenaría fusilar a un grupo numeroso de prisioneros, y el soldado (contra conciencia) terminó matando a la niña... y luego se suicidó. El motivo del suicidio es que no pudo soportar el peso de elegir entre el fusilamiento de muchos o asesinar a la niña.

Pero como bien dice Spaeman, si este militar hubiese advertido que dichas consecuencias no se le podían achacar (¡él no daba las órdenes!), debería haberse negado a matar a la niña judía. Porque las

consecuencias malas que se derivan de aquello que yo no puedo evitar, no me son imputables; y por dramáticas que sean hay que dejarlas en manos de quien sí las podría evitar: la Providencia Divina.⁶

Si somos humildes, en este tipo de falsas opciones dramáticas nos daremos cuenta de que somos simples criaturas, de que no somos omnipotentes... ni estamos llamados a resolver todos los problemas del mundo, y menos todavía si para hacerlo hay que utilizar medios indignos. El humilde nunca elige el mal, y el hecho de que lo amenacen con catástrofes humanas no lo amilana a la hora de rechazar ser el autor de alguna de ellas. El vive en paz por el sencillo hecho de hacer lo que corresponde, y sin considerar como criterio de conducta esencial las consecuencias.

Si somos humildes nos limitaremos a obedecer a Dios confiando en su infinita sabiduría y capacidad para sacar bienes de los males; y si somos soberbios nos atribuiremos el Poder divino de considerarnos capaces de precisar las consecuencias de nuestras acciones a lo largo de la historia.

No lo olvides: desobedecer a Dios es siempre un acto de demencia, y aunque las consecuencias más inmediatas de una mentira, un robo, o un acto de violencia, nos presenten tales actos como convenientes, habrá que recordar con humildad que, Adán y Eva, encandilados por la bondad inmediata de la desobediencia (dice el Génesis que *la mujer vio que el fruto era bueno, agradable a la vista y deseable para alcanzar sabiduría*),⁷ terminaron siendo responsables, de algún modo, de todos los males de la historia: Crimea, Hiroshima, Auschwitz, Nerón, las dos guerras mundiales, Kosovo...

Finalmente, te recomiendo no olvidar los testimonios públicos de intranquilidad de conciencia (que derivaron incluso en enfermedades mentales), manifestado por los responsables de las bombas de Hiroshima y Nagasaki, pues el cálculo «cuantitativo» nunca pudo paliar la interpelación constante que sufrieron como consecuencia de haber generado aquella descomunal matanza de inocentes.

^{4 8 8} Cfr. J. A. Sayés, *Antropología y moral. De la «nueva moral» a la «Veritatis splendor»*, Madrid, 1997, p. 171 (el autor cita un ejemplo del moralista Livio Melina).

^{4 8 9} Génesis 3, 6.

— LA RESPONSABILIDAD ANTE LO PEQUEÑO —

El vanidoso poeta Querilo instó muchas veces al emperador Alejandro Magno para que éste escuchase la recitación de sus poemas. Un día, cansado de sus ruegos, Alejandro accedió:

—Está bien, los escucharé, pero formaré un tribunal de expertos que aprueben o desapruében la calidad de tus versos; y por cada uno que te aprueben recibirás una moneda de oro, y por los que desapruében una bofetada.

Hay quienes afirman que el poeta murió abofeteado sin poder terminar de recitarlos.

A la luz de lo sucedido con Querilo, valdría la pena fomentar el sentido de responsabilidad hacia todas las dimensiones de nuestra vida: lo bueno y lo malo, lo que parece grande y lo que se presenta como pequeño, lo que se nos revela como trascendente y lo que aparenta ser pasajero...

La responsabilidad sobre nuestras acciones nos tiene que llevar a reconocer que cada acción ordinaria, por pequeña que parezca, puede tener un potencial histórico incalculable.

En nuestra conducta debemos esmerarnos siempre, puesto que en el día del Juicio universal seremos juzgados en plenitud sobre cada acontecimiento que nos tuvo como causa, y las consecuencias de dicho juicio tendrán mucha mayor intensidad y profundidad que la que utilizó aquel tribunal de literatos y poetas para juzgar a Querilo.

Además, si tienes en cuenta el personalismo cristiano (aquella visión filosófica según la cual una persona vale más que el universo material entero), tampoco despreciaremos las pequeñas acciones apostólicas que puedan convertir a las almas; y nuestra conducta será semejante a lo que cuenta Van der Meersch en su novela *El coraje de vivir*, donde una chica le da frecuentes y fervorosos consejos a un joven católico sobre cómo hacer apostolado con sus compañeros de fábrica:

«Con los obreros siempre has de ser amable y sonriente, y has de mantener la convicción de que aún cuando tu trabajo apostólico te parezca estéril, cada obrero conocerá un momento en que una palabra nuestra le conmoverá, le consolará, le ayudará... ; y como no sabemos cuándo llegará ese momento, hay que estar dispuestos a vivir entregados siempre... con espíritu de servicio y alegría, pues éste es el único modo de no estar ausentes cuando Dios quiera que estemos presentes».

Finalmente me permito reiterarte que sería muy conveniente que quienes pregonan la santidad en la vida cotidiana profundicen frecuentemente en los siguientes temas: la humildad, las cosas pequeñas u ordinarias de cada día, y la proyección escatológica de éstas en orden al Juicio universal, pues en estas cuestiones subyace el fundamento teológico de la grandeza misteriosa que encierra el «hoy» de nuestras vidas.

199

— LAS MENTIRAS DE IMPORTANCIA
DESCONOCIDA —

En cierta ocasión, al confesarme, le dije al sacerdote: —Padre, dije algunas mentiras de poca importancia. Su respuesta fue contundente:

—No digas «mentiras de poca importancia»; no existen las mentiras de poca importancia; sólo existen mentiras de importancia desconocida.

Y como yo tenía tan sólo diez años, dócilmente comencé a utilizar la nueva fórmula: «¡Padre, dije mentiras de importancia desconocida!».

Este episodio suelo referírsele a quienes les cuesta confesarse porque consideran que sus pecados son las «pequeñeces» de siempre, y también a quienes les parece que el confesor se molestará con esas insignificantes tonterías que le hacen perder el tiempo en el confesionario. Si experimentamos estos sentimientos debemos pedirle a Dios la sabiduría para no restar importancia a todas las semillas de «maldad desconocida» que sembramos en el campo de la historia humana, semillas que van creciendo como una «bola de nieve» que sólo es capaz de frenar con eficacia el sacramento de la confesión.

200

— ¿VERDADES OCULTAS?

« No hay nada oculto que no haya de ser revelado »⁸

Conversaba San Josemaría con algunos estudiantes en la sede central del Opus Dei, entre ellos Fernando Acaso. De repente, San Josemaría le pregunta:

Mateo 10, 26.

—¿Fernando, habéis traído ya los muebles que se os había encargado?

Fernando respondió que no, y quiso añadir algunos motivos que justificaban la omisión; pero San Josemaría, con el afán de forjarlo en las virtudes (concretamente en la de admitir los errores sin excusarse), lo cortó en seco diciéndole que no quería excusas. Fernando guardó silencio... y continuó la conversación con todos.

Al instante, sin saber lo sucedido, llegó monseñor Alvaro del Portillo, quien tras un breve saludo, interrumpió el diálogo:

—Fernando, acabamos de depositar el dinero en el banco, de modo que ya se pueden retirar los muebles.

Y al comprender San Josemaría que había una circunstancia que excusaba al interesado, rápidamente le pidió disculpas, y, más tarde, en presencia de muchos, volvió a reiterar su petición de perdón añadiendo una alabanza al silencio de Fernando por escuchar los reproches sin intentar justificarse.⁹

No sería de extrañar que el silencio humilde de Fernando Acaso sea una especie de acto de fe en la existencia de un Juicio universal donde todo se aclare: «¡Para qué excusarme, si algún día todo se habrá de clarificar!», o... «¡Por qué tanto afán por ser declarado inocente ya en esta vida, si la justicia perfecta y final será inexorable!».

El humilde no tiene miedo a la humillación de los malos entendidos, y tampoco se obsesiona por aclararlos, lo que te sugiero tener en cuenta especialmente cuando recaigan sobre nosotros calumnias, injusticias, sospechas sin fundamento... Porque si nunca dejamos pasar en silencio los malos entendidos, o no esperamos con humildad y paz interior la verdad que resplandecerá el día del Juicio universal, experimentaremos lo que con humor me comentaba un amigo: «¡Si nos dedicamos a clarificar todos los episodios confusos de esta vida, entonces, tendremos un Juicio universal sin emociones!».

El Juicio universal es el juicio de la publicidad de la verdad, aquel donde se esfuman todas las dudas, y en el que se precisa con exactitud el grado de imputabilidad que tuvo cada uno en relación a los efectos buenos o malos que tuvieron causas concurrentes a lo largo de la historia.

Hay que tener presente que la soberbia nos impulsa a manifestar una obsesiva tendencia a atribuirnos el cien por ciento de la responsabilidad de todo lo bueno que sucede a nuestro alrededor, y a evadirnos de las imputaciones que nos hacen cuando se trata de algo negativo; por lo que del mismo modo en que ante los éxitos somos proclives a decir «¡Desde que llegué todo funciona mejor en este sitio!», ante los fracasos decimos «¡Yo solamente pasaba por allí... no tuve nada que ver con lo sucedido!».

^{4 9 1} Cfr. E Urbano, op. cit., p. 351.

Pero la consideración del Juicio universal nos ayudará a ser humildes asumiendo en plenitud nuestra responsabilidad por todas las acciones, buenas o malas... y en su justa medida. Y teniendo en cuenta este hecho, ¿para qué esconder nuestra culpabilidad si a la larga todo habrá de salir a luz?, o ¿por qué tanto miedo en reconocer los pecados *si no hay nada oculto que no haya de ser develado?*,¹⁰ o ¿a qué se debe tanta preocupación en convencer a los demás sobre méritos que no son nuestros, si finalmente seremos humillados cuando se sepa la verdad?

Con lo dicho te advierto que no pretendo faltar al sentido común invitándote a no ejercitar los propios derechos, muy por el contrario; si tenemos en cuenta que el cristianismo es una religión «asertiva» que promueve el ejercicio de los derechos y el cumplimiento de los deberes, viviríamos mal nuestra religión si no nos defendiésemos legítimamente de las agresiones injustas, o si permitiésemos que por tolerarlas injustificadamente se dañe a otros. Pero distinto es cuando se vive obsesionado por las calumnias y sospechas de las cuales se es víctima, pues se pierde el tiempo, y se demuestra poca fe en ese juicio que todo lo aclara. En síntesis, no podemos dejar de alcanzar nuestros objetivos verdaderos a causa de distracciones que son fruto de vivir reaccionando con orgullo y amor propio ante las afrentas que nos hacen.

201

— LA CONCIENCIA PLENA DE LA
VERDAD —

« ¡Dios mío! ¿qué hemos hecho? »

¿Te acuerdas del criminal lanzamiento de la bomba atómica sobre las dos ciudades en las que vivían las principales comunidades católicas del Japón (Hiroshima y Nagasaki), aquella brutal acción genocida, una de las más violentas e inicuas que se recuerde en la historia de la humanidad?

El comandante Paul Tibet dice que la bomba estalló sin detonar a trescientos ochenta y cuatro metros del suelo, y que la explosión produjo un resplandor púrpura y un calor intenso, derritiendo pavimentos, fundiendo bloques de granito, carbonizando árboles, volatilizandando la vida de decenas de miles de personas inocentes, dejando sombras calcinadas sobre paredes y pisos en cuatro kilómetros a la

492 Mateo 10, 26.

redonda y generando un viento huracanado que propagó una lluvia negra de asfixiantes cenizas...

Los científicos que idearon la bomba atómica eran concientes de lo que sucedería al caer sobre una ciudad, porque ya la habían visto explotar durante los experimentos hechos en zonas desérticas de los Estados Unidos; pero parece ser que la tripulación no tenía muy claro el contenido de aquella misión: ellos nunca habían visto una explosión atómica, de modo que pensaban que se trataría sólo de un bomba un tanto «especial», nada más.

Tras lanzar el artefacto explosivo, siguiendo las instrucciones recibidas antes de partir, empinaron el avión B-25 hacia arriba... y a toda máquina, porque la orden era huir como sea de la onda expansiva.

Según el testimonio de un tripulante, cuando a los pocos segundos la onda de la explosión alcanzó al bombardero, éste se estremeció tanto que otro de los que iban a bordo gritó «¡Fuego antiaéreo!». Aquel hombre ingenuamente pensaba que habían recibido un impacto de la artillería antiaérea japonesa.

Pero lo que yo considero más trascendente en relación al objetivo del presente capítulo, es el comentario que espontáneamente hizo el copiloto al tomar conciencia de lo sucedido, ya que el tono de sus palabras reflejaba un cuestionamiento moralmente autointerrogante: «¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?».

Del mismo modo, cada vez que cometemos un pecado, que en apariencia no es de mayores consecuencias para alguien que analiza con criterios terrenos la conducta humana, podemos estar arrojando de modo inconciente un explosivo de alto poder sobre los planes de la Providencia divina.

Por ejemplo, imagínate una simple píldora anticonceptiva que hubiese obstaculizado el nacimiento de la Madre Teresa de Calcuta, un ¡No! de la Virgen Santísima al Arcángel San Gabriel (como el de Eva con la manzana) que nos hubiese dejado sin Jesús... Con lo dicho te darás cuenta de que la visión de fe, la obediencia a Dios, y la concepción sobrenatural y escatológica de nuestra conducta ordinaria, son las claves que nos invitan a que aborrezcamos y confesemos todo pecado por pequeño que parezca.

El Juicio universal nos mostrará las consecuencias escatológicas de nuestras acciones, y, así como Adán y Eva verán todo lo que desencadenaron con su «pequeña» manzana, nosotros observaremos las consecuencias de «nuestras» manzanas, y tal vez exclamemos como el copiloto: «¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?».

Pero ten en cuenta que este razonamiento no incluye sólo a las malas acciones, también a las buenas: el apostolado cotidiano, la caridad diaria, la sonrisa habitual en las dificultades de la vida...

— JUICIO UNIVERSAL Y FACTOR
SORPRESA —

En el día del Juicio universal a los buenos se los sentenciará: *Venid benditos de mi Padre, y tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...* Y ellos también responderán sorprendidos: *¿Cuándo te dimos de comer, cuándo te dimos de beber, cuándo eras peregrino y te recibimos...?*

Por su parte, a los condenados se les dirá: *Apartaos de mí malditos, e id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles, porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui peregrino y no me recibisteis...* El Evangelio dice que éstos responderán con tono de asombro: *¿Cuándo no te dimos de comer, cuándo no te dimos de beber, cuándo eras peregrino y no te recibimos...?*

Y una vez que el divino Juez haya escuchado estas respuestas llenas de sorpresa, a los buenos les dirá: *Os aseguro que cuantas veces habéis hecho eso con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo lo habéis hecho; y presta atención a estas palabras: mis hermanos más pequeños,* porque allí reside, precisamente, el *quid* de la santidad en la vida ordinaria. Pero, lamentablemente, también hay que añadir que en el caso de los malos la respuesta será negativa y simétrica: *Id al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles, porque... cuantas veces no habéis hecho eso con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo habéis dejado de hacerlo.*¹¹

Quiero advertir que, según mi parecer, la sorpresa de buenos y malos que nos describe el Evangelio de San Mateo no es ficticia o simulada, es auténtica. No se trata ni de una especie de «cumplido» que le hacen los buenos para agradecer a Dios el premio del Cielo, ni de una respuesta «hipócrita» de los malos al asumir el castigo. Es la reacción absolutamente espontánea y natural de una persona que habiendo hecho en su vida muchas cosas buenas o malas, pero pequeñas, se «admira» o «asombra» ante la luz plena de la trascendencia escatológica que tales episodios alcanzaron, y, entonces, exclama con todo su corazón: «¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?». Es decir, en ambos casos (buenos y malos), las respuestas reflejan una sorpresa análoga a la del citado copiloto.

Mateo 25, 31-46.

— JUICIO UNIVERSAL Y ESPÍRITU DE
«ADMIRACIÓN» —

Pensemos por un momento en aquel «carmelita descalzo» que dejó sobre la nieve aquellas huellas que, impactando tanto a San Josemaría Escrivá, tuvieron repercusión escatológica en la historia de la iglesia contemporánea.

Aquel hombre murió en 1941, cuando el Opus Dei era un fenómeno apostólico cuasi inexistente, y de seguro que cuando compareció al Juicio particular habrá escuchado con alegría su sentencia de canonización: *Tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo...*,¹² tras lo cual emprendió exultante el camino a la puerta del Paraíso.

Pero, al abrirla y encontrarse con aquel premio tan extraordinario al que San Pablo lo describe diciendo que *ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento...*,¹³ es legítimo suponer que habrá exclamado con auténtica y espontánea sorpresa: «¿Cuándo te dimos de comer...?»¹⁴ ¿Señor, cuándo hice algo que merezca lo que mis ojos están viendo... cuándo... cuándo... ? ¿A quién le he dado de comer... a un regimiento de soldados? Señor, soy conciente de haber hecho cosas buenas, pero ¿realmente hice tanto?»; o, como diría el copiloto de Paul Tibet: «¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?».

— JUICIO UNIVERSAL Y ESPÍRITU DE
«ASOMBRO» —

En las primeras páginas del presente escrito aludimos al hecho de que no es lo mismo la admiración que el asombro: nos admiramos del bien y nos asombramos del mal. Y así como en el Juicio universal hay que estar preparados para «admirarnos» de los efectos no imaginados de nuestras buenas acciones, también habrá que tener la humildad suficiente para no acobardarnos o deprimirnos cuando nos toque «asombrarnos» por las tragedias que hayan tenido su raíz en nuestros pecados.

Por ejemplo, se cuenta que una mujer fue a confesarse de haber difamado a su vecina, y que el confesor le dijo:

⁴⁹⁴ Mateo 25, 34.

⁴⁹⁵ I Corintios 2, 9.

⁴⁹⁶ Mateo 25, 37.

—Como penitencia vaya al mercado, compre un ave con plumasy vuelva al confesionario... pero al regresar hacia la iglesia arranque una a una todas las plumas y déjelas caer por las calles del pueblo.

La mujer cumplió con el extraño mandato, y regresó. Entonces, el confesor, le dijo:

—Ahora vuelva por el mismo camino y recoja todas las plumas.

La mujer perturbada le dijo:

—No puedo, es imposible.

—Pues lo mismo sucede con sus difamaciones, ya que una vez lanzadas al viento, sus daños son irreparables —dijo el confesor.

A la luz de este tradicional ejemplo catequístico sobre las consecuencias de nuestras acciones, puede afirmarse la hipótesis de que los condenados, al ver el tremendo castigo del infierno, exclamen impresionados de espanto: «¿Cuándo no te dimos de comer... ? ¿Señor, cuándo fuimos responsables de una omisión que merezca el estremecedor castigo que ven nuestros ojos? ¿Cuándo fue que no lo hicimos...?».

Pero a tal reclamo se le podría replicar con el siguiente interrogante: ¿Cómo calcular el inmenso daño causado al mundo por el marxismo con los miles de millones de víctimas que engendraría en los cien años posteriores a la muerte de sus principales promotores (Marx y Engels)? Pienso que no es posible realizar ese cálculo, y también pienso que en el supuesto de que algún marxista se hubiese condenado por falta de arrepentimiento, al abrir la puerta del infierno diría con vivo asombro: «¿Cuándo no te dimos de comer, cuándo no te dimos de beber... ? porque no me cabe duda de que merezco un castigo, pero ¿era para tanto?».

En fin, con lo dicho sólo pretendo recordarte que somos criaturas, y, por tanto, no podemos conocer todas las consecuencias de nuestros actos a lo largo de la historia, ya que una vez echada la semilla, la planta crece *de día y de noche sin que quien la sembró sepa cómo*;¹⁵ o sea, crece *de día* (cuando vemos con nuestros ojos las consecuencias de lo que hacemos), y *de noche* (cuando ni siquiera podemos imaginar tenuemente la repercusión última de nuestro obrar).

Marcos 4, 27.

— JUICIO UNIVERSAL Y APARIENCIAS —

« Desde las tinieblas de las apariencias, hacia la luz de la realidad »¹⁶

La frase que introduce este apartado está recogida del epitafio de la tumba del venerable cardenal John Henry Newman, que escrita en latín dice: *Ex umbris et imaginibus in veritatem*.¹⁷

Era su lema, y él lo relacionaba con la visión cristiana de la muerte. Según él, en la expresión clásica neotestamentaria con que se designa a los muertos —*dormierunt in Domino* (los que se durmieron en el Señor)—¹⁸ la palabra *dormierunt* no debería interpretarse propiamente como un «dormirse», sino, y aunque fuese paradójico, como un «despertarse».

Para un cristiano, morir no es dormirse, sino despertarse a la realidad más plena. Por tanto, cuando la soberbia nos enceguece ofuscándonos en la búsqueda de la verdad, lo que consigue es que vivamos medio dormidos, y, tal vez, en un mundo de pesadillas. No hay que olvidar, sostenía él, que la soberbia es amante de las apariencias, y en una sociedad que está más pendiente de la «opinión pública» que de la verdad de los hechos, la idea de la muerte constituye un buen recordatorio de que alguna vez todos nos habremos de despertar, nos guste o no, a la realidad plena de «cómo» fueron las cosas.¹⁹

⁴⁹⁸ Epitafio de la tumba del cardenal John Henry Newman.

⁴⁹⁹ «Desde las tinieblas de las apariencias, hacia la luz de la realidad».

⁵⁰⁰ I Corintios, 15, 18.

⁵⁰¹ Cuentan que en Inglaterra hay una lápida con el siguiente epitafio: «Aquí yace John Smith, quien el día 23 de abril de 1960 pasó de la ilusión a la realidad».

LA HUMILDAD COMO SACRAMENTO

206

— COMENZAR POR UNO MISMO —

« *El Reino de Dios está dentro de vosotros* »²⁰

Visité la casa de un matrimonio amigo: una espléndida familia numerosa (ocho hijos). En las paredes tenían algunos «rompecabezas» de paisajes bonitos que habían sido enmarcados. Por lo visto, en los veranos todos colaboraban en la difícil tarea de ubicar el lugar de las cuatro mil piezas que componían aquel desafío anual: momento familiar especialmente esperado, sobre todo por los más pequeños. Posteriormente, ya armado, se lo enmarcaba como magnífico recuerdo del esfuerzo colectivo y solidario. De este modo, en las paredes había un rompecabezas con el rótulo «Verano de 1994», junto a otro que decía «Verano de 1995», y así... En fin, una experiencia familiar muy recomendable. Sólo basta con proponérselo.

Y si te cuento esto es porque me acordaba de un famoso y clásico rompecabezas, que de un lado tiene el mapa del mundo y del otro la figura de un hombre. Dicen que es fácil construirlo del lado del hombre, pero difícil desde la figura del mundo. Lo mismo sucede con nosotros cuando intentamos resolver los problemas que azotan nuestro planeta pero sin comenzar por la conversión del propio corazón: todo se hace más difícil. Los cristianos maduros viven la Comunión de los santos y saben que toda verdadera reforma de la sociedad comienza en la propia alma. Es más, los problemas del mundo se resolverán cuando los católicos vivamos bien nuestra fe. De modo que debemos evitar caer en

«la tentación más engañosa y que se repite siempre, la de querer cambiar la sociedad modificando sólo las estructuras externas al propio corazón».²¹

Lucas 17, 21: *Regnum Dei intra vos est.*

La soberbia nos impulsa a pensar que lo primero que debe modificarse es lo externo (las estructuras, los que viven conmigo, etc.), a diferencia de la humildad, que nos hace dar inicio al itinerario de transformación empezando por el propio yo: mi propia conversión en lo que toca al carácter, a los malos modos y egoísmos... , y, en este camino, el sacramento de la confesión guarda para todo cristiano un lugar principalísimo.

207

— «RECONOCER» LOS PROPIOS DEFECTOS Y PECADOS —

Le llevaron al Señor una mujer sorprendida *in fraganti en el delito de adulterio* con el objetivo de plantearle qué hacer con ella, puesto que Moisés ordenaba *apedrear a éstas*.²² La primer actitud de Jesús fue guardar silencio, y recién ante la insistencia responder:

*El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra [...]; y comenzaron a retirarse uno a uno empezando por los más ancianos.*²³

Siendo adolescente leí estas líneas y pensé que los ancianos fueron los primeros en marcharse porque serían los más pecadores, a diferencia de los jóvenes, quienes destacaban por su inocencia. Pero pasado el tiempo reflexioné mejor y descubrí en los ancianos un rasgo de humildad: la velocidad para reconocer las propias faltas.

Es decir, aquel grupo de acusadores no se dividía en «pecadores» y «no pecadores», puesto que todos eran pecadores (todos tuvieron que dejar la piedra y retirarse). La esencia de la distinción residía en la velocidad (humildad) para reconocer y declarar públicamente la propia condición pecadora, pues mientras los más ancianos lo hicieron tras un breve examen de conciencia, el más joven se resistió hasta el final.

Los ancianos eran hombres más expertos en el arte de hablar a solas con Dios: la oración; en cambio, los últimos en irse, los más adolescentes, no se daban cuenta de que Dios también los interpelaba individualmente en sus corazones; y, recién cuando experimentan la soledad al retirarse los mayores, comienzan a sentir la necesidad de

Juan Pablo II, Audiencia del 26 de octubre de 1980.

⁵⁰⁴ Juan 8, 1-11.

⁵⁰⁵ Juan 8, 9.

examinarse descubriendo la propia condición pecadora... y soltar la piedra con espíritu de misericordia.

Por eso, cuando el Evangelio dice que se comenzaron *a retirar uno a uno*, nos da a entender precisamente esta exigencia divina: la necesidad del diálogo personal evitando toda masificación, el no excusarnos sobre las culpas de los demás, el asumir la responsabilidad de la propia conducta, el examen de conciencia sin el cual es inviable la posibilidad de alcanzar la propia verdad.

Además, a esta tarea del examen de conciencia diario te sugiero que la tengas presente por las noches, sobre todo si con cierta frecuencia incurres en faltas graves. Recuerda que a Santo Tomás de Aquino le preguntaron cuál había sido el tema teológico que más le había costado comprender, y su escueta respuesta fue:

«Que haya cristianos que puedan irse a dormir tranquilos en pecado mortal».

Pues bien, te sugiero considerar cuán conveniente sería que *antes de que el sol caiga*,²⁴ limpiemos nuestras conciencias para dormir en paz; porque para la paz del alma es importante procurar la reconciliación con Dios, sin demoras; y la humildad contribuye a lograr esta paz en la medida en que nos impulsa a reconocer nuestros pecados con la misma velocidad que en nuestros cuerpos «la sangre acude a la herida».²⁵

— ENFRENTARSE CON LA PROPIA
VERDAD —

Conversando con un drogadicto recuperado, le pregunté cómo había logrado liberarse de su enfermiza adicción. Me respondió que se sometió a un tratamiento en el que, entre otras cosas, utilizaron una técnica que consistía en hacer una filmación de su comportamiento cuando estaba bajo los efectos de la droga, y luego, en los momentos de lucidez, proyectarle la cinta.

El resultado fue que le avergonzó tan profundamente contemplar su conducta absurda e irracional, que decidió terminar con la adicción de una vez por todas. Es decir, aquella filmación le ayudó a «reconocer» el mal que ya «conocía», y el «reconocerlo» fue su fuerza.

^{5 0 6} Efesios 4, 26.

^{5 0 7} Cfr. *Surco*, 683: «Cuando hay vida interior, con la espontaneidad con que la sangre acude a la herida, así se recurre a Dios ante cualquier contrariedad».

No por nada se afirma que si el orgulloso supiese lo ridículo que aparece ante quienes lo conocen, por orgullo sería más humilde.

Y algo análogo pasó con una joven de Estados Unidos que fue sancionada reiteradas veces por conducir a velocidad excesiva. El tribunal optó por castigarla condenándola a estar tres días en la guardia de un hospital para accidentados, experiencia que le hizo cambiar de actitud. De aquí que nosotros debamos pedirle a Jesús que nos ayude a enfrentarnos sin miedo con nuestros pecados, pues éste es el comienzo del camino de la auténtica conversión.

209

— VERDAD Y PLENITUD DE LA
VERDAD —

« Señal evidente de falta de humildad: esas depresiones que surgen porque ves o porque descubren tus defectos »²⁶

Santa Margarita María de Alacoque cuenta que tras haber pecado por vanidad (era una falta leve), se le apareció Jesucristo con un retrato en el que el rostro de ella aparecía, a causa del pecado, «desfigurado». Y al ver aquel rostro deforme, la impresión fue tan fuerte que se desmayó.

Dios a veces prefiere no iluminar nuestra conciencia porque nos ve llenos de orgullo, y como al orgulloso le cuesta reconocer sus faltas, la cruda visión de sus pecados podría deprimirle. Y si bien es cierto que tal depresión probablemente no llegue al punto del desmayo, sí podría hacer que nos conduzca a un estar callado en medio de la alegría familiar, o al malhumor, o al carácter agrio y es por eso que tal vez Dios no quiera mostrar al pecador con claridad sus faltas, puesto que sabe que si lo hace el malhumor será descargado sobre el prójimo inocente.

Pero para lograr el verdadero arrepentimiento es necesario no sólo llegar a la verdad, sino al fondo de la misma. Al respecto, un buen ejemplo nos lo ofrece el Evangelio cuando dice que después de las tres negaciones *el Señor se volvió y lo miró a Pedro, y éste recordó sus palabras: Antes que el gallo cante hoy dos veces, tú me habrás negado tres.*²⁷ Y al escuchar el segundo canto del gallo, *saliendo fuera rompió a llorar amargamente.*²⁸

^{5 0 8} Cfr. *Surco*, 262 (el texto dice: «Esas depresiones, porque ves o porque descubren tus defectos, no tienen fundamento... Pide la verdadera humildad»).

^{5 0 9} Mateo 26, 75.

^{5 1 0} *Ibidem*.

^{5 1 1} Juan 21, 17.

Luego, al final del Evangelio de San Juan, cuando por tercera vez le pregunta el Maestro a Pedro si lo ama, Pedro *se dolió y dijo*:

*Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo.*²⁹ Es decir, en las dos primeras preguntas todavía no se había llegado al fondo del pecado, porque las negaciones habían sido tres, pero a la tercera, el apóstol toca fondo y experimenta el dolor del arrepentimiento por su triple traición.

Pero para llegar con nuestro examen de conciencia a la plenitud de nuestras miserias, debemos ser humildes y aprender a no desanimarnos. Porque ¿nunca te has puesto mal cuando has descubierto un defecto que tenías... o cuando te lo han señalado? ¿Jamás te has quedado con el corazón lleno de amargura por haber ofendido a alguien con algún comentario inoportuno, pero sin intención? ¿Acaso no has sentido desazón ante el clima de tensión generado cuando al intentar hacer una pequeña broma fuiste malinterpretado?³⁰ ¿No es cierto que en más de una oportunidad experimentaste que, aunque el mismo sujeto a quien ofendiste sin intención te decía que no te preocupases, aquel consuelo no alcanzaba a reconfortarte?

Dios a veces nota que somos personas a las que no se les puede decir nada con intención de ayudarles a mejorar, porque caemos en la tristeza, e incluso a veces reaccionamos ofendidos y descargamos nuestro furor con los demás...; y como Dios no quiere hacernos sufrir, ni tampoco que sufran las consecuencias los que viven en nuestros hogares, se ve forzado a adoptar una postura intermedia: si nos ve de buen humor y con fuerzas para recibir el golpe, de tanto en tanto nos muestra algo de lo que deberíamos arrepentirnos (sólo «algo»), ya que si nos mostrase todo de golpe, la conciencia de nuestros pecados nos podría llegar a causar no sólo una depresión o desmayo, sino —tal vez— un «infarto espiritual masivo».

De aquí que al Señor debamos pedirle que nos conceda la humildad para aceptar nuestros pecados sin deprimirnos al tomar conciencia de los mismos, pues de este modo tendrá la confianza necesaria para marcarnos el paso cotidianamente diciéndonos con claridad lo que hemos hecho mal.

— ¡NO SÉ DE QUÉ CONFESARME! —

— ¡Pueden venir a Cuba, están autorizadas! —le dijo Fidel tro a la Madre Teresa de Calcuta.

^{5 1 2} «No hay nada peor que malinterpretar las bromas tomándolas en serio» (San to Tomás Moro).

—¿Podemos? —preguntó ella sorprendida; y Castro añadió:

—Sí, pero vosotras que os dedicáis a los mendigos os encontraréis con un serio problema: ¡En Cuba no hay pobres!

Por mi parte, sin ningún afán de entrometerme en los asuntos internos de Cuba (entre otras cosas por lo difícil que es la libertad para ingresar a todos los recovecos de aquella Isla), te diré que la afirmación de su Presidente me recuerda la actitud de muchos cristianos que, ante la confesión, manifiestan un problema análogo (la ausencia de pecados en sus almas), pues suelen decir:

—¡No tengo pecados, o si los tengo no los veo!

Este problema lo manifiestan muchos que al confesarse alegan que les gustaría hacerlo con más frecuencia, pero que, sinceramente, «no encuentran pecados de los que arrepentirse».

Dejando a un lado el caso de quienes digan esto por un defectuoso autoconocimiento u orgullo y nos centrásemos en quienes lo afirman seriamente, bastaría con sugerirles que, la noche anterior a la confesión, cuando la familia esté en pleno reunida para cenar, expongan la cuestión en estos términos:

—Mirad, mañana quisiera confesarme, pero no recuerdo que haya cometido pecado alguno... ¿podrías ayudarme? —y ya te imaginarás a los hijos y al cónyuge del interesado refrescándole abundantemente su memoria.

Pero, no obstante este mecanismo de probada eficacia para los más exigentes, quisiera que reflexionásemos sobre por qué hay gente que «sinceramente» no visualiza sus pecados en el examen de conciencia.

En primer lugar, te diré que una de las posibles causas reside en la soberbia que nos lleva a deprimirnos demasiado al tomar conciencia de nuestras faltas. Porque así como hay personas a quienes les agobia el no poder pagar una deuda (lo que hará que ejecuten a un amigo suyo presentado como garante), hay quienes al tomar conciencia de sus faltas se deprimen ¡tanto!... que Dios se siente inhibido de iluminarles sus conciencias, porque quedarían tirados por el suelo.

De este peligro ya nos prevenía San Josemaría cuando aludía a la falta de humildad propia de «esas depresiones, porque ves o porque descubren tus defectos...». ⁵¹³ Por tanto, debemos pedirle a Dios fortaleza para aceptar con alegría y serenidad las luces de la gracia que ilustran nuestras conciencias y promueven nuestra conversión.

Para que Dios nos pueda iluminar sin infartos, hay que poner el alma en el «punto de cocción» (aquella temperatura sin la cual no se pueden cocinar algunos alimentos: las pastas, el arroz), y el punto de cocción está en la humildad que le facilita a Dios el poder decirnos todo lo que Él desearía que rectificásemos o desagráviemos.

— EXAMEN DE CONCIENCIA — Y PASIÓN
POR LA VERDAD

La conversión del cardenal Newman a la Iglesia Católica fue consecuencia de su pasión por la verdad. Todo sucedió cuando, siendo capellán (anglicano) de la Oxford University, quiso demostrar (en contra de la Iglesia romana) que los conceptos «Iglesia de Cristo» e «Iglesia de Roma» no eran sinónimos, y, por ende, que el Primado del Romano Pontífice sobre «toda» la cristiandad no tenía asidero teológico (Newman sostuvo la teoría de las tres ramas: el Primado continental era del Papa, pero el de oriente de los ortodoxos y el de las Islas del Rey Enrique VIII... y sucesores). Pero, curiosamente, analizando la cuestión se convirtió.

El motivo fue que para su demostración comenzó a buscar argumentos de los teólogos orientales, ya que, como desde fines del siglo V existía un abierto enfrentamiento entre Bizancio y Roma, imaginó que entre los orientales sería más fácil descubrir concepciones contrarias al Primado del Papa en la Iglesia universal.

Pero su sorpresa mayúscula fue descubrir que, pese a la animadversión entre los imperios de oriente y occidente (con guerras incluidas), para los teólogos orientales de los primeros siglos del cristianismo la Iglesia romana tenía potestad suprema sobre todo el orbe, y esta opinión era unánime. Y como Newman era humilde, en vez de ofuscarle esta verdad, la aceptó, y prosiguiendo por este camino intelectual (y de gracia) terminó incorporándose al seno de la Iglesia Romana (la Iglesia Católica). Y pasados los años, cuando lo interrogaron sobre los motivos de su conversión, dijo:

—En primer lugar debo decir que pequé muchas veces... ¡pero jamás contra la verdad!

Nosotros, siguiendo los pasos de Newman, para preparar nuestras confesiones también debemos procurar tener pasión por la verdad (de nuestras vidas), y valentía para enfrentarnos con ella, porque en su defecto podemos correr el riesgo de llegar a formar parte del grupo de «penitentes» que ocultan pecados graves (y que sin embargo siguen confesándose y comulgando... ¡sacrílegamente!).

En estos curiosos casos de cristianos notablemente incoherentes, la causa principal suele ser la vergüenza para manifestar algo serio (un aborto, una infidelidad...), lo que hace que, en vez de confesarlo al sacerdote ¡de una vez por todas!, prefieran mantenerlo oculto en el fondo de la conciencia sin reparar en que dichos pecados actúan al estilo del material radioactivo (ese que guardan bajo tierra a grandes profundidades, y cubierto con planchas de plomo), porque al igual que cuando la radioactividad deteriora el plomo, lenta pero

inexorablemente, y haciendo que los residuos atómicos sean un problema ecológico mundial, los pecados antiguos, que a «sabiendas» nunca fueron confesados, remuerden nuestro interior aflorando de tanto en tanto en la propia conciencia.

Por lo que te recomiendo que a todos los amigos que se encuentren en esta situación (y también a ti mismo, si fueras uno de ellos), los animes a que de una vez por todas se confiesen como nos lo enseña la iglesia, diciendo «todos los pecados mortales cometidos desde la última confesión bien hecha», y que abran el corazón confiando en Dios.

212

— PEDIR AYUDA A DIOS — CUANDO
CONFESARSE CUESTA

« *La vergüenza sólo para pecar* »³¹

San Josemaría decía que, cuando pequeño, su mamá organizaba reuniones con otras señoras en su casa, y a él le hacían vestir un traje elegante, pero como a San Josemaría le daba mucha vergüenza ser expuesto en público con tanta elegancia, llegado el momento de los saludos se escondía debajo de la cama... y, entonces, su madre, con un bastón de los que usaba don José Escrivá, iba hacia él, daba unos ligeros golpes en el suelo, delicadamente... y San Josemaría salía:

«Salía por el bastón, no por otra cosa, y mi madre, al mismo tiempo en que me sacaba del escondrijo, me reñía con paciencia y aprovechaba la ocasión para dejarme una enseñanza indeleble en el alma: ¡Josemaría, la vergüenza sólo para pecar!».³²

Efectivamente, cuando nos vienen ataques de vergüenza para confesarnos de aquellos pecados que nos humillan, hay que pedirle a Dios que nos ayude a ser sinceros, porque

«la sinceridad es indispensable para adelantar en la unión con Dios. Si dentro de ti, hijo mío, hay un "sapo", ¡suéltalo! Di primero, como te aconsejo siempre, lo que no querías que se su-

⁴ San Josemaría Escrivá (vid. J. M. Cejas, op. cit., p. 25).

⁵ *Ibidem*, p. 25.

piera. Una vez que se ha soltado el "sapo" en la Confesión, ¡qué bien se está!».³³

En la Sagrada Escritura se dice que Sansón fue infiel a Dios al revelar el secreto de su fuerza a Dalila (no cortarse nunca el cabello), y que, entonces, ella lo hizo dormir sobre su regazo y llamó a un hombre para que lo rasurara; y al perder Sansón sus fuerzas primigenias, lo apresaron, le arrancaron los dos ojos, y ya ciego fue encadenado a las columnas del templo filisteo para escarnio y diversión de los enemigos.

Pero arrepentido de su indiscreción desobediente, clamó a Yavé pidiéndole que por una sola vez le restituyese la energía física para acabar con ellos... y el Señor atendió a su petición, por lo que recuperadas por última vez las fuerzas, sacudió las columnas que sujetaban el templo, el cual se derrumbó muriendo él y tres mil filisteos.³⁴

Del mismo modo, si te hace falta confesar algo que te cuesta, clama a Jesús solicitándole fuerzas, y dile: «¡Señor, dame fuerzas al menos por última vez!». Pero no se las pidas para acabar con los filisteos, sino para confesarte bien de una vez por todas. Y si pese a la ayuda del cielo te parece imposible hacerlo, dile al sacerdote con

^{5 1 6} Forja, 193.

^{5 1 7} Jueces 16, 1-31. La Sagrada Escritura dice que los judíos estaban en guerra con los filisteos, y que su gran soldado era Sansón. Pero *Sansón se dirigió a Gaza [...] y se enamoró de una mujer [...] llamada Dalila. Los tiranos de los filisteos subieron donde ella y le dijeron: Sonsácale y entérate de dónde te viene esa fuerza tan enorme, y cómo podríamos dominarlo para amarrarlo y tenerlo sujeto. Nosotros te daremos cada uno 1.100 siclos de plata. Dalila dijo a Sansón: Dime, por favor, ¿de dónde te viene esa fuerza tan grande y con qué habría que atarte para tenerte sujeto? [...] Como todos los días le asediaba con sus palabras y le importunaba, aburrido de la vida, le abrió todo su corazón y le dijo: La navaja no ha pasado jamás por mi cabeza, porque soy nazareno de Dios desde el vientre de mi madre. Si me rasuraran, mi fuerza se retiraría de mí, me debilitaría y sería como un hombre cualquiera. Dalila comprendió entonces que le había abierto todo su corazón, mandó llamar a los tiranos de los filisteos y les dijo: Venid esta vez, pues me ha abierto todo su corazón. Y los tiranos de los filisteos vinieron donde ella con el dinero en la mano. Ella hizo dormir a Sansón sobre sus rodillas y llamó a un hombre que le cortó las siete trenzas de su cabeza. Entonces ella comenzó a humillarlo, y se retiró de él su vigor. Ella gritó: Los filisteos contra ti, Sansón. El se despertó de su sueño y se dijo: Saldré como las otras veces y me desembarazaré. No sabía que Yavé se había apartado de él. Los filisteos le echaron los ojos, y lo bajaron a Gaza. [...] Los tiranos de los filisteos se reunieron para ofrecer un gran sacrificio a su dios Dagón y hacer gran fiesta. Decían: Nuestro dios ha puesto en nuestras manos a Sansón nuestro enemigo [...] y trajeron a Sansón de la cárcel para divertirse poniéndolo de pie entre las columnas que sujetaban el templo. Sansón dijo entonces al muchacho que lo llevaba de la mano: Ponme donde pueda tocar las columnas en las que descansa la casa para que me apoye en ellas. La casa estaba llena de hombres y mujeres. Estaban dentro todos los tiranos de los filisteos, unos 3.000 hombres y mujeres, burlándose de Sansón. Sansón invocó a Yavé y exclamó: Oh Yavé, dignate acordarte de mí, hazme fuerte nada más que esta vez, oh Dios, para que de un golpe me vengue de los filisteos por mis dos ojos. Y Sansón palpó las dos colum-*

humildad: «¡Padre... pregúnteme usted por favor!... de modo que yo sólo tenga que decirle sí o no; y sepa que no se lo pido por comodidad, sino porque tengo algo guardado desde hace tiempo y me cuesta muchísimo decirlo!».

Ten presente, si te sirve para consuelo, que la vergüenza de confesar algo grave la tienen todos (desde ya que me incluyo). Pero las personas son distintas a la hora de pasar por esta prueba que exige mucha humildad; porque así como hay personas que al confesarse parecen estar vaciando en un segundo un «saco de patatas», ya que vuelcan sus faltas con la misma sencillez y decisión con que sobre una mesada de cocina se echan de golpe los tubérculos, en cambio hay otros que en el confesionario hablan y hablan... recordando a las «bolsas de harina» que aun cuando se las sacude y sacude... ¡nunca terminan de liberar aquel blanco fruto del trigo!³⁵

Pero no importa si al confesarte tienes un temperamento que te hace ser como una bolsa de harina que nunca se termina de vaciar por completo... ¡inténtalo igual sin desanimarte! Y si avergonzado por tus pecados ocultos tienes miedo de que en la confesión te quedes mudo (no decirlos) o tartamudo (decirlos de modo confuso o incompleto), pídele ayuda al sacerdote para que te «sacuda» con preguntas. Ten presente que este consejo es un método infalible para poder vaciarte, porque la vida de la iglesia enseña que todo sacerdote, ante un penitente que le suplica ayuda para confesar algo que le cuesta mucho, se transforma automáticamente en el padre del hijo pródigo. Y, también te sugiero que le pidas ayuda a Dios con la siguiente plegaria:

«Señor, sé que soy cobarde para decirle al confesor algunos pecados ocultos, pero te ruego que me des humildad y fuerza, aunque sea por última vez, para que al igual que Sansón pueda vencer en la última batalla y decir mis pecados graves y antiguos sin miedos ni respetos... ¡y de una vez por todas!

nas centrales sobre las que descansaba la casa, se apoyó contra ellas, en una con su brazo derecho, en la otra con el izquierdo, y gritó: ¡Muera yo con los filisteos! Apretó con todas sus fuerzas y la casa se derrumbó sobre los tiranos y sobre toda la gente allí reunida. Los muertos que mató al morir fueron más que los que había matado en vida. Sus hermanos y toda la casa de su padre bajaron y se lo llevaron. Lo subieron y sepultaron entre Sorá y Estaol, en el sepulcro de su padre Manóaj.^{5 1 8} Hay que pedirle a Dios la sencillez de espíritu.

— CONFESIÓN Y ENTREGA —

Nosotros nos entregamos a Dios de diversos modos. Por ejemplo: cuando le ofrecemos oraciones y sacrificios, o le consagramos nuestro trabajo y estudio, o acudimos a Él para hacerlo partícipe de nuestros éxitos y fracasos, o cuando hacemos apostolado, o cuando tomamos una decisión existencial que nos compromete vocacionalmente para siempre, o cuando sobrellevamos con paciencia las contrariedades de cada día. Pero, de todos modos, un gesto incomparable de la verdadera entrega tiene lugar cuando somos plenamente sinceros en la confesión y dirección espiritual, cuando humildemente le ofrendamos nuestra intimidad, pues allí no ofrecemos solamente algo, sino que nos «ofrendamos», pues entregamos lo más valioso que tenemos: la interioridad, la intimidad.

Al respecto vale la pena traer a colación lo sucedido a San Bernardo, quien tuvo un sueño en el que se le aparecía Jesucristo diciéndole:

—¡Bernardo... dámelo todo!

El santo se quedó un instante pensativo:

—¿Qué será lo que aún no he entregado?

Y tras dudar otro instante, se animó y dijo:

—¡Señor, yo creo que ya te lo he entregado todo: vivo encerrado en un convento orando todo el día y ofreciendo sacrificios!

Pero Jesucristo replicó:

—No Bernardo, aún no me lo has entregado todo. —¡Señor, yo creo que sí... !

—¡Bernardo, aún hay algo que no me has entregado! —¿Señor, qué es lo que me falta por entregar? —¡Tus pecados, Bernardo, tus pecados!

A diferencia del orgullo, que nos lleva a pensar que ya hacemos demasiado («¡Yo soy el único que trabaja!, ¡ya no puedo más!, ¡qué más pretenden que haga!»), la humildad nos invita a la autointerrogación en un sentido inverso: ¿Qué más puedo hacer por Dios? Y esta autointerrogación, aplicada a la confesión, se traduce en invocaciones del siguiente tipo: «¿Señor, de qué otros pecados debo arrepentirme... hay algo que yo no esté viendo? ¡Señor, si hay algo mío que te ofende y de lo que yo no me doy cuenta, dímelo, dame luces!». Esta tarea de profundización es imprescindible, porque «para llenar un recipiente primero hay que vaciarlo»,³⁶ y para llenar el corazón de amor a Dios primero hay que quitar todos los residuos del amor propio.

⁹ San Agustín.

— LA DETESTACIÓN DE LOS PECADOS —

« La santidad no consiste en no volver a caer, sino en el firme propósito de no quedarnos nunca tirados por el suelo »

La confesión es ese momento de la vida espiritual en que reprocessamos la basura de nuestra alma; y ten presente que la basura reprocessada, en este mundo desarrollado y ecologista, es muy valiosa: a veces constituye un negocio de millones y millones.

La confesión reprocessa nuestras faltas al purificarlas por medio de la humilde penitencia, y entonces, tras la petición de perdón, Dios nos quiere incluso más que antes. La confesión bien hecha le confiere pleno sentido a las palabras de aquel santo que decía:

«Un carro de miserias guiado por la humildad conduce al Cielo; mientras que otro repleto de méritos, pero conducido por la soberbia, nos lleva al infierno».³⁷

La confesión consiste en entregarle a Dios los propios pecados en cuanto «detestados» (única visión digna del pecado), y es también un acto de sentido común, porque cuando no nos confesamos, llevamos dentro del alma un germen de maldad que repercute, a veces, incluso psicósomáticamente.

— LA CONFESIÓN: UN REMEDIO ACERTADO —

« Si la sal se vuelve insípida... ¡con qué se la volverá a salar! »³⁸

Años atrás falleció un amigo por ingerir un medicamento equivocado, y cada vez que lo recuerdo, rezo por él y pienso que a nosotros nos podría suceder algo análogo si buscásemos el remedio de nuestra vida fuera de Jesucristo, ya que si no somos capaces de encontrar solución a nuestras dificultades en el Evangelio, es decir,

^{5 2 0} San Juan Crisóstomo.

^{5 2 1} Mateo 5, 13.

*si la sal pierde su sabor, en ningún lugar la encontraremos en plenitud: ¡Con qué se la volverá a salar!*³⁹

Muchos católicos agobiados por problemas existenciales —y en los que el peso de los propios pecados o bien son su causa o poco contribuyen al alivio— no rara vez acuden a otros cultos, incluso no cristianos, para buscar consuelo; y a veces dicen encontrarlo. Pero no son pocas las oportunidades en las que el alivio que se alega haber encontrado (en cultos «pseudorientales» plagados de panteísmo, o en el reencarnacionismo, o en religiones que profesan visiones poligámicas del matrimonio y esquemas sociales fundados sobre un cruel régimen de castas...) no sean otra cosa que alguna semilla de la misma verdad católica presente en dichas religiones; y la ayuda no ha consistido tanto en descubrir una doctrina salvadora, sino en haber dado con alguien que sabe escuchar cordialmente las aflicciones y problemas del interesado.

Teniendo en cuenta este hecho, te animo a que seamos generosos en el saber «escuchar», lo que constituye un valor típicamente humano y cristiano. De este modo evitaremos que muchos hermanos nuestros mezclen en sus vidas la verdad con el error, los valores familiares con la poligamia y los regímenes de castas, el culto a Dios con el culto a los animales, y la resurrección de la carne con los cultos reencarnacionistas... ; y para ello te sugiero que aprendamos a buscar dicha *sal* comenzando por nosotros mismos, pues así experimentaremos, y podremos transmitir con convicción, la humilde idea de que no hay motivos (fuera de la soberbia) para considerar que nuestros problemas son «tan especiales y singulares», o «tan originales e importantes», que su solución no se encuentra ni siquiera en el Evangelio de Jesucristo que predica la Iglesia Católica.

Del mismo modo, tampoco podemos ser personas tan difíciles de conformar que no exista confesor que les satisfaga: el anciano porque es anciano y está desactualizado de la realidad social, el joven porque no tiene sabiduría para juzgar, el benigno porque no ayuda a cambiar la conducta, el exigente porque asusta, el que me conoce porque me conoce, y el que no me conoce porque no me conoce... Si bien es razonable considerar que con una buena confesión o un acertado consejo espiritual no resuelvo mi deuda de dinero, o no recupero mi salud... eso no significa que no se me conceda fortaleza y sabiduría para sobrellevar las dificultades; y, además, tampoco debemos olvidar que cuando en los casos más comunes un cristiano considera que en el Evangelio no está su solución, dicho modo de razonar tendrá su causa en que probablemente haya leído el Evangelio superficialmente.

³⁹ *Ibidem.*

HUMILDAD y DIRECCIÓN ESPIRITUAL

216

— SENTIDO DE LA DIRECCIÓN
ESPIRITUAL —

Tamer Toht nos refiere la historia ocurrida en un salón de subastas, donde se ofrecía un viejo violín estropeado: —¿Algún postor?

La respuesta eran sonrisas de complicidad dando a entender que nadie ofrecería algo por ese violín en estado deplorable. Pero de repente, un hombre se decide:

—¡Un chelín!

Una caracajada general atrona en el recinto, y luego voces burlescas:

—¡Que se lo den y que le paguen a él un chelín... déselo usted... que se lo quede sin pagar!

El subastador hizo una pausa, y luego añadió:

—Tal vez haya entre ustedes algún violinista que desearía... probarlo.

Hubo otra pausa de expectación. Un anciano se adelantó a la plataforma, tomó el viejo instrumento, lo apoyó debajo de su barbilla, y pasando el arco afinó las cuerdas... Una vez afinado el violín, el artista consiguió con el arco tales y tan exquisitas melodías, que los oyentes, silenciosos, se conmovieron casi hasta derramar lágrimas de emoción; y, al terminar tan bellos y deliciosos acordes, el público de la sala estalló en frenéticos aplausos de admiración.

Entonces, con tales alientos, el subastador levantó de nuevo el violín y dijo:

—¿Hay algún postor?

—¡Cinco libras! —dijo uno.

—¡Diez libras! —contestó otro.

Y, así, sin interrupción, subieron las ofertas hasta venderlo en cien libras.

¿Qué había ocurrido? El violín era el mismo de antes, pero una mano maestra lo había tocado revelando sus valores escondidos y comunicándole perfecciones que sólo se manifiestan bajo el influjo poderoso de un buen artista. Por tanto, si nos sentimos inútiles y desesperados por nuestra poca valía, no debemos olvidar que puestos en las manos de Dios, el más omnipotente de los violinistas, podremos recuperar el valor con el cual Él nos ha dignificado, y permitirle que haga en nosotros (y con nosotros) grandes cosas.

Y ten presente que un gran instrumento que nos proporciona la tradición espiritual católica para hacer que las cuerdas de nuestra vida produzcan agradables melodías, es la dirección espiritual con una persona de criterio cristiano a quien confiarle todas las circunstancias de nuestra existencia: las ordinarias y las extraordinarias, los éxitos y los fracasos, los miedos y las ilusiones, las alegrías y las tristezas, los traumas de inferioridad y de superioridad, los talentos que Dios nos ha dado y las humillaciones sufridas.

217

— SINCERIDAD Y DIRECCIÓN
ESPIRITUAL —

« En verdad os digo que no os conozco »⁴⁰

La dirección espiritual tiene su fundamento en el firme deseo de luchar por la santidad, y su virtud instrumental más importante es la sinceridad; por eso, según el grado de sinceridad se puede medir la calidad de la dirección espiritual, y como no hay sinceridad sin humildad, sin ésta no podremos darnos a conocer, ya que estaremos infectados por el miedo a «qué dirá mi director», «qué pensará», etc.

La sinceridad en la dirección espiritual es tan imprescindible que, cuando uno es plenamente sincero, las condiciones concretas del director espiritual son prácticamente intrascendentes, pues los consejos vienen solos y afloran con claridad. Es más, si somos ple-

523 Mateo 25, 12.

namente sinceros, la mayoría de las veces bastará con que quien nos escuche haga un poco de mímica... es decir, algún gesto que dé a entender que en la claridad de lo dicho está la respuesta: sea la necesidad de cortar con un mal hábito, de pedir perdón, de luchar... Algo equivalente a lo que decía San Josemaría:

«Abriste sinceramente el corazón a tu director, hablando en la presencia de Dios... y fue estupendo comprobar cómo tú solo ibas encontrando respuesta adecuada a tus intentos de evasión. ¡Amemos la dirección espiritual!». ⁴¹

Además, la sinceridad es aquella virtud que nos permite poner nuestras vidas a los pies de Cristo (tanto en la confesión como en la dirección espiritual) de modo que cuando llegue el día final no recaigan sobre nosotros aquellas palabras de la sentencia de condenación a las vírgenes necias: *En verdad os digo que no os conozco*. ⁴²

218

— RESPONSABILIDAD
PERSONAL — Y
DIRECCIÓN ESPIRITUAL

Fernández Carvajal dice que hay una gran analogía entre la torre de control de un aeropuerto y la dirección espiritual, pues los pilotos expertos siempre le hacen caso y están en contacto permanente con ella. Efectivamente, algunas cosas sólo se saben en la torre: estado de la pista, dirección de los vientos y clima, y, además, de noche proporciona luz para los aterrizajes.

De todos modos, el que asume la responsabilidad de las decisiones, es decir, quien paga de modo directo con las consecuencias de un error, propio o de la torre, es el piloto; y mientras que en la neblina el piloto sin la torre de control es hombre muerto, a la luz del despejado día, son los dos (torre y piloto), quienes ven las cosas. Pero no debemos olvidar que en la vida no pocas veces tenemos que volar en las tinieblas.

219

— PRUDENCIA Y DIRECCIÓN ESPIRITUAL —
«Hacía siempre lo que quería, y siempre llegaba adonde no quería» ⁴³

Te sugiero que te examines con las siguientes preguntas:

524 Surco, 152.

525 Mateo 25, 12.
San Agustín.

- ¿En tu vida has hecho siempre lo que te ha dado la gana?
- ¿Cuáles fueron los resultados?
- ¿Hay ámbitos de tu vida (o de toda tu vida) en los que es aplicable la frase de San Agustín que encabeza el presente apartado? Si después de haberte examinado sientes que la frase agustiniana te retrata muy bien en lo que se refiere a tu estudio, trabajo, matrimonio, trato con la familia política, educación de los hijos, deporte, comportamiento judicial al disputar la herencia paterna, conducta con deudores y acreedores, geriátrico en el que tienes algún pariente abandonado, exámenes de la Universidad, fidelidad matrimonial, etc., pídele al Señor la misma firmeza que le concedió a San Agustín para reaccionar; y deja de correr en tu vida sobre la base falsa del «hacía siempre lo que quería...», porque el gran problema que tenemos al hacer «lo que me da la gana», es que, en la mayoría de los casos, las consecuencias las descubrimos pasados muchos años de autoengaño, donde al hacer el balance tomamos conciencia del fracaso general de nuestra vida, constatando que el lamento agustiniano («... y siempre llegaba adonde no quería»), se acomoda a nuestra vida como una llave con su propia cerradura.

220

— PERSPECTIVA DE
LA VIDA — Y
DIRECCIÓN ESPIRITUAL

El profesor Viladrich narra la historia del auriga solitario que avanza en trineo sobre un paisaje helado en medio de una gran ventisca rumbo al Polo Norte. Corre con la prisa de quien llega tarde. No se distrae en nada. No permite que el tiro de perros se aparte un ápice de la dirección septentrional que marca la brújula. No disminuye su velocidad. Sólo se detiene, de tanto en tanto, para medir con la brújula y el sextante la dirección y distancia que lo separan de su gran meta: el Polo. Pero las sorpresas son permanentes, pues aunque la dirección es siempre exacta, y los instrumentos funcionan bien, la distancia aumenta, por lo que inexplicablemente se está alejando de su meta; y aunque cada vez azuza más a los perros todo es inútil, pues si bien en cada nueva medición el rumbo es correcto, se sigue apartando del objetivo.

Viladrich dice que podríamos encontrar la explicación de este curioso fenómeno si observásemos el trineo desde la perspectiva de un avión que vuela a gran altura, pues percibiríamos que corre sobre un inmenso témpano de centenares de kilómetros que se desplaza hacia el sur a mucha mayor velocidad que la empleada por aquel

hombre para ir hacia el norte; y, por eso, pese a que la dirección es buena, la base que sirve de apoyo a su marcha es equivocada... y la velocidad insuficiente.

Pues bien, nosotros debemos ser prudentes y evitar que nuestras vidas marchen sobre la gigantesca base de las ambiciones desmedidas que nos empujan a hacer lo que nos viene en gana, base que puede ser tan gigantesca como la del témpano al que hacíamos referencia, y sobre la que el amor propio nos puede hacer marchar a velocidad lenta e insuficiente.

Por eso, si no queremos que aquellas palabras —«Hacía siempre lo que quería, y siempre llegaba adonde no quería»— constituyan un acertado epitafio que retrate nuestras vidas, no desprecies el don que ofrece la tradición espiritual cristiana: la dirección espiritual; pues de este modo siempre tendrás un observador de altura que, dándonos su opinión sobre nuestro comportamiento, pueda decirnos confiadamente:

- En este proyecto que me cuentas me parece que vas bien encaminado.
- En este otro me parece que estás haciendo lo que te da la gana: ¡Estás marchando sobre un témpano gigantesco!
- Aquella actividad que me comentaste, lo estuve pensando, y me parece útil e interesante, pero a condición de que se lo cuentas a tu esposa e hijos: ¡Basta de misterios con los tuyos!

En cierta oportunidad me invitaron a celebrar una Misa en las montañas. Era para un campamento de jóvenes. Llegar al sitio exigía ocho horas montado a caballo. Yo no conocía el sitio de destino, ni sabía el camino, ni era amigo de quien debía llevarme, ni tampoco era afecto a los caballos... pero había que hacerlo. Por suerte, a último momento, un sacerdote amante de las aventuras sobre equinos me rogó que le cediera el lugar, ¡y lo hice con gusto!

En la dirección espiritual, al igual que en aquella cabalgata, hay diversas tareas a realizar: determinar el lugar al que deseamos llegar, averiguar el camino que nos conduce, tener una compañía que nos anime y ayude en los posibles percances... e ilusionarnos con la excursión.

Teniendo en cuenta estas tareas, tanto el director como el dirigido deberán intentar captar cuáles son las que en el caso concreto deben

primar; y, para ayudar a aclarar este aspecto, señalaré algunas cuestiones a tener en cuenta:

- Hay quienes no saben adónde ir con sus vidas (el fin), ni por dónde hacerlo (el camino), ni tienen amigo que los acompañe para no aburrirse (amistad). A estas personas, las más difíciles, les hace falta un director que les marque el fin, un guía que los oriente y asista en el sendero, y un amigo que los acompañe.

- otros conocen el fin y el camino, pero no tienen quién les haga amable el trayecto. Estos necesitan sólo un amigo con quien compartir el viaje.

- Luego nos encontramos con los que tienen claro el fin, pero no conocen el camino ni tienen quién vaya a la par. No requieren director, pero sí guía y amigo.

- También están los que saben andar por cualquier senda, pero no tienen meta ni amigo con quien compartir sus vidas. Exigen director y amigo, pero no guía.

- Y hay quienes tienen claro el fin y poseen un amigo, pero se desorientan al caminar. Para ellos hará falta un guía, pero no un director ni un amigo.

El fin, el camino y la compañía son tres dimensiones que, de algún modo, siempre han de estar presentes en la dirección espiritual, y si las distingo es porque no todos somos iguales, ni tampoco son iguales las diversas etapas de nuestra existencia, de modo que al ejercitarte en la dirección espiritual, será oportuno que junto al director espiritual pienses qué es lo más conveniente y necesario.

A quienes sólo necesitan alguien que los escuche, pues lo que deben hacer y el cómo... lo tienen «súper claro», el director espiritual debería limitarse a oírles y darles algunas «palmaditas» animantes.

En cambio, a los desorientados y abatidos por la falta de ideales y motivaciones, habrá que abundar en torno a las circunstancias y posibilidades concretas que determinan el sentido de sus vidas.

Y a los que se entusiasman con todas las metas que se proponen, pero se dispersan con gran facilidad (o no saben prever las dificultades más corrientes) y jamás concretan proyecto alguno, hará falta que cada dos por tres se les dé un amable grito que les haga caer de las nubes.

Finalmente te sugiero tener paciencia con los directores espirituales que no te comprenden y quieren recordarte una y otra vez el fin que tú ya tienes perfectamente claro. También sé comprensivo con los directores cargos que te asfixian pretendiendo guiarte por el camino, cuando a ti sólo te interesa saber la meta... porque tu especialidad es la marcha sobre cualquier terreno. Y lo mismo respecto de aquellos guías espirituales que no entienden que más que

consejos u orientaciones sólo necesitas alguien con quien abrir el corazón y compartir las penas o alegrías. Pues bien, a estos directores, aunque alguna vez nos molesten por no haber captado con precisión la misión que el Espíritu Santo les tiene asignada, debemos quererlos y serles dóciles... y también escucharles con humildad, porque en más de una ocasión nos llevaremos la sorpresa de ver que, contrariamente a lo que pensamos, nos hace falta ¡todo!: dirección, guía y acompañamiento.

222

— LA DIRECCIÓN
ESPIRITUAL — DE
PERSONAS MISTERIOSAS

«El hombre es un misterio que suscita más interrogantes que respuestas»,⁴⁴ lo que en la vida cotidiana puede ser causa de diálogos hogareños del siguiente tipo:

—¿Mamá, dónde está papá? —preguntan los hijos a medianoche.

—¡No sé, tal vez esté en la oficina, o en el club, o...!

Ya te darás cuenta de que este tipo de situaciones nos ponen en aviso sobre la existencia de un jefe de familia misterioso, pues los interrogantes sobre su vida superan a las respuestas.

Para lograr una eficaz dirección espiritual, debemos luchar especialmente por no ser misteriosos con quien pretendemos que nos guíe o acompañe, lo que podría suceder si hubiese temas que tu director no encuentra el modo de comprender... o no le terminan de cerrar, lo que puede tener su raíz en algunas de las siguientes circunstancias:

- Superficialidad al hablar.
- Falta de autoconocimiento (ni siquiera el dirigido sabe responder a dichos interrogantes).
- Hablar de modo confuso, evasivo y genérico.
- Callar temas por vergüenza o temor a tener que tomar «el toro por las astas».

Por tanto, pídele a Jesús no ser «misterioso», y que ni tu director espiritual ni los tuyos se vean obligados a decirte lo de Jesús a las vírgenes necias: *En verdad, os digo que no os conozco.*⁴⁵

^{5 2 7} Este misterio es el hecho que constituye el punto de partida de la antropología filosófica.

^{5 2 8} Mateo 25, 12.

223

— HUMILDAD Y FRANQUEZA EXPIATIVA —

El pecado inesperado y humillante, o los hábitos que entrañan especial bajeza, nos pueden llevar a caer en la tentación de rectificar privadamente nuestra conducta, es decir, «convertirnos», pero sin referir estos temas al propio director espiritual.

Esta tentación debe ser rechazada, porque constituye un desperdicio de méritos a los ojos de Dios, ya que la sinceridad es una magnífica hoguera para la expiación y purificación de nuestras faltas. Porque si bien es cierto que lo importante es dejar de pecar, también es valioso «expiar» el daño causado con nuestra «franqueza» en la dirección espiritual. Y en esta lucha por darnos a conocer y mostrarnos tal como somos, puede ayudar el invitar al propio director a que nos haga preguntas con total libertad... sin proteger nuestra intimidad refugiando algunos temas en los recovecos de nuestra conciencia.

224

— ELECCIÓN DE UN DIRECTOR
ESPIRITUAL —

«Llegué a ser más sabio que los ancianos, a fuerza de luchar por cumplir tus mandatos»⁴⁶

El humilde es conciente de que solo no puede, de que necesita ayuda y consejo, y sabe desconfiar sanamente de sí mismo sin evadir la responsabilidad personal a la hora de tomar determinaciones. Estas actitudes son las que hacen que el humilde sea proclive a tener un director espiritual. Y si alguna vez te decides a elegir uno, me permitiré señalarte algunos requisitos que todo buen director espiritual debe tener:

- Madurez suficiente para entenderte.
- Carácter que inspire confianza (la confianza no se impone, se inspira).
- Aprecio por tu persona.
- Disponibilidad para atenderte con regularidad.
- interés en escucharte.

⁵²⁹ Salmo 119, 100: *Super senes intellexi, quia mandata tua quasivi.*

- Formación adecuada para aconsejarte rectamente.
- valentía para señalarte las cosas que descubre en tu conducta.

En primera instancia he aludido a la madurez suficiente, la cual es propia de quien ha vivido un buen tiempo procurando luchar por encontrar a Dios en todas las circunstancias de la vida: en la alegría y la tristeza, el éxito y el fracaso, la salud y la enfermedad, la prosperidad económica y la pobreza... Con otras palabras, alguien con algo de experiencia humana y sobrenatural para que pueda captar rápidamente de qué le estás hablando.

Pero lo dicho no implica que el director espiritual necesariamente deba ser una persona mayor, ya que la «vivencia» a que me refiero no consiste tanto en la «experiencia» lograda por el mero pasar de los años, sino en la que surge de conjugar positivamente la veteranía con las gracias recibidas y la respectiva correspondencia, es decir, la experiencia entendida como mezcla del paso de los años con la vida recta. Porque el mero y simple paso de los años no alcanza, ya que los años por sí solos lo único que pueden garantizar en el director espiritual es una mayor probabilidad de arteroesclerosis o mal de Alzheimer; y, además, si la mayoría de edad va acompañada de una vida moral torcida o una concepción equivocada de los temas morales fundamentales (restarle importancia a la fidelidad matrimonial, anticoncepción, etc.), la situación se agrava, porque se logra la peor experiencia: la «astucia» para portarse mal.⁴⁷

También hace falta que el director espiritual tenga buena formación, porque los errores conceptuales pueden desorientar sin mala intención al dirigido. Por ejemplo, en el famoso libro de las *Cartas del diablo a su sobrino*, el diablo Escrútopo le recomienda a su sobrino Orugario lo siguiente:

«Debes intentar mantener escondida, a los ojos de la persona a tentar, la verdadera finalidad de la humildad. Tú hazle pensar que esta virtud no consiste tanto en el olvido de sí, sino más bien en opinar negativamente sobre los propios talentos y cualidades temperamentales... y autoconvencerse de esto en el propio corazón. Así evitaremos que las víctimas progresen espiritualmente y que sus talentos se transformen en virtud. Gracias a este método, miles de seres humanos han sido llevados a pensar que la humildad significa que mujeres guapas piensen que son feas y que hombres listos intenten creer que son un desastre. Pero como esto no es real, no consiguen creérselo... y así tenemos la oportunidad de

⁵³⁰ «Astuta» es la persona habilidosa para programar el mal, mientras que la ingeniosa para el bien es la «sagaz».

mantener sus mentes incesantemente ocupadas dando vueltas sobre sí mismas en un esfuerzo por lograr algo imposible».⁴⁸

Como verás, Esdrútopo sugiere a su sobrino Orugario confundir los conceptos del hombre para que, al intentar ser humilde, paradójicamente esté todo el tiempo pensando en sí mismo. Y por eso te reitero que la dirección espiritual exige formación: saber qué es humildad y qué no, distinguir la prudencia de la evasión de responsabilidades, la responsabilidad de corregir a los hijos de la iracundia sobre ellos... Lo que exige que el director espiritual sea alguien que lleve unos cuantos años luchando por corresponder a la gracia con una sólida y coherente vida cristiana, y también que esté dotado de la formación moral y espiritual necesaria para conocer el camino de la santidad con todas sus dificultades, pero también con todos sus «oasis».

Por tanto, insistimos en la idea de que «director experimentado» es un término que no necesariamente se identifica con el de «director anciano»; puesto que también se podría ser sabio y experimentado desde una «cierta» juventud. Esto nos lo decía San Josemaría citando palabras bíblicas:

*Llegué a ser más sabio que los ancianos, a fuerza de luchar por cumplir tus mandatos.*⁴⁹

Y también será oportuno que el director esté dotado de la valentía suficiente para decirte las cosas que descubre en tu conducta aunque éstas no te agraden, es decir, alguien decidido a empujarte hacia la santidad diciéndote lo que en conciencia considere oportuno en cada momento.

225

— EL «HECHO» DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL —

El mundo está lleno de lo que podríamos denominar directores espirituales de «hecho»: la mamá, el papá, la hermana mayor, el hermano compinche, la abuela, el párroco, la maestra, el entrenador del equipo de fútbol... ; es más, pocas personas consiguen vivir sin desahogar en un ser querido lo que por dentro les pasa. Pero, lamentablemente, no todos tienen como «oreja» de sus confidencias

⁵³¹ C. Lewis, op. cit. (sugiero la lectura de toda la Carta XIV).

⁵³² Para un comentario, en este sentido, de San Josemaría a estas palabras bíblicas (Salmo 119, 100), cfr. *Amigos de Dios*, 54.

a personas sensatas, pues a veces quien escucha tiene una pésima formación moral, o aconseja con poca prudencia y rectitud.

De aquí que no debemos extrañarnos cuando vemos que una adolescente soltera y embarazada acuda a su amiga de dieciséis años para pedirle consejo y reciba como respuesta una sugerencia criminal. Por tanto, teniendo en cuenta que para bien o para mal, organizada o desorganizadamente, coherente o incoherentemente, siempre se da una cierta dirección espiritual en la vida de cada persona, deberemos esforzarnos para que la nuestra se apoye sobre alguien que se destaque por su lucha en mantener una conducta moral buena, constante y coherente: un director espiritual que contribuya a que con el paso de los años no se nos pueda aplicar el lamento de San Agustín: «Hacía siempre lo que quería, y siempre llegaba adonde no quería».

226

— LA VERGÜENZA EN LA DIRECCIÓN
ESPIRITUAL —

San Josemaría afirma que una señal evidente de falta de humildad es encubrir al confesor (léase director espiritual) alguna falta humillante para que no pierda el concepto que de ti tiene.⁵⁰ Pero, para entender esto, primero debemos clarificar el concepto de «confesor».

El confesor es como el «médico de cabecera» de nuestras almas, aquel que nos conoce de pequeños y sabe todos nuestros antecedentes, de modo que, por ejemplo, si un especialista quiere recetar penicilina, antes de hacerlo le consulta para saber si el enfermo tiene (o no) alergia a la misma.

Del mismo modo, el verdadero confesor es aquel que nos conoce con más profundidad, el que posee una visión global de nuestros puntos débiles, de nuestros pecados crónicos, de nuestras luchas y tentaciones...; y pese a que la Iglesia no obliga a nadie a tener un confesor habitual (fijo), no deja de recomendarlo vivamente como contribución para progresar en el camino de la santidad.

Más concretamente, en su catequesis oral, San Josemaría solía referirse con buen sentido del humor a las personas que se confiesan con el «Padre Topete» (el primer sacerdote con que se «topan»); y aunque esta actitud vislumbre como indicio positivo la visión sobrenatural del sacerdocio (ver en el sacerdote a Jesús, sea quien

533 Cfr. *Surco*, 263.

sea) eso no excluye la conveniencia de tener un confesor fijo que contribuya a la dirección espiritual.

Aclarado este concepto, y suponiendo que tienes o deseas tener un confesor fijo, te invito a que consideremos la necesidad de estar prevenidos contra un defecto que paraliza el trato con el confesor: la vergüenza de hablar. Por ejemplo, imagínate que tienes un confesor estable e inesperadamente cometes un pecado humillante... de esos que jamás quisieras que se supieran,⁵¹ un pecado que ni remotamente imaginabas poder cometer en esta etapa de tu vida... ; pues bien, en esta situación podría asaltarte la tentación de la vergüenza y no decírselo a tu confesor habitual, porque si lo hago...

- «¡Qué pensará de mí!» (dice para sus adentros un muchacho).
- «¡Qué imagen le quedará!» (se angustia una esposa).
- «¡Qué me dirá... si en varias charlas parroquiales me puso como ejemplo de novia ejemplar!» (se lamenta una jovencita).

Callar al confesor habitual los pecados «más humillantes», o acudir a otro para hacer un momentáneo «by-pass», es la tentación típica que contradice la esencia de la dirección espiritual. Nadie cuestiona el derecho al «by-pass», pero si lo haces tendrás que convencerte de que aún falta un largo trecho por andar para que tengas una auténtica dirección espiritual; y, además, ese huir de tu «médico de cabecera» cuando más falta te hace un buen diálogo espiritual orientador, demostrará que todavía debes recorrer con arduo esfuerzo el camino de la humildad, porque la soberbia de sorprendernos de nuestra condición pecadora da a entender que nos creemos personas que, considerando lógico que otros pequen con determinadas faltas, no admitimos la posibilidad de que esos pecados humillantes provengan de almas «perfectas» como las nuestras.

Dicha sorpresa y asombro puede implicar que conciente o subconscientemente nos creemos seres especiales: invulnerables a las tentaciones que afectan al común de los seres humanos; lo que también presupone la soberbia de pensar que los demás se sentirán defraudados al tomar conocimiento de pecados nuestros que estimamos que para ellos son inimaginables en nosotros. Y ante estas tentaciones debemos reaccionar con humildad pidiéndole a Dios una buena dosis de sentido común y no olvidar que, así como un perro se comporta como perro, un zapato como zapato y un martillo como martillo... , nada irrazonable es que en nuestra naturaleza herida por el pecado nos comportemos como pecadores.

Arrepentirse del pecado, pedir disculpas y repararlos, sí; pero sorprendernos como si se tratase de algo inimaginable, no. Si somos humildes hablaremos con sencillez, evitando toda afectación que

^{5 3 4} Vid. *Surco*, 327: «¿Qué diré?, me preguntas al comenzar a abrir tu alma. Y, con segura conciencia, te respondo: en primer lugar, aquello que querías que no se supiera».

busque que nos compadezcan, o la famosa pedantería en que damos la impresión de hablar y escucharnos a nosotros mismos, o los escrúpulos en los que la soberbia nos quiere llevar a considerarnos capaces de asumir al mismo tiempo todas las funciones vinculadas a la dirección espiritual (juez, testigo, fiscal, acusado, defensor, acusador...).

Por lo dicho, te recomiendo pedirle a Jesucristo ser por propia voluntad lo que es un niño por edad, pues la sencillez de los niños constituye un magnífico modelo de lo que debe ser nuestra sinceridad en la dirección espiritual: cuando a ellos les pasa algo lloran y gritan sin contemplaciones, y manifiestan sin miedo alguno el mal que les aqueja.

227

— LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL APARENTE —

M uere un hipopótamo en un zoológico y se le hace una autopsia para conocer la causa del deceso; se la descubre pronto, pues al abrir su estómago encuentran:

- Tres latas de cerveza.
- Un envase de plástico.
- Dos llaveros oxidados.
- Un cortaplumas.
- Un cuchillo.
- ¡Etcétera!

Sin embargo, quien narraba este episodio, adhería a la opinión de que la causa fundamental consistía en que el hipopótamo tenía dentro suyo cosas que le causaban daño, pero como era un animal, no podía hablar para advertírselo con tiempo a sus cuidadores.

Nosotros debemos procurar que en la vida espiritual no nos pase lo mismo, y por eso debemos hablar pronto de aquellos temas que verdaderamente influyen en las disposiciones de nuestro corazón, es decir, buscar que la dirección espiritual sea real y no aparente.

Ahora, si me preguntas en qué consiste la dirección espiritual aparente, en primer lugar te diré que hay que aclarar que, así como la humildad tiene una vinculación intrínseca con la verdad, pues no hay humildad sin verdad, lo mismo sucede con la dirección espiritual, ya que ésta sólo es verdadera cuando se dirige al núcleo de la realidad despreciando las apariencias.

Partiendo de una concepción de la dirección espiritual que se apoya en «hechos», te diré que a lo largo de los años (no muchos) de sacerdocio en que me han requerido diversas personas para que sea

su director espiritual, me he dado cuenta de que algunas de estas almas, si bien me consideraban su director espiritual, en realidad yo no lo era; y no lo era o porque no había logrado inspirarles la suficiente confianza para que me abriesen hasta el fondo sus almas, o porque muy esporádicamente venían a hablarme de sus cosas: a veces cuando los hechos totalmente consumados y sepultados ya no daban lugar a consejo alguno. Pero, al mismo tiempo me enteraba de que sus problemas más íntimos los habían tratado a fondo con amigos, familiares, sacerdotes, médicos... a quienes les solicitaban orientación; y esto me obligaba a decirles:

—Te aclaro que aunque me consideres tu director espiritual, en realidad tengo conciencia de no serlo, porque no hemos logrado la confidencialidad y profundidad que tienes con otras personas; es decir, por «derecho» me considero tu director espiritual, pero «de hecho» lo son otros, de modo que tu dirección espiritual es aparente.

Y, en sentido inverso, también me encontré con almas que, sin considerarme su director espiritual, con cierta periodicidad me hablaban de sus problemas existenciales, lo que de hecho daba origen a una auténtica dirección espiritual, aunque por derecho no recibiera ese calificativo, pues tenían otros sacerdotes que les guiaban espiritualmente (al que de hecho no le referían sus vidas con la profunda confianza con que lo hacían conmigo). En estos casos la dirección espiritual conmigo no era aparente, pero sí la que tenían con su director espiritual «de cabecera».

En cuanto a si la responsabilidad de esa dirección espiritual aparente era mía o del dirigido (o de ambos) no es cuestión que nos interese ahora; lo que pretendemos es dejar en claro que debemos saber discernir si nuestra dirección espiritual es real o no, es decir, si nos ayuda a ser santos o constituye una pérdida de tiempo.

228

— OBEDIENCIA Y
DOCILIDAD — EN LA
DIRECCIÓN ESPIRITUAL

Obediencia y docilidad son conceptos que no se identifican. Obediencia es cuando libremente lucho por «hacer» lo que me solicitan, y docilidad cuando me empeño (libremente) por «ser» lo que me dicen.

Teniendo en cuenta esta distinción, es necesario recordar que la asimilación de la humildad tiene grados,⁵² pues mientras hay quienes

^{53 5} No es lo mismo «estar gordito» que «ser gordito», pues mientras lo primero es extrínseco lo segundo intrínseco (constitucional), y algo semejante quiero decir distinguiendo la obediencia y

ni hacen ni son lo que el director espiritual pretende, hay otros que lo hacen pero no lo son, y otros que lo hacen y lo son. Y te ofrezco estas distinciones como instrumento para que tú mismo te formules el siguiente interrogante en tu examen de conciencia: ¿soy obediente o soy dócil en la dirección espiritual?

229

— HUMILDAD — PARA QUE SE NOS
PUEDAN DECIR LAS COSAS

Seguramente habrás oído el cuento de aquel rey que era tuerto y tenía una pata de palo (accidente de la niñez). Además, por si fuera poco, al nacer sufrió una malformación congénita que originó una joroba en su espalda. Me refiero, pues, al cuento del rey tuerto, cojo y con una joroba.

Parece ser que, como todos los reyes, él también quería que le hicieran un retrato pictórico, y, a tal efecto, se convocó a un pintor. Al ver el cuadro acabado, el rey se enfureció con el pintor castigándolo con la «guillotina», pues le había hecho un cuadro ofensivo en el que aparecía con un ojo tuerto, una pata de palo y una joroba. Se convocó a un segundo pintor, quien también fue castigado por su cuadro, el que si bien no era ofensivo, destacaba por su ridícula inverosimilitud (no tenía ni el ojo tuerto, ni la pata de palo, ni la joroba). Al convocarse a un tercer pintor, éste, un tanto desconcertado, pidió unos días para reflexionar («¡Evitemos el castigo!», pensó). A la semana volvió e hizo un cuadro magnífico que fue del agrado del rey, pues su majestad aparecía montado a caballo de «perfil izquierdo», de modo que el parche del ojo y la pata de palo quedaban tapados, y, además, como el animal galopaba contra el viento a toda velocidad, la capa flameaba por los aires ocultando su joroba.

Te recuerdo esta historieta infantil que trata sobre defectos físicos (que comparados con los morales son intrascendentes) porque en la dirección espiritual se suele incurrir tanto en el clásico error de caer en la falta de humildad que se resiste a reconocer los malos hábitos, como en el de faltarle la lealtad al director espiritual que con rectitud nos los advierte (me refiero a cuando reaccionamos con enfado interior o exterior al escuchar que el director nos indica defectos a mejorar). Y te advierto especialmente sobre este segundo

la docilidad, puesto que un corazón dócil a la gracia es más humilde que un corazón simplemente obediente: la docilidad es la cúspide de la obediencia.

clásico defecto, porque no pocas veces sucede que un dirigido le dice a su director:

—¡Tú dime las cosas y no te calles, porque a mí me agrada que me hablen de frente!

Y cuando conforme a lo solicitado se le advierten sus defectos confiando ciegamente en el salvoconducto de aquellas palabras que hacen al director sentirse protegido por las garantías propias de un emisario que acude al enemigo enarbolando una bandera blanca, viene la sorpresa de ver que dicho director queda poco menos que «electrocutado» ante la reacción malhumorada de quien afirmó algo muy bonito, pero sin el propósito interior de cumplirlo.

Ciertamente es positivo que le digamos al director espiritual: «¡Dime lo que tengas que decirme, y pregúntame sobre lo que quieras, sin miedos!»; o incluso que le hagamos sugerencias sobre temas espinosos para que nos interroge con plena confianza, porque así él tendrá la tranquilidad de saber que lo hace como respuesta a un pedido explícito. Pero es igualmente importante que seamos leales y cumplamos la promesa aceptando las observaciones con humilde mansedumbre.

230

— ENOJOS CON UNO
MISMO — Y DIRECCIÓN
ESPIRITUAL

Cuando un director espiritual nos señala nuestros errores y defectos, los enojos pueden darse no sólo con él, sino también con uno mismo. Lo dicho está muy bien retratado en uno de los diálogos de Mafalda, el celeberrimo personaje de Quino (Joaquín Lavado):

Mafalda ve al Guille —su hermanito menor— sentado en su cama llorando:

—¿Guille, qué te pasa?

—¡Me duelen los pies!

Mafalda mira sus pies y le dice:

—¿Cómo no quieres que te duelan si te has puesto los zapatos al revés?

El Guille abruptamente deja de llorar, mira sus pies, se queda un instante pensativo, e inmediatamente retoma su llanto, pero con mayor vehemencia.

—¿Y ahora qué te pasa? —le pregunta Mafalda sorprendida; y el Guille responde sollozando:

—¡Ahora me duele el orgullo!⁵³

Esta historieta nos advierte que, a veces, una persona no se enfada con el director espiritual por el hecho de que éste le haga una advertencia o le interroge sobre algún tema urticante, sino que sefastidia consigo misma, pues, al igual que el Guille, el enojo y la depresión tienen su raíz en la conciencia de la propia torpeza. Por eso el Guille es una excelente caricatura de dicho defecto; y el problema nuestro es que con frecuencia no somos la caricatura, sino la realidad.

Por eso te recomiendo que le pidas a nuestro Señor que nos ayude a que se nos puedan decir las cosas sin sentirnos tan afectados, pues en el quedar «tan sentidos» (o resentidos), se encierra una encubierta demostración de amor propio: el no poder concebir «que yo tenga un defecto», el haber pensado que la presencia de un defecto durante tanto tiempo sea algo «inimaginable». El no poder comprender que alguien —es más, el propio director espiritual— haya llegado a concebir, aunque sólo sea como hipótesis, «aberración semejante».

Si somos humildes no nos quedará más remedio que considerar como algo casi natural que nuestra alma esté manchada por el pecado, es decir, que nos vean (y nos veamos) como pecadores, ya que al fin y al cabo como tales nos comportamos. Y así nuestro esfuerzo no tendrá que estar centrado en protestar y lloriquear ante la conciencia de nuestras faltas, sino en entablar una firme batalla para ser pecadores que luchan por erradicar el pecado de su alma, o como diría San Josemaría: «Pecadores que aman a Jesucristo».⁵⁴

231

— LA HUMILDAD COMO
ANESTESIA — DE LA
SINCERIDAD

En este capítulo no es mi intención que pienses que soy dentista, ni amigo íntimo de ese doloroso consultorio tan necesario como temido. Lo que sí te diré es que la odontología es profesión reciente, y muy vinculada a los avances científicos que tuvieron lugar durante el siglo xx en el campo de la anestesia. La razón de esto consiste en que hace cien años los dentistas prácticamente no existían, pues las anestésicas eran muy imperfectas y, así, toda intervención era muy dolorosa, por lo que nadie quería que actuasen sobre la propia boca cuando ésta se encontraba dolida por agudos problemas. Pero cuando

Cfr. J. Eugui, op. cit., p. 215.

^{53 7} A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, Buenos Aires, 2003, tomo III, p. 427.

el dolor se tornaba insostenible y algo había que hacer, ante la falta de odontólogos, era el médico quien normalmente se hacía cargo de aquella complicada tarea, la cual consistía, fundamentalmente, en ejercer la función de cruel verdugo dispuesto a extraer de modo cruento, pero definitivo, la problemática pieza dental. A tal efecto, en su maletín llevaba como único instrumental odontológico unas «tenacillas», las que tras ser colocadas en la boca del dolorido paciente, le permitían dar comienzo al momento más dramático, aquel en que sujetándolas, mientras con una mano le oprimía la muela infectada... con la otra —que apoyada en la frente del paciente hacía de contrapeso— daba comienzo a una batalla no apta para sentimentales: el sangriento forcejeo con la pieza dental. Además, completando el escenario debemos imaginar a la «víctima» que, semirrecostada en un gran sillón, y rodeada por parientes y amigos que tenuemente le sujetaban para proporcionarle apoyo moral, miraba asustada lo que sucedía en las inmediaciones de su garganta. Y el único consuelo era la previa y posterior copa de coñac que se le ofrecía para encarar con más coraje el dramático evento. Y si se trataba de un pequeño poblado sin médicos, la tarea la ejercía el farmacéutico, o de no haberlo... el boticario, o el herrero, o cualquier otro que se animase a manejar con destreza, y excluyendo sentimentalismos, las temidas tenazas...

Y de más está decir lo dantesco de la situación si el paciente era un niño, porque ante el susto mayúsculo que se llevaría al ver que intentaban introducirle unas tenacillas en su ya dolorida boca, la cerraría tozudamente; y, entonces, el médico se vería obligado a taponarle la nariz para forzarlo a respirar por la boca, momento clave, el de la apertura en búsqueda del vital oxígeno, en que el profesional aprovecharía para introducir su temido instrumento. ¡Y ahí sí que los llantos infantiles se mezclarían con el pánico!

Por último, terminado aquel tormento, vendría el acostumbrado rechazo del niño al multitudinario intento de consuelo de madre, abuela, tías, hermanas mayores... Y si me preguntas el porqué de tal rechazo a dichos consuelos, te responderé con otra pregunta: ¿Es justo que un niño se vea obligado a aceptar el afecto de quienes cobardemente lo traicionaron al no defenderlo en lo más mínimo cuando un hombre perverso atacaba su boca con ferocidad sangrienta?

Lo mismo nos sucede cuando no somos humildes, pues pretender ser sinceros y contar crudamente aquellas cosas que más nos avergüenzan, es semejante a pretender sacar muelas sin anestesia (es decir, sin humildad), ya que el orgullo y el amor propio se encuentran activados a pleno. Por tanto, se puede ser sincero sin ser humilde, pero es algo muy doloroso y sangriento, algo que sólo se realiza cuando «¡las papas queman!», o «¡cuando ya no queda más remedio que hablar!»... Pero si somos humildes, el amor propio y el

orgullo se aplacarán, la anestesia de la humildad comenzará a funcionar, y se podrá comenzar a trabajar en ese sacar las «muelas infectadas» que hay dentro de nuestro corazón, y con periodicidad y serenidad.

De modo que debemos pedirle al Señor que nos dé humildad, la cual es una excelente anestesia para rechazar de modo habitual la soberbia y ser sinceros, pues así perseveraremos en la lucha por impedir que las cosas malas se estanquen en la soledad de nuestras almas y comiencen a pudrirse.

232

— PAUTAS DE HUMILDAD — EN UN
DIRECTOR ESPIRITUAL

El director espiritual debe ser humilde y reconocer que a veces su título es meramente formal, sin contenido; y, habiéndolo reconocido, buscar encaminar a la persona para que, a la luz de Cristo, crezca en el autoconocimiento y la sinceridad de corazón.

A veces puede ocurrir que uno no sea, por motivos un tanto misteriosos (temperamentales, de edad, de cultura...) la persona idónea para transmitir confianza al dirigido (sea en general o sobre algún tema importante en particular); y si esta situación se prolonga demasiado, la humildad podría obligarle a sugerir al dirigido hacer un cambio de director espiritual. Pero sería una tontería ver esto como un fracaso, al contrario, tal consejo es dirección espiritual.

También es importante saber que no es nada fácil ser verdadero director espiritual de la misma persona durante muchos años; pues toda dirección espiritual ejercitada con un mismo director durante un tiempo prolongado presenta dificultades con las que es necesario lidiar; entre otras, las siguientes:

- La condición humana tiende al acostumbramiento de los defectos, por lo que un director espiritual, al pasar el tiempo, inconscientemente puede dejar de animar y exigir.

- El director espiritual es una criatura, y como tal, ante los defectos reiterados del dirigido, se le pueden agotar las orientaciones y ya no saber qué más decir. Aquí puede ser oportuno dar con humildad un paso al costado, pues aunque uno ya no sepa qué más decir, tal vez haya otros directores capaces de suplir con mayor imaginación dicha aridez en materia de consejos.

- El paso del tiempo crea una tendencia hacia la visión negativa y pesimista (también por parte del dirigido), la que se da fundamentalmente cuando pasan los años y no se ven mejoras («¡No hay

consejo que lo mueva!», dice el director espiritual; «¡No me animan las cosas que me dice!», protesta el dirigido).

Estos obstáculos, y en especial el espíritu negativo y pesimista del director espiritual, son falta de humildad: poca confianza en la gracia y mucha confianza en los propios consejos. Falta de humildad porque implica olvidarnos de que el Señor curó a un hombre que llevaba treinta y ocho años (toda una vida) junto a la piscina probática;⁵⁵ y que también curó a la mujer hemorroísa tras doce años de enfermedad en los que había gastado toda su fortuna con médicos que ya no sabían qué hacer.⁵⁶ (algo semejante a lo que experimentan algunos directores espirituales con sus dirigidos, y viceversa). Y lo mismo hizo Jesús con la mujer que vivió encorvada (*mulier inclinata*) durante dieciocho años.⁵⁷

Por eso, la impaciencia y el espíritu negativo del director espiritual ante el pasar del tiempo sin avances, son faltas de humildad en cuanto implican olvidar que Dios y las almas tienen sus tiempos, y que la gracia puede conferir una capacidad de reacción inesperada e instantánea en el momento menos pensado (incluso treinta y ocho años después).

En la dirección espiritual vale la pena ser humildes, y vivir a la expectativa de la acción de la gracia. Y si tú eres director espiritual, por el título que sea (mamá muy confidente de su hija, amigo de toda la vida, médico de cabecera que actúa de confesor para toda la familia, maestra de un alumno con problemas afectivos graves, policía, sacerdote...), sé paciente para esperar que tu dirigido te obedezca, es decir, sé humilde cuando experimentes que tus consejos sistemáticamente caen en saco roto.

No te olvides que la dirección efectiva de un alma es un milagro de la gracia, y de la correspondencia a ella; porque si en más de una ocasión todos experimentamos no ser capaces de gobernarnos ni siquiera a nosotros mismos, para nada deberíamos extrañarnos de sentir una fuerte impotencia al querer ayudar a los demás en su propia conversión.

538 Juan 5, 1-18.

539 Mateo 9, 20-22.

540 Lucas 13, 11-13.

— Anexo I —

LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

233

— EL HIJO ADOLESCENTE Y SU PADRE —

Hemos llegado al final de este libro, pero antes de terminar quiero resumir lo dicho por medio de la parábola del hijo pródigo,⁵⁸ la cual es un compendio evangélico que articula los consejos más profundos sobre la envidia, la admiración, la humildad, la soberbia, la cizaña y el amor.

En esta parábola hay un gran personaje: el padre; amante de la paz, acogedor con las rebeldías del hijo (al regresar le organiza una fiesta), desprendido de sus bienes y con la madurez suficiente para tomar la iniciativa a la hora de acabar con los conflictos familiares. Este padre es un modelo de amor: nunca una conducta arisca, siempre promoviendo el perdón, la reconciliación y la alegría.

Cuando divisa en el horizonte al hijo que regresa cabizbajo y tal vez dubitativo sobre el cariño con que lo habrían de recibir, tiene la iniciativa de salir corriendo a su encuentro; y, además, es el primero de los dos en manifestar la caridad, puesto que antes de que el hijo diga *He pecado contra el cielo y contra ti*,⁵⁹ ya está el padre abrazándolo y besándolo (Lo cubrió de besos⁶⁰ —dice la Escritura—, le dió mil besos, traduce la *Catena aurea*). Y cuando el hijo mayor volvió del campo y enojado no quiso entrar, también fue el padre quien salió a su encuentro con el fin de convencerlo para que

541 Lucas 15, 11-32.

542 Lucas 15, 21.

543 Lucas 15, 20.

compartiera la alegría de la fiesta. El padre, en esta parábola, es figura de la misericordia del *Deus pacis*, el Dios de paz. Aquel padre es imagen del Dios del Génesis que sale al encuentro del hombre caído para redimirlo: *Adán, ¿dónde te encuentras?*⁶¹ y que cuando ve que al hombre le cuesta reconocer su pecado se lo facilita sacándole suavemente el tema: *¿Acaso se te ocurrió comer del árbol del cual yo te prohibí?*⁶²

El segundo gran protagonista de la parábola es el hijo menor, el adolescente. Y si nos sentimos identificados con él, esto se debe a que todos tenemos en nuestra vida algo de adolescencia, entendida no como «aquella etapa de la vida donde los papás de uno se vuelven insoportables» (jocosa definición), sino como esos momentos de nuestra existencia en los que somos excesivamente concientes de nuestros derechos y tremendamente olvidadizos de los deberes, o aquella edad en la que perdemos la conciencia de los límites y vivimos repletos de ansiedades y ambiciones injustas... Y si aludo a las ansiedades y ambiciones injustas es porque precisamente es ésta la primer actitud negativa que encontramos en esta parábola donde un hijo da por muerto a su padre anticipadamente: *Dame la parte de herencia que me corresponde.*⁶³ Porque, ¿cómo puede corresponderle parte de la herencia si su padre está aún vivo?, y ¿qué autoridad puede tener para reclamar la herencia, si en el derecho sucesorio mosaico ésta sólo pertenecía al primogénito?

Ante estos interrogantes, debemos decir que la parábola retrata muy bien la distinción que entre «adolescencia» y «juventud» proclamó Juan Pablo II en las «Jornadas Mundiales de los Jóvenes»: la adolescencia como etapa de la vida en que psicológicamente estamos estructurados sólo para «recibir» (afectos, aplausos, alabanzas, invitaciones, dinero, regalos, diversiones...); y la «juventud» en cuanto instancia en la que valoramos exclusivamente el «dar» («¡Basta de seguir recibiendo cosas de la vida! ¡No quiero que me den más nada! ¿Dónde hay algún sitio en el que pueda servir y ayudar?», exclama el joven).

La adolescencia es un tiempo de expectativa en el que todavía estamos esperando más cosas de la vida, porque ¡sólo con lo que tengo no me alcanza para ser feliz!, y por eso siempre me pareció de interés remarcar que, en esta parábola, el hijo pródigo es el más pequeño, el adolescente, el gurrumín irresponsable...

Al respecto vale la pena considerar otra parábola de contenido semejante:

^{54 4} Génesis 3, 9.

^{54 5} Génesis 3, 11.

^{54 6} Lucas 15, 12.

*Un hombre tenía dos hijos, y llegándose al mayor dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en la viña. El respondió: No quiero. Pero después se arrepintió y fue. Y llegándose al segundo, le habló del mismo modo, y él respondió: Voy, Señor, pero no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Respondieronle: El primero.*⁶⁴

Como verás, el hijo mayor es el maduro, el reflexivo, el que domina y rectifica los sentimientos iniciales, aquel que ya experimentó en carne propia lo que significa estar todo el día con el sol martillando su cabeza mientras él transpira bajo la viña, pero que comprende que ese trabajo es responsabilidad suya. El otro es el adolescente inmaduro, aquel a quien cuando su padre lo invita a ir a la viña piensa en los refrescantes racimos de uvas, y le dice: *Voy*; pero luego de estar un rato saciándose, cuando ya las uvas desbordan su estómago, al comenzar a sentir el rigor del sol, abandona la tarea emprendida.

Pero volvamos a la parábola del hijo pródigo, donde éste, tras «matar» en su corazón al padre, se aleja del hogar:

*Les dividió la herencia, y pasados pocos días, el más joven, re-uniéndolo todo, partió hacia una tierra lejana.*⁶⁵

Aquí hay una partición de bienes. El hijo pródigo pretende que cada uno vaya por su lado, sin compartir ni emprender proyectos comunes, actitud frecuente en el mundo contemporáneo: cada uno con su auto, su televisor, sus vacaciones, sus salidas nocturnas, sus amigos... «¡que cada uno haga su vida!».

Después de haber malgastado toda su pseudo-parte viviendo disolutamente, el hijo pródigo terminó cuidando cerdos y deseando comer, sin lograrlo, la comida que a éstos se les daba; y en la concepción hebrea la alimentación más indigna era comer carne de cerdo, porque el cerdo era el animal cuya carne estaba prohibida. Además, por si fuera poco, su deseo no era comer carne de cerdo, sino lo que éstos comían, y como ni siquiera era ésta su alimentación, comía ¡peor que un cerdo! De aquí que pueda afirmarse que la Escritura no podía elegir una imagen más gráfica para retratar los abismos de inmoralidad por los que aquel joven se había deshecho.

Pero, de repente —dice el Evangelio—, le sobreviene un golpe de gracia y reacciona: *Volveré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra tí...*⁶⁶ Actitud meritoria en la que, movido por la

547 Lucas 21, 28-31.

548 Lucas 15, 12-13.

549 Lucas 15, 18.

humildad, rectifica su pecado: *Levantándose, se vino a su padre...*⁶⁷, y, al llegar, exclamó: *Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.*⁶⁸

Y el padre reacciona diciendo:

*Pronto, traed la túnica más rica y vestídsela, poned un anillo en su mano, y traed un becerro bien cebado [...] y comamos y alegrémonos [...]; y se pusieron a celebrar la fiesta.*⁶⁹

Y cuando me viene a la cabeza aquello del *poned un anillo en su mano*, al anillo me lo imagino grueso, con el escudo familiar grabado sobre el mismo, e idóneo para estamparlo sobre alguna tablilla a la hora de cerrar un contrato; es decir, imagino al padre tratando por todos los medios de devolverle a su hijo la capacidad de comprometerse: la libertad y su correlativa responsabilidad. Y aquel padre, haciendo gala del espíritu cordial que no humilla al que ha pecado, reunió a todos sus criados y *se pusieron a celebrar la fiesta.*⁷⁰

El hijo mayor, al volver del campo, *oyó la música y los coros,*⁷¹ y se dio cuenta de que el insensato y ambicioso hermano menor había regresado, pues, mientras se acercaba a la casa, interiormente pensaba que la música y los cantos eran porque había vuelto, ya que su papá, desde que se había marchado, estaba deprimido y sin ganas de festejar nada; de modo que un festejo era indicio indudable del regreso. Pero ¡hacerle una fiesta a ese sinvergüenza... era intolerable!; por lo que su reacción fue llamar la atención con una típica conducta orgullosa: *se enojó y no quería entrar.*⁷²

Es decir, como no se encontraba en condiciones de hacerse presente en el salón y ver cómo su hermano era cortejado (su orgullo y envidia eran tan fuertes que no le permitirían disimular los sentimientos de rencor), actuó con astucia, pues dice el Evangelio que *llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello.*⁷³ porque

⁵⁵⁰ Lucas 15, 19.

⁵⁵¹ Lucas 15, 21.

⁵⁵² Lucas 15, 22-24.

⁵⁵³ Lucas 15, 24.

⁵⁵⁴ Lucas 15, 25.

⁵⁵⁵ Lucas 15, 28.

⁵⁵⁶ Lucas 15, 26.

tal vez —aunque muy improbable— se trataba de otro tipo de festejo, y su indigerible sospecha no tendría entonces asidero. Pero tal como él lo presentía, *el criado le dijo: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar el becerro cebado;*⁷⁴ y ahí es, entonces, donde al explotar el orgullo y la envidia *se enojó y no quería entrar.*⁷⁵

El hermano mayor también había desarrollado un espíritu arisco y envidioso que le impedía vivir el consejo paulino: *Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran;*⁷⁶ y habiendo perdido (al igual que el menor al irse de casa) la capacidad de compartir, enojado le reprocha a su padre diciéndole: *Nunca me has dado un cabrito para hacer fiesta con mis amigos.*⁷⁷ Y lo de *mis amigos*⁷⁸ te lo resalto porque eso es lo propio de las distancias familiares. Y de paso te digo que es muy formativo que los hijos compartan momentos con los amigos de sus padres (y viceversa); y lo mismo en la relación conyugal, puesto que cuando papá tiene sus amigos y mamá sus amigas, pero no hay amigos de ambos, la comunicación de bienes falla, y esto es señal de que hay uno de los dos (o ambos) que se está dirigiendo hacia aquella *tierra lejana*⁷⁹ donde el hijo pródigo cayó en la ruina.

En la parábola es el padre quien se esfuerza por mantener en pie la capacidad de compartir las alegrías y demás riquezas del hogar:

*Todos mis bienes son tuyos, mas era preciso hacer fiesta y alegrarse, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado.*⁸⁰

En *Los Hermanos Karamazov*, la citada novela de Dostoievski, se dice lo mismo, pero con otras palabras: «No podemos amar a los demás si no amamos sus alegrías». Y te sugiero que en nuestras familias aprendamos a compartir las alegrías y amistades como aquel padre que no tenía ni «sus» cabritos, ni «sus» amigos... (*todos mis bienes son tuyos*).⁸¹

^{5 5 7} Lucas 15, 27.

^{5 5 8} Lucas 15, 28.

^{5 5 9} Romanos 12, 15.

^{5 6 0} Lucas 15, 29.

^{5 6 1} *Ibidem.*

^{5 6 2} Lucas 15, 13.

^{5 6 3} Lucas 15, 31-32.

^{5 6 4} Lucas 15, 32.

— LOS JORNALEROS —

Habitualmente los comentarios a la parábola del hijo pródigo se centran o en el mismo hijo pródigo, o en el padre, o en el hijo mayor (sobre todo en los dos primeros); pero ahora quisiera que concentráramos la mirada en un cuarto protagonista: los «jornaleros» que trabajaban en aquel lugar, pues son éstos quienes al ser recordados mueven al hijo pródigo a convertirse: *¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre!*,⁸² exclamación interior que precede y causa eficientemente el deseo de rectificar la conducta.

El jornalero es aquel que recibe su paga cada día (le pagan por «jornada»), y no por semanas, quincenas o mensualidades. El jornalero encarna aquella petición del Padrenuestro: *danos hoy nuestro pan de cada día...*⁸³ El jornalero es imagen de la persona sobria, desprendida, que vive sin crearse necesidades y sin espíritu adolescente.

Hay que tener presente que el golpe de gracia recibido por el hijo pródigo no fue la súbita memoria de su padre bondadoso; ni tampoco el recuerdo del hijo mayor, es más, de haber pensado en éste jamás hubiese regresado, pues habría imaginado como recepción una gigantesca paliza. Su *causa conversionis* fue el emotivo recuerdo de los criados de aquella casa, especialmente los que cuando era pequeñín tantas veces lo habían mimado... e incluso protegido asumiendo injustamente algún reto del patrón por alguna travesura.

Ahora, siguiendo el ejemplo de san josemaría, quien nos invitaba a imaginarnos a nosotros mismos dentro de las escenas evangélicas como si fuésemos un personaje más, me represento de modo campestre y argentino los pensamientos nostálgicos del hijo pródigo dando de comer a los cerdos:

Una docena de hombres trabajando. Uno que repara el alambrado, otro que arregla una carreta, dos o tres tratando de capturar un caballo para colocarle a fuego la marca de su propietario... cuando repentinamente suena una campana (¡está lista la comida!).

Cada uno deja sus instrumentos de trabajo y se dirige a una gran fuente de agua donde les proporcionan unos lienzos con los que asearse provisoriamente para poder comer, y luego seguir trabajando. Toda la vajilla es de barro cocido. La mesa es un tronco deroble partido longitudinalmente y está sin mantel. Los vasos son bien grandes y de aluminio. Las jarras rezuman vino casero, y el pan

565 Lucas 15, 17.

566 Mateo 6, 11.

recién salido del horno de ladrillos se encuentra humeante y repleto de «chicharrones fritos». La fuente servida por la cocinera contiene un guiso especial: «locro humeante», y de la mejor calidad. Ya sentados a la mesa, el capataz (hombre mayor, trabajador y piadoso) preside unas sencillas plegarias de bendición:

—¡Dios bendiga desde arriba la comida y las barrigas, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!⁸⁴

—¡Aménnnn! —responden todos con energía.⁸⁵

—¡Que el Rey de la Gloria eterna proteja a nuestras familias!

—¡Aménnnn!

—¡Y que el hijo de nuestro querido patrón nos de la alegría de regresar algún día para que todos los que lo extrañamos podamos cantar con él a coro mientras comemos un becerro cebado!

—¡Aménnnn! ¡Aménnnn!

Y a continuación dan comienzo al almuerzo compartiendo las incidencias del día: los respectivos trabajos, las alegrías y preocupaciones familiares respectivas, etc.

Estos hombres, con su vida sencilla, fueron la causa de la conversión; pues con su trabajo oculto, sencillo y sin mayor relevancia social, pero ordenado, prolijo, hecho con amor hacia su patrón y con espíritu de compañerismo, golpearon la memoria de aquel hijo fomentando el deseo de regresar a la casa del padre. Gente que, como los pastores de Belén, serían fáciles de conformar, ya que les bastaba tener un trabajo y un jornal, y... ¡para qué más!, si la disposición era trabajar todos los días de la vida.

El hijo pródigo, a la distancia, pensó en ellos (*¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre!*),⁸⁶ y lo hizo porque intuía que ellos rezarían siempre por él. Y de este modo, aquellos buenos hombres convirtieron el corazón del hijo pródigo, utilizando el mismo procedimiento con el que la Virgen y San José removieron el mundo desde el hogar de Nazaret, sitio desde el cual, desarrollando sus vidas sencillas, vivieron santamente.

^{5 6 7} En el campo argentino es costumbre bendecir también las barrigas, para que la comida no siente mal.

^{5 6 8} San Jerónimo decía que los primeros cristianos, cuando en Misa les correspondía decir *¡Amén!*, lo hacían con fuerza singular; y San Ambrosio añade que nunca olvidará la sensación del retumbar de las paredes de la Catedral de Milán cuando los asistentes proclamaban con tremendo entusiasmo y energía el *¡Amén!* conclusivo de la Plegaria eucarística. Así también me imagino la escena.

^{5 6 9} Lucas 15, 17.

— Anexo II —

A LOS COMPAÑEROS DEL COLEGIO

(Lectura reservada a los destinatarios)

236

— ANTECEDENTES —

«Rosario, 23 de abril de 2002.

»Querido Pedro:

»Te comunico que para el mes de noviembre está previsto que nos reunamos los egresados de la promoción 77, para festejar las bodas de plata. Como te has ausentado de la ciudad durante más de veinte años, te pongo al tanto de la situación. De los treinta y cuatro que egresamos aquel 30 de noviembre, hoy contamos con seis abogados, tres sacerdotes, dos ingenieros, tres contadores públicos, un licenciado en ciencias políticas, dos médicos, un difunto (Mario S.), cuatro ingenieros agrónomos, un oficial de la Fuerza aérea, un ingeniero electrónico, algunos comerciantes, un filósofo, un profesor de educación física...

»Hay también unos veintiséis matrimonios canónicos vigentes que conviven en paz, más dos o tres con dificultades, algún otro tipo de unión, tres curas... y dos o tres compañeros que pese a los diversos intentos de nuestra parte, siguen optando por ejercitar su libertad de no casarse.

»Conforme a estos datos, tendrás que reconocer que, considerando el estado de la familia en el mundo, el curso merece como calificación un sobresaliente.

»En la reunión de egresados tenemos pensado hacer una Misa, y luego un encuentro con nuestros antiguos profesores y los Hermanos Maristas. Es probable que participen, también, las familias de cada uno (esposas e hijos).

»Muchos de nuestros vástagos han seguido nuestros pasos y hoy son insignes jugadores de rugby. ¡Qué bueno sería juntarnos para enfrentarlos en un test-match padres-hijos! Según mis cálculos, si ese día estamos todos, podremos formar el XV necesario. Nos interesaría saber con anticipación si vas a poder estar presente, si participarás de la Misa concelebrando con los otros dos curas del curso (Alejandro y Pucho), si tendrás oportunidad de decirnos algunas palabras desde el pulpito...

»Que sepas que todos te recordamos especialmente, y que nos gustaría que te hagas presente ese día... de modo que te dejo con un fuerte abrazo a la espera de que la Providencia permita que nos volvamos a encontrar».

Alberto

El texto de la carta precedente, tal como lo habrás notado, no es otra cosa que una misiva invitándome a participar de los festejos de las bodas de plata del bachillerato. Y, como lógica respuesta, hice mi viaje de mil kilómetros rumbo al encuentro llevando en mis bolsillos una homilía preparada *ad hoc*. Pero estando a punto de comenzar la Misa a concelebrar con mis otros dos compañeros sacerdotes, cuando tenía pensado ofrecermelo como predicador, por pura timidez preferí no hacerlo. Y ahora, teniendo en cuenta lo dicho en páginas precedentes sobre la importancia de combatir la timidez, a petición de algunos de ellos, debo transcribirla.

237

— LA HOMILÍA QUE NO FUE —

« Los próximos años que nos tocan vivir, son los mejores de la vida »⁸⁷

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.⁸⁸
Queridos compañeros:

Cuando egresamos del Colegio aquel 30 de noviembre de 1977, al llegar a la puerta nos estrechamos la mano con el compromiso de reunirnos, sea como sea, veinticinco años después.

Pues bien... ¡llegó el día!, y en esta noche nos reunimos nosotros y Jesús... y cada uno con su historia llena de triunfos, derrotas, logros, tibiezas, mediocridades, éxitos y fracasos. Y quiero invitarte a

⁵⁷⁰ Julián Marías.

⁵⁷¹ Lo que sigue es el texto de la homilía *no* pronunciada en la Santa Misa concelebrada el 16 de noviembre de 2002 en la Capilla del colegio «Nuestra Señora del Rosario» (Hermanos Maristas), Boulevard Oroño 770 (Rosario de Santa Fe, Argentina).

que nos hagamos una pregunta: Estos veinticinco años, tal como lo soñábamos al salir del colegio, ¿fueron los mejores de la vida? Para saberlo cada uno tendrá que hacer su propio examen de conciencia, y para ayudarte en esta tarea, te invito a que reflexionemos sobre unas misteriosas palabras bíblicas contenidas en el Salmo 102:

*Dios perdona todas tus culpas y
cura todas tus enfermedades. Él
rescata tu vida del sepulcro y te
colma de amor y de ternura.
Llena de gracias tu existencia y
te rejuvenece como un águila.*

En este Salmo, como notarás, hay una parte no muy inteligible: *te rejuvenece como un águila*. Esta expresión, según los exégetas, se explica del siguiente modo:

El águila es el ave de presa que más años puede vivir (hasta ochenta), pero eso depende de una decisión existencial que debe tomar a los cuarenta. Según la zoología, a los cuarenta años el pico otrora largo y puntiagudo, y fundamental para picotear con decisión las entrañas de la presa, comienza a encorvarse hacia su propio pecho, por lo que comer se transforma en tarea fatigosa, pues debe hacerlo contorsionando su cabeza.

Además, las úngulas (las uñas de sus garras) empiezan a envejecer volviéndose flexibles y quebradizas, de manera que ya no pueden despanzurrar a los animales que capturan y abrirles el cuero para devorarles las entrañas. Y, por si fuera poco, su plumaje, con el pasar de las décadas, crece tanto que se torna dos o tres veces más pesado que cuando era un «aguilucho»... por lo que surcar los aires le resulta desanimante y agotador. Y como en estas circunstancias el águila se deprime y se siente proclive a dejar de volar y comer, si no reacciona, se abandonará y morirá al poco tiempo.

Su salvación consiste en hacer un último y heroico esfuerzo por emprender un vuelo hacia un lugar bien alto y escarpado donde formar un nido junto a un paredón de piedra, para permanecer allí exactamente ciento cincuenta días (cinco meses), y una vez instalada el águila en su nido, comenzará su proceso de renovación: doloroso y sangriento.

Primero tendrá que enganchar su pico en alguna ranura de la pared rocosa, y, apoyando las garras de sus patas contra la piedra, forcejear con ella misma hasta arrancárselo (algo semejante al odontólogo cuando hace fuerza para extraer la muela colocando una palma de su mano en nuestra frente y sujetando con la otra sus temidas tenacillas). ¡Y ya te puedes imaginar lo doloroso que será para

aquella ave majestuosa ver brotar a centímetros de sus ojos la sangre y el hueso que se desprenden, a la fuerza, del propio cuerpo... !

Una vez que se despojó del pico, crecerá otro nuevo: largo, recto y puntiagudo... como el de su juventud. Y con este novel pico ella misma tendrá que arrancarse (también sangrientamente) cada una de sus úngulas... para que puedan crecer otras nuevas. Finalmente, con las garras rejuvenecidas, habrá de rastrillar su plumaje crecido hasta reducirlo al peso que tenía cuando era más joven.

Pues bien, si el águila vence esta batalla consigo misma, vivirá unos cuarenta años más, pero de no hacerlo morirá a los pocos meses. Por tanto, hay dos tipos de águilas: las que mueren a los cuarenta por no tener la fortaleza suficiente para afrontar la renovación, y las que superando la «crisis de los cuarenta» viven hasta los ochenta.

Y en lo dicho está el significado del Salmo: *Él renueva tu juventud como las águilas*, es decir, Dios nos ayuda con su gracia a pasar por esos momentos exigentes que acompañan a toda conversión. Por tanto, vamos a pedirle a Jesús que nos ayude a despojarnos de todo lo que en nuestra alma ya ¡no va más!

Algunos dicen que, en nuestro caso, con que renovemos el «pico» ya nos podemos considerar auténticos conversos... pero te animo a que pensemos en la posibilidad de un cambio más profundo... una conversión que incluya la decisión de arrancar de nosotros (con la gracia de Dios) todo aquello que constituye la esencia del principal y verdadero problema de nuestras vidas: el pecado (mentiras, egoísmos, injusticias, faltas de caridad hacia los familiares y amigos, infidelidades a la Patria, a la esposa, a los hijos, a la iglesia); y también los caprichos, los resentimientos, los vicios, las tristezas.

San Agustín sintetizaba su vida pecaminosa, previa a la conversión, con una célebre frase: «Hacía siempre lo que quería, y siempre llegaba adonde no quería». Pensemos un momento en si estas palabras no compendian nuestro comportamiento en diversos ámbitos de nuestra vida: esposa, hijos, herencias, papás y abuelos enfermos, hermanos, cuñados, suegros, trabajo, socios, carrera profesional, estudios... Porque si esta frase encaja en tu existencia (o en la mía) como la llave en su propia cerradura, te aviso que llegó la hora de «cambiar». Es decir, si estoy triste, es muy probable que eso tenga su causa en haber hecho siempre lo que me dio la gana, y que la tristeza no sea otra cosa que el resultado lógico de habernos apartado de Dios.

Si en este día conmemorativo tuviese que elegir un Evangelio, no vacilaría en hacer mi opción por el pasaje que narra la historia del

leproso que, postrado, le dice a Jesús: *Señor, si quieres puedes curarme*; a lo que el Maestro responde: *Lo quiero... ¡cúrate!*⁸⁹

Querido compañero, ¿de verdad quieres curarte, empezar otra vez, darle otra oportunidad a Dios, abandonar el lema de «Hacia siempre lo que quería y siempre llegaba adónde no quería»? ¿Es cierto que deseas empezar a vivir nuevamente como Dios manda? No te olvides que Jesucristo conserva su fuerza omnipotente intacta, y ten presente que también está dispuesto a decirnos con firmeza infalible: *Lo quiero... ¡cúrate!*

Al mirar estos bancos, este altar, este Sagrario... me viene a la memoria el hecho de que en esta Capilla recibimos por primera vez tres sacramentos: la absolución sacramental de los pecados, la Eucaristía y la Confirmación. Y si hoy estos recuerdos nos moviesen a pensar en volver a confesarnos (tal vez tras años de abandono espiritual), a comulgar, y a vivir como «soldados de Cristo», seremos un indudable «triumfo de Dios».

Querido compañero, Jesús no se cansa de nosotros... ¡siempre nos espera!; y como no está dispuesto a bajar los brazos en la lucha por conquistar nuestro corazón, tampoco nosotros debemos rendirnos a la hora del desánimo.

Además, también hay que pedir ayuda y sobreponerse si experimentamos la tentación de tirar todo por la borda: hartazgo por lo infructuoso de nuestro trabajo, o agobio insoportable por las circunstancias difíciles del país, ciudad, familia, economía doméstica, carácter de tu esposa, problemas espirituales y físicos de tus hijos.... Si se dan estas situaciones, te sugiero que recuerdes que cuando empezamos a cansarnos, no llegó el momento de «patearlo» todo, sino de querer más sincera y reflexivamente lo nuestro. Y si ya no puedes más, te recomiendo que en este florido mes de noviembre leas una obra de teatro de Alejandro Casona: *Prohibido suicidarse en primavera* (basta con que leas el título y lo repitas en tu mente una y otra vez como antídoto para el agobio). ¡Ah, y también te recomiendo que acudas al sacerdote!

En esta Capilla siendo pequeños participamos por primera vez de un velorio (del querido profesor Marchano). Éramos niños que rezábamos por vez primera ante un cadáver de alguien a quien mucho estimábamos. Este hecho me recuerda la necesidad de que en esta Misa también pidamos por nuestro primer compañero difunto (Mario), y al mismo tiempo en que rogamos a Dios que lo tenga en su Gloria, ante su fallecimiento juvenil propongámonos «vivir hoy como si fuese el último día»: vivir el presente no de un modo placenteramente vacío, sino cara a Dios y a los valores fundamentales.

572 Mateo 8, 2-3.

Querido compañero, hoy más que nunca bendigo los años pasados en el Colegio, bendigo el haber compartido contigo tantas cosas durante aquellos doce nostálgicos años, bendigo todas las vivencias que dejaron huella decisiva en mi vida, bendigo ese habernos ayudado unos a otros (me viene a la memoria el día en que Juan Carlos me enseñó que sólo hay que hacer genuflexión cuando estamos delante del Sagrario: ¡qué extraordinario es aprender algo tan noble de labios de un compañero!)... y al bendecir todo esto le pido a Dios, por la intercesión de San Marcelino Champagnat, que cuando en las Bodas de oro nos volvamos a encontrar los «sobrevivientes» de este curso, tengamos la alegría propia de quien ha decidido volver a la «esencia»: a las raíces humanas y cristianas, a los valores que nos fueron inculcados en nuestros hogares, al propósito de hacer las cosas como Dios manda, a reavivar lo aprendido en el Colegio... Yo te aseguro que si nos proponemos seriamente dar este giro espiritual, los próximos años que nos toquen vivir serán los mejores de la vida.

Pero no quiero terminar sin hacer una oración personal dirigiéndome a Jesús y su Madre, y con la esperanza de que a ella adhiera cada uno de ustedes:

¡Jesús... gracias por haberme ayudado a perseverar, pues hoy, veinticinco años después, no creo en cosas distintas a las que aprendí en el colegio, sino que adhiero con fe a las mismas verdades... y con mayor fortaleza y convicción!

¡Gracias por seguir utilizándome como instrumento... a pesar de todo!

¡Gracias porque pese a tanta tibieza... todavía me quieres a tu lado!

¡Y a ti, «Señora del Rosario»... te pido que intercedas ante tu Hijo por la fe mía y de todos mis compañeros, para que sea honda y les impulse a llevar una vida cristiana coherente hasta las últimas consecuencias; y también te ruego que bendigas a los Hermanos Maristas que me formaron (vivos y fallecidos), a los docentes, y a todos los papás y mamás del curso (vivos y difuntos).

¡Viva Jesús, María y José!

— Anexo III —

A LOS FAMILIARES Y AMIGOS

(Lectura reservada a los destinatarios)

238

— SANTIDAD PERSONAL Y
APOSTOLADO —« *Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja huella* »⁹⁰

Santo Tomás de Aquino se formulaba la siguiente pregunta: —Para la eterna bienaventuranza... ¿es necesario que nuestros amigos y familiares estén en el Cielo? Y respondía:

—Necesario no, pero sí conveniente.⁹¹

Como verás, la cuestión planteada por el doctor medieval reviste particular interés. En ella se vislumbra que los buenos filósofos (y teólogos) no son exclusivamente quienes tienen capacidad de dar respuestas acertadas y eruditas, sino también los que con idoneidad hacen interrogantes sobre cuestiones trascendentales de la vida humana.

El dilema dice así: si me muero y voy al Cielo, ¿podré disfrutar de la bienaventuranza eterna sin la compañía de «mamá» y «papá»? ¿podría ser feliz en el Cielo con ellos en el infierno? La respuesta del célebre dominico nos invita a pensar que sí, que seríamos igualmente felices... pero no tanto como si nos acompañasen; lo que coincide con la opinión común de los teólogos, para quienes la compañía de los seres queridos es conveniente para la felicidad eterna... pero no obligatoria.

^{5 7 3} Camino, 1.

^{5 7 4} K. Beistro, *La escatología en Santo Tomás de Aquino*, Roma, 1955, p. 227; para todo este anexo, sugiero también la lectura de «Los novísimos» (suplemento de la tercera parte de la *Suma teológica*).

Por ejemplo, recuerdo el casamiento de un amigo cuyo hermano no pudo asistir a la ceremonia por encontrarse viviendo en el extranjero (y sin medios económicos para viajar). Ante dicha circunstancia, mi amigo recibió una carta afectuosa de su hermano con las enhorabuenas... y el día de la boda, además, un buen saludo telefónico. Pero su ausencia no impidió ni el casamiento, ni el festejo, ni la alegría... de modo que si hubiese podido viajar ¡mejor!, pero la imposibilidad de su presencia no anulaba la felicidad del acontecimiento.

Hay que tener en cuenta que «necesidad» y «conveniencia» no se identifican, y que al ser el hombre una criatura racional dotada de libertad, Dios no puede arrastrar a nadie al Cielo contra su voluntad. Dios puede «animar», «conmover el corazón», organizar un «operativo comando», un «rescate angélico» en tiempo de descuento, e incluso hacer que los ángeles tramiten un «pasaporte falso» para engañar a San Pedro en la aduana celestial... pero si nuestro familiar querido rechaza las ayudas ofrecidas, nada se puede hacer, porque si bien Dios «inspira» el amor, no lo «impone».

A todo lo dicho cabe añadirle otra interesante cuestión: los teólogos enseñan que, en el caso de nuestros familiares y amigos, el grado de conveniencia de su acompañarnos en la eterna bienaventuranza está directamente relacionado con nuestra santidad personal. Más concretamente, cuanto más santos somos, más conveniente es su compañía, y cuanto menos santos... menos conveniente.

Es decir, si somos muy santos será «muy» conveniente que nuestros seres queridos nos acompañen en el Cielo, en cambio, si somos «más o menos» santos será más o menos conveniente, y si somos «poco» santos sólo será «poco» conveniente. Y este razonamiento, como podrás observar, nos urge a encarar con especial responsabilidad nuestra lucha por la santidad... si es que de verdad queremos para los nuestros la felicidad última y esencial. Y si te advierto acerca de esta importante realidad, se debe a que personalmente considero que los méritos espirituales que yo pueda haber acumulado a lo largo de mi vida, son muy inferiores a los de otras figuras egregias de la Iglesia: Juan Pablo II, la Madre Teresa de Calcuta, San Josemaría Escrivá... ; porque mientras estos santos desencadenaron una epidemia de amor por todo el mundo, yo tengo mis serias dudas sobre si la epidemia desencadenada por mí es de caridad o de algún tipo de gripe espiritual (tibiaza, malhumor, apatía, pecado, etc.).

De lo dicho surge que el mejor modo de arrastrar a nuestros amigos y familiares al cielo es empeñarnos por ser santos en la propia vida personal, lo que es válido sobre todo cuando vivimos en sitios lejanos que nos impiden tratarlos con la frecuencia que nos

gustaría... tema que conecta directamente con lo que páginas atrás decíamos en torno al misterio de la Comunión de los Santos.

Por otra parte, si la mejor arma que tenemos para llevar al Cielo a nuestros seres queridos es la santidad personal, tampoco deberemos desperdiciar las oportunidades de amigarnos con los cristianos santos... porque cuando ellos mueran nuestra presencia en el cielo no será estrictamente «necesaria»... pero sí «muy conveniente». De modo que si tienes afinidad con alguna Madre Teresa de Calcuta y llegas a tener una gran amistad con ella (como Lady Di, por ejemplo), cuando mueras será conveniente máximamente tu presencia en las moradas celestiales y eternas (aunque no necesario).

239

— LOS GRADOS DE ALEGRÍA
CELESTIAL —

« Quiero tener un millón de amigos »⁹²

Habrás visto que no todos los matrimonios se festejan de igual modo. Hay ceremonias y ágapes altisonantes y otros más modestos y simples. Por ejemplo, en las bodas de los reyes acude la televisión internacional, y los comensales invitados provienen de variados países. En cambio, si se trata de personas reconocidas, pero no tanto como un rey, los festejos son acordes a la fama alcanzada (nacional, provincial, municipal, barrial, familiar...).

Lo mismo podrás constatar en las ciudades donde los casamientos van acompañados de festejos con diverso número de invitados: mil personas, setecientas, trescientas, cien... o una pequeña decena de íntimos. En este caso, el número siempre está sujeto a las posibilidades socioeconómicas y los vínculos familiares de amistad que tengan los novios.

Pues bien, lo dicho viene a cuento por la sencilla razón de que el Cielo también es semejante a una fiesta de casamiento, pues en ella reina una alegría con destellos especiales cada vez que ingresa un nuevo cristiano a las moradas eternas.⁹³

El nuevo santo que llega al Cielo es recibido con «una» fiesta... dentro de «la» fiesta, y las dimensiones del agasajo gozan de grandeza según el grado de santidad conquistado durante la vida

⁵⁷⁵ Canción del conocido cantautor brasileño de los años 70, Roberto Carlos.

⁵⁷⁶ Vid. el clásico pasaje evangélico que pone como ejemplo del Cielo una boda (Mateo 22, 1 y ss.).

terrena, ya que el grado de gloria celestial se corresponde con el grado de gracia.

Por ejemplo, si tuviese que imaginarme cómo habrá sido el recibimiento que se le tributó a la Madre Teresa de Calcuta al llegar a la presencia del Altísimo, una visión humana de aquellos inimaginables acontecimientos escatológicos me haría pensar en un «megaevento» de alcance internacional. En cambio, si por la gracia de Dios (o mejor dicho, por su misericordia), yo alcanzo el Cielo... hoy por hoy, conforme al grado de gracia que estimo tener, sólo se me ocurre pensar en que mi sufrido y angustiado ángel custodio haya podido organizar tan sólo un simple y sencillo almuerzo con una docena de invitados (un «asadito», diríamos en Argentina). Pero como no quiero que mi fiesta sea un simple y egoísta «asadi-to»... sino por lo menos un pequeño megaevento del cual se puedan beneficiar mis familiares y amigos, todos los días le rezo a Dios diciéndole:

¡Señor!, yo quiero que mi Cielo sea al menos un pequeño megaevento, y no un simple asadito.

¡Señor!, yo quiero que en mi fiesta estén mamá, papá y mis hermanos.

¡Señor!, no te olvides de invitar a mis abuelos, tíos, sobrinos, primos, cuñados...

¡Señor!... que participen también mis amigos.

¡Señor!, no sé si me entiendes, pero por las dudas te lo detallo: quiero un megaevento con mis papás: Leticia y Pedro; mis abuelos: Carlos, Laura, Pedro, Angela; con Marvik, Eve y mis hermanos Agueda, Esteban, Ana y Juan; con mis tíos Pochocha, Graciela, Gordo, Higinio y Sidney; y también quiero que estén Alfredo, Julieta, Alfredito, Julián, Bruno, Jerónimo, Guillermo, Ignacio, Benjamín, Leticia, Silvana y Horacio, Laura y Eduardo, Carlos y Marilú, Gustavo, Inés y Gonzalo, Sebastián y Bibiana, Higinio y Clarisa (¡aunque no me cumpla su palabra!), Andrés y Karina, Sidney y Sidnito, Úrsula, Alejandro y Teresa, Silvana, Mara, e Ibor y Angy con los suyos...

¡Señor!, quiero que estén el Torito, Carlos, Daniel, Raúl, Carmelo, Jorge, Amadeo, Marcelo y Marcelo, Oscar, Patricio, Juanco, Alfredo, José María (el «Mago»), los «autitos chocadores», Gerardo, Martín, Sergio, el «Topo», José Agustín, Bartolo, Santiago, Federico, Marcela, Juan Carlos, Alejandra, Alberto, Cecilia, Horacio...

¡Señor!, no te vayas a olvidar de todos los que me animaron de diversos modos a escribir este libro: Gustavo y Alejandra (¡y aunque ya no me atiendan el teléfono si los llamo a las cuatro de la madrugada!), Germán y María Pía, Teresa y sus hijas, Lucía y

Eduardo, Néstor y Sandra, Gordis y el Alemán, Elfi y su comunidad, Teresa, los Cirilos, María Eugenia y los suyos, Oscar y Cristina, Soledad, Natalia y Oscarcito, Estela y Gustavo (mis diligentes editores), Slavka y los suyos, Marco y Marta María, Rubén y su familia, Fernando y don Osvaldo con todos los «amigos del 9 de Julio» y sus familias, Florencia y Francisco y sus familias, Federico y Victoria, Federico y Marta María... ¡y aquellos otros grandes amigos tucumanos: Raúl y Sonia, con Sonita, Lourdes, Guadalupe, María Paz y Raulito! ... ¡¡Y Octavio!!

Y finalmente:

¡Señor!, que en el Cielo estén todos los que se enojen conmigo al ver que olvidé colocar sus nombres en la lista que concluí *brevitatis causa*... ¡Diles que los llevo *in pectore*, dentro del corazón!

Pero debo decirte que cada día que le rezo a Dios de este modo, escucho al Señor que me responde:

«Pedro, me gusta tu petición. Yo también lo quiero. Pero necesito tu colaboración... de modo que si quieres un Cielo con todos ellos ¡sé muy santo!, porque si lo eres te garantizo que conseguirás que sea extraordinariamente conveniente que se te reciba en el cielo con el megaevento que solicitas.

»¡Ah!, y no te preocupes por los que veas alejados de Dios sin tener ocasión de conversar con ellos, pues aunque no puedas visitarlos por las distancias o la falta de tiempo, ni compartir con ellos los gratos momentos, yo me encargaré de procurar, una y otra vez, por distintos caminos, que nunca les falte la posibilidad de enmendar sus vidas y lograr el arrepentimiento necesario para poder compartir contigo la bienaventuranza. Pero no te olvides: tú, en el sitio en que te encuentras, sé santo.

240

— EL CIELO: ¿UNA FIESTA SORPRESA? —

« Ni ojo vió, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento, cuáles cosas tiene Dios preparadas para quienes le aman »⁹⁴

^{57 7} I Corintios 2, 9.

Solamente una vez pude participar de una fiesta sorpresa; fue un primero de noviembre, con motivo del cumpleaños de mi amigo José María (el «Mago»)... día en que su esposa Clara me llamó por teléfono:

—Padre, esta noche le hacemos una fiesta sorpresa a José María. Está invitado. Tiene que venir a las 20:45 en punto. Si va a llegar tarde, tan sólo un minuto, directamente no venga... ¡No sea cosa que nos arruine la sorpresa! Además, si trae su automóvil déjelo a la vuelta de la manzana, porque él llega a las 21.00 hs. y no queremos que sospeche al ver una multitud de vehículos en la puerta.

Como todo soldado que obedece diligentemente órdenes escuetas y precisas, comparecí firme a las 20.45 tras dejar el automóvil a dos manzanas de la casa. En el living, cuyas dimensiones eran más bien pequeñas, estábamos unos ochenta amigos y familiares.

Las guirnaldas atravesaban el techo de un extremo al otro, cada uno tenía sobre su cabeza un sombrero de bruja con variados colores, y los más atrevidos las narices de payaso, los silbatos y las matracas. En la mesa estaban los sandwiches, las cervezas y demás bebidas, las pizzas, la torta gigantesca... y el contexto era de un jolgorio propio de quienes en pocas horas han sido convocados para un operativo comando: ¡La aventura de hacer feliz a un amigo!

Tras un breve ensayo de cánticos para recibir al homenajeado, nos apiñamos como pudimos: los más gurrumines subidos a los hombros, algunos trepados a las sillas... y otros apostados en los marcos de las ventanas. A las 21.00 hs., quien hacía de «campana» gritó:

—¡Llegó José María!

La manzana estaba desierta, y las luces de la casa apagadas (era la casa abandonada de los cuentos de terror). En la sala de estar reinaba un silencio artificial y sepulcral que hacía presagiar que tanto un simple ruido del aparato respiratorio... como una simple risilla descontrolada, harían que Clara dictase al instante la pena de muerte para el responsable.

Tras dejar el auto en su lugar, José María entró y se encontró con la casa a oscuras... y el palier de entrada estéticamente desordenado conforme a las pautas impartidas por la anfitriona. Tras dar un par de pasos, en una mesilla se encontró con una nota: «José María, me fui con los chicos al cine y volvemos a las 22.30 hs... tienes la comida en la sala de estar... sólo debes calentártela en el horno. Un beso. Clara».

Tras el enfado lógico ante semejante olvido, ofuscado marchó hacia el living. Al abrir la puerta, la oscuridad le impidió constatar que a centímetros lo enfrentaba una multitud de personas que, amenazadas por Clara, ya estaban a punto de morir asfixiadas de tanto contener el oxígeno. Y al mover la llave del interruptor de

luz... ¡la sorpresa!... que no sólo fue para José María, también para nosotros... pues fue impactante ver sus ojos abiertos como platos y la cara boquiabierta de felicidad al contemplar a ochenta personas agazapadas que, como auténticos contorsionistas, le sonreían con algarabía a centímetros de sus narices... al tiempo que estallaban los silbatos, las matracas y el canto arrollador y alegre: ¡Que los cumplas feeliiz... que los cumplas feeliiz... !

Y en ese momento pensé para mis adentros con sana envidia: ¡Cómo me gustaría... al menos una vez en la vida, que mis hermanos y amigos me festejen así! Y me consoló recordar que según la teología así será el Cielo: ¡una sorpresa! Ya lo dice la Sagrada Escritura:

*Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento,
cuáles cosas tiene Dios preparadas para quienes le aman.⁹⁵*

Desde aquel día comencé a decirle a Dios:

¡Señor! que mi recepción en el Cielo sea también una fiesta sorpresa... con multitud de familiares y amigos... especialmente aquellos que sean las ovejas más descarriadas y queridas que con su presencia puedan aumentarme el impacto emocional.

Y también le digo que sí es cierto que en la medida en que somos santos Dios tiene en cuenta esa amistad a la hora de juzgar tras la muerte a los amigos, añado:

¡Señor!, concédeme los dos siguientes dones: Querer con todas las fuerzas del alma ser santo; y *tener un millón de amigos* a quienes beneficiar con esa lucha por la santidad.

In nomine tuo dulcis Iesu!

San Miguel del Tucumán, 8 de abril de 2005

⁵⁷⁸ *Ibidem.*

— Anexo IV —

ENTREVISTA AL AUTOR

El 8 de agosto de 2005, con motivo de una tertulia cultural que tuvo lugar en el Teatro Alberdi de Tucumán (República Argentina), en la cual el Padre Pedro Chiesa de la Prelatura del opus Dei presentó la primera edición argentina de su libro *Amor, soberbia y humildad*, el prestigioso periódico *Cristo Hoy* hizo al autor una entrevista que a continuación se transcribe:

¿QUÉ MOTIVOS LE LLEVARON A ESCRIBIR SU LIBRO?

En 1990, al entrar a la biblioteca de un pueblito de las sierras cordobesas, vi un letrado que decía: *Todos los grandes países fueron primero miles de niños leyendo... y miles de adultos escribiendo*. Al leerlo experimenté la responsabilidad de contribuir con las raíces cristianas de nuestra cultura patria escribiendo un libro, porque a nuestro país le hace falta una nueva cultura del libro, cultura que consiste no sólo en leer... también en escribir. No hay que olvidar que la redacción, especialmente si se fomenta desde la más tierna infancia, formativamente supera a la simple lectura en todo lo referente a la estructuración de conocimientos, mejora de la ortografía, perfeccionamiento de la comunicación oral, transmisión de valores humanos, acrecentamiento del acervo cultural y capacidad crítica.

¿POR QUÉ LE DEMANDÓ QUINCE AÑOS ESCRIBIR ESTE LIBRO?

El motivo más nimio y material es que nunca tuve demasiada facilidad para la pluma, a lo que se suma el hecho de que mis tareas sacerdotales ordinarias no me dejaban demasiado tiempo. Por otra parte hay que tener en cuenta que no se trata de un folleto o de un simple artículo, sino de casi cuatrocientas páginas. De todos modos, la razón más profunda y valedera es que no se puede escribir un libro sin experimentar la convicción de ser portadores de un mensaje que interiormente reclama ser dado a conocer por escrito, porque como bien dice Maurois: *Escribir un libro o es un llamado o no es nada*. Indudablemente yo tenía ese mensaje interior, pero la clarificación y sedimentación de las ideas que lo estructuraban, y el modo de expresarlo, demandó quince años.

¿CUÁNDO Y CÓMO DESCUBRIÓ EL MENSAJE DE SU LIBRO?

En 1989 vivía en la ciudad de Santa Fe, y una tarde le tenía que predicar a unos jóvenes universitarios con los que me reunía todos

los sábados. En ese momento me sentía agobiado por un problema frecuente en la predicación sacerdotal dirigida a los fieles que nos escuchan con periodicidad: ¡No saber qué más decir! En aquella ocasión mi salvación fue un descubrimiento providencial: el capítulo sobre la humildad de *Surco* (obra de San Josemaría Escrivá — Fundador del Opus Dei—). Dicho capítulo, fuertemente enraizado en los Evangelios, me impactó profundamente; y con el pasar de los años, la permanente reflexión que hice sobre el mismo fue cristalizando una serie de ideas que interiormente reclamaban ser volcadas por escrito. Y aprovecho para dejar en claro que mi libro no es otra cosa que un modesto intento de expresar a mis familiares y amigos (aunque también al público en general), los significativos aportes que sobre el amor y la humildad le hizo San Josema-ría a la vida de muchas personas (entre ellas la mía)... y a la teología espiritual de todos los tiempos. De aquí que para entender mi libro, cuya dedicatoria se dirige a este querido santo, sugiero vivamente la lectura de *Surco*.

¿PODRÍA SINTETIZAR EN POCAS PALABRAS EL MENSAJE DEL LIBRO?

Juan Pablo II decía que una persona sin Dios se disuelve (como un helado puesto al sol), un matrimonio sin Dios se disuelve, una familia sin Dios se disuelve, una sociedad sin Dios se disuelve, un mundo sin Dios se disuelve... Y a la luz de esta concepción... aplicable también a empresas, clubes, oficinas, parroquias, vínculos familiares o de amistad, etc., el libro procura aportar herramientas y pautas espirituales que consigan enraizar a la persona en Dios liberando a las almas de la cizaña, la soberbia, la envidia, la violencia doméstica... ; y sembrando la humildad: tierra fértil de la caridad. Y, luego, una vez ordenada interiormente la persona, promover el orden matrimonial, familiar y social. Pero el enfoque de estos valores lo hago desde la perspectiva cristiana, pues tengo un especial interés en que mi libro no sea equiparado a los libros de *autoayuda*, concepto ante el que soy muy crítico, ya que frecuentemente es interpretado de modo incompatible con la humildad y el amor cristiano.

¿ALGÚN CONSEJO PARA LOS LECTORES?

Cada uno tiene en su interior un mensaje que es necesario descubrir, por tanto, ¡que escriban! Y si no saben escribir, o no se animan, que narren sus ideas a otros que sí sean capaces.

¿ALGÚN DESEO O EXPECTATIVA EN TORNO A LA PUBLICACIÓN?

Que todos mis hermanos, tíos, primos, sobrinos, amigos... lean el libro. Ellos son los primeros destinatarios. En especial los que por

motivo de la distancia geográfica los pude tratar muy poco en los últimos veinte años.

CORREO ELECTRÓNICO DEL

AUTOR:

padrepedro100@yahoo.com.ar

